

LAS DOCE MORADAS DEL VIENTO



Ursula K. Le Guin

Esta recopilación es lo que los pintores suelen llamar una retrospectiva; una revisión cronológica aproximada de los cuentos que escribió la autora en la década que siguió a su irrupción en las letras de molde.

Publicados por primera vez en castellano en dos volúmenes en la colección Nebulae, este conjunto de relatos de Le Guin, es notable por la inclusión de al menos dos pequeñas obras maestras: *Los que se van de Omelas* y *El día después de la revolución*.

RBA

Ursula K. Le Guin

Las doce moradas del viento



Ursula K. Le Guin

LAS DOCE MORADAS DEL VIENTO

Título original: *The wind's twelve quarters*

Colección Nebulae 68 y 69

Traducción: María Elena Rius

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Volumen I

Prólogo

El collar de Semley (1964)

Abril en París (1962)

Los maestros (1963)

La caja de la oscuridad (1963)

La palabra que libera (1964)

El poder de los nombres (1965)

El Rey de Invierno (1969)

El viaje (1970)

Nueve vidas (1969)

Volumen II

Cosas (1970)

Un viaje a la cabeza (1970)

Más vasto que los Imperios y más lento (1970)

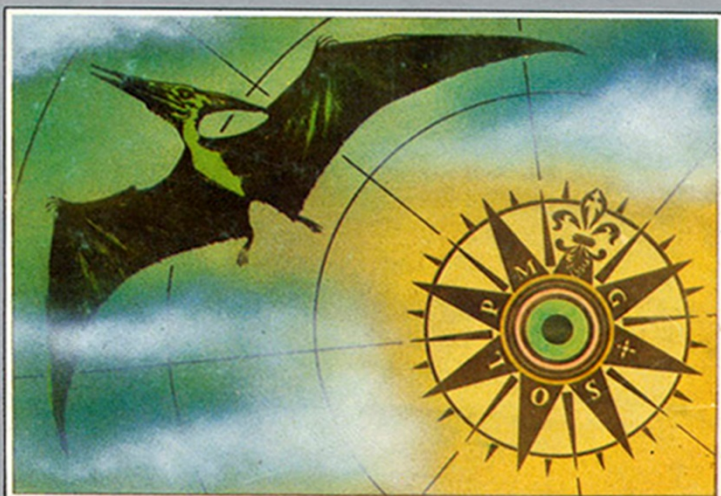
Las estrellas en la roca (1973)

El campo de visión (1973)

Dirección de la carretera (1974)

Los que se alejan de Omelas (1974)

El día antes de la revolución (1974)



ursula k. le guin
**LAS DOCE
MORADAS
DEL VIENTO I**

NEBULAE
edhasa / ciencia ficción

PRÓLOGO

Esta recopilación es lo que los pintores llaman una retrospectiva; una revisión cronológica aproximada de los cuentos que escribí en la década que siguió a mi irrupción en las letras de molde, tarde pero sin miedo, a los treinta y dos años. Aquí están más o menos en el orden en que fueron escritos, de modo que el desarrollo de la artista puede constituir parte del interés. No he sido estricta en la cronología, ya que es imposible: los cuentos pueden escribirse un año, publicarse dos o tres más tarde, luego quizá ser corregidos, y ¿qué fecha usar? Pero no hay alteraciones de peso.

No es de ninguna manera una colección completa de mis cuentos. Hay uno viejo que dejé de lado porque no me gusta mucho; no he incluido en este libro la ficción que no cabe en los apartados de literatura fantástica o ciencia ficción, ni la mayoría de los cuentos de los últimos años, pues las

antologías en las que se publicaron por primera vez aún están en venta. Sin embargo, los dos últimos de este volumen aparecieron en 1973 y 1974, de modo que los diecisiete relatos cubren al menos diez o doce años.

La relación entre cuento y novela corta que hay en la mente de la escritora es muy interesante. Aunque *El collar de Semley* constituye un cuento completo en sí mismo, fue el embrión de una novela. Ya había concluido con Semley, pero un personaje secundario, un simple espectador que no se hundió obedientemente en la obscuridad cuando el relato hubo terminado, continuó insistiendo: “Escribe mi historia”, decía, “soy Rocannon. Quiero explorar mi mundo...”. Así que le obedecí. Es realmente imposible discutir con esta gente.

El rey de Invierno fue otro de estos cuentos embrionarios, así como *La palabra que desliga* y *El poder de los nombres*; pero todos me dieron la situación, antes que el personaje, de la novela por venir. El último cuento del libro no es embrionario sino otoñal. Llegó después de la novela, fue un regalo final, recibido con gratitud.

La mayoría de los cuentos de este volumen están conectados con mis novelas, en el sentido de que corresponden más o menos al esquema más bien errático de “historias del futuro” que siguen todos mis libros de ciencia ficción. No corresponden a ese esquema ni mis

primeras fantasías ni, más tarde, los que llamo psicomitos, cuentos más o menos surrealistas que comparten con la fantasía la cualidad de transcurrir fuera de la historia, fuera del tiempo, en aquella región de la mente viviente que –sin invocar ningún concepto de inmortalidad– parece carecer en absoluto de límites espaciales y temporales.

Quizá los coleccionistas tengan interés en saber que los títulos usados en este volumen son de mi propia elección, variando en algunos casos los de publicaciones previas: *El collar de Semley* apareció por primera vez como *La dote de los Angyar* (un error gramatical del editor, que no hablaba el angyo con fluidez); *Cosas* apareció como *El fin*; *El campo de visión* apareció como *Campo de visión*.

Los únicos cuentos que sufrieron un cambio más importante que el ocasional de una palabra o una oración o la restitución de cortes y errores de las versiones publicadas, son: *El rey de Invierno* (ver la nota); *Más vasto que los imperios y más lento* (un corte en las primeras páginas); *Nueve vidas* (ver la nota).

Ursula Kroeber Le Guin

Desde lejos, desde la noche y la mañana
y desde el cielo de los doce vientos,
la substancia de la vida para tejerme
sopló hasta aquí; aquí estoy.

Ahora –por un instante me detengo
antes de disiparme–
toma, rápido, mi mano y dime
lo que escondes en el corazón.

Habla ahora y te responderé,
dime cómo ayudarte
antes de que emprenda el interminable camino
a las doce moradas del viento.

A. E. Housman

Un muchacho de Shropshire

EL COLLAR DE SEMLEY

Este cuento, escrito en 1963, publicado en 1964 como La dote de los Angyar y en 1966 como prólogo de mi novela El Mundo de Rocannon, es en realidad el octavo que publiqué, pero inicia este libro porque pienso que es el más característico y romántico de mis primeros trabajos fantásticos y de ciencia ficción. Desde este cuento hasta el último de la selección, que escribí en 1972, mi estilo ha progresado, alejándose lenta y continuamente del franco romanticismo. No hay duda de que sigo siendo una romántica y eso me alegra, pero el candor y la inocencia de El collar de Semley se han convertido gradualmente en algo más fuerte, más duro, y más complejo.

¿Cómo distinguir la leyenda de los hechos en esos mundos tan alejados en el espacio y el tiempo? Planetas sin nombre, a los que sus gentes llamaron simplemente El Mundo, planetas sin historia, donde el pasado es tema de mitos y, a su regreso, un explorador se halla con que sus propios hechos –realizados poco tiempo atrás– se han convertido en los gestos de una divinidad. Lo irracional obscurece la brecha del tiempo que atraviesan las naves espaciales, veloces como la luz, y en esa oscuridad, como malas hierbas, crecen la incertidumbre y la desproporción.

En el intento de relatar la historia de un hombre, un simple científico de la Liga, que pocos años ha, partiera hacia ese mundo sin nombre, conocido apenas, cualquiera se siente como un arqueólogo entre ruinas milenarias, avanzando a través de densas marañas de hojas, flores, ramas y enredaderas hasta la repentina geometría brillante de una rueda o una pulida piedra, penetrando luego en un espacio familiar, que se presenta como un acceso luminoso a la oscuridad, al imposible titilar de una llama, al centelleo de una joya, al sólo entrevisto movimiento de un brazo de mujer.

¿Cómo separar el hecho de la leyenda, la realidad de la irrealidad?

En el relato de Rocannon surge la joya, el centelleo azul sólo entrevisto. Y así se inicia:

Area galáctica 8, nº 62. – FOMALHAUT II.

Formas de vida de elevado cociente de inteligencia.
Contactos con las siguientes especies:

Especie I:

A) Gdemiar (singular Gdem): elevado cociente de inteligencia, antropoides, trogloditas nocturnos; talla media 120 a 135 cm, piel clara, cabellos oscuros. En el momento de establecerse el contacto, estos cavernícolas poseían una sociedad oligárquica y estratificada con rigidez, modificada por telepatía parcial colonial, y una cultura orientada tecnológicamente según la temprana edad del acero. El nivel tecnológico se ha elevado hasta el punto C durante la misión de la Liga de los años 252–254. En el 254 un vehículo automático (desde Nueva Georgia del Sur y retorno) fue entregado a los oligarcas de la comunidad del Mar de Kirien. Nivel C–Prima.

B) Fiia (singular Fian): elevado cociente de inteligencia, antropoides, diurnos, aproximadamente 130 cm de talla; individuos observados piel y cabellos claros, en general. Unos pocos contactos han señalado aldeas de grupos nómadas, de estructura comunal, telepatía parcial colonial, con indicios de onda corta TK. La raza parece atecnológica y

evasiva; esquemas culturales mínimos y cambiantes. No sujetos a contribución. Nivel E –Interrogante.

Especie II:

Liuar (singular Liu): elevado cociente de inteligencia, antropoides, diurnos; estatura media encima de los 170 cm; esta especie posee una aldea fortificada, Sociedad constituida por clanes, tecnología bloqueada (Bronce) y cultura heroico–feudal. Se ha advertido un desdoblamiento social horizontal en dos subrazas: a) Olgior, «hombres normales», piel clara, cabellos oscuros; b) Angyar, «señores», muy altos, piel oscura, cabellos rubios...

–Es la raza de ella –dijo Rocannon, levantando la vista del Manual abreviado de formas inteligentes de vida, para mirar a la mujer de piel oscura, elevada talla y cabellos rubios, inmóvil en el centro del amplio salón del museo: erguida, con su corona de cabellos brillantes, observaba algo en una vitrina. A su alrededor se movían cuatro pigmeos ansiosos y desagradables.

–No sabía que en Fomalhaut II viviesen estos otros tipos, además de los trogloditas –dijo Ketho, el director del museo.

–Tampoco yo. Aún quedan algunas especies «no confirmadas» en esta lista; nunca ha habido contacto con

ellas. Parece llegado el momento de enviar una misión investigadora más profunda. En todo caso, al menos ahora la conocemos a ella.

–Querría tener algún medio de saber quién es ella...

Provenía de una antigua familia, descendiente de los primeros reyes de los Angyar, y por encima de todas sus carencias, su cabello brillaba con el puro e inmutable oro de los de su raza. Los diminutos Fiia, a su paso, se inclinaban ya en los tiempos en que ella no era más que una niña descalza que correteaba por las praderas, la luminosa y ardiente cabellera como un cometa, sacudida por los duros vientos de Kirien.

Tierna era su edad cuando Durhal de Hallan la conoció, cortejó y llevó consigo, lejos de las ruinosas torres y ventosos espacios de su niñez, hacia la alta casa de Hallan. Allí, junto a la montaña, tampoco había comodidades, aunque perdurara el esplendor. Ventanas sin cristales, piedra desnuda en los pisos; durante la estación fría, al despertar, se podía ver la nieve nocturna acumulada junto a las ventanas. La esposa de Durhal, de pie, descalza sobre el suelo helado, trenzaba el fuego de su cabello y sonreía a su joven esposo a través del espejo de plata de su habitación. Ese espejo y el traje de boda de su madre, recamado con mil menudos cristales, constituían toda su riqueza. Los familiares lejanos de Durhal aún eran dueños de

guardarropas suntuosos, mobiliarios de maderas doradas, monturas, armas y espadas de plata, joyas y alhajas sobre las que la joven esposa arrojaba miradas de envidia, volviendo sus ojos hacia una diadema de perlas o un broche de oro cuando el dueño de la joya le cedía el paso como signo de deferencia por la alta alcurnia de su linaje y matrimonio.

En el cuarto puesto a partir del trono de Hallan Revel se sentaban Durhal y su esposa Semley, tan cerca del señor de Hallan que, a menudo, el anciano ofrecía vino a Semley con su propia mano y hablaba de las cacerías con su sobrino y heredero Durhal, envolviendo a la joven pareja en una mirada de amor torvo y sin esperanzas. Escasas podían ser las esperanzas para los Angyar de Hallan y para las Tierras del Oeste, desde que aparecieran los Señores de las Estrellas, con sus casas que brincaban sobre pilares de fuego y sus tremendas armas que arrasaban montañas. Ellos habían bloqueado todos los antiguos caminos y se habían inmiscuido en las viejas guerras, y aunque los montos eran pequeños, resultaba una vergüenza insoportable para los Angyar el tener que pagarles un tributo, contribución para la guerra que los Señores de las Estrellas sostenían con algún extraño enemigo, en algún lugar del espacio abismal entre las estrellas. «Será también vuestra, esta guerra» decían; pero la última generación de los Angyar había permanecido inerte en su ociosa vergüenza, dentro de sus salones, viendo

cómo enmohecían sus espadas de doble filo, cómo crecían sus hijos sin intervenir en una sola batalla, cómo sus hijas se unían a hombres pobres, incluso a los de baja cuna, sin aportar la dote de un patrimonio heroico a un noble marido. El rostro del Señor de Hallan se ensombrecía al contemplar a la pareja de cabellos dorados, al oír sus risas mientras bebían vino amargo y jugueteaban en la fría, ruinosa y antes resplandeciente fortaleza de su casta.

El propio rostro de Semley se endurecía a la vista del salón donde relampagueaba el brillo de las piedras preciosas en asientos muy por debajo del suyo, entre mestizos y hombres de casta inferior, de piel blanca y cabellos oscuros. Ella nada había aportado como dote a su esposo: ni siquiera una horquilla de plata. El vestido de Los Mil Cristales estaba reservado para el día de la boda de su hija, si nacía una niña.

Y fue una niña y la llamaron Haldre, y cuando el cabello creció en su cabecita oscura, brilló como el oro inmutable, herencia de generaciones señoriales, el único oro que jamás poseería...

Semley nunca mostró a su marido el descontento que la colmaba. Porque a pesar de su dulzura para con ella, en su duro orgullo de señor, Durhal sólo abrigaba desprecio hacia la envidia y los deseos vanos, y ella temía ese desprecio. En cambio, habló con Durossa, la hermana de Durhal.

–Mi familia fue dueña de un gran tesoro hace tiempo –le dijo–. Era un collar de oro con una piedra azul en el centro... ¿un zafiro?

Sonriente, Durossa alzó los hombros; no estaba segura del nombre.

Estaba muy avanzada la estación cálida del año, el verano de aquellos Angyar del norte, dentro de su año de ochocientos días que inicia el ciclo de los meses en cada nuevo equinoccio. Para Semley, aquél resultaba un calendario extraño, el cómputo típico de los hombres normales. Su familia se extinguía ahora, pero su sangre era más antigua y más pura que la de cualquiera de los integrantes del grupo del noroeste, que con tanta libertad se unían a los Olgior. Sobre un asiento de piedra, Semley y Durossa contemplaban los rayos de Sol desde una ventana alta de la Gran Torre, en el apartamento de las mujeres casadas. Viuda desde su juventud y sin hijos, Durossa había sido otorgada en segundo matrimonio al Señor de Hallan, que era hermano del padre de ella. Por ser ésta una boda entre parientes y la segunda para ambos, Durossa no recibía el título de Señora de Hallan –que Semley habría de ostentar algún día–, pero se sentaba en el trono, junto al anciano señor y gobernaba con él sus dominios. Mayor que su hermano Durhal, amaba a la joven esposa de éste y se deleitaba con la rubia Haldre.

–Fue comprado –prosiguió Semley– con todas las riquezas que mi antepasado Leynen obtuvo cuando se apoderó del sur de Fief, ¡toda la riqueza de un reino por una joya! Oh, sin duda podría obscurecer a cualquier otra aquí, en Hallan, aun a esos enormes cristales que lleva tu primo Issar. Era tan bello que le dieron un nombre propio; lo llamaban Ojo del Mar. Mi bisabuela lo llevaba.

–¿Tú nunca lo viste? –preguntó la mujer, con lentitud, mientras contemplaba las verdes colinas donde el largo verano hacía soplar sus cálidos vientos incansables por entre los bosques y los caminos blancos, hasta alcanzar la lejana costa.

–Se perdió antes de que yo naciera. No, mi padre me ha dicho que fue robado antes de que los Señores de las Estrellas llegasen a nuestros dominios. El prefería no tocar el asunto, pero una anciana de la casta común, sabedora de toda clase de cuentos, siempre me ha asegurado que los Fii han de saber dónde está.

–¡Ah, los Fii! ¡Cuánto me gustaría verlos! –dijo Durossa–. Conocen tantas canciones y leyendas... ¿Por qué nunca vendrán a las Tierras del Oeste?

–Demasiado altas, demasiado frías, creo. Gustan del Sol de los valles del sur.

–¿Se asemejan a los gredosos?

–A éstos no los conozco; se mantienen alejados de nosotros en el sur. ¿No son blancos, como los hombres normales, y deformes? Los Fiiia son graciosos; se asemejan a los niños, sólo que más delgados y sensatos. Me pregunto si sabrán dónde está el collar, quién lo robó y dónde lo oculta. Piensa, Durossa, si yo pudiera ir a una fiesta de Hallan y sentarme junto a mi marido con toda la riqueza de un reino en torno a mi cuello y eclipsar a las otras mujeres, tal como ellas eclipsan a los hombres.

Durossa inclinó el rostro hacia la niña, que examinaba sus propios piecitos oscuros sobre una manta, entre su madre y su tía.

–Semley es una simple –murmuró a la niña–; Semley, que brilla como una estrella fugaz, Semley, la mujer de un hombre que no quiere más oro que el de ella...

Y Semley, viendo las verdes colinas del verano que llegaban hasta el mar distante, callaba.

Pero cuando hubo pasado otra estación fría y hubieron regresado, una vez más, los Señores de las Estrellas para coger sus tributos por la guerra –y esta vez una pareja de gredosos enanos les servía de intérpretes, de modo que todos los Angyar se sintieron humillados hasta el límite de la rebeldía–, y cuando hubo pasado también otra estación cálida y Haldre ya había crecido hasta convertirse en una dulce y locuaz niña, Semley la llevó consigo, una mañana,

hasta la solana de Durossa, en la Torre. Semley lucía una vieja capa y una capucha cubría sus cabellos.

–Ten contigo a Haldre por unos pocos días, Durossa –pidió con calma, pero de prisa–. voy a ir al sur, a Kirien.

–¿Vas a ver a tu padre?

–Hallaré mi herencia. Vuestros primos de Harget Fief se han mofado de Durhal; incluso Parna, ese mestizo, se cree con derecho a atormentarlo porque su mujer tiene un edredón de raso para su lecho y unos pendientes de diamante y tres vestidos... ¡Esa bruja de pelo negro! Y en tanto, la mujer de Durhal ha de remendar su vestido...

–¿El orgullo de Durhal está en su mujer o en lo que ella lleva?

Pero Semley no cambió su propósito.

–Los Señores de Hallan se han convertido en hombres pobres en su propia mansión. Traeré mi dote a mi señor, tal como una de mi estirpe debe hacerlo.

–¡Semley! ¿Sabe Durhal que partes?

–Dile que el mío será un regreso feliz –respondió la joven Semley rompiendo en una breve risa gozosa, luego se inclinó a besar a su hija, y antes de que Durossa pudiese hablar ya marchaba, ligera como el viento, sobre el suelo de piedra de la solana.

Las mujeres casadas de los Angyar jamás cabalgaban, sino por necesidad, y Semley no había salido de Hallan después de su matrimonio; ahora, al montar sobre la alta silla de su animal alado se sintió niña otra vez, como la doncella indómita que había sido, cabalgando sobre escuálidas bestias con el viento del norte, a través de los campos de Kirien, pero su montura actual provenía de las montañas de Hallan, era de la mejor de las razas, de piel a rayas, recia y lustrosa; extremidades vivaces, ojos verdes, penetrantes a pesar del viento, claras y vigorosas alas que se elevaban y caían a cada lado de Semley, descubriendo y ocultando, descubriendo y ocultando las nubes por encima y las colinas por debajo.

En la tercera mañana arribó a Kirien y, una vez más, se detuvo en medio de las salas ruinosas. Su padre había estado bebiendo durante toda la noche y, como en días pasados, la luz del Sol, filtraba por entre las grietas de los techos, lo abrumaba. La presencia de su hija aumentó su disgusto.

–¿A qué has venido? –en tanto que sus ojos hinchados recorrían las paredes y el rostro de la joven; la mata de fuego de su cabellera había desaparecido y sólo gruesas arrugas le cubrían el cráneo–. ¿El joven de Hallan no se ha casado contigo y vienes aquí con tus lloros?

–Soy la mujer de Durhal; he venido a buscar mi dote, padre.

Ebrio aún, gruñó una vez más, con enfado; pero la sonrisa de ella fue tan dulce que se sintió vencido.

–¿Es verdad, padre, que los Fiiia han sido los que robaron el collar, el Ojo del Mar?

–¿Cómo puedo saberlo? Son viejas leyendas. Esa joya se perdió antes de nacer yo, creo, y quisiera no haber nacido nunca. Pregúntale a los Fiiia, si quieres saberlo. Vete con ellos, vuelve con tu marido, déjame solo aquí. No hay espacio en Kirien para las muchachas, el oro y todo lo demás. Aquí ya es el fin; ésta es una plaza perdida, vacía. Los hijos de Leynen han muerto todos; sus riquezas han desaparecido. Sigue tu camino.

Gris e hinchado, casi como un pordiosero en una casa ruinoso, se volvió, tambaleante, para ir a ocultarse de la luz del Sol, en los sótanos.

Con la rienda de su cabalgadura alada entre las manos, Semley abandonó el antiguo hogar. Marchaba hacia una colina escarpada, luego de atravesar la aldea de hombres normales, que la saludaron con hosco respeto. En los campos pacían las bestias aladas y semisalvajes, en grandes rebaños. Semley descendió por un valle de verde intenso, rebosante de Sol. En lo profundo del valle estaba asentada

la aldea de los Fiiia, y al par que ella iba descendiendo, con la rienda entre las manos, las diminutas gentes corrían a su encuentro desde huertas y jardines riendo y nombrándola con sus finas vocecillas:

–¡Salud, esposa de Hallan, Señora de Kirien, Dama de los Vientos, Semley la Bella!

Todos coreaban dulces nombres y ella los oía con placer, sin enfadarse por sus carcajadas, porque los Fiiia reían a cada palabra: era su actitud habitual, hablar y reír. Se detuvo, firme y erguida en su capa azul, en el centro de la bienvenida.

–Salud, gentes blancas, habitantes del Sol, Fiiia, amigos de los hombres.

Penetró en la aldea, conducida por todos, y se instaló en una de las luminosas casas, y los niños corrían y gritaban a su alrededor. Era difícil saber la edad de un Fiiian adulto; incurso distinguir con certeza a uno de otro era arduo, porque se movían con la rapidez de una mariposa en torno de la luz, y ella no sabía si siempre hablaba con el mismo interlocutor. Pero tuvo la sensación de que sólo uno de ellos le hablaba, por un momento, en tanto unos atendían su cabalgadura y otros le ofrecían agua y frutas de sus árboles.

–¡No han sido los Fiiia quienes han robado el collar de los Señores de Kirien! –exclamaba el hombrecito–: ¿Qué

podrían hacer los Fiiia con el oro, Señora? Para nosotros brilla el Sol en la estación cálida y en la estación fría nos quedan los recuerdos de ese brillo. Las frutas amarillas, las hojas amarillas de fin de estación, el amarillo de la cabellera de nuestra Señora de Kirien: no tenemos otro oro.

–¿Lo robó, pues, alguno de los normales?

–¿Cómo osaría hacerlo un normal? Ah, Señora de Kirien, cómo fue robada la joya ningún mortal lo sabe, ni el hombre, ni el normal, ni el Fian, ni ninguna de las siete castas. Sólo los muertos saben cómo se ha perdido, tiempo ha, cuando Kireley el Arrogante, bisabuelo de nuestra Semley, marchó sin compañía por las cavernas del mar. Pero quizá esté entre los Enemigos del Sol.

–¿Los gredosos?

Un estallido de risa seca, nerviosa.

–Siéntate con nosotros, Semley la del cabello de Sol, llegada desde el norte.

Y se sentó a comer con los Fiiia, tan complacidos con su donaire como ella lo estaba con su presencia. Pero cuando la oyeron repetir su propósito de buscar la joya entre los gredosos, si es que allí estaba, dejaron de reír; poco a poco fueron desapareciendo. De pronto estaba sola junto a la mesa con uno de ellos, tal vez el que le hablara antes de la comida.

–No vayas al encuentro de los gredosos, Semley –le dijo, y por un instante el corazón de la Señora de Hallan se estremeció.

El Fian, con un lento vaivén de la mano por encima de sus ojos, había oscurecido el aire que los rodeaba. Restos de frutas llenaban las fuentes; todos los cuencos de agua clara estaban vacíos.

–En las montañas lejanas se separaron los Fiiia y los Gdemiar; hace muchos años se separaron –dijo el pequeño hombre de los Fiiia–. Mucho antes de eso fuimos un solo pueblo; pero lo que nosotros somos, ellos no lo son. Lo que no somos, ellos lo son. Piensa en la luz del Sol y en la hierba y en los árboles que dan frutos, Semley. Piensa que no todos los senderos que hay son buenos.

El Fian se inclinó, con una sonrisa.

Fuera de la aldea Semley montó en su cabalgadura, dijo adiós en respuesta a los adioses, y en el viento de la tarde se remontó hacia el sudoeste, hacia las cavernas de las costas rocosas del Mar de Kirien.

Temía tener que penetrar en las cavernas para hallar a las gentes que buscaba: le habían dicho que los gredosos nunca salían fuera de sus grutas a la luz del Sol y que hasta recelaban de la luz de la Gran Estrella y de las lunas. El trayecto era largo; una vez bajó a tierra, para que su

cabalgadura cazara alguna alimaña mientras ella comía un trozo de pan de su alforja. El pan estaba duro y reseco ahora y sabía a piel, aunque conservaba algo de su sabor primitivo: por un momento, comiendo sola en un claro de los montes sureños, oyó el tono apacible de una voz y le pareció haber visto el rostro de Durhal, vuelto hacia ella a la luz de las antorchas de Hallan. Y permanecía sentada, viendo el rostro austero, vívido y joven, soñando con que al regresar con toda la riqueza de un reino en torno a su cuello le diría: «He querido traer un regalo digno de mi marido, Señor...» Se apresuró luego, pero al alcanzar la costa el Sol se había ocultado, Y la Gran Estrella se ponía también. Desde el oeste se había elevado una brisa suave que viró luego para adquirir empuje. La montura de Semley luchaba contra el viento con tanto esfuerzo, que ella le dejó descender sobre la arena. La bestia plegó sus alas y encogió las gráciles patas bajo el cuerpo, con una suerte de ronroneo. Semley, de pie, se ajustaba la capa en torno a los hombros, palmeando el pescuezo del animal, que sacudió las orejas en tanto volvía a ronronear. El contacto tibio le reconfortó la mano, pero sus ojos no veían más que un cielo gris, cubierto de jirones de nubes, un mar gris, arenas oscuras. Luego, deslizándose sobre la arena, se presentó una criatura baja, sombría, luego otra, por fin todo un grupo que se agazapaba, corría, se detenía.

Los llamó en alta voz. Y aunque se hubiera dicho que no la habían advertido, en un instante la rodearon todos; pero se mantenían apartados de su montura, que cesó en sus ronroneos, crispada la piel bajo la mano de su ama. Semley cogió las riendas, confiada en la protección que la bestia le brindaba, pero temerosa de la ferocidad que podía manifestar. En silencio, las extrañas gentes la observaban, con los toscos pies descalzos inmóviles sobre la arena. No podía haber engaño: eran de la talla de los Fiiia, y en todo lo demás, una sombra, una imagen negra de aquel pueblo risueño. Desnudos, contrahechos, ralos los cabellos negros, la tez gris y viscosa como la de un gusano, de piedra la mirada.

–¿Sois los gredosos?

–Somos los Gdemiar, el pueblo de los Señores de los Reinos de la Noche.

La voz tuvo una inesperada hondura y corrió pomposa a través del anochecer salino. Pero, tal como le ocurriera con los Fiiia, Semley no estaba segura de quién le había hablado.

–Salud, Señores de la Noche. Yo soy Semley de Kirien, esposa de Durhal de Hallan. He venido hasta vosotros a buscar mi herencia, el collar llamado Ojo del Mar, que se perdiera tiempo atrás.

–¿Por qué lo buscas aquí, Angya? Aquí sólo hallarás arena, sal y noche.

–Porque las cosas perdidas se hallan en los lugares profundos –repuso Semley, hábil para las agudezas–, y oro que ha venido de la tierra tiene un medio de volver a ella. Y a veces lo hecho, dicen, regresa a su hacedor –no era más que una conjetura. Y fue exacta.

–Por cierto que conocemos el nombre de Ojo del Mar. Fue hecho en nuestras cavernas, tiempo ha, y vendido por nosotros a los Angyar. La piedra azul procedía de los campos de arcilla de nuestros parientes del este. Pero éstos son antiguos cuentos, Angya.

–¿Podría escucharlos en el mismo lugar en que fueron narrados?

El círculo de gentes obscuras guardó silencio por un instante, como si dudara. El viento gris barrió la arena, obscureciendo la puesta de la Gran Estrella; el sonido del mar se amortiguó. La voz profunda vibró otra vez:

–Sí, Señora de los Angyar. Podrás penetrar en las Moradas Profundas. Síguenos.

Hubo como una asechanza en la voz, pero Semley no quiso oírla. Siguió a los gredosos por la arena, llevando con la rienda corta a su cabalgadura de agudas garras.

Ante la boca de la caverna, una boca desdentada de la que surgían vahos fétidos, uno de los gredosos dijo:

–La bestia no debe entrar.

–Sí –dijo Semley.

–No –repuso todo el grupo.

–Sí, no la dejaré aquí. No me pertenece, no puedo dejarla. No os hará daño, mientras yo sujete las riendas.

–No –repitieron voces oscuras.

Pero otras asintieron:

–Como tú quieras.

Tras un instante de duda avanzaron; la boca de la cueva parecía haberse cerrado tras ellos, tanta era la oscuridad bajo la piedra. Marchaban de uno en fondo, Semley la última.

La oscuridad del túnel se debilitó; habían llegado hasta el lugar donde pendía del techo una bola de tenue fuego blanco, otra más lejos y otra. Entre ellas, como festones, negros gusanos larguísimos colgaban de las rocas. A medida que avanzaban, menor era el espacio entre una y otra bola de fuego y todo el túnel estaba iluminado con una luz brillante y fría.

Los guías de Semley se detuvieron. Tres puertas que parecían ser de acero bloqueaban el acceso a otras tantas vías.

–Aguardaremos, Angya –dijeron, y ocho de ellos permanecieron junto a ella en tanto otros tres abrían una de las puertas y la franqueaban antes de que cayera tras ellos con estrépito.

Firme y erguida se mantuvo la hija de los Angyar bajo la descolorida luz de las lámparas; su montura se echó a su lado, batiendo una y otra vez su cola a rayas, con las alas plegadas, aunque sacudidas una y otra vez por un impulso de vuelo. Detrás de Semley, en el túnel, los ocho hombres gredosos se acuclillaron, y sus voces hondas murmuraban palabras en su propia lengua.

La puerta central resonó al abrirse.

–¡Dejad que Angya penetre en el Reino de la Noche! –gritó una nueva voz, jactanciosa y resonante; un hombre gredoso, con alguna vestidura sobre el tosco cuerpo gris, apareció en el vano de la puerta e hizo señas de que se adelantaran–. ¡Entra y contempla las maravillas de nuestras tierras, los prodigios realizados por las manos de los Señores de la Noche!

Silenciosa, Semley tiró de las riendas e inclinó la cabeza para seguir a su nuevo guía por un pasaje de poquísima

altura. Otro túnel iluminado se abría delante, paredes húmedas, deslumbrantes bajo la luz blanca. Sobre el suelo dos barras de acero pulido se extendían a cada lado, hasta donde llegaba la vista. Sobre las barras se apoyaba una especie de carro de ruedas metálicas. Obediente a los gestos del guía, sin trazas de vacilación o asombro en el rostro, Semley penetró en el carro e hizo que su montura la acompañara. El gredoso se sentó frente a ella, tras ajustar barras y ruedas. Se produjo un ruido estridente, el rechinar de metal sobre metal, y luego los muros del túnel comenzaron a deslizarse. Más y más veloces cada vez, los muros corrían a cada lado, y los globos de fuego se convirtieron en un trazo de luz y el aire fétido y cálido era un viento que sacudía la capucha de la mujer.

El carro se detuvo. Semley siguió a su guía por gradas de basalto hasta una vasta antesala y luego a una más vasta cámara, erosionada en la roca por el agua de los siglos o tal vez por los excavadores gredosos; aquel ámbito, que nunca conociera la luz del Sol, estaba iluminado con el misterioso brillo frío de los globos de fuego. En las paredes, tras amplias rejas, grandes paletas metálicas giraban y giraban para remover el aire viciado. En la enorme sala cerrada zumbaban las voces graves de los gredosos, el chirrido agudo y la vibración de los metales. De todo ello la roca devolvía, una y otra vez, el eco intermitente.

Allí los gredosos cubrían sus rollizos cuerpos con prendas similares a las de los Señores de las Estrellas amplios pantalones, botas flexibles, túnicas con capucha, aunque las pocas mujeres que se dejaban ver, serviles enanas siempre apresuradas, estaban desnudas. La mayoría de los hombres eran soldados que portaban armas parecidas a los terribles lanzarayos de los Señores de las Estrellas, si bien Semley pudo advertir que se trataba de simples garrotes de metal. Lo que vio, lo vio sin observar; avanzó por donde la conducían, sin volver la cabeza ni a derecha ni a izquierda. Cuando hubieron llegado frente a un grupo de gredosos que lucían diademas de acero sobre sus cabellos, el guía se detuvo y con voz profunda anunció:

–¡Los excelsos Señores de Gdemiar!

Eran siete y todos le habían clavado los ojos con tal arrogancia pintada en sus grises rostros terrosos que ella sintió deseos de reír.

–He venido hasta vosotros para buscar el tesoro perdido de mi familia, Señores del Reino de las Tinieblas –dijo en tono solemne–. Busco el botín de Leynen, el Ojo del Mar –su voz sonaba débil en medio del estrépito.

–Así nos lo han dicho nuestros mensajeros, Semley, señora de Hallan –esta vez logró determinar quién le había hablado: un individuo más bajo que los otros, que apenas si le llegaría

al pecho y lucía un resto fiero en el rostro—. No poseemos lo que buscas.

–En otro tiempo lo tuvisteis, se dice.

–Mucho es lo que se dice allí donde el Sol centellea.

–Y las palabras son llevadas por el viento, allí donde el viento sopla. No pregunto cómo se ha perdido el collar ni cómo ha vuelto a vosotros, sus artífices de antaño. Esas son viejas historias, antiguas habladurías. Sólo intento encontrarlo ahora. Vosotros no lo poseéis, pero quizá sepáis dónde está.

–No está aquí.

–Estará, pues, en otro lugar.

–Está donde tú no puedes llegar; no, a menos que cuentes con nuestra ayuda.

–Ayudadme, pues; os lo pido en mí condición de huésped vuestra.

–Se ha dicho: los Angyar toman; los Fia dan; los Gdemiar dan y toman. Si hiciéramos esto por ti, ¿qué nos darías?

–Mi gratitud, Señores de la Noche.

Y permaneció firme y bella, sonriente entre ellos. Todos la contemplaban con asombro maligno, con hosco sentimiento.

–Escucha, Angya, grande es el favor que pides; no sabes cuánto; no puedes comprenderlo. Perteneces a una raza que no lo comprenderá, porque sólo os cuidáis de cabalgar en los vientos, de levantar cosechas, pelear a espada y vocear juntos. ¿Pero quién fabrica vuestras espadas de acero brillante? ¡Nosotros, los Gdemiar! Vuestros jefes vienen aquí, a los Campos de Arcilla, compran sus espadas y se alejan sin mirar ni comprender. Pero ahora tú estás aquí, podrás mirar, podrás observar algunas de las maravillas infinitas de nuestra raza: las luces que arden por siempre, el carro que se impulsa a sí mismo, las máquinas que hacen nuestras ropas y cuecen nuestros alimentos y purifican nuestro aire y nos sirven en todo. Debes saber que todas estas cosas están más allá de tu entendimiento. Y tenlo presente: ¡nosotros, los Gdemiar, somos amigos de aquellos a los que llamáis Señores de las Estrellas! Con ellos hemos ido a Hallan, a Roohan, a Hul–Orren, a todas vuestras mansiones, para ayudarlos a entenderse con vosotros. Los Señores a quienes los orgullosos Angyar pagáis tributo son nuestros amigos. Ellos nos favorecen tal como nosotros los favorecemos. Pues bien, ¿qué significa para nosotros tu agradecimiento?

–Esto lo debéis contestar vosotros –repuso Semley–, no yo. Te he hecho mi pregunta, contéstala, Señor.

Por un instante los siete se agruparon para hablar y callar luego. Las miradas la buscaron, la evitaron, el silencio se adensó. Una muchedumbre se agrupaba en torno a ellos, crecía con rapidez y sin ruidos. Repentinamente Semley estuvo rodeada de centenares de opacas cabezas negras, hasta que se cubrió de gente todo el suelo de la caverna resonante, excepto un pequeño espacio cercano a la Señora de Hallan. La bestia alada se agitaba, entre el temor y el enojo demasiado tiempo reprimidos, y sus ojos se dilataban como cuando un animal de su especie se veía obligado a volar de noche. Semley acarició la tibia piel de la cabeza, murmurando:

–Tranquilízate, mi valiente señor del viento...

–Angya, te llevaremos hasta donde está el tesoro –una vez más le había hablado el gredoso de la cara blanca y diadema de acero–. No podemos hacer otra cosa. Deberás venir con nosotros en demanda del collar, hasta donde están quienes ahora lo poseen. La bestia alada no podrá acompañarte. Debes partir sola.

–¿Cuán largo será el viaje, Señor?

El gredoso apretó los labios con fuerza.

–Será prolongado, Señora. Aunque no haya de durar más que una larga noche.

–Agradezco vuestra cortesía. ¿Podréis cuidaros de mi montura por esta noche? Ningún daño debe ocurrirle.

–Dormiré hasta tu regreso. Habrás cabalgado en una bestia aérea mucho mayor cuando vuelvas a ver esta tuya. ¿No preguntas adónde te llevaremos?

–¿Podremos emprender ya ese viaje? Quisiera no faltar por mucho tiempo de mi hogar.

–Sí. En seguida –los labios grises se distendieron.

De lo ocurrido en las horas siguientes Semley no podría dar cuenta. Todo era prisa, confusión, estrépito, sorpresa. Mientras ella acariciaba la cabeza de su cabalgadura, un gredoso introdujo una larga aguja en la corva dorada de la bestia. Semley estuvo a punto de gritar, pero el animal se agitó apenas y luego, entre ronroneos, quedó dormido. Con claras muestras de miedo, un grupo de hombres cogió a la bestia dormida para llevársela. Más tarde vio cómo una aguja se introducía en su propio brazo, quizá para probar su valor, porque no se sintió adormecida, aun cuando no estaba cierta de ello. Viajó en carros que atravesaban puertas de hierro innumerables cavernas abovedadas. Hubo un instante en que el carro rodó por una caverna estrecha, por completo sombría y la oscuridad estaba poblada de raras alimañas. Oyó sus chillidos, los gritos roncós, y vio grandes bandadas frente a las luces del carro; cuando pudo verlas a la débil luz blanca, comprobó que no tenían alas y

que eran ciegas. Y cerró los ojos ante tal visión. Pero había más túneles a recorrer, y siempre más cavernas, más cuerpos grises, y feas caras y retumbantes voces graves, hasta que por fin llegaron al aire libre. Era noche cerrada; elevó la vista, feliz, hacia las estrellas y la única luna resplandeciente, la pequeña Heliki que brillaba en el oeste. Pero los gredosos estaban aún junto a ella y la hacían penetrar en otro carro o en otra cueva, no estaba cierta. Era un espacio pequeño, lleno de diminutas luces temblorosas, muy estrecho y claro, después de las enormes cavernas húmedas y de la noche iluminada de estrellas. Otra aguja penetró en sus carnes y le dijeron que tendría que dejarse atar en una especie de silla plana: ligaduras en la cabeza, manos y pies.

–No lo permitiré –dijo Semley.

Pero al ver que sus cuatro acompañantes gredosos se dejaban atar, se sometió. Quedaron solos. Hubo un estruendo y luego un hondo silencio; un peso enorme, invisible, la oprimía; luego desapareció todo: peso, sonido, todo.

–¿He muerto? –preguntó Semley.

–Oh, no, Señora –respondió una voz desagradable.

Al abrir los ojos entrevió una cara blanca, inclinada sobre ella, una gran boca sumida, ojos como piedras. Sus ligaduras

habían desaparecido y dio un brinco: no tenía peso ni cuerpo. Se sintió como una mera ráfaga de terror en el viento.

–No te haremos daño –dijo la voz o varias de ellas–. Permítenos tan sólo tocar tu cabello; déjanos tocarlo...

El carro tembló un tanto. Fuera de su única ventana se extendía una noche total... ¿o era bruma, o nada? Una larga noche, le habían dicho. Muy larga. Sentada, inmóvil, soportó el contacto de las gruesas manos grises sobre su cabello. Luego quisieron tocarle las manos, los pies y los brazos, y uno, la garganta: saltó entonces en pie, y mostró los dientes; los gredosos retrocedieron.

–No te hemos hecho daño, Señora –le dijeron.

Sacudió su cabeza.

Cuando se lo ordenaron, volvió a tenderse en la silla y a dejarse atar. Cuando la luz se tornó dorada, a través de la ventana, hubiera querido llorar ante aquel espectáculo, pero cayó desfallecida.

–Bien –dijo Rocannon–, al menos ahora sabemos a qué raza pertenece.

–Querría tener el medio de saber quién es –murmuró el director–. Busca algo que tenemos aquí, en el museo. ¿No es lo que han dicho los trogloditas?

–No los llames trogloditas –observó Rocannon, lleno de escrúpulos; como exoetnólogo, especializado en formas de vida inteligentes, se resistía al empleo de tales palabras–. No son hermosos, pero tienen el grado C entre nuestros aliados... Me pregunto por qué la Comisión los escogió a ellos para el plan de desarrollo, aun antes de tomar contacto con todas las especies inteligentes. Apuesto a que lo decidieron los de Centauro; a los centaurianos siempre les han gustado los cavernícolas nocturnos. Creo que aquí tenemos la especie II.

–Parecen tenerle un temor respetuoso, estos trogloditas.

–¿Tú no?

Ketho contempló a la mujer una vez más, y se ruborizó, sonriente.

–Vaya, en cierto modo; jamás, en dieciocho años, había visto tan bello tipo alienígena, ni aquí ni en Nueva Georgia del Sur. Y, de hecho, jamás había visto ninguna mujer tan bella. Parece una diosa –el rubor le cubrió ahora la calva, porque Ketho era un hombre tímido, nada afecto a las hipérboles; pero Rocannon asintió con sobriedad.

–Preferiría hablarle sin estos trog... Gdemiar de por medio. Pero no hay manera –Rocannon se encaminó hacia los visitantes y, cuando ella volvió su espléndido rostro, le hizo una profunda reverencia, hasta plantar un rodilla en tierra, con la cabeza doblada y los ojos cerrados.

Era lo que él denominaba un «gesto de acercamiento intercultural» y lo ejecutaba con cierta gracia. Cuando se irguió, la mujer habló, sonriente.

–Ha dicho «salud, Señor de las Estrellas» –gruñó uno de los pigmeos, en su monserga galáctica.

–Salud, Señora de los Angyar –respondió Rocannon–. ¿En qué podemos complacer a la Señora nosotros, los del museo?

Tras los gruñidos del troglodita, la voz de la mujer se deslizó como una brisa de plata.

–Ha dicho que, por favor, le devolváis su collar, tesoro de sus ancestros remotos.

–¿Qué collar? –preguntó el científico.

La mujer, que le había comprendido, señaló el centro de una vitrina que exhibía una pieza magnífica: una cadena de amarillo oro, macizo pero delicado en su orfebrería, con un enorme zafiro azul engastado en el centro. Rocannon enarcó las cejas, mientras Ketho murmuraba sobre su hombro:

–Tiene buen gusto. Es el collar Fomalhaut, una pieza única.

La joven sonrió a los dos hombres y volvió a hablarles.

–Ha dicho: Señores de las Estrellas, Joven y Anciano, Habitantes de la Casa de los Tesoros, este tesoro es mío. Mucho, mucho tiempo atrás. Gracias.

–¿De dónde salió esta pieza, Ketho?

–Veamos; déjame consultar el catálogo. Aquí lo tengo. Aquí está. Salió de estos trog... bueno, lo que sean, Gdemiar. Al parecer estos tipos tienen la obsesión de los negocios; tuvimos que dejarles comprar la nave con que han venido, una AD-4. El collar fue parte del pago. Fue hecho por ellos.

–Apostaría a que ya no pueden hacer esta clase de trabajo; ahora están adiestrados en la rama industrial.

–Pero se diría que piensan que la joya pertenece a esta mujer y no a ellos o a nosotros. Ha de ser importante, Rocannon, o no le habrían dedicado tanto tiempo a esta diligencia. El intervalo objetivo entre Fomalhaut y aquí debe de ser considerable.

–Varios años, sin duda –contestó el etnólogo, que sabía de viajes espaciales–. No muchos.

–Bueno, ni el Manual ni la Guía me dan datos suficientes para una estimación correcta. Está claro que estas especies no han sido estudiadas bien. Los pigmeos le deben estar

manifestando mera cortesía. O quizá una guerra interracial dependa del maldito zafiro. O quizá los deseos de ella sean órdenes, porque la consideran superior. O, a pesar de las apariencias, puede que ella esté prisionera, que sea un señuelo. ¿Cómo podemos saber...? ¿Puedes disponer de las piezas, Ketho?

–Oh, sí. Todos los objetos de la sala Exótica están, técnicamente, en carácter de préstamo, no son de nuestra propiedad, ya que estas reclamaciones se han producido siempre. Pocas veces ha habido negativas. Paz, antes que nada, hasta que llega la Guerra...

–Entonces creo que es mejor que se lo entregues.

Ketho sonrió.

–Es un privilegio –dijo, y abriendo la vitrina cogió la gruesa cadena de oro; luego, tímido, la tendió hacia Rocannon–. Dásela tú.

Y la piedra azul, por un instante, refulgió en las manos del científico. Pero su mente estaba lejos; se volvió hacia la espléndida alienígena con el manojo de fuego azul y oro. Ella no alzó las manos para cogerlo, sino que inclinó la cabeza y él deslizó el collar sobre sus cabellos. Refulgía como una brasa en torno a su garganta bronceo dorada. Parecía tan llena de orgullo, delectación y gratitud que Rocannon enmudeció y el director murmuró en su propia lengua:

–Es un placer, un gran placer...

La mujer inclinó la cabeza en un saludo hacia Ketho y Rocannon, luego se volvió hacia sus guardias (¿o captores?) y envolviéndose en la capa azul atravesó el salón y se marchó.

–A veces siento... –comenzó Rocannon.

–¿Qué? –preguntó Ketho con voz ronca, tras una larga pausa.

–A veces siento, cuando... me encuentro con estas gentes de mundos que conocemos tan poco, a veces... siento como si transitara por el margen de una leyenda, de un mito trágico, tal vez, que no alcanzo a comprender...

–Sí –dijo el director, aclarándose la garganta–. Me pregunto... Me pregunto cuál es su nombre.

Semley la Bella, Semley la Dorada, Semley la del Collar. Los gredosos se habían plegado a su deseo y también lo habían hecho los Señores de las Estrellas, en aquel terrible lugar al que la llevaran los gredosos, la ciudad que estaba al término de la noche. Le habían hablado y le habían devuelto con alegría su tesoro.

Pero aún no había podido desechar el sentimiento opresivo de aquellas cavernas que la rodearon, donde la roca la aplastaba, las voces retumbaban y las grises manos se tendían a... Ya era suficiente. Había pagado por el collar;

bien. Ahora le pertenecía. La cuenta estaba saldada, el pasado era pasado.

Su montura alada se había deslizado fuera de una gran caja, con los ojos como velados y la piel escarchada; en un principio, al abandonar las cuevas de los Gdemiar no había querido volar. Ahora el animal estaba restablecido, y volaba en un suave viento sureño, a través del cielo brillante, hacia Hallan.

–Rápido, rápido –le decía, entre sonrisas, a medida que el viento despejaba la obscuridad de sus pensamientos–, quiero llegar pronto junto a Durhal...

Y volaron, veloces, de regreso a Hallan, donde llegaron al atardecer del segundo día. Ya las cavernas de los gredosos no eran más que una pesadilla lejana; estaban a mil pasos de Hallan y atravesaron el Puente del Precipicio, donde los bosques prosperan. En la luz dorada del crepúsculo desmontó en las cuerdas y caminó entre las rígidas estatuas de los antepasados heroicos; los guardias, en el portal, se inclinaron, sin dejar de admirar la mágica joya que lucía en torno a su garganta.

En la sala de entrada detuvo a una joven que pasaba, una joven bellísima, parienta cercana de Durhal, por su aspecto, aunque Semley no lograba recordar su nombre.

–¿Me conoces, doncella? Soy Semley, la esposa de Durhal. ¿Le dirás a la Señora Durossa que he regresado?

Porque temía entrar y, quizá, hallarse sola en presencia de Durhal necesitaba el apoyo de Durossa.

La niña la observaba con extrañeza; murmurando «sí, Señora», se precipitó hacia la Torre.

Semley permaneció de pie en la ruinosa sala dorada. Nadie acudía.

¿Estarían cenando en el Gran Salón? El silencio era agobiante. Tras unos momentos, Semley se encaminó hacia la escalinata de la Torre. Pero una anciana le salió al encuentro, atravesando el piso de piedra, con los brazos abiertos, sollozante.

–¡Oh, Semley, Semley!

Jamás había visto a aquella mujer de cabellos grises, y dio un paso atrás.

–¿Quién eres tú, Señora?

–Soy Durossa, Semley.

Se mantuvo silenciosa y sin moverse durante todo el tiempo en que Durossa, entre abrazos y sollozos, le preguntaba si era verdad que los Gredosos la habían capturado y la habían puesto bajo hechizo por todos esos

largos años. ¿O habían sido los Fiiia con sus extrañas artes? Luego Durossa dejó de llorar y dio un paso atrás.

–Aún estás joven, Semley. Tan joven como en el día en que te marchaste. Y llevas el collar en tu cuello...

–He traído mi presente a mi marido Durhal. ¿Dónde está él?

–Durhal ha muerto.

Semley quedó petrificada.

–Tu marido, mi hermano Durhal, el Señor de Hallan, fue muerto en una batalla hace siete años, nueve años después de tu partida. Los Señores de las Estrellas jamás regresaron. Entramos en guerra con las Castas del Este, con los Angyar de Log y con Hul–Orren. Durante la lucha Durhal cayó herido por la lanza de un normal, porque su cuerpo tenía poca protección, y su espíritu ninguna. Yace sepultado en los campos cercanos al pantano de Orren.

Semley giró sobre sí misma.

–Allí lo buscaré, pues –dijo mientras cubría con la mano la cadena de oro–. Le entregaré mi dote.

–¡Aguarda, Semley! ¡La hija de Durhal, tu hija! ¡Aquí está, Haldre la Bella!

Era la joven con la que ya había hablado, a la que había preguntado por Durossa, una joven de tal vez diecinueve

años, con los mismos ojos azules oscuros de Durhal. De pie junto a Durossa, no quitaba sus ojos profundos de aquella Semley que era su madre y tenía su misma edad. Iguales eran sus años, sus cabellos de oro, su belleza; sólo que Semley era apenas más alta y lucía la piedra azul en su pecho.

–Es tuyo. Tómallo. ¡Para Durhal y para Haldre lo he traído desde el fin de una larga noche! –Semley gritó estas palabras en tanto se arrancaba la pesada cadena, que cayó sobre la piedra con un frío y musical sonido–. ¡Es tuyo, Haldre! –gritó una vez más.

Agitada por el llanto se volvió y se alejó de Hallan, por el puente y la escalinata, precipitándose en el bosque de la ladera montañosa.

ABRIL EN PARÍS

Este es el primer cuento que me pagaron; el segundo que publiqué y, posiblemente, el trigésimo o cuadragésimo que escribí. Hago poesía y ficción desde que mi hermano Ted, cansado de tener una hermana de cinco años analfabeta, me enseñó a leer. Alrededor de los veinte empecé a mandar cosas a los editores. Publicaron algunas poesías, pero fue a los treinta que empecé a mandar ficción sistemáticamente. Sistemáticamente me la iban devolviendo.

Abril en París fue la primera de mis obras que formó parte de un “género” (fantasía reconocible o ciencia ficción) desde 1942, cuando escribí un Origen-de-la-vida-sobre-la-Tierra para

Astounding que, inconcebiblemente, fue rechazado (John Campbell y yo nunca concordamos). A los doce años tuve la satisfacción de recibir una auténtica comunicación impresa de rechazo, pero a los treinta y dos tuve la satisfacción de recibir un cheque. El “profesionalismo” no es una virtud; un profesional es alguien que recibe una paga por hacer lo que un aficionado hace por amor. Pero en una economía del dinero como la nuestra, el hecho de recibir una paga implica que tu trabajo va a circular, que lo van a leer; es la manera de comunicarse, que es la meta del artista. Celle Goldsmith Lalli fue quien compró este cuento en 1962, y era la editora más perceptiva y emprendedora que jamás haya tenido una revista de ciencia ficción. Le estoy agradecida por haberme abierto las puertas.

El profesor Barry Pennywither estaba sentado en una buhardilla fría, sombría y no apartaba los ojos de la mesa que estaba ante él, sobre la que descansaban un libro y una cáscara de pan. El pan había sido su cena, el libro el trabajo de toda su vida. Los dos estaban secos. El doctor Pennywither suspiró, y después se estremeció. Aunque los departamentos de los pisos inferiores de la antigua casa

eran bastante elegantes, la calefacción se apagaba el 1 de abril, pasara lo que pasara; ese día era 2 de abril, y había cellisca. Si el doctor Pennywither alzaba un poco la cabeza podía ver desde su ventana las dos torres cuadradas de Notre Dame de Paris, inciertas y cerniéndose en el crepúsculo, tan cercanas que casi podían tocarse; porque la Isla de Saint Louis, donde él vivía, es como una pequeña barcaza remolcada río abajo detrás de la Isla de la Cité, donde se yergue Notre Dame. Pero no alzó la cabeza. Tenía demasiado frío.

Las grandes torres se hundieron en la obscuridad. El doctor Pennywither se hundió en el desánimo. Miraba su libro con aversión. Gracias a él había ganado un año en París: publicar o morir, dijo el decano de Facultades, y él había publicado, y lo habían recompensado con una licencia de un año sin enseñar, sin paga. El Munson College no podía permitirse pagar a profesores que no enseñaban. Así que con sus trabajosos ahorros había regresado a París, a vivir otra vez como un estudiante en una buhardilla, a leer manuscritos del siglo XV en la Biblioteca, a ver florecer los castaños a lo largo de las avenidas. Pero no había funcionado. Tenía cuarenta años, demasiado viejo para buhardillas solitarias. La cellisca agostarí­a las flores en capullo de los castaños. Y su trabajo lo tenía enfermo. ¿A quién le importaba su teoría, la Teoría Pennywither, respecto a la misteriosa desaparición del poeta François

Villon en 1463? A nadie. Porque después de todo su Teoría sobre el pobre Villon, el delincuente juvenil más grande de todos los tiempos, era sólo una teoría y no podría demostrarse nunca, no a través de un abismo de quinientos años. No podía demostrarse nada. ¿Y además qué importaba si Villon murió en la horca de Montfaucon o (como pensaba Pennywither) en un burdel de Lyon en camino a Italia? A nadie le importaba. Ya nadie amaba lo suficiente a Villon. Nadie amaba al doctor Pennywither, tampoco; ni siquiera el doctor Pennywither. ¿Por qué iba a hacerlo? Un pedante asocial, soltero, mal pagado, sentado a solas en un desván sin calefacción de una vivienda sin restaurar tratando de escribir otro libro ilegible.

–Soy poco realista –dijo en voz alta con otro suspiro y otro escalofrío.

Se levantó y quitó la frazada de la cama, se envolvió en ella, se sentó así abrigado ante la mesa, y trató de encender un Gauloise Bleue. El encendedor chasqueó en vano. Suspiró una vez más, se levantó, tomó una lata de maloliente fluido francés para encendedores, se sentó, se envolvió otra vez en su capullo, llenó el encendedor, y lo hizo chasquear. El fluido se había desparramado un poco. El encendedor se encendió, y también el doctor Pennywither, de las muñecas en adelante.

–¡Demonios! –exclamó, con llamas azules saltando de sus nudillos, y se puso en pie de un salto agitando los brazos locamente, gritando «¡Demonios!» y encolerizado con el Destino.

Nada salía bien. ¿Qué sentido tenía todo? Eran las 08:12 de la noche del 2 de abril de 1961.

Un hombre estaba sentado con los hombros encorvados ante una mesa, en un cuarto frío, alto. A través de la ventana que estaba tras él las dos torres cuadradas de Notre Dame se erguían en el ocaso primaveral. Frente a él, sobre la mesa, había un trozo de queso y un libro enorme, con cerrojos de hierro, manuscrito. El libro se llamaba (en latín) De la Primacía del Elemento Fuego sobre los Otros Tres Elementos. Su autor lo miraba con aversión. Cerca, sobre una pequeña estufa de hierro hervía a fuego lento un pequeño alambique. Jehan Lenoir acercaba su silla con un movimiento mecánico hacia la estufa de vez en cuando, un par de centímetros, en busca de calor, pero su mente estaba concentrada en problemas más profundos. «¡Demonios!» dijo al fin (en francés medieval tardío), cerró el libro de un golpe y se levantó. ¿Qué pasaba si su teoría estaba equivocada? ¿Qué pasaba si el agua era el elemento primordial?

¿Cómo puede uno demostrar algo semejante? ¡Tiene que haber algún modo, algún método para estar seguro, absolutamente seguro, de un solo hecho! Pero cada hecho llevaba a otros, se armaba un enredo monstruoso, y las Autoridades se oponían, y sea como fuere nadie leería su libro, ni siquiera los miserables pedantes de la Sorbona. Olfateaban herejía. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué había de bueno en esa vida pasada en la pobreza y la soledad, si no había aprendido nada, simplemente adivinado y teorizado? Se paseó por la buhardilla, furioso, y después se quedó inmóvil.

–¡Muy bien! –le dijo al Destino–. ¡Perfecto! ¡No me has dado nada, así que tomaré lo que necesito!

Se dirigió a uno de los montones de libros que cubrían la mayor parte del piso, sacó de un tirón un volumen de debajo de uno de ellos (rayando el cuero y lastimándose los nudillos cuando los infolios de encima cayeron en avalancha), lo depositó con violencia sobre la mesa y empezó a estudiar una de sus páginas. Después, aún con una decidida y fría expresión rebelde, preparó lo necesario: sulfuro, plata, tiza... Aunque la habitación estaba cubierta de polvo y desordenada, su pequeño banco de trabajo se veía ordenado y bien dispuesto. Pronto estuvo listo. Entonces hizo una pausa.

–Esto es ridículo –murmuró, mirando por la ventana hacia la oscuridad donde uno ahora sólo podía adivinar las dos torres cuadradas.

Un vigilante pasó abajo dando la hora en voz alta, las ocho de una noche límpida y fría. Todo estaba tan inmóvil que pudo oír cómo el agua del Sena lamía las orillas. Se encogió de hombros, frunció el entrecejo, tomó la tiza y trazó una pulcra estrella de cinco puntas en el piso, cerca de la mesa, después alzó el libro y empezó a leer con voz clara pero tímida:

–Haere, haere, audi me...

Era un encantamiento largo, y en su mayor parte insensato. Su voz se apagó. Se quedó de pie, aburrido y molesto. Recorrió más rápido las últimas palabras, cerró el libro, y después cayó hacia atrás contra la puerta, con la boca muy abierta, los ojos clavados en la figura enorme, informe que estaba parada dentro de la estrella, iluminada sólo por las azules llamas vacilantes de sus garras feroces, ondulantes.

Barry Pennywither pudo controlarse al fin y apagar el fuego enterrando las manos en los pliegues de la frazada con la que estaba envuelto. Ileso pero perturbado, volvió a sentarse. Miró su libro. Después lo miró con más atención.

Ya no era delgado y gris y llevaba como título *Los últimos años de Villon: investigación de posibilidades*. Era grueso y marrón y se titulaba *Incantatoria Magna*. ¿Sobre su mesa? Un manuscrito invaluable proveniente del año 1407, del que existía una sola copia indemne en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Miró lentamente a su alrededor. La boca se le fue abriendo lentamente. Observó una estufa, el banco de trabajo de un químico, dos o tres docenas de montones de libros increíbles encuadernados en cuero, la ventana, la puerta. Su ventana, su puerta. Pero encogida contra la puerta se veía una pequeña criatura, negra e informe, desde la que surgía un seco sonido traqueteante.

Barry Pennywither no era un hombre muy valiente, pero era racional. Pensó que había enloquecido, y por lo tanto dijo con bastante firmeza:

–¿Es usted el diablo?

La criatura se estremeció y traqueteó.

A modo de experimento, dando un vistazo hacia la invisible Notre Dame, el profesor hizo la Señal de la Cruz.

Ante esto la criatura se crispó; no retrocedió, se crispó. Después dijo algo con voz débil, pero en un inglés perfecto –no, en un francés perfecto– no, en un francés bastante extraño:

–Mais vous estes de Dieu –dijo.

Barry se irguió y la escrutó.

–¿Quién es usted? –preguntó, y la criatura alzó un rostro muy humano y contestó con voz humilde:

–Jehan Lenoir.

–¿Qué está haciendo usted en mi cuarto?

Hubo una pausa. Lenoir dejó de estar de rodillas y se irguió, en toda su estatura de un metro sesenta.

–Este es mi cuarto –dijo al fin, aunque con gran cortesía.

Barry paseó la mirada por los libros y alambiques que lo rodeaban. Hubo otra pausa.

–¿Entonces cómo llegué aquí?

–Yo lo traje.

–¿Usted es doctor?

Lenoir asintió, con orgullo. Toda su actitud había cambiado.

–Sí, soy doctor –dijo–. Sí, yo lo traje aquí. ¡Si la Naturaleza no quiere cederme el conocimiento, entonces puedo conquistar a la propia Naturaleza, puedo obrar un milagro! Al diablo con la ciencia entonces. Yo era científico... –miró a Barry con los ojos ardientes–. ¡Ya no! Me llaman idiota, hereje. ¡Por Dios, soy algo peor que eso! ¡Soy un hechicero, un mago negro, Jehan el negro! La magia funciona, ¿verdad? Entonces la ciencia es una pérdida de tiempo. ¡Ja! –dijo,

pero en realidad no parecía triunfante-. Me gustaría que no hubiese funcionado -dijo con más calma, paseándose de aquí para allá entre los infolios.

-A mí también -dijo el huésped.

-¿Quién es usted? -Lenoir alzó una mirada desafiante hacia Barry, aunque había una diferencia de casi treinta centímetros entre ambos.

-Barry A. Pennywither. Soy profesor de francés en el Munson College de Indiana, de licencia en París para proseguir mis estudios de francés medieval tar... -se detuvo; acababa de tomar conciencia del tipo de acento que tenía Lenoir-. ¿En qué año estamos? ¿En qué siglo? Por favor, doctor Lenoir... -el francés parecía confundido; los significados de las palabras cambian tanto como su pronunciación-. ¿Quién gobierna este país? -gritó Barry.

Lenoir se encogió de hombros, con el movimiento típico de un francés (hay cosas que nunca cambian).

-Luis es rey -dijo-. Luis XI. La vieja araña mugrienta.

Se quedaron mirándose el uno al otro como indios de madera durante cierto tiempo. Lenoir fue el primero en hablar.

-¿Entonces usted es un hombre?

–Sí. Escuche, Lenoir, creo que usted... su encantamiento... tiene que haber chapuceado un poco.

–Es evidente –dijo el alquimista–. ¿Usted es francés?

–No.

–¿Es inglés? –los ojos de Lenoir ardieron–. ¿Es usted un mugriento anglo?

–No. No. Soy de Norteamérica. Vengo de... de su futuro. Del siglo veinte después de Cristo –Barry se ruborizó.

Sonaba tonto, y él era un hombre modesto, pero sabía que no se trataba de un espejismo. El cuarto en el que se encontraban, su cuarto, se veía nuevo. No con cinco siglos de edad. Descuidado, pero nuevo. Y la copia de Albertus Magnus que estaba junto a su rodilla era nueva, encuadernada en suave y flexible piel de becerro, con las letras doradas refulgentes. Y allí estaba Lenoir con su manto negro, no de traje, en casa...

–Le ruego que se siente, señor –estaba diciendo Lenoir; y agregó, con la cortesía espléndida aunque abstraída del erudito pobre–: ¿Le cansó el viaje? Tengo pan y queso, si quiere hacerme el honor de compartirlos.

Estaban sentados a la mesa masticando pan y queso. Al principio Lenoir intentó explicar por qué había probado con la magia negra.

–Estaba harto –dijo–. ¡Harto! Hace veinte años que soy esclavo de la soledad, ¿por qué? Por el conocimiento. Para aprender algunos de los secretos de la Naturaleza. No pueden aprenderse.

Clavó el cuchillo un centímetro en la madera de la mesa, y Barry saltó. Lenoir era un hombrecito delgado, pero evidentemente apasionado. Tenía un rostro magnífico, aunque pálido y enjuto: inteligente, alerta, vivaz. A Barry le recordaba el rostro de un famoso físico atómico, cuya fotografía había aparecido en los diarios hasta 1953. Por alguna razón la semejanza lo impulsó a decir:

–Algunos sí, Lenoir; hemos aprendido un poco, aquí y allá...

–¿Qué? –dijo el alquimista, escéptico, pero curioso.

–Bueno, no soy científico...

–¿Puede hacer oro? –sonreía mientras preguntaba.

–No, no creo, pero ellos hacen diamantes.

–¿Cómo?

–Con carbón, hulla, entiende: sometida a mucho calor y presión, según creo. La hulla y el diamante son carbón, entiende, el mismo elemento.

–¿Elemento?

–Como le decía, yo no soy...

–¿Cuál es el elemento primordial? –gritó Lenoir, con los ojos en llamas, el cuchillo en la mano.

–Hay unos cien elementos –dijo Barry fríamente, ocultando su alarma.

Dos horas después, una vez que le arrancó a Barry hasta la última gota de los restos del curso de química de la facultad, Lenoir se abalanzó fuera, a la noche, y reapareció poco más tarde con una botella.

–¡Oh, maestro mío –exclamó–, pensar que le ofrecí sólo pan y queso! –era un agradable burgundy, cosecha 1477, un buen año; después de que bebieron una copa juntos Lenoir dijo–: Si pudiese devolverle el favor...

–Puede. ¿Conoce el nombre del poeta François Villon?

–Sí –dijo Lenoir con cierta sorpresa–, pero sólo escribía basuras en francés, sabe, no en latín.

–¿Sabe cómo o cuándo murió?

–Oh, sí; ahorcado aquí en Montfaucon, en el 64 o el 65, con una pandilla de malhechores como él. ¿Por qué?

Dos horas después la botella estaba vacía, sus gargantas estaban secas, y el vigilante había dado las tres de una madrugada límpida y fría.

–Jehan, estoy agotado –dijo Barry–. Será mejor que me envíe de vuelta.

El alquimista era demasiado cortés, se sentía demasiado agradecido y tal vez también demasiado cansado como para discutir. Barry se paró rígidamente dentro de la estrella de cinco puntas, una alta figura envuelta en una frazada marrón, fumando un Gauloise Bleue.

–Adieu –dijo Lenoir con tristeza.

–Au revoir –contestó Barry.

Lenoir empezó a leer el encantamiento hacia atrás. La vela parpadeó, su voz se dulcificó:

–Me audi, haere, haere –leyó, suspiró, y alzó los ojos.

La estrella de cinco puntas estaba vacía. La vela parpadeó.

–¡Pero aprendí tan poco! –exclamó Lenoir dirigiéndose al cuarto vacío; después golpeó el libro abierto con los puños y dijo–: Y un amigo como ese... un verdadero amigo...

Fumó uno de los cigarrillos que le había dejado Barry: se había aficionado al tabaco en seguida. Durmió, sentado ante la mesa, durante un par de horas. Cuando despertó caviló un momento, volvió a encender la vela, fumó el otro

cigarrillo, después abrió el Incantatoria y empezó a leer en voz alta:

–Haere, haere...

–Oh, gracias a Dios –dijo Barry, saliendo con rapidez de la estrella de cinco puntas y estrechando la mano de Lenoir–. ¡Escuche, regresé allí, a este cuarto, este mismo cuarto, Jehan! Pero antiguo, horriblemente antiguo, usted no estaba allí... Pensé: Dios mío, ¿qué he hecho? Vendería mi alma por regresar, por estar con él... ¿Qué puedo hacer con lo que he aprendido? ¿Quién me creería? ¿Cómo puedo probarlo? ¿Y a quién demonios podría decírselo en todo caso? ¿A quién le importa? No podía dormir, me quedé sentado y gemí durante una hora...

–¿Se quedará?

–Sí. Mire, traje esto: por si usted me invocaba –avergonzado, exhibió ocho paquetes de Gauloises, varios libros, y un reloj de oro–. Podría venderlo por un buen precio –explicó–. Sabía que los francos en billetes no servirían de mucho.

Al ver los libros impresos los ojos de Lenoir refulgieron de curiosidad, pero siguió inmóvil.

–Amigo mío –dijo–, usted dijo que vendería el alma... sabe... yo también. Pero no lo hicimos. ¿Cómo pasó esto, después de todo? Que los dos seamos hombres. No

demonios. Sin pactos firmados con sangre. Dos hombres que vivieron en este cuarto...

–No sé –dijo Barry–. Lo desentrañaremos más tarde. ¿Puedo vivir con usted, Jehan?

–Haga de cuenta que está en su casa –dijo Lenoir con un gesto elegante que abarcó el cuarto, los estantes de libros, los alambiques, la vela que palidecía.

Al otro lado de la ventana, gris sobre gris, se alzaban las dos grandes torres de Notre Dame. Era el amanecer del 3 de abril.

Después del desayuno (costras de pan y cáscaras de queso) salieron y subieron a la torre sur. La catedral se veía como siempre, aunque más limpia que en 1961, pero el panorama le provocó una fuerte impresión a Barry. Lo que veía era un pueblito. Dos islas pequeñas cubiertas de casas; sobre la ribera derecha se amontonaban más casas dentro de un muro fortificado; sobre la ribera izquierda unas pocas calles sinuosas rodeaban el colegio superior; y eso era todo. Las palomas arrullaban en la piedra calentada por el Sol, entre las gárgolas. Lenoir, que ya había visto el panorama, estaba tallando la fecha (en números romanos) sobre un parapeto.

–Vamos a festejar –dijo–, salgamos al campo. Hace dos años que no me muevo de la ciudad. Iremos allí –señaló una verde colina brumosa sobre la cual apenas se veían un molino de viento y unas pocas chozas–. A Montmartre, ¿eh?, me dijeron que hay buenas tabernas.

La vida de ambos pronto se asentó en una serena rutina. Al principio Barry se ponía un poco nervioso en las calles atestadas de gente. Pero en un manto negro que le sobraba a Lenoir, lo único que lo denunciaba como extraño era la altura. Probablemente fuera el hombre más alto en la Francia del siglo quince. El nivel de vida era bajo y los piojos inevitables, pero Barry nunca había valorado mucho la comodidad; lo único que extrañaba realmente era el café en el desayuno. Una vez que compraron una cama y una navaja –Barry había olvidado la suya– y que lo presentaron al dueño de casa como M. Barrie, un primo de Lenoir que venía de Auvernia, quedó resuelto todo lo que tenía que ver con la vida doméstica. El reloj de Barry rindió un precio tremendo: cuatro piezas de oro, lo suficiente como para vivir durante un año. Lo vendieron como una asombrosa y nueva máquina para medir el tiempo que provenía de Iliria, y el comprador, un chambelán de la Corte que buscaba un regalo espléndido para obsequiarle al rey, miró la inscripción –Hamilton Bros, New Haven, 1881– y movió la cabeza en un sabio movimiento afirmativo. Por desgracia fue encerrado en una de las mazmorras del Rey Luis por cortesanos

perversos de Tours antes de que presentara el obsequio, y el reloj aún debe de estar allí, detrás de un ladrillo de las ruinas de Plessis; pero esto no perturbó a los dos eruditos. Por las mañanas vagaban contemplando la Bastilla y las iglesias, o visitando a diversos poetas menores en los que estaba interesado Barry; después del almuerzo discutían la electricidad, la teoría atómica, la fisiología, y otras cuestiones en las que estaba interesado Lenoir, y llevaban a cabo pequeños experimentos químicos y anatómicos, por lo general sin éxito; después de la cena simplemente hablaban. Charlas tranquilas, interminables, que recorrían los siglos pero siempre terminaban allí, en el cuarto en penumbras con la ventana abierta sobre la noche primaveral, en su amistad. Después de dos semanas era como si se hubieran conocido de toda la vida. Eran perfectamente felices. Sabían que no harían nada con lo que cada uno había aprendido del otro. ¿En 1961 cómo podría Barry probar su conocimiento del París antiguo, en 1482 cómo podría Lenoir probar la validez del método científico? No les molestaba. En realidad nunca habían esperado que les prestaran atención, sencillamente habían deseado aprender.

Así que eran felices por primera vez en sus vidas; tan felices, en verdad, que ciertos deseos antes siempre subyugados al deseo del conocimiento, empezaron a despertar.

–Supongo que nunca pensaste mucho en el matrimonio, ¿verdad? –dijo Barry una noche.

–Bueno, no –contestó su amigo, vacilante–. Es decir, estoy en las órdenes menores... y parecía irrelevante...

–Y costoso. Además, en mis tiempos, ninguna mujer que se respetara quería compartir el tipo de vida que llevo. Las mujeres norteamericanas son unas criaturas tan condenadamente equilibradas y eficientes y encantadoras, aterradoras...

–Y las mujeres de aquí son chiquitas y morenas, como escarabajos, con los dientes picados –dijo Lenoir hoscamente.

Esa noche no hablaron más sobre mujeres. Pero sí lo hicieron en la siguiente; y en la próxima; y en la otra, para festejar la disección exitosa del sistema nervioso central de una rana embarazada, bebieron dos botellas de Montrachet del 74 y se emborracharon.

–Invoquemos una mujer, Jehan –dijo Barry en tono bajo, lascivo, sonriendo como una gárgola.

–¿Y si esta vez hacemos que se alce un demonio?

–¿Hay realmente mucha diferencia?

Rieron como locos, y trazaron una estrella de cinco puntas.

–Haere, haere –empezó Lenoir; cuando le dio hipo, lo reemplazó Barry.

Leyó las últimas palabras. Hubo una ráfaga de aire frío, con olor a pantano, y en la estrella de cinco puntas apareció un ser de ojos enloquecidos y largo cabello negro, desnudo por completo, aullando.

–Mujer, por Dios –dijo Barry.

–¿Lo es?

Lo era.

–Oye, toma mi capa –dijo Barry, porque ahora el pobre ser estaba con la boca abierta y temblando; le puso la capa sobre los hombros.

Ella se la acomodó con un movimiento mecánico, murmurando.

–Gratias ago, domine.

–¡Latín! –gritó Lenoir–. ¿Una mujer que habla latín?

Le llevó más tiempo a él recobrase de esa conmoción que a Bota superar la suya. Al parecer era esclava en la servidumbre del subprefecto de Galia del norte, que vivía en la isla más pequeña de la barrosa ciudad isleña llamada Lutecia. Hablaba el latín con un fuerte acento celta, y ni siquiera sabía quien era emperador de Roma en su época. Realmente bárbara, dijo Lenoir con desprecio. Y lo era: una

bárbara ignorante, taciturna, humilde y de pelo enredado, piel blanca y claros ojos grises. La habían despertado de un sueño profundo. Cuando la convencieron de que no soñaba, supuso evidentemente que aquello era alguna broma de su amo extranjero y todopoderoso, el subprefecto, y aceptó la situación sin más trámites.

–¿Debo servirles, amos míos? –preguntó con timidez pero sin malhumor, mirando a uno y a otro.

–A mí no –gruñó Lenoir, y agregó en francés, dirigiéndose a Barry–: Adelante; yo dormiré en la despensa –y se fue.

Bota alzó los ojos hacia Barry. Ningún galo, y pocos romanos, tenían una estatura tan magnífica; ningún galo, ningún romano le había hablado nunca con tal bondad.

–Su lámpara –(era una vela, pero ella nunca había visto una vela)– está casi consumida –dijo–. ¿La apago?

Por dos sueldos adicionales al año el dueño de casa les permitió usar la despensa como segundo dormitorio, y Lenoir dormía ahora otra vez solo en la habitación principal de la buhardilla. Observaba el idilio de su amigo con un interés meditabundo, nada celoso. El profesor y la muchacha esclava se amaban con delectación y ternura. El placer que sentían empapaba a Lenoir con olas de júbilo protector. Bota había llevado una vida brutal, tratada

siempre como mujer pero nunca como ser humano. En una breve semana floreció, se reanimó, revelando bajo su suave pasividad una naturaleza alegre, inteligente.

–Te estás transformando en una parisiense hecha y derecha –oyó que la acusaba Barry una noche (las paredes del altillo eran delgadas). Ella contestó:

–Si supieras lo que es para mí no estar siempre defendiéndome, siempre temerosa, siempre sola...

Lenoir se incorporó en su catre y caviló. Alrededor de la medianoche, cuando todo estaba en silencio, se levantó y preparó sin hacer ruido las pizcas de sulfuro y plata, trazó la estrella de cinco puntas, abrió el libro. Leyó con mucha suavidad el encantamiento. Su rostro se veía preocupado.

En el interior de la estrella apareció un perrito blanco. Se asustó y dejó caer la cola, después se adelantó con timidez, olfateó la mano de Lenoir, alzó la cabeza hacia él con ojos líquidos y dejó escapar un gemido modesto, suplicante. Un cachorro perdido... Lenoir lo acarició. El perrito le lamió las manos y saltó alrededor de él, loco de alivio. En el collar de cuero blanco tenía una plaquita de plata grabada:

«Jolie, Dupont, 36 rue de Seine, París VIé.»

Jolie se acostó; después de mordisquear una costra de pan, se enroscó debajo de la silla de Lenoir. Y el alquimista

abrió el libro otra vez y leyó, nuevamente con suavidad, pero ahora sin timidez, sin miedo, sabiendo lo que pasaría.

Al salir de su despensa-dormitorio-cuarto-de-luna-de-miel por la mañana, Barry se detuvo en seco en el umbral. Lenoir estaba sentado en la cama, mimando a un cachorro blanco, y sumergido en la conversación con la persona sentada al pie de la cama, una pelirroja vestida de plata. El cachorro ladró. Lenoir dijo:

–¡Buenos días!

La mujer sonrió maravillosamente.

–Por todos los santos –murmuró Barry (en inglés); después dijo–: Buenos días. ¿De cuándo es usted?

El efecto era el que provocaría Rita Hayworth, sublimada: ¿Hayworth más la Mona Lisa, tal vez?

–De Altair, a unos siete mil años de ahora –dijo ella, con una sonrisa aún más maravillosa; su acento francés era peor que el de un estudiante de primer año consagrado al fútbol–. Soy arqueóloga. Estaba excavando en las ruinas de París III. Lamento hablar tan mal el idioma; como es lógico sólo lo conocemos por inscripciones.

–¿De Altair? ¿La estrella? Pero usted es humana... creo...

–Nuestro planeta fue colonizado por la Tierra hace unos cuatro mil años... es decir, dentro de tres mil años –rió con su risa maravillosa, y miró a Lenoir–. Jehan me lo explicó todo, pero sigo confundida.

–¡Fue peligroso intentarlo otra vez, Jehan! –lo acusó Barry–. Hemos sido muy afortunados, sabes.

–No –dijo el francés–. Afortunados no.

–Pero después de todo estás jugando con magia negra... Escuche no conozco su nombre, señora.

–Kislk –dijo ella.

–Oiga, Kislk –dijo Barry sin un sólo tropiezo–, la ciencia de ustedes debe de estar fantásticamente adelantada: ¿existe algún tipo de magia? ¿Existe o no? ¿Pueden las leyes de la Naturaleza quebrarse realmente, como parecemos estar haciendo?

–Nunca he visto u oído hablar de un caso de magia certificado.

–¿Entonces qué ocurre? –rugió Barry–. ¿Por qué ese estúpido encantamiento antiguo funciona para Jehan, para nosotros, ese único encantamiento, y aquí, en ninguna otra parte, para nadie más en cinco... no, ocho... no, quince mil años de historia registrada? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Y de dónde vino ese condenado cachorro?

–El cachorro estaba perdido –dijo Lenoir, con su rostro moreno muy grave–. En algún lugar cercano a esta casa, en la Île Saint–Louis.

–Y yo estaba clasificando fragmentos de vasijas –dijo Kisk, también con gravedad–, en el emplazamiento de una casa, Isla 2, Pozo 4, Sector D. Era un hermoso día de primavera, y yo lo odiaba. Lo detestaba. El día, el trabajo, la gente que me rodeaba –miró otra vez al enjuto y pequeño alquimista, con una mirada larga, serena–. Intenté explicárselo a Jehan anoche. Hemos mejorado la raza, entienden. Somos todos muy altos, saludables y hermosos. No tenemos emplomaduras en los dientes. Todos los cráneos de Norteamérica Primitiva tienen emplomaduras en los dientes... Algunos de nosotros somos morenos, otros blancos, otros de piel dorada. Pero todos hermosos, y saludables, y bien adaptados, y agresivos, y exitosos. Nuestras profesiones y la proporción de éxito son preplanificados para nosotros en los Hogares Preescolares Estatales. Pero de vez en cuando hay una falla genética. Yo, por ejemplo. Fui entrenada como arqueóloga porque los Maestros vieron que en realidad no me gustaba la gente, la gente viva. La gente me aburría. Todos parecidos a mí por fuera, todos extraños a mí por dentro. Cuando todos se parecen, ¿dónde queda el hogar?... Pero ahora he visto un cuarto poco higiénico con calefacción insuficiente. Ahora he visto una catedral que no está en ruinas. Ahora he conocido

a un hombre vivo que es más bajo que yo, con dientes en mal estado y mal genio. ¡Ahora estoy en casa, estoy donde puedo ser yo misma, ya no estoy sola!

–Sola –dijo Lenoir con suavidad dirigiéndose a Barry–. Soledad, ¿eh? La soledad es el encantamiento, la soledad es más fuerte... En realidad no parece sobrenatural.

Bota estaba espiando más allá del umbral, con el rostro enrojecido entre su cabello negro enmarañado. Sonrió con timidez y le dio los buenos días a la recién llegada en un cortés latín.

–Kislk no conoce el latín –dijo Lenoir con inmensa satisfacción–. Tenemos que enseñarle a Bota un poco de francés. Francés es el idioma del amor, según dicen, ¿eh? Vamos, salgamos y traigamos algo de pan. Tengo hambre.

Kislk ocultó su túnica plateada bajo la útil y anónima capa, mientras Lenoir se ponía su manto negro comido por las polillas. Bota se peinó, mientras Barry se rascaba pensativo una picadura de piojo del cuello. Después salieron a comprar las cosas para el desayuno. El alquimista y la arqueóloga interestelar iban primero, hablando en francés; la esclava gala y el profesor de Indiana los seguían, hablando en latín, tomados de la mano. Las calles estrechas estaban atestadas, brillaban con la luz del Sol. Sobre ellos Notre Dame elevaba sus dos torres cuadradas contra el cielo. Junto

a ellos el Sena era recorrido por ondas suaves. Era abril en París, y sobre las riberas del río florecían los castaños.

LOS MAESTROS

Los maestros fue el primer cuento de ciencia ficción auténtico, verdadero y de genuina lana virgen que publiqué, es decir, un cuento en el que, o para el que, la existencia y los logros de la ciencia son, de un modo u otro, esenciales. Por lo menos eso es lo que los lunes entiendo como ciencia ficción. Los martes a veces pienso en forma diferente.

Algunos escritores de ciencia ficción detestan la ciencia, su espíritu, su método y su obra. Algunos están contra la tecnología, otros la adoran. A mí me aburre la tecnología compleja, pero me fascinan la biología, la psicología, y los fines especulativos de la física y la astronomía, al menos hasta donde los comprendo. Un personaje habitual de mis cuentos es el científico, por

lo general un solitario, un aventurero aislado, alguien al margen de las cosas.

El tema de este cuento es un tema al que regresé más tarde y considerablemente mejor equipada. A pesar de ello tiene una buena frase: “Había estado tratando de medir la distancia que hay entre la Tierra y Dios”.

En la oscuridad había un hombre solo, desnudo, que sostenía una antorcha humeante. El resplandor rojizo iluminaba unos metros de aire y suelo; más allá, lo oscuro, lo inmensurable. De vez en cuando soplaban ráfagas de viento, se vislumbraba un brillo de ojos, se oía un vasto murmullo:

“¡Sostenla más alto!”

El hombre se esforzaba un poco más, a pesar de que la antorcha se sacudía en sus manos temblorosas. La alzó sobre su cabeza ostensiblemente, mientras la oscuridad avanzaba y parloteaba a su alrededor, envolviéndolo. El viento se hizo más frío, la llama roja menguó. Sus brazos rígidos empezaron a estremecerse, luego a sacudirse un poco; el rostro le brillaba con el sudor. Y de nuevo el parloteo suave, enorme:

“Sostenla en alto, más alto, sostenla en alto...”

El tiempo estaba detenido, sólo continuaban los susurros, que crecieron y crecieron hasta convertirse en un aullido. Sin embargo, para su espanto, nadie lo tocaba, nada aparecía dentro del círculo de luz.

–Ahora camina –ululó la gran voz–. Camina hacia adelante.

Con la antorcha sobre su cabeza fue pisando el suelo que no podía ver. No estaba... Y cayó, clamando socorro, rodeado por truenos y oscuridad mientras la antorcha, que no quería soltar, le chamuscaba los ojos. El tiempo... el tiempo y la luz y el dolor, habían vuelto a comenzar. Se sostuvo sobre sus manos y rodillas en el barro de una especie de zanja, la cara le picaba y se le nublaban los ojos ante la claridad. Desde su enlodada desnudez contempló la figura radiante y difusa erguida ante él. La luz se derramaba, gloriosa, sobre una blanca cabellera, los pliegues de una túnica blanca.

Los ojos miraron a Ganil, la voz le habló:

–Yaces en la Tumba. Yaces en la Tumba del Conocimiento. Aquí yacen eternamente tus antepasados entre las cenizas del Infierno –una pausa breve, y la voz le espetó–: ¡Levántate, oh Hombre caído!

Ganil pudo incorporarse. La figura blanca señaló.

–Esa es la Luz de la Razón Humana. Te ha conducido a la tumba. Arrójala...

Ganil se dio cuenta de que aún sostenía un palo negro y embarrado, la antorcha. Y la dejó caer.

–¡Levántate ahora! –gritó la figura blanca; su voz iba in crescendo–. ¡Levántate de la oscuridad y camina hacia la Luz del Día Común!

Ganil sintió acercarse unas manos que lo ayudaron, casi arrastrándolo; hombres de rodillas le ofrecían azafates y esponjas, otros le frotaron el cuerpo con toallas hasta dejarlo seco y abrigado con una capa gris sobre los hombros, rodeado de las risas y conversaciones extendidas por todo el amplio e iluminado salón. Un hombre calvo le palmeó el hombro.

–Vamos, es la hora del Juramento.

–¿He...? ¿He hecho todo bien?

–¡De maravillas! Sólo que estuviste demasiado tiempo aferrando esa maldita antorcha. Pensé que nos ibas a tener gruñendo en la oscuridad todo el día... Vamos.

Lo llevaron por el suelo negro, y bajo el altísimo cielorraso de envigado blanco, hasta una cortina también blanca, de rectos pliegues y diez metros de longitud, que caía hasta el suelo desde el techo.

–La Cortina del Misterio –dijo alguien a Ganil, como quien explica un hecho.

Las risas y las charlas habían muerto; todos lo rodeaban, silenciosos. La cortina se abrió sin ruidos. Ganil contempló nebulosamente lo que había aparecido: un elevado altar, una larga mesa, y un anciano vestido de blanco.

–Postulante, ¿jurarás con nosotros nuestro Voto?

Alguien codeó a Ganil y le susurró:

“Juraré.”

–Juraré –tartamudeó Ganil.

–¡Jurad entonces, Maestros del Rito! –el anciano levantó un objeto de plata: una cruz en forma de X sobre un pequeño pedestal de acero–. Por la Cruz del Día Común, juro no revelar nunca los ritos y misterios de mi Logia...

–Por la Cruz... juro... los ritos... –murmuraron los hombres que rodeaban a Ganil, que al impulso de un nuevo codazo murmuró con ellos.

–Vivir bien, trabajar bien, pensar bien...

Cuando Ganil terminó la letanía, una voz le susurró al oído:

–No jures.

–Evitar las herejías, denunciar a todos los nigromantes ante las Cortes del Colegio, y obedecer a los Maestros Superiores de mi Logia desde ahora hasta mi muerte...

–murmullos, murmullos; algunos parecían repetir el largo texto, otros no; Ganil, confundido, farfulló una o dos

palabras y luego calló-. Y juro no enseñar nunca los Misterios de la Mecánica a ningún gentil. Esto lo juro por el Sol –un rumor estridente ahogó casi las voces de los hombres mientras una parte del techo se iba abriendo pausadamente para mostrar el cielo de verano, gris amarillento y cubierto de nubes.

–¡Contemplad la Luz del Día Común! –gritó triunfante el anciano de blanco, y Ganil levantó el rostro hacia ella; la maquinaria, que parecía estampada sobre la claridad del cielo, estaba completamente abierta; hubo un rechinar de engranajes, luego silencio.

El anciano se adelantó, besó a Ganil en ambas mejillas, y dijo:

–Bienvenido, Maestro Ganil, al Rito Interior del Misterio de la Máquina.

La iniciación había terminado. Ganil era un Maestro más de la Logia.

–Tienes una fea quemadura –le dijo el hombre calvo mientras regresaban al salón. Ganil levantó la mano y descubrió que su sien y mejilla izquierdas estaban en carne viva-. Por suerte no te has herido el ojo.

–Te has librado por poco de que la luz de la Razón te cegara, ¿eh? –dijo una voz suave; mirando alrededor, Ganil

vio un hombre hermoso, de cabellos castaños y ojos azules, azules de verdad, como los de un gato albino o un caballo ciego; inmediatamente apartó la vista de la deformidad, pero el hombre rubio continuó con voz suave, la misma que había susurrado “No jures” durante la toma del Voto—. Soy Mede Fairman; voy a ser tu Co-Maestro en la tienda de Lee. ¿Tomamos una cerveza al salir de aquí?

El calor húmedo de la taberna que olía a cerveza y populacho fue un cambio extraño después de todo el terror y la ceremonia del día. Ganil se sintió mareado. Mede Fairman se bebió medio tazón, se quitó con placer la espuma de los labios y preguntó:

–¿Qué te pareció la iniciación?

–Fue... Bueno, fue...

–¿Te hizo sentir humilde?

–Sí –asintió Ganil–. Humilde de verdad.

–Hasta humillado –sugirió el hombre de los ojos azules.

–Sí. Un... un gran misterio –perplejo, Ganil contempló su cerveza.

Mede sonrió y dijo con su voz suave:

–Lo sé. Ahora bebe. Creo que un farmacéutico debería examinar esa quemadura.

Ganil lo siguió, obediente, y salieron a la tarde, a las calles angostas y atestadas de peatones, de carros de caballos y bueyes y de motores vacilantes. Los artesanos confirmaban la proximidad de la noche levantando sus paradas, y a lo largo de High Street las grandes puertas de las Tiendas y Logias ya estaban trancadas. Las casas, angulosas y destacadas, estaban separadas de vez en cuando por la fachada de un templo, amarilla y carente de adornos, señalada tan sólo por un simple círculo de bronce pulido. Bajo las quietas nubes del crepúsculo de aquel corto y pesado verano, la gente del Día Común, morena y bronceada, se amontonaba y holgazaneaba y empujaba y hablaba y maldecía y reía, y Ganil, aturdido por el cansancio y el dolor y la fuerte cerveza, se mantenía muy cerca de Mede, como si a pesar de su novísimo Magisterio, ese extraño de ojos azules fuese su único guía.

–XVI más XIX –dijo Ganil con impaciencia–, ¿qué diablos pasa, chico? ¿No puedes sumar?

El principiante se sonrojó.

–¿No es entonces XXXVI, Maestro Ganil? –preguntó con voz débil; como respuesta Ganil clavó una de las varillas que el chico había estado manipulando en el lugar correspondiente de la locomotora a vapor que estaba en reparación; sobraba una pulgada–. Es que mi pulgar es

demasiado largo –dijo el chico, mostrando sus manos nudosas; la distancia entre la primera coyuntura y la segunda del pulgar era, efectivamente, demasiado larga.

–Lo es –dijo Ganil; su rostro obscuro se obscureció–. Muy interesante. Pero la longitud de tu pulgar no tiene importancia mientras lo uses con firmeza. Lo que sí tiene importancia, so idiota, es que XVI más XIX no suman XXXVI; nunca lo han hecho, y nunca podrán, jamás lo harán hasta el fin del mundo, ¡pedazo de gentil incompetente!

–Sí, señor. Es tan difícil recordar, señor...

–Por supuesto que lo es, Aprendiz Wanno –dijo una voz profunda: Lee, el Maestro de la Tienda, un hombre gordo, de pecho amplio y brillantes ojos negros–. Ven un minuto, Ganil –invitó, conduciendo al novel Maestro a un rincón más tranquilo de la tienda, y luego prosiguió alegremente–: Eres un poco impaciente, Maestro Ganil.

–Wanno debería saber sus tablas de sumar.

–Bien sabes tú que hasta los Maestros olvidan de vez en cuando una suma –Lee le palmeó el hombro paternalmente–. Por un momento me pareció que pretendías que el chico lo computara –rió fuertemente, una hermosa risa de bajo a través de la cual brillaban jubilosos y con infinita perspicacia sus ojos–. Tómalo con calma, eso

es todo... Si no he entendido mal, el próximo Día del Altar vendrás a casa a cenar, ¿no es así?

–Me tomé la libertad...

–¡Magnífico, magnífico! Más puntos a tu favor. Ojalá ella eligiese a un sujeto bueno y estable como tú. Pero te haré una advertencia imparcial. Mi hija es una tunante voluntariosa –el Maestro volvió a reír, y Ganil hizo una mueca pesarosa.

Lani, la hija del Maestro de la Tienda, no sólo tenía en su bolsillo a la mayoría de los hombres jóvenes del negocio, sino también a su padre. Voluble e inteligente, al principio más bien había asustado a Ganil. Le tomó tiempo darse cuenta de que a él (sólo a él), le hablaba con cierta timidez, casi implorante. Por fin había reunido valor para hacerse invitar por la madre a una cena, primer paso oficial de un galanteo. Y allí seguía de pie donde Lee lo había dejado, y pensaba en la sonrisa de Lani.

–Ganil, ¿has visto alguna vez el Sol? –era una voz baja, seca y tranquila.

Se volvió, para encontrarse con los ojos azules de su amigo.

–¿El Sol? Sí, claro que lo he visto.

–¿Cuándo fue la última vez?

–A ver. Creo que tenía veintiséis años; hace cuatro. ¿No estabas entonces aquí en Edun? Salió al caer la tarde, y esa noche también salieron las estrellas. Recuerdo haber llegado a contar ochenta y una antes de que el cielo se cerrara.

–Por entonces yo estaba en el norte, en Keling. Era mi primer Magisterio –Mede se apoyó en el contracarril de madera de la pesada locomotora tipo mientras hablaba. Sus ojos claros miraron más allá de la ajetreada tienda: contemplaba a través de la ventana la lluvia continua y transparente de fines de otoño–. Hace un momento oí cuando hacías contar al joven Wanno... “Lo importante es que XVI más XIX no suman XXXVI...” “Cuando tenía veintiséis años, hace cuatro... Conté ochenta y una estrellas...” Un poco más y empezarás a computar, Ganil.

Ganil hizo una mueca, e inconscientemente se frotó la cicatriz blanquecina de su sien.

–Bueno, Mede, ¡infierno! ¡Hasta los gentiles saben cuánto es XXX menos IV!

Mede sonrió débilmente. Tenía en la mano su Bastón de Comparaciones, que bajó para dibujar una figura redonda en el suelo polvoriento.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–El Sol.

–Bien. También es una figura... Un número. La figura que significa Nada.

–¿La figura que significa Nada?

–Sí. Se podría usar en las tablas de restar, por ejemplo. II menos I es igual a I , ¿no es cierto? ¿Pero cuánto es II menos II ? –una pausa; golpeó el círculo con su bastón–. Esto.

–Sí, claro –Ganil contempló el círculo, la imagen sacra del Sol, la Luz escondida, el Rostro de Dios–. ¿Es éste conocimiento de los Sacerdotes?

–No –Mede dibujó una X sobre el círculo–. Es esto.

–¿Entonces qué... de quién es el conocimiento de la figura que significa Nada?

–De nadie. De ninguno... No es un misterio –Ganil hizo un gesto de sorpresa ante esta aseveración.

Hablaban en voz baja, estaban muy cerca uno del otro, como si discutieran acerca de una medida inscrita en el Bastón de Comparaciones de Mede.

–¿Por qué contaste las estrellas, Ganil?

–Por... Porque quería saber. Siempre me ha gustado contar, los números, las tablas. Por eso soy un Mecánico.

–Sí. Tienes treinta años, ¿verdad?, y hace ya cuatro meses que eres Maestro. ¿Has pensado alguna vez, Ganil, que el ser Maestro significa que has aprendido todo lo que tu

gremio puede enseñar? De ahora en adelante, hasta el día de tu muerte, no aprenderás más. No hay más.

–Pero los Maestros de Tiendas...

–Los Maestros de Tiendas aprenden algunas señales secretas y contraseñas –dijo Mede con su voz seca y suave–, y por supuesto, tienen poder. Pero no saben más que tú... Quizás has pensado que les estaba permitido computar, ¿no es cierto? Pues no. No es así.

Ganil estaba en silencio.

–Y sin embargo hay cosas que aprender, Ganil –concluyó Mede.

–¿Dónde?

–Fuera.

Hubo una larga pausa.

–No puedo escuchar esto, Mede. No me vuelvas a hablar de ello. No te denunciaré.

Ganil se volvió y se fue, el rostro áspero por el enojo. Con toda su fuerza de voluntad dirigió esa confusa y conflictiva ira contra Mede, un hombre con la mente tan deformada como el cuerpo, un mal consejero, un amigo perdido.

Era una noche agradable; Lee, de buen humor, su gruesa mujer, y Lani, tímida y radiante. La joven gravedad de Ganil

era motivo de sus burlas, pero aún en ellas vibraba esa nota suplicante y dócil; parecía que en cuestión de minutos el entusiasmo de la familia se transformaría en ternura. En un instante, al pasar un plato en la mesa, la mano de la joven tocó la suya, que todavía percibía con exactitud dónde: allí, en el costado de la mano derecha, cerca de la muñeca, un toque suave. Ganil, tendido en su lecho del cuarto encima de la Tienda, emitió un lujurioso gemido en la obscuridad completa de la noche ciudadana. Oh Lani, suave roce de manos, de labios... ¡Oh Señor, Señor! El hacer la corte era un asunto muy largo, de ocho meses por lo menos si se cumplían paso a paso, como era debido con la hija de un Maestro. Ganil tenía que olvidar esta dulzura insufrible. No pienses en nada, se dijo, duérmete. No pienses en nada... Y pensó en Nada. El círculo. El círculo redondo y vacío. ¿Cuánto era I vez 0? Lo mismo que II veces 0. ¿Y qué si ponías I al lado de 0? ¿Qué figura sería esa, I0?

Mede Fairman se sentó en la cama, el lacio pelo sobre los ojos vacilantes, y trató de enfocar a la persona que se abría paso ruidosamente por su cuarto. La primera luz de la madrugada, de un amarillo sucio, se colaba por la ventana.

–Hoy es el Día del Altar –gruñó–, idos, tengo sueño.

La borrosa silueta resultó ser Ganil, el ruido se convirtió en susurro.

–¡Mede! –Ganil prosiguió con susurros exilados–. ¡Mira! –puso una pizarra bajo las narices de su Co-Maestro–. Mira, mira lo que se puede hacer con la figura de Nada...

–Oh, eso –exclamó Mede, empujando a Ganil y su pizarra; se levantó y fue a empaparse la cabeza en la palangana de agua helada que tenía sobre el ropero; la sumergió allí por unos momentos, regresó goteando y se sentó en el lecho.

–A ver.

–Puedes usar cualquier número como base, ¿ves? Yo utilicé el XII porque es cómodo. XII se transforma en 1–0, ¿ves? Y XIII será 1–1, luego, al llegar a XIV...

–Chitón –Mede estudió la pizarra; por fin dijo–: ¿Recordarás esto? –y cuando Ganil asintió, borró con la manga las prolijas y apiñadas figuras inscritas allí–. No me había dado cuenta de que se podía usar una base... Pero mira, usa al X como base, dentro de un minuto te diré por qué, y ahora te enseñaré un medio más fácil de hacerlo. X será 10, y XI será 11, pero el XII escríbelo así –y escribió en la pizarra, 12.

Ganil contempló la figura. Al cabo de un momento dijo, con una extraña voz forzada:

–¿No es ése uno de los números negros?

–Sí que lo es. Todo lo que has hecho, Ganil, es llegar a los números negros por la puerta trasera.

Ganil estaba sentado al lado de Mede, en silencio.

–¿Cuánto es CXX repetido MCC veces? –preguntó Mede.

–Las tablas no llegan tan lejos.

–Mira –Mede escribió en la pizarra.

1200

120

Y luego, mientras Ganil miraba,

0000

2400

1200

144000

Hubo otra larga pausa.

–Tres Nadas... Repetir el mismo número XII veces. Dame la pizarra –murmuró Ganil; más tarde, luego de un silencio roto solamente por el golpeteo de la lluvia y el chirriar de la tiza en la pizarra–. ¿Cómo se escribe VIII en números negros?

Al anochecer de aquel frío Día del Altar, habían llegado tan lejos como les permitieron los conocimientos de Mede. Ganil había ido aún más lejos.

–Tienes que conocer a Yin –dijo el hombre rubio–. Te podrá enseñar lo que necesitas. Yin trabaja con ángulos, triángulos, medidas. Puede medir la distancia entre dos puntos cualesquiera usando sus triángulos, aunque sean puntos inalcanzables. Es un gran Estudiante. Los números son el corazón de su conocimiento, su lenguaje.

–Y el mío propio.

–Así es. No es el mío. No amo a los números en sí. Los quiero usar. Para explicar cosas... Por ejemplo, si arrojas una pelota, ¿qué la hace mover?

–El hecho de que la hayas arrojado –Ganil hizo una mueca; estaba blanco como una sábana (mucho más que las de

Mede), con la cabeza aturdida por las dieciséis horas de matemáticas sin haber comido o descansado; había perdido el miedo, la humildad. Su sonrisa era la de un rey que regresa del exilio.

–Magnífico –dijo Mede–. Pero, ¿por qué sigue en movimiento?

–Porque... ¿Porque el aire la sostiene?

–Entonces, ¿por qué cae finalmente? ¿Por qué sigue una curva? ¿Qué clase de curva es? ¿Ves ahora cómo necesito tus números? –esta vez era Mede el que parecía un rey, un rey furioso por poseer un imperio imposible de controlar a causa de su gran extensión–. ¡Y hablan de Misterios en sus tiendecillas cerradas...! –resopló Mede–. Mira, vayamos a cenar algo y visitemos luego a Yin.

La casa, alta, vieja y construida contra los muros de la ciudad, espió desde sus ventanas emplomadas a los dos jóvenes Maestros que estaban en la calle. El crepúsculo sulfúreo de fines de otoño colgaba sobre el abrupto tejado de pizarra, que brillaba por la lluvia.

–Yin era un Maestro de Máquinas como nosotros –explicó Mede mientras esperaban ante la puerta trancada por barras de acero–. Ahora está retirado, ya verás por qué. Aquí vienen hombres de todas las Logias, boticarios, tejedores, constructores... Hasta algunos artesanos. Un carnicero...

que abre gatos muertos –en su tono había cierta tolerancia no exenta de diversión, como a veces los físicos se refieren a los biólogos.

Entretanto la puerta se había abierto y luego un sirviente los condujo al piso alto, un cuarto que tenía un gran hogar en el que ardían leños.

Un hombre se levantó de una silla de roble de respaldo alto para saludarlos.

Ganil pensó inmediatamente en el Maestro Supremo de su Logia, la figura que le había gritado “Levántate” cuando yacía en su tumba. También Yin era viejo y alto y usaba la túnica blanca de los Maestros Supremos. Pero era encorvado y su rostro mostraba cansancio y arrugas como las de un lebrél viejo. Para saludarlos levantó la mano izquierda; su brazo derecho terminaba a la altura de la muñeca en un muñón cicatrizado hacía mucho tiempo.

–Este es Ganil –estaba diciendo Mede–. Anoche inventó el sistema duodecimal. Hazme el favor de enseñarle la matemática de las curvas, Maestro Yin.

Yin rió con la risa suave y corta de un anciano.

–Bienvenido, Ganil. De ahora en adelante puedes volver cuando desees. Aquí todos somos nigromantes, practicamos las artes ocultas. O lo intentamos... Ven con plena libertad, de día o de noche. Y vete con la misma plena

libertad. Si alguien nos traiciona, sea. Debemos confiar unos en otros. Lo misterioso no pertenece a nadie; no mantenemos un secreto sino que practicamos un arte. ¿Puedes entender esto?

Ganil asintió; solamente los números llegaban con facilidad a él, nunca las palabras. Y se encontró muy conmovido y turbado. Esto no era una solemne Iniciación o un Voto; nada más que un anciano, hablándole con tranquilidad.

–Bueno –dijo Yin, como si el gesto de Ganil hubiese sido más que suficiente–. ¿Queréis vino, jóvenes Maestros? ¿O preferís cerveza? Mi cerveza negra de este año ha salido de primera... ¿Así que te gustan los números, Ganil?

A principios de primavera Ganil se encontraba en la tienda vigilando a Wanno mientras el aprendiz anotaba sobre su Bastón de Comparaciones medidas del motor de un carro de transporte a modelo. Estaba ceñudo, durante esos meses había cambiado, parecía mayor, más resuelto, más duro. Cuatro horas de sueño por noche, más el haber inventado el álgebra, bien pueden cambiar a un hombre.

–Maestro Ganil –dijo una voz tímida.

–Repite esa medida –ordenó el Maestro a Wanno para luego volverse inquisitivamente hacia la chica. Lani había

cambiado también, su rostro reflejaba cierta contrariedad y cierta desolación, y se dirigía siempre a Ganil con verdadera timidez. Este había dado el segundo paso del galanteo, las tres visitas al caer la tarde, y luego había quedado absorto en sus trabajos con Yin y no avanzó más. Ningún hombre había abandonado a Lani en medio de un noviazgo. Ningún hombre la había atravesado con la mirada, como lo estaba haciendo él en ese momento. ¿Qué veía? Estaba loca por saberlo, por llegar a su secreto, por llegar a él. De una forma vaga, él lo sabía, y lo lamentaba por ella, aunque también le temía.

Lani estaba mirando a Wanno.

–¿Cambian...? ¿Cambias esas medidas alguna vez?
–preguntó, tratando de encontrar un tema de qué hablar.

–Cambiar un Modelo es la herejía de la Invención.

Y la conversación terminó.

–Mi padre me ha pedido que te diga que la Tienda cerrará mañana.

–¿Cerrará? ¿Por qué?

–La Junta ha anunciado que se está levantando viento del oeste, y quizá mañana salga el Sol.

–¡Bien! Un buen comienzo para la primavera, ¿verdad?
Gracias –y se volvió al Modelo.

Los Sacerdotes de la Junta habían tenido razón por una vez. Dedicaban la mayor parte de sus horas a predecir el tiempo, lo que era un trabajo infructuoso. Pero más o menos una de cada diez veces conseguían un Sol, y esta era una de aquellas veces. Hacia el mediodía había cesado la lluvia, y la cubierta de nubes estaba aclarando, comenzaba a agitarse y a retirarse lentamente hacia el este. Por la tarde, toda la gente de Edun había invadido las calles y plazas, los sombreretes de las chimeneas y las cumbreras, el muro y los campos más allá del muro, y vigilaban el cielo; los Sacerdotes habían comenzado la danza ceremonial, y hacían reverencias y se entrelazaban en el amplio atrio de la Junta; los sacerdotes estaban en los templos, preparados para tirar de las cadenas que abrirían los techos, de manera que la luz del Sol diese sobre la piedra del altar. Y por fin, al caer la tarde, el cielo se abrió. Entre desgarrados y humeantes bordes de un gris amarillento apareció una raya azul. Un suspiro, un murmullo suave, tremendo, se elevó de las calles, plazas, tejados, muros de la ciudad de Edun.

–El cielo, el cielo...

La grieta celeste se ensanchó. Un chaparrón, que el viento fresco había traído, se abatió sobre la ciudad, y repentinamente las gotas de lluvia brillaron como bolitas de cristal iluminadas en la noche; pero la gloria que reflejaban era la gloria del Sol, solitario y enceguedor sobre el oeste.

Ganil estaba con los demás, levantando el rostro. En él, la cicatriz de su quemadura acusaba el impacto del Sol. El Maestro lo contempló hasta que los ojos se le inundaron de lágrimas; el círculo de fuego, la faz de Dios...

–¿Qué es el Sol?

Estaba recordando la suave voz de Mede. Una noche fría, a mediados de invierno, él, Mede, Yin y otros habían estado hablando delante del fuego en casa del anciano.

–¿Es un círculo o una esfera? ¿Cuan grande será? ¿Estará muy lejos? Ah, pensar que hubo un tiempo en que el hombre sólo tenía que levantar la cabeza para ver al Sol...

Retumbaron flautas y tambores, un sonido alegre y débil que procedía de la Junta. A veces, fragmentos de nubes cubrían la irresistible faz y el Mundo volvía a ser frío y gris y las flautas callaban; pero soplaba el viento del oeste, pasaban las nubes y el Sol reaparecía, cada vez más bajo. Empezó a enrojecer justo antes de hundirse en la densa masa de nubes, al oeste, y ya se lo podía mirar sin que los ojos doliesen. En esos momentos a Ganil le parecía decididamente que no era un disco sino una bola enorme en forma de avellana cayendo con lentitud.

Se hundió. Se fue.

En lo alto, entre jirones de nubes, todavía brillaban vislumbres de cielo claro y profundo, de color azul verdoso.

Luego, en el oeste, cerca del lugar donde se había puesto el Sol, sobre el borde de una nube ascendente, brilló un punto luminoso: el lucero de la tarde.

–¡Mirad! –gritó Ganil, pero muy pocos se volvieron.

El Sol se había puesto, qué importaban las estrellas. La niebla amarillenta (que era parte de la mortaja que cubría la Tierra con su manto de lluvia y polvo desde hacía catorce generaciones, cuando lo del Fuego del Infierno), cubrió a la estrella. Ganil suspiró, se frotó el cuello, entumecido de tanto estirarlo, y regresó a su casa junto con el resto de los habitantes del Día Común.

Aquella noche lo arrestaron. Los guardias y sus compañeros de prisión (todos los de la Tienda Lee, excepto el Maestro Lee) le dijeron que su crimen era conocer a Mede Fairman, que estaba acusado de herejía. Lo habían visto en los campos apuntando hacia el Sol con un instrumento, un medio, decían, de medir las distancias.

Había estado intentando medir la distancia que hay entre la tierra y Dios.

Los aprendices fueron liberados pronto. Al tercer día los guardias vinieron a buscar a Ganil y lo trasladaron de uno de los patios cerrados de la Junta a la lluvia transparente de primavera. La mayoría de los Sacerdotes vivía a la intemperie, y el gran complejo de la Junta de Edun consistía

en una serie de escasas barracas que rodeaban los patios de dormir, de escribir, de rezar, de comer y las salas de tribunales, todos sin techo. A Ganil lo llevaron a una de estas últimas y lo empujaron a través de las filas de hombres vestidos de blanco y amarillo que llenaban la sala, hasta que estuvo frente a ellos. Vio un lugar vacío, un altar, una larga mesa que brillaba, empapada por la lluvia, y tras ella un sacerdote vestido con la túnica dorada del Misterio Supremo. En el extremo opuesto de la mesa había otro hombre que, como Ganil, estaba escoltado por guardias. El hombre lo estaba mirando, una mirada directa, fría y descolorida; sus ojos eran azules, del mismo azul del cielo sobre las nubes.

–Ganil Kalson de Edun. Eres sospechoso de ser amigo de Mede Fairman, estás acusado de haber cometido herejías de Invención y Computación. ¿Eres amigo de este hombre?

–Éramos Co–Maestros...

–Sí. Te habló alguna vez de medidas tomadas sin los Bastones de Comparación?

–No.

–¿De números negros?

–No.

–¿De las artes ocultas?

-No.

-Maestro Ganil, has respondido "No" tres veces. ¿Conoces lo que dice la Orden de los Maestros Sacerdotes del Misterio de la Ley sobre los sospechosos de herejía?

-No, no...

-La Orden dice: "Si el sospechoso negase las preguntas cuatro veces, estas pueden repetirse usando el prensamanos hasta que las conteste." Ahora las repetiré, a menos que desees retractarte en alguna de tus negaciones.

-No -contestó Ganil, confundido mientras miraba los rostros vacíos, las altas paredes que lo rodeaban. Y permaneció más confundido y asustado después de que trajeron una caja chata de madera y encerraron en ella su mano derecha. ¿Qué significaban todos estos aspavientos? Era como en su iniciación, donde todos habían tratado de asustarlo con tanto ardor; aquella vez lo habían conseguido.

-Como Mecánico -estaba diciendo el sacerdote dorado-, conoces el uso de la palanca, Maestro Ganil. ¿Te retractarás?

-No -dijo Ganil, y frunció el ceño; acababa de darse cuenta de que a partir de ese mismo momento le parecería que su brazo terminaba en la muñeca, como el de Yin.

-Muy bien -mientras uno de los guardias cogía la palanca que salía de la caja de madera, el sacerdote dorado dijo-: ¿Eras amigo de Mede Fairman?

–No –dijo Ganil; contestó negativamente a todas las preguntas, y siguió negando, aún cuando había dejado de oír la voz del sacerdote, hasta oír su propia voz mezclada con el eco que hacía sobre las paredes el palmoteo de la corte–. No, no, no...

La luz iba y venía, la lluvia fría que le caía por la cara cesó luego, alguien estaba tratando de ayudarlo a levantarse. Su capa gris hedía, el dolor le había hecho vomitar. Al recordarlo, volvió a hacerlo.

–Ahora tranquilízate –le susurraba un guardia; las filas inmóviles, amarillas y blancas, seguían allí amontonadas, los rostros atentos, las miradas fijas... Pero ya no en él.

–Hereje, ¿conoces a este hombre?

–Es mi Co–Maestro.

–¿Le has hablado de las artes ocultas?

–Sí.

–¿Le has enseñado las artes ocultas?

–No. Traté de hacerlo –la voz se quebró ligeramente; aun en el silencio del patio, roto sólo por el rumor de la lluvia, era difícil escuchar a Mede–. Era demasiado estúpido. No se atrevía y no podía aprender. Será un estupendo Maestro de Tienda –los fríos ojos azules miraron a Ganil, sin piedad y sin súplica.

El sacerdote dorado se volvió nuevamente a la corte:

–No hay ninguna prueba en contra del sospechoso Ganil. Puedes irte, sospechoso. Regresa mañana al mediodía para presenciar la ejecución de la sentencia. Tu ausencia sería interpretada como prueba de tu culpabilidad.

Antes de que Ganil hubiese podido comprender algo, los guardias lo sacaron del patio.

Lo dejaron cerca de una puerta lateral de la Logia, que atrancaron estruendosamente detrás de él. Estuvo parado allí unos momentos, agazapado sobre la acera, apretando bajo la capa la mano sanguinolenta y ennegrecida contra su costado. La lluvia susurraba alrededor; nadie pasaba. Solo, bajo el crepúsculo, juntó sus fuerzas, se levantó y echó a andar por la ciudad calle por calle, casa por casa, paso a paso en dirección a la casa de Yin.

Una sombra se movió entre las sombras del portal, y una voz le habló:

–¡Ganil! Ganil, no me importa si eres sospechoso. Todo está bien. Regresa a casa conmigo. Mi padre te volverá a aceptar en la Tienda. Lo hará si se lo pido.

Ganil permaneció en silencio.

–Ven conmigo. Te esperaba, sabía que vendrías aquí, te he seguido otras veces –la risa nerviosa, alborozada de la joven, se había apagado.

–Déjame, Lani.

–No. ¿Por qué vienes a la casa del anciano Yin? ¿Quién vive aquí? ¿Quién es ella? Regresa conmigo, tienes que hacerlo, mi padre no aceptaría a un sospechoso en la Tienda a menos que yo...

La puerta de Yin nunca estaba atrancada. Ganil la hizo a un lado y entró, cerrando tras de sí. No acudió ningún sirviente; la casa estaba a oscuras, silenciosa. Todos habían sido prendidos, todos los Estudiantes, y todos iban a ser interrogados y torturados y asesinados.

–¿Quién es? –Yin estaba de pie en el rellano de la escalera; el cabello le brillaba bajo la luz de la lámpara. Ganil habló muy rápidamente.

–Me han seguido hasta aquí, una chica de la Tienda, la hija de Lee; si le cuenta a su padre él reconocerá tu nombre, enviará a los guardias aquí...

–Hace tres días que pedí a los demás que se marcharan –al oír la voz de Yin, Ganil se detuvo a contemplar el rostro tranquilo y arrugado del anciano.

Luego dijo como un niño:

–Mira –estiró el brazo derecho–, como el tuyo.

–Sí. Ven a sentarte, Ganil.

–Lo condenaron. A mí no, me dejaron partir. Dijo que no había podido enseñarme nada, que yo no podía aprender. Para salvarme...

–Y salvar tus matemáticas. Ahora ven aquí, siéntate –Ganil se controló y obedeció; Yin lo hizo acostarse, y luego le limpió y vendó la mano como mejor pudo.

Al rato, sentado entre Ganil y el resplandeciente fuego, resolló en un suspiro.

–Bueno –dijo–, ahora eres un sospechoso de herejía. Yo lo fui durante veinte años. Te acostumbrarás a ello... No te preocupes por tus amigos. Pero si la chica le cuenta a Lee y tu nombre aparece ligado al mío... Será mejor que abandonemos Edun. Separadamente. Esta misma noche.

Ganil no contestó nada. Abandonar la Tienda sin el permiso del Maestro Principal significaba la excomuniación, la pérdida de su Magisterio. Sería excluido de su propio gremio. ¿Qué podía hacer con su mano lisiada? ¿A dónde podía ir? Jamás, en toda su vida, había salido de Edun.

El silencio cubría la casa. Ganil hizo un esfuerzo por escuchar los ruidos de la calle, los pesados pasos de una patrulla de guardias que venía a arrestarlo de nuevo. Tenía que escapar esa misma noche...

–No puedo –dijo de pronto–. Tengo que... Tengo que estar en la Junta mañana al mediodía.

Yin comprendió lo que Ganil no dijo. El silencio volvió a rodearlos. La voz del anciano sonó muy seca y cansada cuando habló de nuevo:

–Bajo esa condición te liberarán, ¿eh? De acuerdo, hazlo; si no te perseguirán por las Cuarenta Ciudades como a un hereje condenado. A los sospechosos no los persiguen; simplemente los convierten en parias. Es preferible. Ahora duerme un poco, Ganil. Antes de irme te diré dónde nos encontraremos. Vete cuanto antes, y viaja con poco equipaje...

Sin embargo, cuando Ganil dejó la casa, ya avanzada la mañana, llevaba algo consigo, bajo la capa: un rollo de papeles escritos con la letra clara de Mede Fairman: “Trayectorias”, “Velocidad de los cuerpos en caída libre”, “La naturaleza del movimiento”...

Yin había partido antes del amanecer sobre un asno gris.

–Te veré en Keling –fue la única despedida del anciano.

No estaba ninguno de los otros Estudiantes; sólo siervos, criados, mendigos, escolares novilleros y mujeres con sus niñeras y sus niños llorones estaban allí con Ganil, en el gran atrio de la Logia. Solamente la canalla y los ociosos se reunían para ver la muerte de un hereje.

Un sacerdote le ordenó que se situase al frente de la multitud. Muchos lo miraban con curiosidad, aislado, vistiendo su túnica de Maestro.

Ganil vio a una muchacha vestida con una túnica violeta en el lado opuesto de la plaza, frente a la multitud. No estaba seguro de que fuera Lani. ¿Por qué iba a estar allí, contemplando la muerte de Mede? No sabía qué era lo que odiaba o qué era lo que amaba; el amor que sólo quiere conseguir, poseer, es algo monstruoso, pensó Ganil. Pero ella lo amaba, y en ese momento la amplitud de la plaza era lo único que los separaba. Sin embargo Ganil no estaba dispuesto a admitir que lo que los separaba eran sus propios actos, la ignorancia, el exilio, la muerte.

Poco antes del mediodía trajeron a Mede. Ganil observó el rostro de su Co-Maestro; estaba muy blanco, toda su deformidad expuesta, la atávica palidez de la piel, el cabello, los ojos; no había forma de substraerse a la escena. Un sacerdote dorado elevó los brazos en cruz invocando al Sol que al mediodía, inaccesible a simple vista, se hallaba tras la mortaja de nubes, y mientras bajaba los brazos, varias antorchas encendieron los montones de madera que rodeaban el piquete. El humo empezó a subir, enroscándose, del mismo color gris amarillento que las nubes. Ganil estaba de pie, apretando con fuerza su mano

herida en cabestrillo contra el rollo de papeles escondido bajo su capa, y repetía en silencio:

“Permitid que el humo lo ahogue primero...”

Pero la madera estaba seca y prendió con rapidez. Ganil sintió el calor en su rostro, en la sien lastimada por el fuego. A su lado, un sacerdote joven trató de retirarse pero no pudo, a causa de la multitud anhelante y atenta; tuvo que quedarse quieto, tambaleándose un poco y respirando entrecortadamente. El humo ya era denso y escondía las llamas y la figura que estaba entre ellas. Pero Ganil podía oír la voz, ya no suave sino potente, muy potente. La oyó, se obligó a oírla, pero al mismo tiempo en su interior sonaba una voz serena, suave, persistente:

“¿Qué es el Sol? ¿Por qué cruza el cielo? ¿Ves ahora cómo necesito de tus números? En vez de XII, escribe 12... Esta también es una figura, significa Nada.”

Los gritos se habían apagado, pero la voz suave no. Ganil levantó la cabeza; la multitud se estaba dispersando. El joven sacerdote, arrodillado en la acera, oraba y sollozaba en voz alta. Ganil miró el cielo cubierto y luego se fue, a través de las calles de la ciudad y a través de la puerta de la ciudad, en dirección norte, al exilio y a su hogar.

LA CAJA DE LA OBSCURIDAD

Cuando mi hija Caroline tenía tres años, se me acercó una vez con una pequeña caja de madera en las manecitas y me dijo: “Adivina qué hay en esta caja”. Le respondí que gusanos, ratones, elefantes, etc... Sacudió la cabeza, sonrió con una sonrisa difícil de describir, abrió apenas la caja para que yo sólo alcanzara a ver el interior, y me dijo: “Obscuridad”. En consecuencia, he aquí este cuento.

Un niño pequeño caminaba por la arena suave de la orilla del mar sin dejar huellas. Las gaviotas chillaban en el cielo luminoso y sin Sol, las truchas saltaban en el océano sin sal.

En el horizonte lejano apareció por un momento la serpiente marina, formando siete arcos enormes, y luego, con un bramido, se sumergió. El niño silbó, pero la serpiente marina, ocupada en la caza de ballenas, no volvió a emerger. Caminó sin echar sombra ni dejar huellas sobre la arena extendida entre los acantilados y el mar, frente al que se erguía un promontorio con césped sobre el que una choza se sostenía sobre sus cuatro patas. Mientras subía por un sendero al acantilado, la choza brincó y se frotó las patas delanteras como lo hubiese hecho un abogado o una mosca; pero las manecillas del reloj que había en su interior no se movieron nunca.

–¿Qué es lo que llevas allí, Dick? –le preguntó su madre mientras agregaba perejil y una pizca de pimienta en el guiso de conejo que hervía en un alambique.

–Una caja, mamá.

–¿Dónde la encontraste?

El familiar de mamá saltó desde las vigas adornadas por guirnaldas de cebolla, y mientras le rodeaba el cuello como una piel de zorro dijo:

–En la orilla del mar.

–Sí... –asintió Dick–. El mar la rechazó.

El familiar ronroneó y no dijo nada.

–¿Y qué tiene dentro? –la bruja se volvió para mirar la cara redonda de su hijo–. ¿Qué tiene dentro? –repitió.

–Obscuridad.

–¿Sí? Déjame ver –cuando se inclinó para mirar, el familiar, sin dejar de ronronear, cerró los ojos; el niño apretó la caja contra el pecho y levantó muy cuidadosamente la tapa apenas un par de centímetros–. Tienes razón –dijo su madre–. Ahora guárdala, no permitas que ande rodando por allí. Me pregunto qué habrá sido de la llave. Ve a lavarte las manos. ¡Mesa, ponte!

Y mientras el niño maniobraba la pesada bomba de agua del patio y se mojaba la cara y las manos, la choza resonaba con el estruendo de los platos y cubiertos que hacían su aparición. Después de la comida, mientras mamá dormía su siesta matutina, Dick cogió del estante de los tesoros la caja blanqueada por el agua e incrustada de arena y se fue con ella por las dunas, lejos del mar. El familiar negro iba pegado a sus talones y trotaba pacientemente por la arena y el césped áspero; era su única sombra.

En la cúspide del desfiladero el príncipe Rikard se volvió sobre la silla de montar para contemplar, más allá de los pendones y penachos de su ejército, más allá del largo camino descendente, los muros fortificados de la ciudad de

su padre. Bajo el cielo sin Sol, resplandecía débilmente en la planicie, tan frágil y sin sombra como una perla. Al verla, supo que nunca podría ser tomada, y su corazón cantó de orgullo. Dio a sus capitanes la orden de marcha ligera y espoleó su caballo, que se encabritó y salió a galope mientras el grifo planeaba y chillaba en lo alto. Atormentaba al caballo blanco lanzándose hacia él en picado abriendo y cerrando el pico y elevándose justo a tiempo; el caballo, que no llevaba freno, amagaba furiosas dentelladas a la cola escamosa o se erguía intentando golpearla con sus cascos de plata. El grifo cacareaba y rugía, volaba sobre las dunas y luego, con un chillido, recomenzaba el juego. Rikard, temiendo que se cansase antes de la batalla, acabó por atraillarlo, y entonces el animal voló serenamente a su lado, ronroneando y gorjeando.

El mar se extendía por delante de él; en algún lugar allende los acantilados se escondían las tropas enemigas que acaudillaba su hermano. El camino descendía sinuoso, la arena cada vez más blanda; el mar, ya a la derecha ya a la izquierda, aparecía más y más cercano. El camino terminaba bruscamente; el caballo saltó los tres metros de la pendiente y siguió galopando por la playa. Al salir de las dunas, Rikard vio una larga fila de hombres en la playa, y detrás, tres naves de negra proa. Sus hombres venían saltando la pendiente, pululaban en las dunas; las banderas azules flameaban en el viento marino, las voces sonaban

débiles por el ruido del mar. Sin parlamentar ni advertirse mutuamente, ambos ejércitos se encontraron, espada contra espada, hombre contra hombre. El grifo se remontó con un estridente chillido, y al hacerlo arrancó la traílla de la mano de Rikard; luego, con el pico y las garras extendidos como los de un halcón, se lanzó sobre un hombre alto de gris, el jefe enemigo. Pero la espada del hombre alto ya estaba fuera de la vaina. Y mientras el pico de acero mordió el hombro tratando de llegar a la garganta, la espada de acero punzó arriba y abajo y tajeó la barriga del grifo, que se dobló en el aire, volteó con un golpe de su gran ala al hombre, cayó gritando y ennegreció la arena con su sangre. El hombre se levantó tambaleándose y le cortó la cabeza y las alas, y medio enceguecido por la sangre y la arena, se volvió en el preciso instante en que Rikard le caía encima. Sin pronunciar palabra, levantó la espada humeante para rechazar el ataque. Trató de herir las patas del caballo, pero le era imposible porque el animal retrocedía y se encabritaba y lo embestía, mientras que la espada de Rikard lo atacaba desde arriba. El hombre alto levantó la espada una vez más, arremetió y recibió en pleno rostro el zumbante tajo del arma de su hermano. Se desplomó en silencio. Sobre su cuerpo cayó una llovizna de la arena marrón desprendida de los cascos del caballo cuando Rikard lo espoleó y dirigió al centro de la lucha. Los atacantes pelearon tenazmente pero cada vez había menos de ellos, y

los pocos que quedaban iban siendo obligados a retroceder paso a paso hacia el mar. Cuando sólo quedaba un grupo de más o menos veinte, se rindieron y corrieron hacia sus barcos con desesperación, los empujaron en el agua, se encaramaron en ellos. Rikard gritó a sus hombres. Se le acercaron por la arena, a través de cadáveres cortajeados. Los malheridos trataron de arrastrarse hacia él sobre sus manos y rodillas. Todos los que podían caminar se reunieron en fila en una hondonada detrás de la duna donde se erguía Rikard. A sus espaldas, los tres barcos negros descansaban inmóviles en alta mar.

Rikard se sentó a solas entre el áspero césped de la cima de la duna. Incluyó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. Cerca estaba el caballo blanco, inmóvil como un caballo de piedra. Por debajo estaban sus hombres, en silencio. Detrás, en la playa, cercano al cuerpo del grifo, yacía el hombre alto con el rostro cubierto de sangre y los demás muertos descansaban contemplando el cielo donde no brillaba ningún Sol. Sopló una ráfaga de viento. Rikard levantó el rostro; aunque joven, era torvo e inflexible. Hizo una señal a sus capitanes, subió de un salto a su montura y regresó al trote hacia la ciudad a través de las dunas, sin esperar a ver cómo las naves negras se dirigían hacia la playa donde las abordarían sus soldados, o cómo sus propios hombres formaban fila y marchaban a sus espaldas. Cuando el grifo planeó y chilló en las alturas, levantó el brazo y

frunció el ceño ante la gran criatura que trataba de posarse en su muñeca enguantada y que agitaba las alas y chillaba como un gato.

–¡Grifo inútil –le dijo–, gallina, vete a tu gallinero!

El monstruo gritó al ser insultado y flotó en dirección este hacia la ciudad. Detrás del príncipe, su ejército serpenteaba, atravesando las colinas sin dejar huella. Las naves negras, con las velas desplegadas, se destacaban claramente en el mar. En la proa de la primera se erguía un hombre alto, malcarado, de gris.

Rikard tomó un camino más fácil, y no pasó muy lejos de la choza de cuatro patas que se alzaba en el promontorio. La bruja, de pie en el umbral, lo saludó. Galopó a encontrarla, frenó ante el portón del pequeño patio y la miró. Era oscura y brillante como el carbón, sus cabellos negros se agitaban al viento marino. Ella lo contempló, armado de blanco sobre un caballo blanco.

–Príncipe –le dijo–, otra vez irás a pelear más de lo prudente...

Rikard se rió.

–¿Qué iba a hacer? ¿Permitir que mi hermano acosara la ciudad?

–Sí. Permíteselo. Ningún hombre puede tomar la ciudad.

–Lo sé. Pero mi padre el rey lo ha desterrado, no debe siquiera pisar nuestras costas. Soy soldado de mi padre y lucho cuando me lo ordena.

La bruja miró el mar y luego, de nuevo al joven príncipe; su rostro obscuro se afiló, nariz y mentón se hicieron puntiagudos como los de una vieja, los ojos relampagueantes.

–Sirve y sé servido –dijo–, gobierna y sé gobernado. Tu hermano eligió no servir ni gobernar... Escucha, príncipe: cuídate –el rostro joven volvió a ser cálido y bello–. Esta mañana el mar trae regalos, el viento sopla, los cristales se rompen. Cuídate.

Rikard se inclinó solemnemente, agradeciendo. Hizo girar su cabalgadura y alejarse, blanca como una gaviota sobre la suave curva de las dunas.

La bruja regresó a su choza mirando aquí y allá los rincones de su única habitación para comprobar si todo estaba en su sitio: murciélagos, cebollas, calderos, alfombras, escoba, esteliones, bolas de cristal (trizadas), la delgada luna creciente colgaba de la chimenea, los Libros, el familiar... Volvió a mirar, luego salió de la choza y llamó:

–¡Dick! –el viento del oeste estaba soplando frío y hacía que la gruesa hierba se doblara–. ¡Dick...! ¡Minino, minino, minino! –pero el viento le arrebató la voz, la desgarró en

pedazos y la alejó con un soplido; chasqueó con los dedos y la escoba apareció volando en la puerta, horizontal y a setenta centímetros del suelo mientras la choza temblaba y saltaba de nervios—. ¡Ciérrate! —la puerta se cerró obedientemente al sonido de un nuevo chasquido; la bruja montó en la escoba y despegó con un largo planeo sobre la playa, rumbo al sur; de vez en cuando gritaba—: ¡Dick...! ¡Aquí, minino minino minino!

El joven príncipe caminaba en grupo con sus hombres. Cuando llegaron al desfiladero y pudo ver a sus pies la ciudad en la planicie, sintió que tironeaban de su capa.

—Príncipe...

Un niño pequeño, tan pequeño que aún era gordo y mofletudo, lo miraba asustado mientras sostenía una caja estropeada y arenosa. Un gato sonriente se había sentado a su lado.

—El mar ha traído esto... Es para el príncipe del lugar —explicó el niño—, sé que lo es... Por favor, ¡ténlo!

—¿Qué tiene dentro?

—Obscuridad, señor.

Rikard cogió la caja y tras una ligera vacilación la abrió un poco, sólo una rendija.

–Dentro está pintada de negro –dijo el príncipe con un gesto adusto.

–No, príncipe, de verdad que no. ¡Ábrela más!

Con cuidado, Rikard levantó cinco centímetros más y espió, luego cerró rápidamente mientras el niño decía:

–No permitas que el viento la esparza, príncipe.

–Se la llevaré al rey.

–Pero es para ti, señor...

–Todos los regalos del mar pertenecen al rey. Pero te lo agradezco, niño –se miraron un momento, el niño pequeño y redondo y el joven recio y espléndido; luego Rikard se volvió y continuó su camino, mientras Dick, silencioso e inconsolable, vagaba por las colinas.

La voz de la madre se oyó muy lejana en el sur. El niño trató de responder, pero el viento dirigía su grito a la Tierra. El familiar no estaba allí.

Las puertas de bronce de la ciudad giraron sobre sus goznes y se abrieron ante el ejército que se aproximaba. Los mastines ladraron, los guardianes presentaron armas, la gente se inclinó cuando Rikard pasó galopando con estruendo por las calles de mármol que conducían al palacio. Al entrar, dirigió una mirada al gran reloj de bronce

del campanario, la más alta de las nueve torres blancas del palacio. Las manecillas inmóviles indicaban que faltaban diez minutos para las diez.

El rey lo esperaba en la Sala de Audiencia; era un hombre coronado de acero, de cabellos grises y aspecto feroz, que apretaba entre los puños las cabezas de las dos quimeras que formaban los brazos del trono. Rikard se arrodilló y narró el éxito de su incursión con la cabeza inclinada y sin levantar la mirada ni una sola vez.

–El Desterrado murió junto a la mayor parte de sus hombres; el resto huyó en las naves.

La voz que le respondió era cual una puerta de acero que gira sobre bisagras nuevas.

–Bien hecho, príncipe.

–Te traigo un regalo del mar, Señor –siempre con la cabeza inclinada, Rikard alzó la caja de madera.

–Esto me pertenece –dijo el anciano rey con tanta brusquedad que Rikard levantó la mirada por un segundo para ver los dientes desnudos de las quimeras y los ojos relampagueantes del rey.

–Por eso mismo te lo he traído, Señor.

–¡Esto me pertenece...! ¡Yo se lo di al mar, yo con mis propias manos! Y el mar escupe mi regalo –un largo silencio;

el rey habló luego con más suavidad—. Bien, guárdatelo, príncipe. El mar no lo quiere, yo tampoco. Está en tus manos. Guárdala, bien cerrada. ¡Guárdala bien cerrada, príncipe!

Rikard, siempre arrodillado, se inclinó aún más en demostración de gratitud y consentimiento, luego se levantó y retrocedió de espaldas a través de la larga sala sin alzar la cabeza. Cuando volvió a entrar en la antesala resplandeciente, los nobles y los oficiales se reunieron a su alrededor para preguntarle sobre la batalla, reír, beber y charlar como de costumbre. Pasó entre ellos sin mirarlos ni hablarles y se retiró a solas a sus aposentos privados, llevando con cuidado la caja entre las manos. Cada una de las paredes de su habitación luminosa y carente de sombras y ventanas estaba decorada con estucos de oro incrustado de topacios, ópalos, cristales y la más brillante de todas las joyas: velas encendidas, inmóviles en sus candelabros dorados. Colocó la caja sobre una mesa de vidrio, arrojó su capa, se desembarazó del cinturón en el que colgaba su espada, y se sentó suspirando. El grifo apareció en el dormitorio al galope, raspando el suelo de mosaico con las garras, apoyó la cabeza sobre las rodillas del príncipe a la espera de que le rascase la crin plumosa. También un gato negro y bruñido rondaba por la habitación; Rikard no le prestó atención. El palacio estaba repleto de animales: gatos, lebreles, simios, ardillas, cachorros de hipogrifo,

ratones blancos, tigres... Todas las damas tenían su unicornio, todos los cortesanos su docena de mascotas. El príncipe sólo poseía una: el grifo que siempre luchaba por él, su único amigo indiscutible. Mientras rascaba la crin del animal, a menudo bajaba la vista para encontrarse con la mirada dorada y amorosa de sus ojos redondos, que también se dirigían de vez en cuando a la caja que descansaba sobre la mesa. No había llave para cerrarla.

Desde una habitación lejana llegaba una música suave, un entrelazamiento continuo de notas semejante al rumor de una fuente.

Rikard se volvió para mirar el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea, una ornamentada pieza enmarcada de oro y esmalte azul. Faltaban diez minutos para las diez: la hora de levantarse y ceñirse la espada, llamar a sus hombres e ir a la batalla. El Desterrado volvía, decidido a tomar la ciudad y reclamar su derecho al trono, su herencia; había que obligar a sus negras naves a retirarse al mar. Los hermanos debían pelear, y uno debía morir, y la ciudad, salvarse. Rikard se levantó y el grifo saltó de inmediato, azotando el aire con su cola, preparado para la lucha.

–Está bien, vamos –dijo Rikard; su voz era fría.

Cogió la espada en la vaina incrustada de perlas y se la enhebilló, y el grifo gimoteó de excitación y frotó el pico

contra la mano de su amo, que no le correspondió, triste y cansado como estaba. Y anhelante, de... ¿qué? De escuchar la música que había cesado, hablar una vez con su hermano antes de luchar... No, no lo sabía. Heredero y defensor, debía obedecer. Se colocó en la cabeza el casco de plata y se volvió para recoger su capa, arrojada sobre una silla. La vaina perlada que colgaba de su cinturón golpeó algo detrás de él; se volvió y vio la caja, que yacía abierta en el suelo. Se agachó y la recogió, y la obscuridad le cubrió las manos.

El grifo retrocedió con un gemido. Alto y cubierto por su armadura blanca, los cabellos rubios, coronado de plata en la habitación resplandeciente y sin sombras, Rikard sostenía la caja abierta y contemplaba la densa obscuridad que se escurría del interior. El cuerpo, las manos, se cubrían de ella. Permaneció quieto. Luego levantó la caja con lentitud, por encima de su cabeza, y la dio vuelta.

La obscuridad se derramó sobre el rostro de Rikard, quien miró en torno pues la música lejana se había detenido y todo estaba en completo silencio. Las velas ardían, y ocasionales motas de luz ponían manchas doradas y reflejos violetas en el cielorraso y en las paredes. Pero todos los rincones estaban oscuros, detrás de cada silla acechaba la obscuridad, y cuando Rikard volvió la cabeza su sombra saltó a lo largo de la pared. Entonces se movió con rapidez y se le cayó la caja; en uno de los rincones negros había visto el

resplandor rojizo de dos grandes ojos... El grifo, por supuesto. Rikard extendió la mano y le habló. El animal no se movió, pero emitió un extraño chillido metálico.

–¡Vamos! ¿Estás asustado en la oscuridad? –le dijo, y de pronto el mismo Rikard se asustó; desenvainó la espada, nada se movió.

Retrocedió un paso hacia la puerta, y el monstruo saltó.

Rikard vio las alas negras contra el cielorraso, el pico de acero, las garras; la mole le cayó encima antes de haber podido lanzarle una estocada. Forcejeó mientras el gran pico le mordía el cuello y las garras laceraban los brazos y el pecho; forcejeó hasta que pudo liberar el brazo que sostenía la espada y así comenzar a cortar, retirar el arma y volver a cortar... el segundo golpe partió a medias el pescuezo del grifo, que cayó en contorsiones en las sombras entre astillas de vidrio. Por último, yació inmóvil.

La espada de Rikard cayó al suelo con estruendo. Tenía las manos pegajosas por su propia sangre y apenas podía ver; el aleteo del grifo había apagado o volteado todas las velas menos una. A tientas buscó una silla y se sentó. Al cabo de un minuto hizo lo que había hecho en la duna después de la batalla: inclinó la cabeza –la respiración entrecortada– y escondió el rostro entre las manos. Reinaba un completo silencio.

La única vela vaciló en su candelabro, reflejada débilmente en un ramillete de topacios que adornaba la pared. Rikard levantó la cabeza.

El grifo yacía inmóvil; su sangre formaba un charco negro como la primera obscuridad derramada fuera de la caja. El pico de acero estaba abierto, los ojos también, como dos piedras rojas.

–Está muerto –dijo una vocecilla suave, y el gato de la bruja se aproximó, evitando cuidadosamente los fragmentos de la destrozada mesa–. De una vez por todas, ¡escucha, príncipe! –el gato se sentó y enroscó pulcramente el rabo en sus patas.

Rikard permaneció inmóvil, sin expresión, hasta que un repentino sonido lo sobresaltó; un ligero y cercano ¡ting! En lo alto de la torre estaba sonando una campanada sorda y colosal que retumbó en la piedra del suelo, en sus oídos, en su sangre. Los relojes estaban dando las diez.

Alguien aporreó la puerta, y los corredores del palacio devolvieron el eco de gritos mezclado con las últimas y estruendosas campanadas, chillidos de animales asustados, voces, órdenes.

–Llegarás tarde a la batalla, príncipe –dijo el gato.

Rikard buscó su espada a tientas entre sombras y sangre, la envainó, se cubrió con la capa y se dirigió a la puerta.

–Hoy habrá tarde –dijo el gato–, y crepúsculo, y caerá la noche. Entonces uno de vosotros regresará a la ciudad, tú o tu hermano. Pero solamente uno de vosotros, príncipe.

Rikard estaba callado. Preguntó:

–¿Brilla ahora el sol, fuera?

–Sí, está brillando.

–Bueno, entonces vale la pena –dijo el joven, que avanzó hacia el tumulto y el pánico de los salones soleados, con su sombra pegada tras él.

LA PALABRA QUE LIBERA

Los dos cuentos siguientes fueron mi primer acercamiento y mi primera exploración del “mundo secundario” de Terramar, sobre el que más tarde escribiría tres novelas. Al principio no sabía mucho del lugar, y los lectores que estén familiarizados con la trilogía notarán que en algún momento los gnomos de Terramar se extinguen, y que la historia del dragón Yevaud es un tanto obscura. (Deben de haber pasado algunas décadas o siglos en Sattins Island antes de que Ged lo encontrara, y lo atara, en la Isla de Pendor.) Pero esto sólo se puede esperar de los dragones, que no se someten a los requerimientos causales o unidireccionales del relato, porque son mitos y están fuera de los confines del tiempo.

El poder de los nombres explora primero un elemento esencial en el funcionamiento de la magia en Terramar. La palabra que desliga anuncia el final del último libro de la trilogía, La costa más lejana, por la forma en que imagina el Mundo de los muertos. También manifiesta cierta obsesión por los árboles, que una vez descubiertos siguen apareciendo a lo largo de mi obra. Pienso que sin duda soy la más arbórea de las escritoras de ciencia ficción. Para el resto de vosotros, que descendisteis y desarrollasteis pulgares oponibles, y una postura erguida, y esas cosas, todo está bien. Aún quedamos unos pocos balanceándonos aquí arriba.

¿Dónde estaba? El suelo era duro y fangoso, el aire negro y apestoso, y aquello era todo lo que había. Excepto el dolor de cabeza. Tendido de plano sobre el frío y húmedo suelo, Festín gimió y dijo:

–¡Báculo!

Cuando su báculo de brujo hecho en madera de aliso no acudió a su mano, supo que estaba en peligro. Se sentó, y al no poder recurrir a su báculo para que le diese la luz apropiada, encendió una chispa entre el índice y el pulgar,

murmurando cierta Palabra. Una centelleante bola de fuego azulado saltó de la chispa y rodó débilmente a través del aire, chisporroteando.

–Arriba –dijo Festin.

Y la bola de fuego zigzagueó hacia arriba hasta iluminar una trampilla abovedada muy por encima de él, tan alta que Festin, al proyectarse al interior de la bola de fuego momentáneamente, vio su propia cara doce metros más abajo como un pálido punto entre las tinieblas. La luz no producía reflejos en las húmedas paredes; estaban entretejidas a partir de la noche, por medios mágicos. Volvió a su cuerpo y dijo:

–Fuera.

La bola murió. Festin se sentó en las tinieblas haciendo crujir los nudillos.

Debían de haberle hechizado desde detrás, por sorpresa; lo último que recordaba era que había estado caminando a través de sus bosques, al atardecer, hablando con los árboles. Últimamente, en aquellos años solitarios de la mitad de su vida, se había sentido agobiado por un sentimiento de fuerza desperdiciado, sin usar; por eso, necesitando aprender lo que era paciencia, había abandonado las ciudades y se había ido a conversar con los árboles, especialmente con los robles, castaños y alisos,

cuyas raíces están en profunda comunicación con las corrientes de agua. Hacía seis meses que no hablaba con un ser humano. Había estado ocupado con los elementos esenciales, sin lanzar hechizos, sin molestar a nadie. ¿Quién podía haberle encantado y encerrado en aquel pozo apestoso?

–¿Quién? –preguntó a las paredes; y, lentamente, un nombre llegó hasta él y le embistió como una gruesa gota negra que rezumase de poros de piedra y esporas de hongos–: Voll.

Por un momento, Festin sintió un sudor frío.

Hacía mucho tiempo que había oído hablar por primera vez de Voll el Funesto, de quien se decía que era más que un brujo pero menos que un hombre; que pasaba de isla en isla de la Región Exterior, deshaciendo el trabajo de los Antiguos, esclavizando a los hombres, devastando bosques y expoliando los campos, y sellando en tumbas subterráneas a cualquier brujo o mago que se atreviese a combatir con él. Los refugiados de las islas destruidas contaban siempre la misma leyenda, que había llegado al atardecer en un viento obscuro por encima del mar. Sus esclavos le seguían en naves; eso lo habían visto. Pero nadie había visto al propio Voll... Había muchos hombres y criaturas del mal campando por las Islas, y Festín, un joven brujo ocupado con su entrenamiento, no había prestado mucha atención a los

cuentos sobre Voll el Funesto. «Puedo proteger esta isla», había pensado, conociendo su todavía no probado poder, y había vuelto a sus robles y alisos, al sonido del viento en sus hojas, al ritmo del crecimiento en sus redondos troncos, ramas y ramitas, al sabor de la luz del Sol sobre las hojas, o a las oscuras aguas subterráneas fluyendo entre las raíces. ¿Dónde estarían ahora los árboles, sus viejos compañeros? ¿Habría destruido Voll el bosque?

Despierto al fin y puesto de pie, Festin hizo dos amplios movimientos con manos rígidas, gritando en voz alta un Nombre capaz de romper todas las cerraduras y abrir cualquier puerta hecha por el hombre. Pero aquellas paredes impregnadas de noche y del nombre de su creador no escuchaban, no oían. El nombre levantó ecos, que volvieron hacia Festin, resonando en sus oídos y haciéndole caer de rodillas y ocultar la cabeza entre los brazos hasta que los ecos murieron en las bóvedas que había sobre él. Entonces, todavía temblando, se sentó, meditabundo.

Estaban en lo cierto; Voll era fuerte. En su propio terreno, en el calabozo construido con sus propios hechizos, su magia resistiría cualquier ataque directo; y la fuerza de Festin no era ni la mitad de la que hubiese tenido de no haber perdido su báculo. Pero ni siquiera su captor podía arrebatarse sus poderes, relativos sólo a sí mismo, de Proyección y Transformación. Y así, tras frotarse la ahora doblemente

dolorida cabeza, se transformó. Suavemente, su cuerpo se disolvió en una nube de fina bruma.

Perezosa, rastrera, la bruma se elevó del suelo, derivando sobre las fangosas paredes hasta que encontró, donde la cueva se hacía pared, una grieta fina como un cabello. A su través, gotita a gotita, se filtró. Había logrado pasar casi por completo, cuando un viento ardiente como la ráfaga de un horno le golpeó, dispersando las gotas de bruma, secándolas. Precipitadamente, la bruma retrocedió de nuevo hacia la cueva, bajando en espirales hasta el suelo, donde tomó de nuevo la forma de Festin, que apareció jadeando. La transformación es una característica emocional de los brujos introvertidos del tipo de Festin; cuando a esa característica se añade el shock de enfrentarse a una muerte inhumana en la forma asumida por uno, la experiencia deviene espantosa. Festin estuvo por unos momentos simplemente respirando. Estaba irritado consigo mismo. Después de todo, había sido una estupidez intentar escapar como bruma. Hasta un loco se sabría ese truco. Probablemente, Voll había dejado fuera un viento caliente al acecho. Festin se convirtió en un pequeño murciélago negro y voló hacia el techo, donde se transformó en una ligera corriente de aire puro, que se filtró a través de la grieta.

Esa vez consiguió salir, y estaba soplando suavemente a través del vestíbulo en dirección a una ventana, cuando una aguda sensación de peligro le obligó a transformarse rápidamente, adquiriendo la primera forma pequeña y coherente que llegó a su mente... un anillo de oro. Lo hizo justo a tiempo. El huracán de aire ártico que habría dispersado su forma aérea como un caos irreconstruible simplemente enfrió un poco su forma de anillo. Mientras pasaba la tormenta permaneció sobre el pavimento de mármol, preguntándose qué forma debería adoptar para atravesar la ventana más rápidamente.

Empezó a moverse demasiado tarde. Un gigantesco troll de rostro inexpresivo avanzaba a largas zancadas por la habitación; se detuvo, recogió el anillo, que rodaba con rapidez, y lo levantó con una enorme mano como de piedra caliza. El troll avanzó hasta la trampilla, descorrió el cerrojo de hierro y murmurando un encantamiento arrojó a Festin a las tinieblas. Descendió a plomo doce metros y aterrizó sobre el suelo de piedra... con un diñe.

Reasumiendo su verdadera forma, se sentó, frotándose dolorosamente un codo herido. Demasiadas transformaciones para un estómago vacío. Deseó ardiente y amargamente tener su báculo, con el que podría haberse procurado algo para comer. Sin él, aunque pudiese cambiar de forma y ejercer determinados hechizos y poderes, no

podía transformar o proveerse de ninguna cosa material... ni luces ni chuletas de cordero.

–Paciencia –se aconsejó Festin a sí mismo.

Cuando hubo recuperado el aliento, disolvió su cuerpo en la infinita delicadeza de aceites volátiles, convirtiéndose en el aroma de una chuleta de cordero frita. Nuevamente, derivó hacia la grieta. El acechante troll inhaló sospechoso, pero Festin ya se había convertido en un halcón y aleteaba en dirección a la ventana. El troll arremetió contra él, falló por escasos metros, y con voz despiadada dijo:

–¡El halcón, atrapad el halcón!

Mientras descendía en picado desde el castillo encantado hasta el bosque que se extendía obscuro hacia el oeste, la luz del Sol y el reflejo del mar le deslumhraron. Festín cortaba el aire como una flecha. Pero una flecha más rápida chocó con él. Gritando, cayó. Sol, mar y torres giraron a su alrededor y desaparecieron.

Despertó nuevamente en el húmedo y malsano suelo del calabozo, con las manos, el cabello, y los labios mojados con su propia sangre. La flecha se había clavado en el ala del halcón, en el hombro del hombre. Se mantuvo inmóvil, y murmuró un hechizo para cerrar la herida. Al cabo de un rato pudo sentarse y recordar un hechizo más largo y

poderoso de curación. Pero había perdido mucha sangre y, con ella, poder. Un frío helado se había apoderado de la médula de sus huesos, que ni siquiera el hechizo de curación podía calentar. Sus ojos estaban sumidos en las tinieblas, incluso cuando recurrió a la bola de fuego e iluminó el aire hediondo: la misma bruma tenebrosa que había podido ver cerniéndose sobre su bosque y las pequeñas aldeas de su territorio.

Debía proteger aquella tierra.

No podría volver a intentar escapar directamente. Estaba demasiado débil y cansado. Confiando excesivamente en su poder, había perdido su fuerza. Cualquiera que fuese la forma que adoptase a partir de entonces, ésta compartiría su debilidad, y sería atrapada.

Temblando a causa del frío, se acuclilló, dejando que la bola de fuego chisporroteara con una última bocanada de metano... el gas de los pantanos. El olor le permitió ver con el ojo de la mente los pantanos que se extendían desde el bosque amurallando el mar, sus amados pantanos donde ningún hombre acudía, donde en otoño los cisnes volaban alineados, donde, entre tranquilos pozos y cañaverales, corrían hacia el mar rápidos y silenciosos riachuelos. Oh, poder ser un pez en una de esas corrientes; o mejor aún, estar más lejos, corriente arriba, cerca de los manantiales,

en el bosque, a la sombra de los árboles, en el claro remanso bajo las raíces de un aliso, descansando y oculto...

Era una gran magia. Festín no la había practicado más de lo que lo hace cualquier hombre que, en el exilio, o viéndose en peligro, anhela la tierra o las aguas de su hogar, imaginando la vista desde el umbral de su casa, la mesa en la que comía, las ramas que se veían a través de la habitación en que solía dormir. Sólo en sueños conseguían los grandes magos realizar la magia de volver al hogar. Pero Festín, con el frío saliéndole de la médula e inundando nervios y venas, permaneció de pie entre las negras paredes, reuniendo su poder hasta que brilló como una candela en la oscuridad de su carne, y empezó a actuar con una magia, grande y silenciosa.

Los muros desaparecieron. Estaba en la tierra, con rocas y vetas de granito por huesos, aguas subterráneas por sangre, raíces por nervios. Como un gusano ciego, se movió a través de la tierra hacia el oeste, lentamente, con tinieblas por delante y por detrás. Toda la frialdad del subsuelo fluyó a lo largo de su espalda y de su vientre, una irresistible e inagotable caricia. Saboreó el agua con los costados, su lenta corriente; con ojos sin párpados vio ante él el profundo pozo marrón entre las grandes y nudosas raíces de un aliso. Se

precipitó hacia delante, plateado, hacia las sombras. Estaba libre. Estaba en su hogar.

El agua brotaba intemporal de su clara fuente. Se quedó en la arena del fondo del remanso, dejando que el agua le acariciase, mucho más poderosa que cualquier hechizo de encantamiento, apaciguando su herida y con su frescura alejando el desolador frío que había penetrado en él. Mientras descansaba, sintió y oyó una sacudida y un temblor en la tierra. ¿Quién caminaba por su bosque? Demasiado fatigado para cambiar de forma, escondió el brillante cuerpo de trucha bajo el arco de las raíces del aliso, y se puso al acecho.

Grandes dedos grises tantearon en el agua, agitando la arena. A través de la palidez del agua, caras vagas, ojos en blanco surgieron y se desvanecieron, reaparecieron. Redes y manos buscaron a tientas, desaparecieron y volvieron a aparecer; le agarraron y le mantuvieron retorciéndose en el aire. Luchó para recobrar su propia forma, pero no pudo; su propio hechizo para regresar al hogar le encadenaba. Se agitó en la red, boqueando en el seco, brillante y terrible aire, sofocándose. La agonía continuó, y no supo nada más allá de ella.

Al cabo de mucho tiempo, poco a poco empezó a darse cuenta de que estaba de nuevo en su forma humana; por su garganta obligaban a bajar un líquido agrio y picante. Tras

otro lapso de tiempo, se encontró tirado boca abajo sobre el suelo mojado y pestilente de la cueva. Estaba otra vez en poder de su enemigo. Y aunque podía respirar de nuevo, no estaba muy lejos de la muerte.

El frío le atravesaba; y los trolls, servidores de Voll, habían aplastado el frágil cuerpo de trucha, pues cuando se movió, la caja torácica y un antebrazo le dieron un navajazo de dolor. Roto y sin fuerza, se hundió en el fondo del pozo de la noche. No tenía poder para cambiar de forma; no saldría de allí de aquel modo, pero había otro.

Permaneciendo inmóvil, y casi, pero no totalmente, fuera del alcance del dolor, Festín pensó:

«¿Por qué no me ha matado? ¿Por qué quiere mantenerme con vida?

»¿Por qué nunca ha sido visto? ¿Con qué ojos se le puede ver, sobre qué tierra caminará?

»Me teme, aunque no me queden fuerzas.

»Dicen que todos los brujos y hombres poderosos que ha vencido viven encerrados en tumbas como ésta, viven año tras año intentando liberarse...

»Pero ¿y si uno elige no vivir?»

Así, Festín hizo su elección. Su último pensamiento fue:

«Si estoy equivocado, los hombres pensarán que fui un cobarde.»

Pero no se retrasó con aquel pensamiento. Girando la cabeza ligeramente hacia un lado, cerró los ojos, hizo una última inspiración profunda y susurró la palabra que libera, la que sólo se pronuncia una vez.

No hubo transformación. No hubo cambio. Su cuerpo, las largas piernas y brazos, las hábiles manos, los ojos que se habían deleitado mirando árboles y corrientes, permanecieron sin cambio, tranquilos, perfectamente tranquilos y llenos de frío. Pero las paredes desaparecieron. La cueva construida con magia desapareció, y las salas y torres; y el bosque, y el mar, y el cielo del atardecer. Desaparecieron, y Festín se dirigió lentamente hacia la lejana pendiente de la colina de la existencia, bajo nuevas estrellas.

En vida había tenido gran poder; allí no lo había olvidado. Como la llama de una vela, se movió en las tinieblas de aquella amplia tierra. Y, recordando, pronunció el nombre de su enemigo:

–¡Voll!

Llamado, incapaz de resistir, Voll se acercó a él, un denso y pálido espectro bajo la luz de las estrellas. Festín se acercó, y el otro se acobardó y gritó como si estuviera ardiendo.

Festin le siguió cuando huyó, le siguió de cerca. Recorrieron un largo camino, sobre corrientes de lava seca de extintos volcanes, que recortaban sus conos contra las estrellas sin nombre; sobre los contrafuertes de las silenciosas colinas, a través de valles de corta hierba negra, atravesando ciudades o bajando por sus callejas oscuras entre casas por cuyas ventanas no miraba cara alguna. Las estrellas colgaban del cielo; ninguna descendía, ninguna se levantaba. No hubo cambios. Ningún día llegó. Pero ellos continuaron, Festin siempre siguiendo los pasos del otro, hacia el lugar por donde en un tiempo corrió un río, mucho tiempo antes: un río de las tierras vivientes. En el seco lecho, entre los cantos rodados, yacía un cuerpo muerto: el de un hombre viejo, desnudo, ojos mates mirando fijamente las estrellas, a las que la muerte no afecta.

–Entra –dijo Festin.

La sombra de Voll Iloriqueó, pero Festin se acercó más. Voll retrocedió, se detuvo, y penetró por la boca abierta de su propio cuerpo muerto.

El cadáver se desvaneció de inmediato. Sin marcas, inmaculados, los secos cantos rodados centellearon bajo la luz estelar. Festin estuvo allí de pie un rato, luego se sentó a descansar sobre unas grandes rocas. A descansar, no a dormir; debería montar guardia hasta que el cuerpo de Voll, devuelto a su tumba, se convirtiera en polvo, y

desapareciera todo su maléfico poder, esparcido por el viento y arrastrado por la lluvia hasta el mar. Debería vigilar aquel lugar, donde una vez la muerte había encontrado el camino de regreso al otro mundo. Paciente, infinitamente paciente, Festin esperó entre las rocas por las que ningún río volverá a correr, en el corazón del país donde no hay costas. Las estrellas permanecían fijas sobre él; y mientras las miraba, lenta, muy lentamente, empezó a olvidar la voz de las corrientes y el sonido de la lluvia sobre las hojas del bosque de la vida.

EL PODER DE LOS NOMBRES

El señor Bajocolina salió de debajo de su colina, sonriendo y respirando con dificultad. Cada resoplido salía disparado por las ventanas de su nariz como una doble bocanada de vapor, blanca nieve bajo el Sol matinal. El señor Bajocolina contempló el cielo brillante de diciembre y sonrió más ampliamente que nunca, mostrando unos dientes blancos como la nieve. Luego se dirigió al pueblo.

–Día, señor Bajocolina –le decían los aldeanos cuando se cruzaban con él por la calle angosta, entre casas de tejados cónicos y sobresalientes como los sombreretes rojos y gruesos de las setas venenosas.

–¡Día, día! –respondía él a todos. (Por supuesto que desear a cualquiera un buen día traía mala suerte; en un lugar tan afectado por Influencias como Sattins Island,

donde un adjetivo descuidado puede cambiar el tiempo por una semana, era suficiente con decir sólo el momento del día.)

Todos le hablaban, algunos con cariño, otros con cariñoso desdén. Era todo lo que la pequeña isla poseía a modo de mago, y por lo tanto merecía respeto... ¿pero cómo se podía respetar a un hombrecillo regordete y cincuentón que se tambaleaba con los pies hacia adentro, sonriendo y exhalando vapor? En el trabajo tampoco era gran cosa. Se esmeraba medianamente en los fuegos artificiales, pero sus elixires eran ineficaces con frecuencia. Las verrugas que hechizaba reaparecían a los tres días; los tomates que encantaba no llegaban a ser más grandes que los melones; y durante los contados días en que alguna nave extraña se detenía en el puerto de Sattins, el señor Bajocolina permanecía siempre debajo de su colina; por temor, explicaba, al mal de ojo. En otras palabras, era un mago por la misma razón por la que el zarco Gan era un carpintero: por negligencia. Por esta generación los aldeanos se las apañaban con puertas mal colocadas y hechizos inútiles, y descargaban su irritación tratando al señor Bajocolina con bastante familiaridad, como un simple aldeano más. Hasta lo invitaban a cenar. Una vez él invitó a cenar a algunos de ellos, y sirvió una colación espléndida, con plata, cristal, albaricoque, ganso asado, un chispeante Andrades 639, y budín inglés con salsa fermentada; pero estuvo tan nervioso

que quitó toda alegría a la comida, y además, todos volvieron a estar hambrientos media hora después. No le gustaba que nadie visitara su cueva, ni siquiera la antecámara, más allá de la cual en realidad no había llegado nadie. Cuando veía que se acercaba gente a la colina, salía trotando a recibirla. «¡Sentémonos aquí, bajo los pinos!», decía sonriendo y señalando hacia el bosquecillo de abetos; o si llovía: «Vayamos a tomar un trago a la taberna, ¿eh?», aunque todos sabían que él no bebía nada más fuerte que agua de pozo.

Algunos de los niños de la aldea, tentados por aquella cueva, curioseaban y escudriñaban y hacían incursiones cuando el señor Bajocolina salía; pero la puertecilla que conducía a la habitación interior estaba cerrada por medio de un encantamiento, y al parecer, por una vez, se trataba de un encantamiento eficaz. Una vez que dos niños creían que el hechicero se encontraba en la Costa Oeste curando el burro enfermo de la señora Ruuna, llevaron allí una palanca y un hacha, pero al primer golpe surgió del interior un rugido de ira y una nube de vapor purpúreo. El señor Bajocolina había regresado temprano. Los niños huyeron. Él no salió, y los niños no sufrieron ningún daño, aunque dijeron que de no escucharlo, nadie podría creer que aquel hombrecillo regordete produjera ese horrible y enorme grito–bramido–aullido–silbido.

Aquel día tenía que comprar en el pueblo tres docenas de huevos frescos y cuatrocientos gramos de hígado; también debía pasar por la casita de Fogeno, el capitán, a renovar el hechizo de los ojos del anciano (bastante inútil aplicado a un caso de desprendimiento de retina, pero el señor Bajocolina continuaba intentándolo), y por último se detendría a charlar con la vieja Goody Guld, la viuda del fabricante de concertinas. La mayoría de los amigos del señor Bajocolina eran ancianos. Los hombres jóvenes y fuertes de la aldea le producían timidez, y las muchachas le tenían vergüenza.

–Me pone nerviosa, sonrío tanto... –decían haciendo mohines, retorciendo rizos sedosos alrededor de un dedo.

«Nerviosa» era una palabra de última moda, y todas las madres respondían adustas:

–Nerviosa un cuerno, lo que sois es tontas. ¡El señor Bajocolina es un hechicero muy respetable!

Después de despedirse de Goody Guld, el señor Bajocolina pasó por la escuela, que ese día se reunía fuera, en el baldío. Dado que no había nadie alfabetizado en Sattins Island, no existían libros en los cuales aprender a leer ni pupitres en los que grabar iniciales ni pizarras que borrar, y de hecho no existía un edificio escolar. En los días lluviosos los niños se reunían en el desván del Granero Común, y se ensuciaban

los pantalones con heno; en días de Sol, la maestra, Palani, los llevaba a donde tuviera ganas. Hoy, rodeada por treinta niños atentos menores de doce años y cuarenta ovejas distraídas menores de cinco, estaba enseñando un punto importante en el plan de estudios: las Reglas de los Nombres. El señor Bajocolina, sonriendo con timidez, se detuvo a mirar y escuchar. Palani, una muchacha rolliza y bonita de veinte años, hacía un cuadro encantador allí, bajo el Sol invernal, con niños y ovejas a su alrededor, un roble sin hojas sobre la cabeza y las dunas y el mar y el cielo pálido y transparente detrás. Hablaba con seriedad, con el rostro enrojecido por el viento y las palabras.

–Ya habéis aprendido las Reglas de los Nombres, niños. Son dos, y son las mismas en todas las islas del mundo. ¿Cuál es una de ellas?

–No es buena educación preguntarle a nadie cuál es su nombre –gritó un niño gordo y veloz, que fue interrumpido por una niña pequeña que chillaba:

–¡Nunca podrás decir tu propio nombre a nadie, dice mi mamá!

–Sí, Suba. Sí, querida Popi, no chilles. Tenéis razón. Nunca preguntaréis a nadie su nombre. Nunca diréis el vuestro. Ahora pensad en ello un minuto y decidme por qué llamamos a nuestro hechicero señor Bajocolina –sonrió al señor Bajocolina por encima de las cabezas ensortijadas y

los lomos lanudos, y él se puso radiante y aferró nervioso su bolsa de huevos.

–¡Porque vive debajo de una colina! –gritó media clase.

–¿Pero es ése su verdadero nombre?

–¡No! –dijo el niño gordo, y el chillido de la pequeña Popi le hizo eco:

–¡No!

–¿Cómo sabéis que no lo es?

–Porque llegó aquí solo y entonces no había nadie que supiera su verdadero nombre y por eso no nos lo podían decir, y él no podía...

–Muy bien, Suba. Popi, no grites. Tienes razón. Ni siquiera un mago puede decir su verdadero nombre. Cuando vosotros, los niños, hayáis dejado la escuela y estéis atravesando el Pasaje, dejaréis atrás vuestros nombres de niños y conservaréis solamente vuestros nombres verdaderos, los que nunca deberéis preguntar ni entregar. ¿Por qué existe esta regla?

Los niños permanecieron en silencio. Las ovejas balaron con dulzura. El señor Bajocolina contestó la pregunta:

–Porque el nombre es la cosa –dijo con voz suave, tímida, ronca–, y el verdadero nombre es la verdadera cosa.

Conocer el nombre significa controlar la cosa. ¿No es así, señorita maestra?

Ella le sonrió e hizo una reverencia, evidentemente un poco desconcertada por su intervención. Y él se fue a su colina al trote, aferrando los huevos contra el pecho. Por alguna razón, el momento que había pasado contemplando a Palani y a los niños le había abierto el apetito. Al pasar, cerró la puerta interior con un encantamiento apresurado; debió de haber dejado uno o dos escapes en el hechizo pues la antecámara vacía pronto estuvo llena del olor de los huevos fritos y el hígado tostado.

Ese día el viento era fresco y ligero y venía del oeste. Al mediodía había traído un pequeño bote que llegó al puerto de Sattins peinando las olas brillantes. Cuando irrumpió en el horizonte, un chico de vista aguda lo notó y, conocedor como todos los niños de cada vela y cada mástil de los cuarenta botes de la flota pesquera, corrió por la calle gritando:

«¡Un barco extranjero, un barco extranjero!»

La solitaria isla muy rara vez era visitada por algún barco de otra isla igualmente solitaria de la Bordada Este, o por un mercader aventurero del Archipiélago. Cuando el barco llegó al embarcadero, media aldea ya estaba allí para

saludarlo, y los pescadores se sumaron luego desde sus hogares, y manadas de vacas y buscadores de almejas y cazadores de hierbas jadeaban por las rocosas colinas en dirección al puerto.

Pero la puerta del señor Bajocolina permaneció cerrada.

Solamente había un hombre a bordo del barco. Cuando se lo contaron al anciano capitán Fogeno, un cardumen de cejas blancas descendió hasta sus ojos sin vista.

–Hay una sola clase de hombres que naveguen a solas por la Bordada Externa. Un brujo, un hechicero o un Mago...

Así que los aldeanos quedaron sin aliento ante la posibilidad de ver por una vez en sus vidas a un Mago, uno de los poderosos Magos Blancos de las islas interiores del Archipiélago, ricas, pobladas, llenas de torres. Se decepcionaron, pues el viajero era bastante joven, un sujeto guapo, de barba negra, que los saludó alegremente desde su barco y saltó a tierra como cualquier marinero que llega contento a puerto. Se presentó de inmediato como un buhonero de mar. Pero cuando le contaron al capitán Fogeno que llevaba consigo un bastón de roble, el anciano movió la cabeza y dijo:

–¡Malo! Dos hechiceros en una aldea... –su boca se cerró con un chasquido.

Como el extranjero no podía decir su nombre, inmediatamente le dieron uno: Barbanegra. Y le prestaron mucha atención. Tenía un pequeño y revuelto hato de ropas y sandalias y plumas de piswi para adornar capas e incienso barato y piedras ligeras y hierbas delicadas y grandes cuentas de cristal de Venway... el lote habitual de un buhonero. Todo Sattins Island fue a mirar, a charlar con él, y quizás a comprar algo.

–¡Imposible de olvidar! –cacareaba Goody Guld, quien al igual que todas las mujeres y todas las muchachas de la aldea, estaba conmovida por la audaz hermosura de Barbanegra.

Los chicos también le rondaban, para que les contara sus viajes a lejanas y extrañas islas de la Bordada o les describiera las grandes y ricas islas del Archipiélago, las Rutas Internas, los fondeaderos blancos de naves, y los tejados dorados de Havnor. Los hombres escuchaban sus relatos con gusto, pero algunos de ellos se preguntaban por qué un mercader viajaría solo, y contemplaban pensativamente su vara de roble.

Durante todo este tiempo el señor Bajocolina permaneció debajo de su colina.

–Es la primera isla sin mago que veo –dijo un día Barbanegra a Goody Guld, que en la ocasión había invitado a su sobrino y a Palani a tomar una taza de té de junco con

el viajero—. ¿Qué hacéis cuando os duele un diente o una vaca se seca?

–Bueno... ¡si tenemos al señor Bajocolina! –dijo la anciana.

–Para lo que sirve... –murmuró Birt, el joven sobrino de Goody Guld, y luego se ruborizó hasta el color púrpura y se le derramó el té; estaba enamorado de la maestra de escuela, pero lo más que había hecho hasta ese momento para demostrarle su amor había sido regalar canastas de caballas frescas a la cocinera de su padre.

–Oh, ¿tenéis un hechicero? –preguntó Barbanegra—. ¿Es invisible?

–No, solamente muy tímido –dijo Palani—. Apenas llevas una semana aquí, ¿no?, y vemos tan pocos extranjeros... –también se ruborizó un poco, pero no derramó su té.

Barbanegra le sonrió.

–Es un buen sattinsano entonces, ¿verdad?

–No –dijo Goody Guld–, no mejor que tú. ¿Más té, sobrino? Mantenlo en la taza esta vez... No, mi querido; llegó en un pequeño barco... ¿hace cuatro años? Fue un día después que concluyó la arribada del sáballo porque estaba recogiendo las redes en la Ensenada Este, y Pondi Cowherd se rompió la pierna aquella misma mañana... hará cinco años. No, cuatro. No, son cinco, fue el año en que el ajo no se dio. Entonces llega navegando en una pequeña chalupa

cargada hasta el tope de grandes cofres y cajas y le dice al capitán Fogeno, que entonces no estaba ciego, aunque sabe Dios que estaba tan viejo como para haberse quedado ciego dos veces: «Oigo contar –le dice– que no tienen un brujo o hechicero... ¿No están deseando uno?»«¡Ya lo creo, si la magia es blanca!» Dice el capitán, y antes de decir «pulpo» el señor Bajocolina se había instalado debajo de la colina y estaba hechizando la sarna del gato de Goody Beltow. Aunque la piel creció gris, y era un gato naranja. Tenía un aspecto bien raro después de eso. Murió el invierno pasado, durante el encantamiento del frío. Goody Beltow se tomó la muerte de su gato, pobre criatura, peor que cuando su marido se ahogó en las Orillas Largas, el día de la arribada prolongada de los arenques, cuando mi sobrino Birt aquí presente no era más que un bebé en pañales –el sobrino de la señora Goody Guld volvió a derramar el té y Barbanegra hizo una mueca, pero la anciana prosiguió sin desfallecer, y habló hasta que cayó la noche.

Al día siguiente, Barbanegra se hallaba en el muelle trabajando en la tabla arrancada de su barco, a cuya reparación parecía dedicarle mucho tiempo, y como de costumbre, hacía hablar a los taciturnos sattinsanos.

–¿Cuál de estas naves es la de vuestro hechicero? ¿O tiene una de esas que los Magos pliegan dentro de cáscaras de nuez cuando no las usan?

–No –dijo un imperturbable pescador–. Está allá arriba en su cueva, debajo de la colina.

–¿Llevó hasta su cueva el barco que lo trajo?

–Sí. Hasta arriba del todo. Yo ayudé. Llena hasta el tope de grandes cajas llenas hasta el tope de libros con encantamientos, dice él. Era pesada como el plomo –y el imperturbable pescador le volvió la espalda, suspirando imperturbablemente.

El sobrino de Goody Guld, que arreglaba una red allí cerca, levantó la vista de su trabajo y preguntó con igual imperturbabilidad:

–¿Verdad que te gustaría conocer al señor Bajocolina?

Barbanegra le devolvió la mirada. Por un momento, unos ojos negros y listos se encontraron con unos ojos azules e inocentes; luego Barbanegra sonrió y dijo:

–Sí. ¿Me llevarás a la colina, Birt?

–Sí, cuando haya terminado con esto –dijo el pescador.

Y cuando hubo terminado de remendar la red, él y el del Archipiélago partieron por la calle de la aldea hacia la alta colina verde. Pero mientras cruzaban el baldío, Barbanegra le dijo:

–Espera un momento, amigo Birt. Tengo una historia para contarte antes de que visitemos a tu hechicero.

–Cuéntala –dijo Birt, sentándose bajo la sombra de una encina perenne.

–Es una historia que empezó hace cien años, y que todavía no ha terminado... Aunque pronto terminará, muy pronto... En el mismo corazón del Archipiélago, donde las islas se apiñan densas como moscas en la miel, hay una pequeña ínsula llamada Pendor. Los señores de Pendor eran hombres poderosos en los viejos días de guerra anteriores a la Liga. Botines y rescates y tributos diluviaban sobre Pendor, y allí se reunió un gran tesoro, hace mucho tiempo. En aquel entonces, de algún lejano lugar en la Bordada Oeste, donde los dragones se crían en las islas de lava, llegó un dragón muy poderoso. No era uno de esos lagartos hiperdesarrollados que la mayoría de vosotros los habitantes de la Bordada Externa llamáis dragones, sino un monstruo grande, negro, alado, sabio, astuto, lleno de fuerza y artificios, y que como todos los dragones, amaba el oro y las piedras preciosas por sobre todas las cosas. Mató al Señor del Mar y a sus soldados, y los habitantes de Pendor huyeron de noche en sus naves. Huyeron todos, y dejaron al dragón enroscado dentro de las Torres de Pendor. Y allí permaneció durante cien años, arrastrando su barriga escamosa sobre esmeraldas y zafiros y monedas de oro, apareciendo solamente una vez cada uno o dos años, cuando debía comer. Invadía islas cercanas en busca de alimento. ¿Sabes lo que comen los dragones?

Birt cabeceó y dijo en un susurro:

–Doncellas.

–Así es –dijo Barbanegra–. Bueno, esto no se podía soportar eternamente, ni tampoco el saber que estaba sentado sobre todo ese tesoro. Así que cuando la Liga se fortaleció, y el Archipiélago no estuvo tan preocupado por guerras y piratería, se decidió atacar Pendor, expulsar al dragón y recuperar el oro y las joyas para el tesoro de la Liga. Ellos siempre están deseando dinero. Por lo tanto se reunió una enorme flota de cincuenta islas, y en las proas de las siete naves más fuertes colocaron siete Magos, y navegaron hacia Pendor... Llegaron. Desembarcaron. Nada se movió. Todas las casas estaban vacías, los platos sobre las mesas llenos del polvo de cien años. Los huesos del viejo Señor del Mar y de sus hombres yacían en los patios del castillo y en las escaleras. Y las habitaciones de la torre apestaban a dragón. Pero no había ningún dragón. Tampoco ningún tesoro, ni un diamante del tamaño de una semilla de amapola, ni una simple cuenta de plata... Al saber que no habría podido resistirse a siete Magos, el dragón se había ido. Lo rastrearon, y descubrieron que había volado a una isla desierta en el norte llamada Udrath; le siguieron la pista hasta allí, ¿y qué encontraron? Huesos de nuevo. Sus huesos, los del dragón. Pero ningún tesoro. Un hechicero, algún hechicero desconocido de otro lugar, debió de haberlo

encontrado indefenso y lo derrotó... Y después se fue con el tesoro, ¡delante de las mismas narices de la Liga!

El pescador escuchaba, atento e inexpresivo.

–Por supuesto que habrá sido un hechicero poderoso e inteligente para primero matar al dragón, y segundo escaparse sin dejar rastro. Los Señores y Magos del Archipiélago no pudieron seguirle el rastro en absoluto... Ni sospechas siquiera de dónde había venido o hacia dónde había ido. Estuvieron a punto de abandonar. Esto sucedió la primavera pasada; yo había estado ausente, viajando por la Bordada Norte durante tres años, y regresé en aquellos días. Y me pidieron que les ayudara a encontrar al hechicero desconocido. Esto fue un rasgo de inteligencia de parte de ellos. Porque no soy solamente un hechicero yo mismo, como creo que lo adivinaron algunos de los zoquetes de aquí, sino que soy un descendiente de los Señores de Pendor. Ese tesoro es mío. Es mío, y sabe que es mío. Esos idiotas de la Liga no pudieron encontrarlo porque no es de ellos. Pertenece a la casa de Pendor, y la gran esmeralda, la estrella del tesoro, Inalkil la Piedraverde, conoce a su dueño. ¡Observa! –Barbanegra levantó su bastón de roble y gritó–: ¡Inalkil! –la punta de la vara empezó a brillar, verde, un encendido resplandor verde, una niebla deslumbrante del color de la hierba de abril, y al mismo tiempo la vara se

inclinó en la mano del hechicero hasta señalar en línea recta el costado de la colina que se levantaba sobre sus cabezas.

–En el lejano Havnor el resplandor no era tan potente –murmuró Barbanegra–, pero la varilla señalaba en la dirección correcta. Inalkil respondió cuando la llamé. La joya conoce a su dueño. Y yo conozco al ladrón, y lo someteré. Es un hechicero agraciado, que pudo con un dragón. Pero yo soy más poderoso. ¿Quieres saber por qué, zoquete? ¡Porque conozco su nombre!

A medida que el tono de Barbanegra se hacía más arrogante, el rostro de Birt aparecía más y más obtuso, más y más inexpresivo; pero al oír decir a Barbanegra que conocía el verdadero nombre de señor Bajocolina, se sacudió, cerró la boca y contempló al del Archipiélago.

–¿Cómo... lo aprendiste? –dijo muy lentamente.

Barbanegra hizo una mueca y no le contestó.

–¿Magia negra? –insistió Birt.

–¿Cómo, si no...?

Birt palideció y no dijo nada.

–¡Soy el Señor del Mar de Pendor, zoquete, y poseeré el oro que mis padres ganaron, y las joyas que mis madres usaron, y la Piedraverde! Porque son míos. Bueno, ahora podrás contar toda la historia a tus gahnápiros de aldea, una

vez derrotado ese hechicero y que yo me haya ido. Espera aquí. O puedes venir y mirar, si no tienes miedo. Nunca volverás a tener la oportunidad de observar a un hechicero en todo su poder –Barbanegra se volvió, y sin mirar atrás subió a grandes trancos la colina, hacia la entrada de la cueva.

Muy lentamente, Birt lo siguió. Se detuvo a una buena distancia, se sentó bajo un espino y miró. El del Archipiélago se había detenido; era una figura oscura y envarada, sola en la verde ondulación de la colina, de pie y absolutamente inmóvil ante la boca bostezante de la caverna. Repentinamente movió el bastón sobre su cabeza; el resplandor esmeralda invadió el ámbito mientras gritaba:

–¡Ladrón, ladrón del Tesoro de Pendor, sal a la vista!

Se oyó un estruendo como de loza rota dentro de la cueva, de la que salió despedida una cantidad de polvo. Asustado, Birt se agachó. Cuando volvió a mirar, vio a Barbanegra aún inmóvil, y en la boca de la cueva, polvoriento y desgredado, estaba el señor Bajocolina. Parecía pequeño y enternecedor, con los pies torcidos hacia adentro como de costumbre, y con las piernecillas arqueadas cubiertas por calzas negras, y sin varilla... nunca había tenido una, reparó Birt. El señor Bajocolina preguntó con su vocecilla ronca:

–¿Quién es usted?

–Soy el Señor del Mar de Pendor, ladrón, y he venido a reclamar mi tesoro.

Ante esto, el señor Bajocolina se fue poniendo rosado lentamente, como sucedía siempre que la gente era grosera con él. Se puso amarillo, el cabello se convirtió en cerdas, emitió un rugido parecido a una tos, y se convirtió en un león amarillo que saltó por la colina hacia Barbanegra, los colmillos blancos destellando.

Pero Barbanegra se había esfumado. Un tigre gigantesco, del color de la noche y el relámpago, brincaba al encuentro del león... que había desaparecido. De pronto, bajo la cueva se alzaba un bosquecillo alto, negro bajo el Sol invernal. El tigre, conteniéndose en pleno salto justo antes de caer bajo la sombra de los árboles, se encendió en el aire, transformado en una lengua de fuego que azotaba las ramas secas y negras.

Pero donde se habían alzado los árboles, una repentina catarata empezó a caer desde la ladera de la colina, un arco de agua plateada y estruendosa que tronaba sobre el fuego. Sobre el sitio ocupado antes por el fuego... que había desaparecido.

Por un instante, ante los ojos fijos del pescador se levantaban dos colinas: la verde que ya conocía y una nueva, una loma parda y pelada, lista para beberse la torrencial catarata. Esto sucedió con tanta rapidez que Birt parpadeó,

y después de parpadear parpadeó de nuevo pues lo que estaba viendo era mucho peor. Allí donde había estado la catarata revoloteaba un dragón. Alas negras oscurecían toda la colina, garras de acero se extendían, tanteando, y de los labios oscuros, escamosos, entreabiertos, brotaba fuego y vapor.

Debajo de la criatura monstruosa, Barbanegra se reía.

–¡Toma cualquier forma que te guste, pequeño señor Bajocolina! –se burló–. Puedo enfrentarte. Pero el juego se vuelve aburrido. Quiero contemplar mi tesoro, Inalkil. Ahora, gran dragón, pequeño hechicero, recobra tu forma real. ¡Te lo ordeno por el poder de tu verdadero nombre: Yevaud!

Birt estaba petrificado, ni siquiera podía parpadear. Se agachó, indeciso entre hacerlo o no; veía al dragón suspendido en el aire sobre Barbanegra, el fuego que llameaba a la manera de muchas lenguas desde la boca escamosa, el humo que salía en chorros de las rojas ventanas de la nariz. Vio cómo el rostro de Barbanegra se volvía blanco como la tiza, y cómo le temblaba los labios orlados de barba.

–¡Tu nombre es Yevaud!

–Sí –dijo un vozarrón ronco y silbante–. Mi verdadero nombre es Yevaud, y mi verdadera forma es esta.

–Pero el dragón había muerto... Encontraron sus huesos en la isla de Udrath.

–Ese era otro dragón –intervino el dragón, y luego caló como un halcón, con las garras extendidas.

Birt cerró los ojos. Cuando los abrió, el cielo estaba despejado, la colina vacía, excepto una mancha pisoteada de color negro rojizo, y unas pocas huellas de garras en la hierba.

Birt el pescador se puso en pie y corrió. Atravesó el baldío a la carrera, dispersando las ovejas a izquierda y derecha, y bajó por la calle de la aldea hasta la casa del padre de Palani. La joven estaba en el jardín desmalezando las capuchinas.

–¡Ven conmigo! –jadeó Birt; ella lo miró fijamente, él la aferró de la muñeca y la arrastró consigo; Palani chilló un poco, pero no se resistió.

Ambos corrieron recto hacia el muelle; Birt empujó a Palani dentro del Queenie, la chalupa pesquera. El muchacho desató las amarras, cogió los remos y partió, remando como un demonio. Lo último que Sattins Island vio de él y de Palani fue la vela del Queenie desvaneciéndose en dirección de la isla más cercana en el oeste.

Los aldeanos creyeron que nunca dejarían de comentar cómo Birt, el sobrino de Goody Guld, se había vuelto loco y había escapado en un bote con la maestra el mismo día que

el buhonero Barbanegra desapareció sin dejar rastro, abandonando todas sus plumas y cuentas. Pero tres días más tarde dejaron de comentarlo pues tuvieron otras cosas que comentar, cuando el señor Bajocolina salió por fin de su cueva.

El señor Bajocolina había resuelto que ya que su verdadero nombre no era más un secreto, bien podía abandonar su disfraz. Caminar era mucho más difícil que volar, y además hacía mucho, mucho tiempo que no comía una verdadera comida.

EL REY DE INVIERNO

Cuando escribí este cuento, un año antes de empezar la novela La mano izquierda de la oscuridad, no sabía que los habitantes del planeta Invierno o Gheten eran andróginos. Para el momento en que la historia salió impresa lo supe, pero era demasiado tarde para enmendar términos tales como “hijo”, “madre”, etcétera.

Muchas feministas se han sentido afectadas o agraviadas porque a los andróginos de La mano izquierda de la oscuridad se los llama “él” desde el principio hasta el fin. En la tercera persona del singular, el pronombre genérico inglés es igual al pronombre masculino. Un hecho sobre el que siempre vale la pena reflexionar. Y es una trampa sin

salida, porque la exclusión del femenino (ella) y del neutro (ello) del genérico masculino (él) hace que el uso de cualquiera de ellos sea más específico, más injusto, que el uso de “él”. Y encuentro que los pronombres fabricados, “ellaél”, “élella”, etcétera, son pesados y fastidiosos.

Al revisar el cuento para esta edición, vi la oportunidad de reparar levemente aquella injusticia. En esta versión aplico a todos los gethianos el pronombre femenino, mientras que mantengo ciertos títulos masculinos como Rey o Señor solamente para recordar su ambigüedad. Quizás esto saque de sus casillas a algunos antifeministas, pero es sencillamente equitativo. El hermafroditismo de los personajes tiene poco que ver con lo que sucede en el cuento, pero el cambio de pronombre pone en claro que la relación central, paradójica, entre padre e hijo no es, como puede haber parecido en la otra versión, una especie de Edipo al revés, sino algo menos familiar y más ambiguo. Es evidente que mi inconsciente conocía a los gethianos mucho tiempo antes de que le pareciese oportuno informarme; él siempre está haciendo cosas por el estilo.

Cuando en el transcurso del tiempo surgen torbellinos, y la historia parece arremolinarse en torno a un tronco que se hunde, entonces las fotografías vienen al pelo: instantáneas, que pueden ser equiparadas para comparar al padre con el hijo, al joven rey con el viejo, y que también pueden barajarse y volver a ordenarse hasta que los años corran incesantemente. Porque a pesar de los trucos de la comunicación interestelar instantánea y de los viajes interestelares casi tan veloces como la luz, el tiempo (como lo advierte el Axt Plenipotenciario) no se invierte; ni la muerte puede ser burlada.

En consecuencia, aunque la fotografía más conocida sea aquella imagen oscura de un rey joven que contempla a un rey viejo, muerto en un corredor iluminado solamente por espejos en los que se refleja una ciudad incendiada, apártala por un momento. Mira primero al joven rey, el orgullo de una nación, el más luminoso y afortunado ser de veintidós años que haya existido. Cuando se tomó esta fotografía, apoyaba la espalda contra una pared. Estaba roñosa, temblaba, y su rostro aparecía vacío y demente, pues había perdido esa confianza mínima en el Mundo que se llama cordura. Repetía dentro de su cabeza lo que había repetido durante horas o años: “Abdicaré. Abdicaré. Abdicaré”. Con los ojos cerrados vio las habitaciones de rojas paredes del Palacio, las torres y calles de Erhenrang bajo la nieve que

caía, las hermosas planicies de las Tierras Bajas del oeste, las cumbres blancas del Kargav, y renunció a todo, a su reino.

–Abdicaré –dijo en voz baja y luego, fuerte, gritó cuando la persona vestida de rojo y blanco se le acercó una vez más, diciendo:

–¡Majestad! Se ha descubierto un complot contra tu vida en la Escuela de Artesanos.

Y el zumbido comenzó nuevamente. Escondió la cabeza entre los brazos y susurró:

–Detenedlo, por favor, detenedlo.

Pero el zumbante plañido se hizo más alto y cercano y fuerte, implacable, hasta que fue tan fuerte y agudo que entró en su carne, desgajó los nervios de sus canales e hizo que sus huesos bailaran y sonaran, saltando al ritmo de la melodía. Brincó y se sacudió en contorsiones, los huesos desnudos ensartaban hebras blancas y delgadas, lloró lágrimas secas y gritó:

–Eje... Eje... Deben... Ejecutarlos... Detenido... ¡Detente!

Se detuvo. Cayó al suelo como un montón ruidoso y rechinante. ¿Qué suelo? Nada de mosaicos rojos, nada de cemento manchado de orina, sino el suelo de madera de la habitación de la torre, el pequeño dormitorio de la torre donde ella estaba a salvo, a salvo de su monstruoso padre, el rey frío, loco, que lo desamparaba; a salvo para poder

jugar con Piry a que acunaba al gato y para sentarse al lado del fuego sobre el regazo de Borhub, tan cálido y profundo como un sueño. Pero no había ningún escondrijo, ninguna seguridad, ningún sueño. La persona vestida de negro había llegado y le había cogido la cabeza, se la había hecho levantar, le había sujetado con finas cuerdas blancas los párpados que trataba en vano de cerrar.

–¿Quién soy?

La máscara negra, vacía, la contempló. El joven rey se debatió, sollozando, porque iba a comenzar el ahogo: no podría respirar hasta que no dijese el nombre, el nombre correcto...

–¡Gerer!

Pudo respirar. Le permitieron respirar. Había reconocido a tiempo al de negro.

–¿Quién soy? –dijo una voz distinta, suavemente, y el joven rey tanteó, buscando la fuerte presencia que siempre le traía sueño, tregua, solaz.

–Rebade –susurró–, dime qué hacer...

–Duerme.

Obedeció. Durmió profundamente, y sin soñar, porque todo estaba sucediendo en la realidad. Los sueños aparecían cuando despertaba. En el instante. La espantosa luz seca y

roja del atardecer, irreal, le quemó los ojos y se los hizo abrir, y allí estaba, una vez más, de pie en el balcón del Palacio contemplando bajo sus pies cincuenta mil agujeros negros que se abrían y gritaban. De los agujeros brotaba un chorro paroxístico de sonido, un eructo rítmico y estridente: su nombre. El nombre rugía en sus oídos como una mofa, como un insulto. Golpeó las manos contra la angosta baranda de bronce y les gritó:

–¡Os haré callar!

No pudo oír su propia voz, anulada por las voces de ellos, las bocas pestilentes de la chusma que la odiaba, gritando su nombre.

–Ven, rey mío –dijo la única voz dulce, y Rebade la sacó del balcón y la llevó a la tranquilidad roja y vasta del Salón de Audiencias.

El griterío cesó con un chasquido. Como siempre, la expresión de Rebade era sosegada y compasiva.

–¿Qué harás ahora? –le dijo con su voz dulce.

–Ab... Abdicaré.

–No –dijo Rebade con calma–. Eso no es correcto. ¿Qué harás ahora?

El joven rey permaneció en silencio, temblando. Rebade la ayudó a sentarse en el catre de hierro, ya que las paredes se

habían obscurecido como lo hacían con frecuencia y se habían acercado hasta formar una pequeña celda a su alrededor.

–Llamarás...

–Llamaré a la Guardia de Erhenrang. Haré que disparen contra la multitud. Que disparen a matar. Hay que darles una lección –el joven rey hablaba rápida y enfáticamente, con voz alta y aguda.

Rebade dijo:

–¡Muy bien, mi señor, una sabia decisión! Correcto. Saldremos bien parados. Estás actuando como se debe. Confía en mí.

–Lo hago. Confío en ti. Sácame de aquí –susurró el joven rey, aferrando el brazo de Rebade; pero su amiga frunció el ceño; eso no era correcto.

Había alejado a Rebade y a la esperanza. Rebade se iba en calma y con pena a pesar de las súplicas del joven rey, que le imploraba que se detuviese, que regresase, pues el ruido estaba empezando suavemente, el zumbido plañidero que le desgarraba el cerebro, y la persona de blanco y rojo se acercaba ya por el suelo rojo, interminable.

–¡Majestad! Se ha descubierto un complot contra tu vida en la Escuela de Artesanos...

A lo largo de Old Harbor Street, hasta la orilla del agua, las lámparas de la calle se consumían, con un resplandor cavernoso. El guardia Pepenerer, que estaba cumpliendo su recorrido, dirigió una mirada a aquella bóveda oblicua de luz sin sospechar nada, y vio algo que se tambaleaba hacia ella. Pepenerer no creía en las sirenas, pero había visto una sirena, manchada de lodo marino, balanceándose sobre sus delgados pies palmípedos, boqueando aire seco, lloriqueando... Los relatos de viejos marineros se borraron de la mente de Pepenerer, y vio a una borracha o una loca o una víctima que se bamboleaba entre las paredes grises y húmedas del depósito.

–¡Eh, no te muevas! –vociferó mientras corría; la borracha, medio desnuda y con ojos extraviados, dejó escapar un aullido de terror y trató de escabullirse, pero resbaló en las piedras lustrosas de escarcha de la calle y cayó de cabeza con los miembros extendidos.

Pepenerer sacó su pistola y descargó un trueno en medio segundo para mantener quieta a la borracha; luego se agachó a su lado, montó la radio y llamó al Cuartel Oeste para pedir un coche.

Los dos brazos extendidos flácida y dócilmente sobre los fríos guijarros estaban manchados por ronchas de inyecciones. No estaba borracha, estaba drogada.

Pepenerer olfateó, pero no captó ningún aroma resinoso de esencias. Había sido drogada entonces; ladrones, o la venganza ritual de una secta. Los ladrones no habrían dejado el anillo de oro en el dedo índice; era un objeto macizo, grabado, casi tan grueso como el nudillo. Pepenerer se inclinó hacia adelante para contemplarlo. Luego volvió la cabeza y contempló el perfil pálido y golpeado que yacía sobre las piedras del pavimento, apenas iluminado por las lámparas callejeras. Sacó de su bolsa una moneda nueva de cuarto de corona y miró el perfil izquierdo estampado en el estaño brillante, luego volvió a mirar el perfil derecho estampado en el claroscuro de la piedra fría. Luego, al oír el ronroneo del coche eléctrico girando en el Longway hacia el Old Harbor Street, guardó la moneda en su bolsa, murmurando para sí misma:

–Maldita idiota.

De cualquier manera, el rey Argaven estaba en las montañas, cazando, desde hacía un par de semanas; eso habían comunicado los boletines.

–Podernos suponer que su mente fue remodelada –dijo el doctor Hoge–; pero eso no nos da casi ninguna pista que seguir. En Karhide hay demasiados expertos en remodelar mentes, y también en Orgoreyn, ya que estamos. No me refiero a criminales que la policía podría rastrear, sino a

mentalistas o médicos respetables que no pueden conseguir drogas por medios legales. Y en lo referente a sonsacarle algo a ella, si tuvieron un mínimo de habilidad tienen que haber vuelto inaccesible para la razón todo cuanto hicieron. Todos los indicios estarán enterrados, los recuerdos escondidos, y no podemos adivinar las preguntas que tenemos que hacerle. No hay ninguna forma, excepto la destrucción cerebral, de revisar todo lo que ocupa su mente; y hasta bajo los efectos de la hipnosis o de una droga profunda no habría manera de distinguir entre las ideas o emociones implantadas y las propias autónomas. Quizá los Extranjeros puedan hacer algo, aunque dudo de que su ciencia mental sea esa gran cosa de la que se jactan; en cualquier caso, ello está fuera de nuestro alcance. Tenemos una sola esperanza verdadera.

–¿Cuál es? –preguntó con serenidad Lord Gerer.

–El rey es resuelta y veloz. Al principio, antes de que la adiestrasen, posiblemente se diera cuenta de lo que le estaban haciendo, y entonces haber puesto algún obstáculo o resistencia, haberse permitido alguna vía de escape... –la voz baja de Hoge fue perdiendo fe mientras hablaba, y se arrastró en el silencio de la habitación alta, roja, crepuscular, desvaneciéndose; no arrancó ninguna respuesta de la anciana Gerer, que estaba de pie delante del fuego, vestida de negro.

La temperatura era de 12° en esa habitación del Palacio Real de Erhenrang donde se encontraba Lord Gerer, y de 5° en la mitad del trayecto entre las dos grandes chimeneas; afuera nevaba levemente, era un día benigno de pocos grados bajo cero. La primavera había llegado a Invierno. Las fogatas, fuego y oro, rugían en cada extremo de la habitación, devorando troncos gruesos como muslos. Magnificencia, un lujo severo, un esplendor fugaz; chimeneas, fuegos artificiales, relámpagos, meteoros, volcanes; estas cosas satisfacían a la gente de Karhide, en el mundo llamado Invierno. Sin embargo, excepto en las colonias árticas por encima del paralelo 35, no habían instalado calefacción central en ningún edificio durante muchos siglos de Era Tecnológica. El confort llegaba a ellos rara vez, era bienvenido sin ser buscado; era un don, como la alegría.

El lacayo personal del rey, que estaba sentado al lado de la cama, se volvió hacia el médico y el Consejero, pero no habló. Ambas cruzaron la habitación al mismo tiempo. El lecho amplio, duro, elevado sobre áureas columnas, cargado con mantas y colchas rojas, sostenía el cuerpo del rey casi al nivel de sus ojos. Gerer lo veía como un barco que navegaba, inmóvil, a través de una amplia y veloz marea de obscuridad, conduciendo al joven rey hacia sombras, temores, años. La anciana consejero sintió temor al ver que los ojos de Argaven estaban abiertos, y contemplaban con fijeza las

estrellas a través de una ventana cubierta a medias por la cortina.

Gerer temía la locura, la idiotez; no sabía qué era lo que temía. Hoge le había advertido: “El rey no se comportará con normalidad, Lord Gerer. Durante trece días ha sufrido torturas, amenazas, agotamiento, y su mente ha sido manipulada. Es posible que el cerebro esté dañado, y sin duda las drogas le causarán efectos laterales y posteriores”. Ni el temor ni el estar advertida la protegieron de la conmoción. Los ojos brillantes y agotados de Argaven se volvieron hacia Gerer y durante un segundo se posaron, inexpresivos, sobre ella; luego la vio. Y Gerer, aunque no podía ver reflejada la máscara negra, vio el odio, el espanto, vio a su joven rey, amada infinitamente, que jadeaba con terror imbécil y luchaba con el sirviente, con Hoge, con su propia debilidad en el esfuerzo de escapar, de huir de Gerer.

Lord Gerer, parada en el frío del centro de la habitación donde la cabecera del lecho, semejante a una proa, la ocultaba de los ojos del rey, oyó cómo calmaban a Argaven y la volvían a acostar. Su voz sonaba aguda, infantilmente quejumbrosa. También el Viejo Rey Emran había hablado con voz de niño durante su última locura. Luego el silencio, el crepitar de las dos fogatas.

Korgry, el lacayo personal del rey, bostezó y se frotó los ojos. Hoge llenó una aguja hipodérmica con algo que sacó

de una ampolleta. Gerer estaba desesperada. Mi niño, mi rey, ¿qué te han hecho? Una esperanza tan grande, una promesa tan bella, perdidas, perdidas... Así se apenaba y la pasión atormentaba a aquella que parecía un terrón de roca negra a medio esculpir, aquella vieja tosca y prudente cortesana, ya que amar y servir al joven rey era para ella lo único que valía la pena en el Mundo.

Argaven habló en voz alta:

–Mi niño...

Gerer retrocedió, sintiendo que las palabras eran arrancadas de su propio cerebro; pero Hoge, a la que no obnubilaba el amor, comprendió y dijo a Argaven con suavidad:

–El príncipe Emran está bien, mi señor. Se encuentra con sus servidores en el castillo de Warrever. Nos comunicamos con ellas constantemente. Allá todo está en orden.

Gerer oyó cómo el rey respiraba con dificultad; se acercó un poco al lecho, pero manteniéndose detrás de la alta cabecera, fuera del campo visual del rey.

–¿He estado enfermo?

–Aún no estás bien –dijo el médico con dulzura.

–¿Dónde...?

–Estás en tu habitación del Palacio Real, en Erhenrang.

Gerer se acercó un paso, sin llegar a mostrarse, y dijo:

–No sabemos dónde has estado.

Hoge frunció el ceño y su rostro, normalmente tranquilo se arrugó; a pesar de ser el médico y, en consecuencia, el jefe de todas ellas, no se atrevió a dedicarle el ceño al Consejero. La voz de Gerer no pareció preocupar al rey, quien hizo una o dos preguntas más, sensatas y breves, y luego se quedó en silencio. Al rato, el lacayo Korgry, que había estado sentada al lado del lecho real desde que trajeron al enfermo a Palacio (la noche anterior, en secreto, por una puerta lateral, como un avergonzado suicida del último reino pero al revés) cometió un delito de lesa majestad: acurrucada sobre su taburete, dejó caer la cabeza sobre el costado del lecho y se durmió. El guardia de la puerta dejó lugar a un nuevo guardia entre susurros. Y entre susurros llegaron oficiales y recibieron un nuevo comunicado sobre la salud del rey para dar al público. Atacado por síntomas de fiebre mientras estaba de vacaciones en High Kargav, el rey había sido transportado presurosamente a Erhenrang, y en estos momentos reacciona favorablemente al tratamiento, etc... El médico Hoge rem ir Hogeremme, desde el palacio, había hecho pública la siguiente opinión, etc., etc... “Que la Rueda gire en favor de nuestro rey”, decía solemnemente la gente en las casas de la aldea, mientras encendían fuego sobre el

altar chimenea, a lo que los ancianos sentados junto al hogar observaban: “Esto ocurre por sus vagabundeos solitarios por la ciudad y por ir a escalar montañas. Por eso le suceden estas malas jugadas”, pero mantenían encendida la radio para escuchar el siguiente boletín. Ese día, un gran número de gente había ido y venido y remoloneado y charlado en la plaza del Palacio, contemplando a los que entraban y salían, contemplando el balcón vacío; y todavía quedaban varios centenares en las inmediaciones, parados pacientemente en la nieve. Argaven XVII era amado en sus dominios. Después de la tosca brutalidad del reinado de Emran, que había terminado con la sombra de la locura y la bancarrota del país, había llegado ella: repentina, galante, joven, todo lo cambiaba; cuerda y sagaz, y no obstante magnánima. Tenía el fuego, el esplendor que convenía a su gente. Era la fuerza y el centro de una nueva era: una que había surgido, por una vez, como monarca del reino debido.

–Gerer.

Era la voz del rey. Gerer, muy envarada, atravesó con velocidad el frío y el calor de la gran habitación, la luz del fuego y la obscuridad.

Argaven estaba sentada. Las manos le temblaban y la respiración tropezaba en su garganta; contemplaba a Gerer con ojos que ardían a través del aire oscuro. Junto a su mano izquierda, en la que llevaba el anillo con el Sello de la

dinastía Harge, yacía el rostro durmiente del lacayo, negligente y sereno.

–Gerer –dijo el rey con claridad, esforzándose–, convoca al Consejo. Diles que abdicaré.

¿Tan crudo, tan sencillo...? ¿Todas las drogas, terrores, hipnosis, parahipnosis, estimulación de neuronas, apareación de sinapsis y shocks eléctricos que Hoge había descrito provocaban este resultado tan burdo? No había tiempo que perder.

–Mi señor, cuando te sientas más fuerte...

–Ahora. ¡Convoca al Consejo, Gerer!

Luego estalló, como estallaría un arco al cortarse la cuerda, y balbuceó en un acceso de miedo que no había hallado motivo o fuerza en la que encarnarse. Y su fiel lacayo aún dormía a su lado, sorda.

En la fotografía siguiente parece que las cosas han tomado mejor cariz. Aquí aparece el rey Argaven XVII muy saludable, bien vestida y terminando un copioso desayuno. Conversa con la docena más cercana de las cuarenta o cincuenta personas que comparten o sirven la mesa (el aislamiento es un privilegio real, pero la privacidad no), e incluye al resto en la amplitud de su cortesía. Parece, como todo el Mundo ha dicho, que hubiera vuelto a ser ella plenamente. Aunque

quizá no sea del todo así; hay algo que falta, cierta serenidad juvenil, cierta seguridad, que ha sido reemplazada por una cualidad similar pero menos tranquilizadora, una especie de distracción. Haciendo abstracción de este rasgo, ella se muestra equilibrada y cálida, pero siempre se vuelve a hundir allí, en aquella oscuridad que la absorbe y la abstrae; ¿es miedo... dolor... determinación...?

El señor Mobile Axt, embajador plenipotenciario del Ekumen de los Mundos Conocidos ante Invierno, que había pasado los últimos seis días en la carretera tratando de conducir un automóvil eléctrico a más de 50 k/h desde Mishnory, Orgoreyn, hasta Erhenrang, Karhide, durmió hasta tarde y se saltó el desayuno, así que llegó al Salón de Audiencias puntualmente pero con hambre. La anciana jefe del Consejo, prima del rey, Gerer rem ir Verhen, salió al encuentro del extranjero en la puerta del gran salón y lo saludó con la cortesía polisilábica de Karhide. El plenipotenciario respondió lo mejor que pudo, percibiendo entre la elocuencia de Gerer su deseo de contarle algo.

–Me han dicho que el rey se ha recuperado completamente –dijo–; espero, de corazón, que sea verdaderamente así.

–No lo es –dijo la anciana consejero, su voz sonó repentinamente empañada y descolorida–. Señor Axt, le cuento esto confiando en su discreción. En Karhide no hay

otras diez personas que sepan esta verdad. No se ha recuperado. No ha estado enferma.

Axt asintió. Por supuesto que habían corrido rumores.

–A veces se adentra en la ciudad a solas, de noche, con vestidos vulgares y camina, habla con extraños... Las presiones de un reino... Ella es muy joven –Gerer hizo una pausa, luchando con alguna emoción reprimida–. Una noche, hace seis meses, no regresó. Al amanecer, el subconsejero y yo recibimos un mensaje. Si anunciábamos su desaparición, la matarían; si esperábamos en silencio medio mes la devolverían intacta. Permanecimos en silencio, le mentimos al Consejo, emitimos noticias falsas. La decimotercera noche la encontramos vagando por la ciudad. La habían drogado y le habían lavado el cerebro. Aún no sabemos qué enemigo o bando. Debemos trabajar en el secreto más absoluto; no podemos hacer naufragar la confianza que el pueblo le tiene, su propia confianza en sí misma. Es difícil, no recuerda nada. Pero lo que hicieron es obvio. Destruyeron su voluntad y dirigieron su mente hacia una sola cosa. Cree que debe abdicar al trono.

La voz seguía siendo baja y sorda; los ojos traicionaban su angustia. Y al volverse inadvertidamente, el plenipotenciario descubrió el reflejo de esa angustia en los ojos del joven rey.

–¿Celebrando mi audiencia, prima? –Argaven sonrió, pero en su sonrisa había un puñal.

La anciana Consejero se disculpó, imperturbable; se inclinó, partió como una figura paciente y desgarrada y declinante caminando a lo largo del prolongado corredor.

Argaven extendió hacia el plenipotenciario ambas manos, saludándolo de igual a igual, ya que en Karhide se reconocía al Ekumen como un reino hermano, aunque ningún alma viviente lo había visto. Pero sus palabras no fueron el discurso cortés que Axt esperaba. Todo lo que dijo, y vivamente, fue:

–¡Por fin!

–Partí apenas recibí tu mensaje. En Orgoreyn este y en las Tierras Bajas del oeste los caminos aún están escarchados, y no pude apresurarme mucho. Pero me sentí muy contento de venir. Contento de partir, también –Axt sonrió al decir esto, pues tanto él como el joven rey disfrutaban de su mutua sinceridad; esperó a ver lo que implicaba la bienvenida de Argaven contemplando con cierto regocijo el rostro dúctil, hermoso, andrógino.

–Orgoreyn cría fanáticos de la misma manera que un cadáver cría gusanos, como observó uno de mis antepasados. Me alegro de que encuentres más fresco el aire de Karhide. Ven por aquí. ¿Gerer te dijo que me raptaron, etcétera? Sí. Todo estuvo en concordancia con las antiguas reglas. El rapto es un arte bastante formal. Si hubiese sido uno de los grupos antiextranjeros que piensan

que vuestro Ekumen tiene la intención de esclavizar al mundo posiblemente habrían ignorado las reglas; creo que fue una de las bandas-clan que esperaba recobrar poder por mediación mía, el poder que tuvieron en el anterior reinado. Pero aún no lo sabemos. Es extraño saber que uno los ha visto cara a cara y sin embargo no puede reconocerlos; quién sabe si no veo esos rostros a diario... Bueno, de nada sirve especular. Borraron toda huella. Hay una sola cosa de la que estoy seguro. Ellos no me dijeron que debía abdicar.

El plenipotenciario y ella caminaban juntos por la habitación larga e inmensamente alta y se dirigían a las sillas y doseles del extremo opuesto. Las ventanas eran poco más que rajadas, como era habitual en este planeta frío; de ellas caían sobre el suelo oblicuamente proyectadas franjas leonadas de sol crepuscular que encandilaban a Axt, que contemplaba el rostro del joven rey bajo aquel resplandor sombrío, movedizo.

–¿Quién, entonces?

–Yo lo decidí.

–¿Cuándo, señor, y por qué?

–Cuando me tenían, mientras me estaban rehaciendo para que encajara en el molde que me habían preparado y actuara como querían. ¿Por qué? ¡Para no encajar en el

molde ni actuar como quieren! Escúchame, Lord Axt: si hubiesen querido verme muerta me habrían matado. Quieren que viva, para que gobierne, para que sea rey. Como tal, seguiré las órdenes que implantaron en mi cerebro, trabajaré para lograr sus fines. Soy un instrumento, la máquina que esperan poner en marcha. La única forma de anular esto es descartar la máquina.

Axt era de entendimiento rápido; esa era la condición mínima para desempeñarse como un móvil del Ekumen. Además, las modalidades y asuntos de Karhide, las tensiones y sediciones de este dinámico reino le eran bien conocidas. A pesar de lo lejos que se encontraba Invierno del resto del género humano tanto en el espacio como en la fisiología de sus miembros, Karhide, su país dominante, había demostrado ser un miembro leal al Ekumen. Los informes de Axt se evaluaban a una distancia de ochenta años luz en las juntas centrales del Ekumen; el equilibrio del Todo descansa en cada una de sus partes.

Mientras ambos se sentaban frente al fuego en las grandes sillas duras, Axt dijo:

–Pero si abdicas no necesitarán siquiera poner en marcha la máquina.

–¿Aún si dejo a mi hijo como heredero, con un regente de mi propia elección?

–Quizá serán ellos los que entonces elegirían al regente
–dijo Axt con cautela.

El rey frunció el ceño.

–No lo creo –dijo.

–¿A quién has pensado nombrar?

Se produjo una larga pausa. Axt veía cómo trabajaban los músculos de la garganta de Argaven mientras se esforzaba por hacer que una palabra, un nombre, atravesase un bloque. Una dura contracción, y por fin, en un susurro estrangulado, dijo:

–Gerer.

Axt asintió, sobresaltado; Gerer había sido regente durante un año después de la muerte de Emran y antes de la coronación de Argaven; sabía de su honestidad y total devoción por el joven rey.

–¡Gerer no trabaja para ninguna banda! –dijo.

Argaven sacudió la cabeza. Parecía exhausta. Poco después agregó:

–Lord Axt. ¿Podrá la ciencia de tu pueblo reparar lo que me han hecho?

–Posiblemente. En el Instituto de Ollul. Si mandase llamar a un especialista esta misma noche, tardaría veinticuatro

años en llegar... Estás seguro entonces de que tu decisión de abdicar fue...

Un lacayo que acababa de entrar estaba poniendo una pequeña mesa junto a la silla del plenipotenciario. La cargó de frutas, rodajas de pan de manzana, un tazón de plata lleno de cerveza. Argaven se había dado cuenta de que su huésped no había desayunado. A pesar de que las viandas de Invierno (en su mayoría vegetales y los más de estos crudos) eran sosas para el gusto de Axt, se dedicó a ellas con gratitud; y como la conversación seria no cabía mientras comían, Argaven la desvió hacia asuntos generales.

–Recuerdo que una vez dijiste que a pesar de lo distintos que somos ambos, de lo distintos que son tu pueblo y el mío, nos une un parentesco de sangre. ¿Era una aseveración moral o material, Lord Axt?

Axt sonrió ante esta forma de diferenciar tan típica de Karhide.

–Ambas cosas, señor. La gente con la que nos hemos topado en todos los lugares que conocemos, en suma un pequeño rincón del espacio polvoriento bajo las vigas del Universo, es realmente humana. Pero el parentesco se remonta a un millón de años o más, a las Edades Ancestrales de Hain. Los antiguos hainitas colonizaron un centenar de planetas.

–Nosotras llamamos “antigua” a la época de antes de que mi dinastía gobernara Karhide... ¡hace setecientos años!

–Nosotros también llamamos “antigua” a la Era del Enemigo, que fue hace menos de setecientos años. El tiempo se estira y encoge; cambia con el ojo, con la edad, con la estrella; hace de todo menos revertirse, o repetirse...

–El sueño del Ekumen es, entonces, restaurar aquella antigua y verdadera comunidad; volver a reunir a todos los pueblos de todos los mundos en un mismo hogar.

Axt asintió mientras mascaba el pan de manzana.

–Al menos entretejer cierta armonía alrededor. La vida adora el conocerse hasta sus más lejanos límites; se deleita comprendiendo lo que es complicado. Nuestra diferencia es nuestra belleza. Todos estos mundos y las variadas formas y costumbres de las mentes y las vidas y los cuerpos que hay en ellos... juntos constituirían una armonía espléndida.

–No hay armonía que perdure –dijo el joven rey.

–Nunca se ha logrado ninguna –dijo el plenipotenciario–. El placer se halla en intentarlo –apuró su tazón, se secó los dedos con la servilleta de hierbas trenzadas.

–Ese fue mi placer como rey –dijo Argaven–. Ha terminado.

–Debería...

–Ha terminado. Créeme. Te tendré aquí, Lord Axt, hasta que me creas. Necesito tu ayuda. ¡Eres la pieza en la cual los jugadores no repararon! Tienes que ayudarme. No puedo abdicar contra la voluntad del Consejo. ¡Rehusarán mi abdicación, me obligarán a reinar, y si reino serviré a mis enemigos! Si no me ayudas, tendré que matarme –Argaven hablaba bastante serena y razonablemente; pero Axt sabía cuánto costaba a un karhidenita mencionar el suicidio, el acto despreciable en esencia–. De una forma o de otra –concluyó el joven rey.

El plenipotenciario se ciñó un poco más la gruesa capa; tenía frío, el mismo frío de hacía ya siete años.

–Señor –dijo–, soy un extraño en tu Mundo, con un puñado de ayudantes y un pequeño artefacto mediante el cual puedo comunicarme con otros extraños de mundos lejanos. Represento el poder, por supuesto, pero no tengo ninguno. ¿Cómo podría ayudarte?

–Tienes una nave en la isla Horden.

–Ah, temía esto –suspiró el plenipotenciario–. Alteza, esa nave está en disposición de partir hacia Ollul, distante veinticuatro años luz. ¿Sabes, señor, lo que eso significa?

–Mi huida del tiempo, en el que me he convertido en un instrumento del mal.

–No hay huida –dijo Axt, sin vacilar–. No, señor. Perdóname. Es imposible. No puedo consentirlo, señor.

La helada lluvia primaveral repicaba sobre las piedras de la torre, el viento gemía en los ángulos y remates del techo. El cuarto estaba tranquilo, sombrío. Una lamparilla cubierta ardía al lado de la puerta. La niñera yacía en la cama, roncando suavemente; el niño estaba en la cuna cabeza abajo. Argaven estaba al lado de la cuna. Miró el cuarto, o más bien lo vio, lo conoció por entero, sin mirar. También ella había dormido allí cuando era una niña pequeña. Había sido su primer reino. Aquí había venido a amamantar a su niña, su primogénita, se había sentado cerca de la chimenea mientras la pequeña boca le tironeaba el pecho, le había canturreado las canciones que Burhob había canturreado para ella. Este era el centro, el centro de todo.

Con mucha cautela y suavidad deslizó la mano bajo la tierna cabecita, cálida, húmeda, blanda, y pasó por encima de ella una cadena de la que colgaba un anillo macizo con la insignia de los Señores de Harge grabada. La cadena era demasiado larga, y Argaven la anudó para acortarla, pensando que se podía enredar y ahorcar a la niña. Al dar escape a esa pequeña ansiedad, quiso vaciarse del gran miedo y la desdicha que la invadían. Se agachó hasta tocar

con su mejilla la mejilla del bebé, susurrando inaudiblemente:

“Emran, Emran, tengo que dejarte, no puedo llevarte; tendrás que reinar por mí. Sé buena, Emran, vive mucho tiempo, reina bien, sé buena, Emran...”

Se enderezó, se volvió, abandonó corriendo el cuarto de la torre, el reino perdido...

Conocía varias maneras de salir de Palacio sin ser vista. Siguió la más segura, y después se dirigió hacia el Puerto Nuevo, sola a través de las calles azotadas por la cellisca de Erhenrang.

Ahora no hay fotografía, al menos no se ve ninguna; ¿con qué ojos se podría observar un proceso que es cien millones de veces más lento que la luz? Ya no se puede decir que es un rey, ni un ser humano; la están trasladando. A duras penas puede ser considerada “hermano mortal” alguien cuyo tiempo pasa setenta mil veces más lentamente que el nuestro. Está más que sola. Parece que no existe, no es más que un pensamiento incomunicado. Y no obstante, viaja casi a la velocidad de la luz. Ella es el viaje. Veloz como el pensamiento. Ya ha doblado su edad cuando llega, habiendo envejecido menos de un día, a la porción de espacio que rodea una mota de polvo llamada Ollul, el cuarto planeta de

un sol amarillento. Y todo esto ha sucedido en el más completo silencio.

Ruidosamente ahora, y con fuego y encandilamiento meteórico suficientes para satisfacer el anhelo de esplendor de toda una vida karhidenita, la diestra nave aterriza, colocándose entre llamas en el punto exacto del que partió hace unos cincuenta y cinco años. Al poco tiempo, el joven rey, visible, etéreo, inseguro, emerge de ella y se detiene por un momento en la salida, cubriéndose los ojos de la luz de un sol extraño, caliente.

Por supuesto que veinticuatro años o diecisiete horas atrás, depende de cómo se mire, Axt había avisado su llegada mediante el transmisor instantáneo; y cerca había ayudantes y agentes del Ekumen para saludarle. Ni siquiera los peones eran ignorados por estos jugadores de la gran partida, y este gethiano era, después de todo, un rey. Uno de los agentes había pasado uno de los veinticuatro años aprendiendo karhideño para que Argaven pudiese hablar con alguien.

El rey preguntó inmediatamente:

–¿Qué noticias hay sobre mi país?

–Lord Axt y el sucesor que usted ha dejado mandan con regularidad resúmenes de los sucesos, y varios mensajes privados para usted; encontrará todo el material en sus

aposentos, señor Harge. Muy abreviado: la regencia de Lord Gerer fue benigna y tranquila, hubo una depresión en los dos primeros años, durante la cual fueron abandonadas vuestras colonias árticas, pero en este momento la economía es bastante estable. Su heredero fue coronado a los dieciocho años, y ya lleva siete en su mandato.

–Sí. Ya veo –dijo la persona que la noche anterior había besado a aquel heredero de un año.

–Cuando le parezca conveniente, señor Harge, los especialistas de nuestro Instituto de Beltix...

–Cuando queráis –dijo el señor Harge.

Penetraron en su mente con mucha suavidad, con mucha sutileza, abriendo puertas. Para aquellas que estaban bajo llave poseían delicados instrumentos que siempre encontraban la combinación; luego se hicieron a un lado, y la dejaron entrar. Hallaron a la persona de negro que no era Gerer, y el compasivo Rebade, que no era compasivo; se pararon con ella en el balcón del Palacio, y con ella escalaron las grietas de pesadilla hasta llegar al cuarto de la torre; y por último aquel que debió de haber sido el primero, la persona de rojo y blanco, se le acercó diciendo:

–Majestad, se ha descubierto un complot...

Y el señor Harge gritó con terror abyecto, y se despertó.

–¡Bueno! Eso fue lo que impulsó el resto. La señal para empezar a saltarse las otras órdenes y determinar la causa de su fobia. Una paranoia provocada. Provocada realmente de forma maravillosa, debo decir. Tome, beba esto, señor Harge. ¡No, no es más que agua! Bien podía haberse convertido en un monarca increíblemente depravado, cada vez más obsesionado por el temor a complots y subversiones, cada vez más desapegado de su gente. No de un día para otro, por supuesto. Esa es la maravilla. Le habría llevado varios años convertirse en un verdadero tirano; aunque sin duda planearon varias cosas favorables mientras tanto, una vez que Rebade se abriese camino, un camino hacia la confianza de usted... Bueno, bueno, ya veo por qué en el Clearinghouse se habla tan bien de Karhide. Si usted perdona mi objetividad, esta clase de habilidad y paciencia es bastante escasa...

Así siguió divagando el doctor, el arreglamentos, la persona peluda, grisásea, unisexuada de algún lugar llamado Cetians, mientras el paciente se recobraba.

–Entonces hice lo correcto –dijo por fin el señor Harge.

–Lo hizo. La abdicación, el suicidio o la huida eran los únicos actos o consecuencias que habría cometido por su propia voluntad, libremente. Contaron con que su moral no le habría permitido el suicidio, ni el voto del Consejo la abdicación. Pero al estar poseídos ellos mismos por la

ambición se olvidaron de la posibilidad de la abnegación, y dejaron una puerta abierta para usted. Una puerta que sólo una persona de espíritu vigoroso, si usted perdona mi positivismo, puede elegir atravesar. Realmente debo leer sobre esta otra ciencia mental de ustedes, ¿cómo la llaman? ¿Predicción? Creía que era una especie de basura ocultista, pero evidentemente... Bueno, bueno, me imagino que estarán esperando que vaya pronto al Clearinghouse para discutir su futuro, ahora que hemos puesto su pasado donde corresponde, ¿eh...?

–Como desee –dijo el señor Harge.

En el Clearinghouse conversó con diversas personas del Ekumen para los Mundos del Oeste, y cuando le sugirieron que fuese a la escuela asintió de buena gana. Porque entre aquella gente apacible cuya cualidad principal parecía ser una tristeza fría y profunda, que no se distinguía de una hilaridad profunda y cálida, entre ellos, el ex-rey de Karhide se sabía una bárbara inculta e ignorante.

Asistía a la Escuela Ekuménica. Vivía en la ciudad Vaxtsit, en unas barracas cercanas al Clearinghouse, junto a unos doscientos extranjeros, ninguno de los cuales era ni andrógino ni ex-rey. Y como nunca había tenido mucho que fuese solamente de ella, ni tampoco privacidad, no le molestaba la vida en las barracas; tampoco era tan malo como había creído vivir con personas de un solo sexo,

aunque encontraba que su condición de estudiante perpetuo era cansadora. Nada le importaba mucho. Trabajaba y transcurría los días con vigor y competencia pero siempre con cierto descuido, como el de alguien cuyo centro está en otra parte. Lo único que encontraba incómodo era el calor, el calor terrible de Ollul que algunas veces llegaba a los 35° durante la interminable estación deslumbrante, cuando la nieve no caía por doscientos días seguidos. Aun cuando al fin llegaba el invierno sudaba, pues rara vez la temperatura afuera bajaba de 10° bajo cero, y las barracas seguían sofocantes, pensaba ella, aunque los otros extranjeros llevasen gruesos jerseys todo el tiempo. Dormía sobre las sábanas, desnuda y agitada, y soñaba con las nieves del Kargav, el hielo del Puerto Viejo, el hielo que burbujeaba en su cerveza en las frías mañanas de Palacio, el frío, el querido frío amargo de Invierno.

Aprendió mucho; ya había aprendido que la Tierra, aquí, era Invierno, y que, aquí, Ollul era llamado la Tierra: uno de esos hechos que dan vuelta el Universo de adentro para afuera, como una media. Aprendió que un régimen carnívoro provoca diarrea en los intestinos no habituados. Aprendió que las personas unisexuadas, a las que procuraba denodadamente no considerar como pervertidas, trataban denodadamente de no considerarla a ella como una pervertida. Aprendió que cuando pronunciaba Ollul como si dijera “horror” alguna gente se reía. También intentó olvidar

que era rey. Una vez que la Escuela la tomó por su cuenta, aprendió y olvidó muchas más cosas. Las máquinas y los artefactos y las experiencias y las palabras (más sencillas y más exigentes) de los que disponía el Ekumen la condujeron a una insinuación de lo que sería el comprender la naturaleza y la historia de un reino que tenía más de un millón de años de antigüedad y un trillón de millas de extensión. Cuando hubo empezado a adivinar la inmensidad de este reino que era la humanidad y el dolor duradero y el desperdicio monótono de su historia, también empezó a comprender lo que se hallaba más allá de sus límites en el espacio y el tiempo, y entre rocas desnudas y soles como hornos y la desolación resplandeciente que prosigue más y más, vislumbró las fuentes de la hilaridad y la serenidad, los manantiales inagotables. Aprendió una gran cantidad de hechos, números, mitos, epopeyas, proporciones, relaciones y demás, y vio, más allá de los límites de lo que había aprendido, de nuevo lo desconocido, una inmensidad espléndida. En este acrecentarse de su mente y de su ser había una gran satisfacción; sin embargo estaba insatisfecha. No siempre la dejaban avanzar en ciertos campos tan lejos como quería; en las matemáticas, en la física cetiana...

–Ha empezado tarde, señor Harge –le decían–, tenemos que construir sobre las bases existentes. Aparte de esto,

necesitamos que estudie temas a los que le pueda dar una aplicación útil.

–¿Cómo útil?

El etnógrafo Mobile Gist, escritorio por medio, la miró sardónicamente; representaba en ese momento a la pluralidad local con la que no se sentía involucrada: ellos, los que “le decían”.

–¿Considera usted que no puede ser ya útil, señor Harge?

El señor Harge, por lo general discreto, habló con furia repentina:

–Lo creo.

–Un rey sin país –dijo Gist con su insulso acento terráqueo–, autoexiliado, supuestamente muerto, se puede sentir un poco superfluo. Pero en tal caso, ¿por qué cree que estamos perdiendo tiempo con usted?

–Por bondad.

–Oh, la bondad... Usted sabe que por más bondadosos que seamos no podemos darle nada que lo haga feliz. Excepto... bueno. El desperdicio es una pena. Sin duda usted era el rey perfecto para Invierno, para Karhide, para los propósitos del Ekumen. Tiene un sentido del equilibrio. Quizás hasta podría haber unificado el planeta. Con seguridad que no habría dividido y aterrorizado el país,

como parece ser que el rey actual lo está haciendo. ¡Qué desperdicio! Señor Harge, considere sólo nuestras esperanzas y necesidades, y sus propios atributos, antes de desesperarse por no ser útil en la vida. Deberá vivirla cuarenta o cincuenta años más, después de todo...

La última instantánea tomada bajo la luz de un sol extraño: erguida, cubierta por una capa gris al estilo hainita, una persona hermosa de sexo indeterminado está de pie, sudando copiosamente sobre la grama verde, al lado del Agente Principal del Ekumen en los Mundos oeste, el Inamovible, el señor Hoalans de Alb, que puede entrometerse (si así lo desea) en los destinos de cuarenta mundos.

–No puedo ordenarte que vayas allí, Argaven. Tu propia conciencia... –dice el Inamovible.

–Renuncié a mi reino hace doce años de acuerdo con mi propia conciencia. Se ha llevado su merecido. Lo que basta, basta –dice Argaven Harge, y en seguida ríe inesperadamente, lo que hace reír también al Inamovible.

Salen, en medio de la armonía que los Poderes del Ekumen desean para las almas humanas.

La isla Horden, en la costa sur de Karhide, fue entregada al Ekumen como feudo absoluto durante el reinado de Argaven XV. Nadie vivía allí. Generaciones anuales de aves anfibias trepaban arrastrándose por las rocas áridas, y ponían y empollaban sus huevos y criaban a sus pichones, y por último los conducían en una larga fila india al mar. Pero una vez cada diez o veinte años el fuego lamía las rocas y el mar bullía en las costas, y si en la isla había aves anfibias, morían. Cuando el mar dejó de hervir, la pequeña lancha eléctrica del plenipotenciario se acercó. La nave espacial dejó salir una plancha de telaraña de acero que se apoyó en la cubierta de la lancha, y una persona empezó a subir mientras otra empezaba a bajar, así que se encontraron a mitad de camino, en el aire, entre la tierra y el mar; un encuentro ambiguo.

–¿Embajador Horrsed? Soy Harge –dijo el de la nave espacial, pero el de la lancha ya se estaba arrodillando, diciendo en voz alta en karhideño:

–¡Bienvenido, Argaven de Karhide! –mientras se enderezaba, el embajador agregó con un rápido susurro–: Ven como tú mismo. Explica cuándo debo... –debajo y detrás de él, sobre la cubierta de la lancha, había un grupo grande de gente que observaba con atención al recién llegado. Por su apariencia, todos eran karhidenitas; varios eran ancianos.

Argaven Harge se mantuvo erguida y perfectamente inmóvil durante un minuto, dos minutos, tres minutos, aunque su capa gris tironeaba y ondeaba en el frío viento marino. Luego miró una vez el pesado sol en el oeste, una vez a la tierra gris en el norte del otro lado del agua, de nuevo a la gente silenciosa agrupada debajo, en la cubierta. Se adelantó tan imprevistamente que el embajador Horrsed tuvo que hacerse a un lado con precipitación. Se dirigió sin vacilar a uno de los ancianos que había sobre la cubierta.

–¿Eres Ker rem ir Kerheder?

–Lo soy.

–Te reconocí por el brazo manco, Ker –hablaba con claridad; era imposible adivinar lo que sentía–. No podía reconocer tu rostro. Después de setenta años. ¿Algún otro que conozca? Soy Argaven.

Permanecieron en silencio. La miraron.

De pronto uno de ellos, al que los años habían llenado de marcas y cicatrices similares a las de un tronco que ha pasado por el fuego, se adelantó un paso.

–Mi señor, soy Bannith, de la Guardia de Palacio. Estuviste conmigo cuando yo era sargento y tú eras muy joven –la cabeza gris se inclinó repentinamente, como homenaje, o para ocultar las lágrimas.

Después se adelantó otro, y otro; las cabezas que se inclinaban eran grises, blancas, calvas; las voces que saludaban al rey se quebraban.

Uno de ellos, Ker el manco, a quien Argaven había conocido cuando era un paje tímido de trece años, habló con ferocidad a aquellos que aún permanecían inmóviles:

–Este es el rey. Tengo ojos que han visto y que ven ahora.
¡Este es el rey!

Argaven los miró, rostro tras rostro, las cabezas inclinadas y las erguidas.

–Soy Argaven –dijo–. Fui rey. ¿Quién reina ahora en Karhide?

–Emran –le contestó uno de ellos.

–¿Emran mi hijo?

–Sí, mi señor –dijo el anciano Bannith; casi todos los rostros permanecían inexpresivos, pero Ker dijo con voz fiera y temblorosa:

–¡Argaven, Argaven reina en Karhide! He vivido para ver el retorno de los días luminosos. ¡Larga vida al rey!

Uno de los más jóvenes miró a los otros y dijo resuelto:

–Así sea. ¡Larga vida al rey!

Y todas las cabezas se inclinaron.

Argaven, imperturbable, recibió el homenaje, pero en cuanto tuvo una oportunidad de dirigirse a solas a Horrsed el plenipotenciario, le preguntó:

–¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me han engañado? Me dijeron que debía venir para asistirle, como ayudante, del Ekumen...

–Eso sucedió hace veinticuatro años –dijo el embajador, disculpándose–. Yo estoy aquí desde hace solamente cinco. Los asuntos de Karhide van muy mal; el rey Emran rompió relaciones con el Ekumen el año pasado. En realidad, no sé cuál era el propósito del Inamovible en la época que le mandó venir, pero en estos momentos estamos perdiendo Invierno. Así que los agentes de Hain me han sugerido que desplazemos a nuestro rey.

–Pero yo estoy muerto –dijo Argaven, encolerizado–. ¡Hace sesenta años que estoy muerto!

–El rey ha muerto –dijo Horrsed–. ¡Viva el rey!

Al acercarse algunos de los karhidenitas, Argaven abandonó al embajador y se dirigió a la pasarela. El agua gris bullía y se deslizaba por el costado del barco. La costa continental se veía a la izquierda, gris con manchas blancas. Hacía frío, era un día de comienzos de invierno durante la Edad del Hielo. El motor del barco ronroneó suavemente. Hacía doce años que Argaven no oía el ronroneo de un

motor eléctrico, la única clase de motor que la lenta y sólida Era Tecnológica de Karhide había decidido usar. El sonido le resultó muy grato.

–¿Por qué nos estamos dirigiendo hacia el este? –Argaven hablaba resueltamente y sin volverse, como quien sabe desde la infancia que siempre ha de haber alguien para responderle.

–Nos dirigimos a las tierras de Kerm.

–¿Por qué a las tierras de Kerm?

–Porque esa parte del país está rebelada contra el... contra el rey Emran. Yo soy de Kerm: Perreth ner Sode.

–¿Está Emran en Erhenrang?

–Erhenrang fue tomada por Orgoreyn hace seis años. El rey está en la nueva capital, al este de las montañas... La Vieja Capital, en realidad: Rer.

–¿Emran perdió las Tierras del Oeste? –preguntó Argaven, y volviéndose para enfrentar al joven noble fornido, insistió–: ¿Perdió las Tierras del Oeste? ¿Perdió Erhenrang?

Perreth retrocedió un paso, pero respondió con presteza:

–Durante seis años hemos estado escondiéndonos en las montañas.

–¿Están los Orgota en Erhenrang?

–El rey Emran firmó un tratado con Orgoreyn hace cinco años, en el que les cedía las Provincias Occidentales.

–Un tratado vergonzoso, majestad –interrumpió el viejo Ker, más feroz y tembloroso que nunca–. ¡El tratado de un idiota! Emran baila al son de los tambores de Orgoreyn. Todos los que estamos aquí somos rebeldes, exiliados. ¡El mismo embajador, aquí presente, es un proscrito que se oculta!

–Las Tierras del Oeste... Argaven I conquistó las Tierras del Oeste para Karhide hace setecientos años –dijo Argaven, que se había vuelto hacia sus hombres para contemplarlos con su mirada extraña, inteligente, perdida en la lejanía–. Emran... –vaciló–, ¿Cómo sois de fuertes en Kerm? ¿Os apoya la costa?

–La mayoría de los hogares del sur y el este están con nosotros.

Argaven permaneció pensativo por unos instantes y luego continuó su interrogatorio:

–¿Tuvo Emran un heredero alguna vez?

–No de la carne, mi señor –respondió Banith–. Procreó seis.

–Ha nombrado a Girvry Harge rem ir Orek como su heredero –dijo Perreth.

–¿Girvry? ¿Qué nombre es ese? Los reyes de Karhide se llaman Emran –dijo Argaven–, y Argaven.

Por último se ve la fotografía oscura, la instantánea que fue tomada a la luz del fuego; del fuego porque las plantas motrices de Rer están en ruinas, las tuberías cortadas, y en esos momentos media ciudad se está incendiando. La nieve cae pesadamente sobre las llamas y brilla, roja, un momento antes de derretirse en el aire, silbando sin fuerza.

La nieve, el hielo y la guerrilla mantienen acorralado a Orgoreyn en el lado oeste de los montes Kargav. Nadie ayudó a Emran, el viejo rey, cuando su pueblo se sublevó. Sus guardias huyeron, su ciudad arde, y finalmente debe toparse cara a cara con el usurpador. Pero en el postrer instante mantiene algo del descuidado orgullo familiar. No presta atención a los rebeldes; los mira con fijeza y no los ve, porque yace en el oscuro corredor iluminada solamente por los espejos que reflejan fuegos lejanos. Muy cerca se ve el revólver con el que se mató.

Argaven se inclina al lado del cuerpo y levanta esa mano fría. Empieza a quitar del dedo índice, nudoso por la edad, el anillo macizo, grabado, de oro. Pero no lo hace.

–Guárdalo –susurra–, guárdalo.

Por un momento se inclina más aún, como si murmurase al oído muerto o apoyase la mejilla contra aquel rostro frío y arrugado. Luego se yergue y permanece quieto, y poco después se pierde por los corredores oscuros, pasa delante de ventanas brillantes por el hielo y el fuego lejano, se dirige a organizar su hogar: Argaven, el rey de Invierno.

EL VIAJE

Este cuento se publicó cuando el problema de las drogas estaba en su apogeo y una de las reacciones que provocó fue que alguien dijera que yo estaba tratando de sacar provecho de un tema candente. Eso me hizo gracia, dado mi infalible talento para perder la nave en la que navega la gente que se pone a la moda, y también porque de alguna manera la clave de este pequeño relato está en que Lewis no hace el viaje químico, sino que llega allí por su cuenta... con una ayudita de su amigo.

Pero tampoco es un cuento antidroga. Mi única opción decidida sobre las drogas (marihuana, alucinógenos, alcohol) es que estoy en contra de la prohibición y a favor de la educación. Tengo que

admitir que la gente que expande sus estados de conciencia viviendo en vez de consumiendo productos, por lo general regresa con relatos mucho más interesantes acerca de donde han estado. Admito que yo misma soy una adicta (tabaco), y sería necia si condenase a alguien por una dependencia similar.

Mientras tragaba la substancia supo que no debía tragarla, lo supo con seguridad, de la misma manera que un conductor ve venir un camión en línea recta hacia él a 110 km/h. Repentinamente, íntimamente, finalmente. La garganta se le cerró, el plexo solar se le anudó como una anémona marina, pero ya era muy tarde. No te puedes permitir tener miedo. El miedo lo enreda todo, y manda a aquellos pocos infelices, un porcentaje muy pequeño, al depósito loco, a agacharse en los rincones sin decir palabra...

No hay nada que temer con excepción del temor.

Sí señor. Sí señor don Roosevelt señor.

Lo que hay que hacer es relajarse. Pensar cosas agradables. Si la violación es inevitable...

Contempló a Rich Harringer mientras abría su pequeño paquete (compuesto con precisión y envuelto

higiénicamente por un par de tipos que cursaban la escuela primaria de química gracias al método americano aprobado de la empresa libre; sin duda algo ilegal pero eso no es raro en América donde tan pocas cosas son legales que hasta un niño pequeño puede ser ilegal) y tragaba el pequeño caracol amargo con gozo deliberado y ceremonioso. Si la violación es inevitable, relájate y goza. Una vez a la semana.

¿Pero existe algo inevitable aparte de la muerte? ¿Por qué relajarse? ¿Por qué gozar? Lucharía. No haría un mal viaje. Lucharía concienzuda y deliberadamente contra la droga, sin pánico pero con resolución, y vería quién triunfaba. En este rincón, LSD/alfa, 100 microgramos, con bata lisa, el Torbellino Tibetano; y en este rincón, damas y salvajes, LSD/B.A., M.A., 62 kgs., el Llorica de Sonoma, usando baúles blancos, maletas rojas y bolsas azules. ¡Dejadme ir, dejadme ir! Clang.

Nada sucedió.

Lewis Sidney David, el hombre sin apellido, el judeocelta, arrinconado en su esquina, miró con cautela a su alrededor. Sus tres compañeros parecían normales, aunque fuera de su alcance, estaban en foco. No tenían aura. Jim estaba echado en el sofá leyendo *Murallas*; quizá deseaba un viaje a Vietnam, o a Sacramento. Richard estaba adormilado, pero siempre estaba adormilado, aun cuando almorzaba gratis en el parque, y Alex estaba punteando en la guitarra. La

satisfacción infinita del acorde. La satisfacción infinita de la cuerda. Sursum corda. Si se desplaza con una guitarra a cuestas, ¿por qué no puede sacarle alguna melodía? No. La irritabilidad es un síntoma de que se está perdiendo el autocontrol; suprímela. Suprime todo. ¡Censor, censor! ¡Pelea, equipo, pelea!

Lewis se levantó, observando con placer la pronta desenvoltura de sus reflejos y la perfección de su sentido del equilibrio, y llenó un vaso de agua en el vil fregadero. Pelos de barba, esputos de Colgate, manchas de óxido y restos de comida, un fregadero de perversidad. Un fregadero pequeño, pero mío. ¿Por qué vivía en este vertedero? ¿Por qué había pedido a Jim y a Rich y a Alex que vinieran a compartir con él sus terrones de azúcar? Ya era suficientemente piojoso como para convertirlo además en un fumadero de opio. Pronto estaría lleno de cuerpos inertes, de ojos que saltarían como canicas y rodarían bajo la cama para reunirse con el polvo y las ruinas que acechaban desde allí. Lewis llevó el vaso de agua hasta la ventana, bebió la mitad, y empezó a volcar delicadamente el resto sobre las raíces de un olivo en miniatura plantado en una maceta emparchada que valía diez centavos.

–Bebe conmigo –dijo, mirando al árbol desde más cerca; medía doce centímetros pero era muy similar a un olivo, nudoso y perdurable. Un bonsai. ¡Banzai! ¿Pero dónde está

el satori? ¿Dónde está el significado, la mejoría, todas las figuras y los colores y los significados, la intensificación de la percepción de la realidad? ¿Cuánto tiempo necesita para actuar este maldito mejunje? Allí estaba su olivo. Ni menos, ni más. Insignificante, sin haber crecido. Los hombres gritan Paz, Paz, pero la paz no llega. No hay suficientes olivos debido a la explosión demográfica de la especie humana. ¿Era esto una Percepción? No, cualquier cabeza de melón podría percibir esto sin la ayuda de drogas. Oh, vamos, veneno, veneno, envenéname. Ven alucinación, ven para que pueda luchar contra ti, repelerte, rehusarte, perder la lucha y volverme loco, en silencio.

Como Isobel.

Por eso era que vivía en este vertedero, y por eso era que había invitado a Jim y Rich y Alex, y por eso era que se había tomado un viaje con ellos, un crucero de placer, una vacación a bordo del pintoresco Old Erewhon. Estaba tratando de ponerse a tono con su mujer. Lo más difícil de tener que contemplar cómo va enloqueciendo tu mujer es que no puedes seguirla. Se aleja más y más, sin mirar atrás, en un largo viaje al silencio. La lira enmudece y los psiquiatras también mienten. Te encuentras detrás de la pared de vidrio de tu cordura como alguien que ve un accidente desde el aeropuerto. Gritas: ¡Isobel! Ni visto ni oído. El avión se estrella en silencio. Ella no oye su nombre

gritado. Tampoco le pudo hablar. Las paredes que ahora los separan son de ladrillo, muy sólidas, y él podía estar a su antojo en su propia casa cuerda de cristal. Tirar piedras. Tirar alfas. Tintín, crash.

LSD/alfa no te volvía loco, por supuesto. Ni siquiera te desenreda los cromosomas. Solamente te abre la puerta a las realidades más elevadas. Supuso que la esquizofrenia hacía lo mismo, pero en ella el problema era que no podías hablar, no podías comunicarte, no podías decir nada.

Jim había abandonado sus *Murallas*. Estaba sentado de una forma notable, inhalando. Se iba a encontrar con la realidad del modo correcto, como un lama, hombre. Era un verdadero creyente y su vida estaba ahora centrada en la experiencia del LSD/a como la de un místico religioso en su disciplina mixta. Sin embargo, ¿podías seguir haciéndolo una vez a la semana durante dos años? ¿A los treinta? ¿A los cuarenta y dos? ¿A los sesenta y tres? Encontrarás la vida terriblemente monótona y adversa; necesitarás un monasterio. Maitines, nonas, vísperas, silencio, muros, grandes y sólidas paredes de ladrillo. Para mantener fuera a la grosera realidad.

Vamos, alucinógeno, empieza. Alucínate, alucina. Destroza la pared de cristal. Llévame a un viaje en el que haya estado mi esposa. Persona perdida, 22 años, 1.61 m, peso 42 kg, pelo castaño, género humano, sexo femenino. Nunca fue

buena caminadora. Podía alcanzarla saltando a la pata coja... No.

Llegaré hasta allí por mí mismo, dijo Lewis Sidney David. Terminó de volcar el agua en pequeños canales alrededor de las raíces del olivo y levantó la mirada hacia la ventana. A través del vidrio grasoso se erguía el monte Hood con sus tres mil metros de altura; un volcán que poseía la simetría serena característica de los volcanes, durmiente pero no oficialmente extinto, lleno de fuegos adormilados y rodeado por su propio clima y atmósfera, tan diferentes de aquellos que reinaban en alturas más bajas: nieve y luz despejada. Por eso era que vivía en este vertedero. Porque cuando mirabas a través de la ventana, veías la realidad más alta. Tres mil metros más alta.

–Maldito sea –dijo Lewis en voz alta, sintiendo que estaba a punto de percibir algo verdaderamente importante.

Pero esto lo sentía bastante a menudo y sin ayuda de productos químicos. Entretanto, allí estaba la montaña.

Entre él y la montaña se extendía una cantidad de basura, autopistas y edificios de oficinas disponibles y altos montículos y elefantes de neón que lavaban automóviles de neón con punteadas duchas de neón, y la base del monte y sus laderas inferiores estaban cubiertos por un velo de smog, así que el pico flotaba.

Lewis sintió un fuerte impulso de gritar a todo pulmón el nombre de su esposa. Pero lo reprimió, como lo venía haciendo desde hacía tres meses, cuando la había llevado en mayo al sanatorio después de la época de silencio. En enero, antes de que empezase el silencio, había gritado mucho, algunas veces durante todo el día, y a él el miedo le hacía llorar. Primero el llanto, luego el silencio. No sirve para nada. ¡Oh, Dios, sácame de esto! Trató de serenarse, y abandonó la lucha contra su enemigo impalpable. Imploró que todo eso terminase. Le rogó a la droga que corría por su sangre que actuase, que hiciera algo, que le permitiera gritar, o ver colores, o que lo hiciera caer sobre su mecedora... cualquier cosa.

Nada sucedió.

Dio por terminadas sus faenas de riego y levantó la mirada hacia la habitación: era un vertedero, pero grande, con una buena vista del monte Hood. Y en los días despejados, también de la cresta dentada del monte Adams. Pero aquí nada sucedería. Esta era la antesala. Recogió su abrigo de una silla rota y salió.

Era un buen abrigo, forrado de lana de oveja y con una capucha y esas cosas; su madre y su hermana se lo habían comprado a duras penas como regalo de Navidad, haciéndole sentirse R. R. Raskolnikov. Pero hoy no iba a asesinar a ninguna anciana usurera. Ni siquiera una parodia

de algocidio. En la escalinata se cruzó con los pintores y estucadores, con sus cubos y escaleras. Eran tres, e iban a pintar su habitación, pacíficos, con el rostro fresco; hombres de cuarenta y cincuenta años. Pobres desgraciados, ¿qué harían con el fregadero? ¿Y con los tres drogados, Rich y Jim y Alex, que con el azúcar habían tomado la leche del Paraíso? ¿Y con sus apuntes sobre LeNotre, Olmsted y McLaren, con sus cinco kilos de fotografías de la arquitectura doméstica japonesa, y con su pizarra y sus aparejos de pesca, sus *Obras completas* de Theodore Sturgeon encuadernadas en sensacional cartón, el óleo de dos metros por tres de un desnudo atáxico pintado por un amigo cuya compañía de selfcrédito le había embargado las obras, la guitarra de Alex, el olivo, el polvo, y los ojos de debajo de la cama? Eso era asunto de ellos. Bajó las escaleras de la casa de huéspedes que hedía a gato viejo, y oyó cómo retumbaban cordialmente sus botas de excursión. Y sintió que todo esto ya había sucedido alguna vez.

Salir de la ciudad le tomó bastante tiempo. Dado que era obvio que los transportes públicos estaban prohibidos para un hombre en su estado, no pudo subir al autobús de Gresham que le habría ahorrado mucho tiempo, llevándolo a través de los suburbios y bajando en la mitad del trayecto. Pero tenía mucho tiempo. Podía contar con que el atardecer veraniego prolongaría la iluminación. Los crepúsculos de las latitudes que se hallan entre el trópico y el polo son dulces

y benignos en cuanto a longitud, sin la monotonía ecuatorial, sin los extremos polares, sino con inviernos de largas sombras y veranos de largos atardeceres: degradaciones y ajustes de la claridad, ocios y sutilezas de la luz. Por los verdes parques de Portland y por largas calles laterales correteaban niños, jugando todos ellos en la ciudad un solo juego: el juego de la Juventud. Alguna que otra vez se veía un chico solitario, jugando a la Soledad, en busca de más altos riesgos. Niños hay que son tahúres natos. La basura se amontonaba en las canaletas y un viento cálido la movía a ratos. Desde la ciudad se oía un sonido lejano, fuerte y triste, similar al que producían leones rugiendo en sus jaulas, caminando y azotando sus flancos dorados con rabos borlados de oro, rugiendo sin parar. El Sol se puso en algún lugar al oeste de los tejados, pero en las lejanas alturas de la montaña ardía aún un fuego blanco. A medida que Lewis dejaba las últimas casas de la ciudad y se adentraba en tierras agradables, montañosas y bien labradas, el viento empezó a oler a tierra húmeda, fría, compuesta, como lo hace cuando cae la noche; y pasando Sandy, la obscuridad invadía los bosques que se alzaban en las laderas que atravesaba. Tenía mucho tiempo. Arriba se alzaba el pico, blanco, con un leve tono albaricoque bajo la luz del Sol. Mientras escalaba el largo y empinado camino, al salir de los bosques desembocaba una y otra vez en golfos de claridad amarillenta. Prosiguió hasta que pudo ver por encima de los

bosques y por encima de la obscuridad, en las cumbres donde sólo había nieve y piedra y aire y la amplia, clara, perdurable luz.

Pero estaba solo.

Eso no estaba bien. Cuando había sucedido aquello no fue estando solo. Se tenía que encontrar con... Había estado con... ¿Dónde?

Ni esquís ni trineo ni botas para la nieve ni siquiera una cámara de aire. Si hubiese sido el encargado de este paisaje, Dios, habría hecho un sendero por aquí. ¿Sacrificar la grandeza en aras de la comodidad? Bueno, tan sólo un senderillo. No hará ningún daño, solamente una leve rajadura en la Campana de la Libertad, una pequeña gotera en el dique, una espoleta de la granada, un capricho del cerebro... Oh mi muchacha loca, mi amor silencioso, mi esposa, a la que vendí a un manicomio porque no escuchabas mi charla, ¡Isobel, ven a salvarme de ti misma! He trepado a tu zaga todos los senderos y ahora me encuentro aquí, solo. No hay dónde ir.

La luz se extinguió y el blanco de la nieve se ensombreció. En el este, sobre bosques y praderas interminables y obscurecientes y lagos claros enmarcados por colinas, resplandecía Saturno, brillante y saturnino.

Lewis no sabía dónde estaba el refugio; en algún lugar después de los bosques. Pero él tenía los bosques debajo, y no iba a descender. A las alturas. ¡Más alto, más alto! Un joven que llevaba a través del hielo y de la nieve una pancarta con este extraño lema:

AYUDA AYUDA SOY UN PRISIONERO DE LA REALIDAD MÁS ALTA.

Escaló. Desgreñado, escaló crestas que no habían sido escaladas, y mientras escalaba lloraba. Las lágrimas se arrastraban por su rostro y él se arrastraba por el rostro de la montaña.

Al atardecer los lugares muy altos son terribles, solitarios. La luz no lo esperó más. Ya no le quedaba mucho tiempo. Se había quedado sin tiempo. Cuando desviaba la vista de la planicie empinada, las estrellas aparecían y lo miraban a los ojos desde los golfos de oscuridad. A cada lado tenía un vacío, en el que brillaban unas pocas estrellas. Pero la nieve mantenía su propia luz fría, y siguió trepando. Recordó el sendero cuando lo vio. Dios o el Estado o él mismo había puesto un sendero en la montaña, después de todo. Giró a la derecha y se equivocó. Giró a la izquierda y permaneció quieto. No sabía a dónde ir. Temblando de frío y de miedo

gritó a la cumbre blanco muerte y a los lugares negros el nombre de su esposa:

–¡Isobel!

Ella apareció en el sendero, entre las tinieblas.

–Empezabas a preocuparme, Lewis.

–Llegué más lejos de lo que había pensado –dijo Lewis.

–La luz permanece tanto tiempo aquí que piensas que seguirá eternamente...

–Así es. Siento haberte preocupado.

–Oh, no estaba preocupada. Tú sabes. Solitaria. Pensé que quizá tu pierna te había hecho retrasar. Un hermoso paseo, ¿verdad?

–Espectacular.

–Llévame mañana.

–¿No te has divertido esquiando?

Ella sacudió la cabeza.

–No. Al no estar tú, no –murmuró avergonzada.

Giraron a la izquierda, con lentitud. Lewis aún cojeaba ligeramente a causa del tendón desgarrado que le había impedido esquiar los últimos días, y había oscurecido y no tenían ninguna prisa. Iban de la mano. Nieve, luz estelar, quietud. Fuego bajo los pies, oscuridad en derredor;

delante, la luz del fuego, cerveza, un lecho. Cada cosa en su momento. Algunos, tahúres natos, siempre elegirán vivir junto a un volcán.

–Cuando estaba en el sanatorio –dijo Isobel deteniéndose, y haciendo que él también se detuviera y ya no se oyó siquiera el ruido de sus botas sobre la nieve seca, ningún otro sonido que no fuese el sonido suave de aquella bendita voz–, tenía un sueño como este. Terriblemente parecido a este. Fue... el sueño más importante que he tenido. A pesar de que no puedo recordarlo con claridad. Nunca pude, ni siquiera durante las terapias. Pero era como esto. Este silencio. Este estar en las alturas. El silencio sobre todo... sobre todo. Reinaba un silencio tal que si yo decía algo, tú lo oías. Eso lo sabía, estaba segura. Y creo que durante el sueño dije tu nombre, y tú podías oírme... Me contestabas.

–Di mi nombre –susurró Lewis.

Ella se volvió y lo miró. No se oía sonido alguno en las montañas o entre las estrellas. Lo dijo.

Lewis contestó diciendo el de ella, y luego la abrazó; ambos temblaban.

–Hace frío, hace frío, tenemos que continuar –y prosiguieron, sobre la cuerda floja tendida entre los fuegos externos e internos.

–Mira aquella estrella enorme.

–Planeta. Saturno, el Padre Tiempo.

–Se comió a sus niños, ¿no es así?

–A todos menos a uno –respondió Lewis.

Delante, al pie de un declive, vieron bajo la luz gris de las estrellas la mole de la cabaña alta, las torres del montacargas, borrosas y esfumadas, y la vasta extensión de las pistas.

Tenía las manos frías y por un momento se sacó los guantes para frotarse una con otra, pero esto le resultó difícil a causa del vaso de agua que estaba sosteniendo. Terminó de verter el agua en los pequeños canales alrededor de las raíces del olivo y colocó el vaso al lado del florero emparchado. Pero había algo que se le estaba quedando en la mano, plegado dentro de la palma como una anotación para trampear en un examen final de francés, *que je fusse, que tu fusses, qu'il fût*, pequeña y pegoteada de sudor. Abrió la mano y estudió el objeto durante un momento. Un mensaje. ¿De quién y para quién? De la tumba, al vientre. Un pequeño envoltorio cerrado que contenía azúcar empapada en 100 mg de LSD/a.

¿Cerrado?

Recordó, en orden y con exactitud, cómo lo había abierto, cómo había ingerido la sustancia, degustado su sabor. También recordó con el mismo orden y exactitud dónde

había estado hasta el momento y supo que aún no había estado allí.

Se inclinó sobre Jim, que en ese instante exhalaba la bocanada que había inhalado mientras Lewis comenzaba a regar el olivo. Suave y diestramente guardó el paquete en el bolsillo del abrigo de Jim.

–¿No vienes? –preguntó Jim, sonriendo.

Lewis sacudió la cabeza.

–Gallina –murmuró Jim; sería difícil explicarle que ya había regresado del viaje que no había hecho; además, Jim no le escucharía, estaba allí donde las personas no oyen ni pueden contestar, amurallado.

–Buen viaje –dijo Lewis.

Cogió el impermeable (de popelín sucio, espera... nada de forro de lana), bajó las escaleras y salió a la calle. El verano terminaba, la estación estaba cambiando. Llovía pero aún no había obscurecido, y el viento urbano soplaban fuertes bocanadas frías que traían el olor de la tierra húmeda y de los bosques y de la noche.

NUEVE VIDAS

El biólogo Gordon Rattray Taylor es el responsable, aunque inocente, de este cuento. En su estupendo libro La bomba de tiempo biológica aparece un capítulo dedicado al clonismo. Lo leí, y luego escribí esto.

Nunca he estado tan cerca de la ciencia ficción “vital” o “en esencia” como en este cuento; es la elaboración de un tema extraído directamente de trabajos contemporáneos sobre las ciencias cuantitativas. Es un relato sobre “y qué si...” No obstante, desarrollo el tema cualitativa y psicológicamente.

En esencia uso el elemento científico no como un fondo en sí mismo, sino como una metáfora o un

símbolo, un medio de decir algo que de otra manera sería inexpresable.

Nueve vidas apareció en 1968 en Playboy con el único seudónimo que he utilizado: U. K. Le Guin. Los editores preguntaron cortésmente si podían utilizar nada más que la primera inicial, y yo asentí. No es sorprendente que a Playboy no le remordiera entonces la conciencia, pero lo que sí me sorprende a mí es darme cuenta de cuan irreflexivamente les seguí el juego. Fue la primera vez (y es la única) que me topé con algo que pudiera llamar prejuicio sexual, prejuicio contra mí por ser una mujer que escribe, de parte de un editor o publicador; y me pareció tan tonto, tan grotesco, que no me di cuenta de que también era importante. Playboy introdujo en el cuento una serie de alteraciones poco importantes, que fueron mantenidas en las reimpressiones posteriores. Yo prefiero mi versión, y siempre que puedo controlar las ediciones aparece la que está impresa en estas páginas, con mi nombre completo.

Estaba viva por dentro pero muerta por fuera; su rostro era una negra red de arrugas, tumores y grietas. Era calva y ciega. Los temblores que cruzaban el rostro de Libra eran

simples estremecimientos de corrupción: debajo, en los negros pasillos, había crepitaciones en la oscuridad, fermentos, pesadillas químicas que se prolongaban desde hacía siglos.

–¡Asqueroso planeta! –murmuró Pugh, mientras la cúpula retemblaba y un forúnculo reventaba a un kilómetro al sudoeste, esparciendo pus plateado a través del crepúsculo.

–Me gustaría ver un rostro humano.

–Gracias –ironizó Martín.

–El tuyo es humano, desde luego –dijo Pugh–, pero lo he visto tanto que ya no puedo verlo.

Unas señales aparecieron en el intercomunicador que Martín estaba manipulando, desaparecieron y volvieron en forma de rostro y voz. El rostro llenó la pantalla: nariz de un rey asirio, ojos de un samurai, piel bronceada, ojos color de hierro. Era joven y espléndido.

–¿Es ése el aspecto de un ser humano? –inquirió Pugh–, asombrado–. Lo había olvidado.

–Cállate, Pugh. Estamos en contacto.

–Base Misión Exploradora Libra, conteste, por favor. Ésta es la nave Passerine.

–Aquí Libra. Todo preparado. Pueden descender.

–Expulsión dentro de siete segundos terrestres. Esperen.

Las señales de la pantalla desaparecieron.

–¿Todos tienen ese aspecto? Martín, tú y yo somos más feos de lo que creía.

–Cállate, Owen...

Martín siguió el descenso de la nave a través de la pantalla durante veintidós minutos; luego pudieron verla más allá de la cúpula, una pequeña estrella en el oriente color sangre, hundiéndose. Se posó silenciosamente, ya que la tenue atmósfera de Libra apenas transportaba sonido.

Pugh y Martín cerraron las escafandras de sus trajes, abrieron las cámaras de aire de la cúpula y corrieron a saltitos, cual Nijinsky y Nureyev, hacia la nave. Tres módulos salieron flotando a intervalos de cuatro minutos uno de otro, y a intervalos de cien metros al este de la nave.

–Pueden salir –dijo Martín por la radio portátil–. Les esperamos en la puerta.

La escotilla se abrió. El joven que habían visto en la pantalla asomó con un quiebro gimnástico y saltó al polvo y a las escorias de Libra. Martín agitó la mano, pero Pugh estaba mirando hacia la escotilla, de la cual surgió otro joven con el mismo quiebro gimnástico, seguido por una joven que emergió con el mismo quiebro gimnástico. Todos eran altos, con la piel bronceada, los cabellos negros, la nariz

aguileña, el mismo rostro. Todos tenían el mismo rostro. El cuarto estaba saliendo por la escotilla con el mismo quiebro gimnástico.

–Martín –dijo Pugh–, tenemos un clon.

–Exacto –dijo uno de ellos–. Somos un clon de diez. El nombre es John Chow. ¿Es usted el teniente Martín?

–Soy Owen Pugh.

–Álvaro Guillén Martín –dijo Martín, ceremonioso, inclinándose ligeramente.

Otra joven estaba saliendo, el mismo bello rostro; Martín la miró, y de su pecho escapó un suspiro. Era evidente que nunca había pensado en el clonaje, y estaba sufriendo una conmoción tecnológica.

–Tranquilo –le dijo Pugh, habiéndole en castellano–. Esto no es más que un exceso de mellizos.

Permanecía pegado al codo de Martín: el contacto le tranquilizaba.

El primer encuentro con un desconocido resulta difícil. Incluso el mayor extravertido, en su primer encuentro con el más amable de los desconocidos experimenta cierto temor, aunque es posible que lo ignore. ¿Me engañará? ¿Destruirá la imagen de mí mismo? ¿Me invadirá? ¿Me cambiará?

¿Será distinto a mí? Eso es lo terrible: el misterio de lo desconocido.

Tras dos años de estancia en un planeta muerto –y el último medio año aislados como un equipo de dos– resulta todavía más difícil recibir a un desconocido, por mucho que se desee su llegada; se ha perdido la costumbre de diferenciar, se ha perdido el tacto; y revive el temor, la ansiedad primitiva.

El clon, cinco varones y cinco hembras, había realizado, en un par de minutos, lo que para un solo hombre requería veinte: saludar a Pugh y a Martín, echar una ojeada a Libra, descargar la nave, prepararse para entrar. Entraron, y la cúpula se llenó con ellos, un enjambre de doradas abejas. Zumbaban silenciosamente, llenando todos los silencios, todos los espacios, con un hormigear de presencia humana. Martín miró con una expresión de asombro a las esbeltas muchachas, y ellas le sonrieron, tres a la vez. Su sonrisa, más amable que la de los jóvenes, era igualmente pagada de sí misma.

–Pagada de sí misma –murmuró Owen Pugh, dirigiéndose a su amigo–, eso es. Ser uno mismo diez veces. Nueve segundos para cada movimiento, nueve síes en cada voto. ¡Sería glorioso!

Pero Martín estaba dormido. Y todos los John Chow se habían acostado inmediatamente. La cúpula estaba llena de

su tranquila respiración. Eran jóvenes, no roncaban. Martín suspiraba y roncaba. Finalmente, el propio Pugh se quedó dormido y soñó en un gigante de un solo ojo que le perseguía a través de las trepidantes salas del Infierno.

Desde su saco de dormir, Pugh contempló el despertar del clon. Todos se levantaron en el espacio de un minuto, excepto una pareja, un joven y una muchacha, que permanecían fuertemente enlazados y todavía durmiendo en un saco. Uno de los otros se acercó a la pareja. Los durmientes se despertaron y la muchacha se incorporó, ruborizada y soñolienta, con los dorados senos al aire. Una de sus hermanas le murmuró algo; ella miró de soslayo a Pugh y desapareció en el interior del saco de dormir, seguida por una risa entre dientes, una furiosa mirada desde otra dirección, y desde otra dirección una voz:

–Estamos acostumbrados a dormir solos. Espero que no le importe, capitán Pugh.

–Es un placer–dijo Pugh, sin faltar del todo a la verdad.

A continuación tuvo que levantarse, llevando únicamente los calzoncillos con los cuales dormía, y se sintió como un pollo desplumado, huesudo y granujiento. A menudo había envidiado el robusto y moreno cuerpo de Martín. El Reino Unido había salido bastante bien librado de la Gran Escasez,

perdiendo menos de la mitad de su población: una marca alcanzada mediante un riguroso control de los alimentos. Los estraperlistas y los acaparadores habían sido ejecutados. Las migajas habían sido compartidas. En tanto que en países más ricos muchos habían muerto y algunos habían engordado, en la Gran Bretaña murieron menos y ninguno engordó. Todos adelgazaron. Sus hijos fueron delgados, sus nietos delgados, pequeños, de osamenta frágil y susceptibles a las infecciones. Habían substituido la supervivencia de los más aptos por la supervivencia de los honestos. Owen Pugh era bajito y delgado. Pero, con todo, estaba allí.

En aquel momento deseó encontrarse muy lejos.

Durante el desayuno, un John dijo:

–Ahora, si usted lo desea, capitán Pugh...

–Adelante.

–Desarrollaremos nuestro propio plan. ¿Alguna novedad en la mina desde el último informe a la Misión? Vimos los informes cuando el Passerine estaba orbitando el Planeta V, donde ahora se encuentran ellos.

Martín no dijo nada, a pesar de que la mina era descubrimiento y proyecto suyos, y Pugh tuvo que apechugar con la tarea. Resultaba difícil hablar con ellos. Las mismas caras, cada una de ellas con la misma expresión de

inteligente interés, todas inclinadas hacia él a través de la mesa y casi en el mismo ángulo. Todos asentían a la vez.

Sobre la insignia del Cuerpo de Explotación que lucían en sus monos, cada uno de ellos llevaba un nombre, el de pila John y el apellido Chow, desde luego, pero con un nombre central distinto. Los hombres eran Aleph, Kaph, Yod, Gimel y Sameh; las mujeres Sadhe, Daleth, Zayin, Beth y Resh. Pugh intentó utilizar los nombres, pero renunció inmediatamente; a veces ni siquiera sabía cuál de ellos había hablado, ya que todas las voces eran iguales.

Martín untó de mantequilla y masticó su tostada, y finalmente intervino:

–Ustedes son un equipo, ¿no es cierto?

–Exacto –dijeron dos John.

–¡Dios, qué equipo! Hay algo que no comprendo. ¿Hasta qué punto sabe cada uno de ustedes lo que los otros están pensando?

–Ninguno sabe lo que piensan los otros, estrictamente hablando –respondió una de las muchachas, Zayin; los otros la contemplaron con una mirada de aprobación–. Entre nosotros no existe telepatía ni nada por el estilo. Pero pensamos igual. Tenemos exactamente el mismo equipo. Sometidos al mismo estímulo, al mismo problema, lo más probable es que experimentemos las mismas reacciones y

encontremos las mismas soluciones al mismo tiempo. Las explicaciones resultan fáciles: normalmente, no necesitamos recurrir a ellas. Rara vez hay disensiones entre nosotros. Esto facilita nuestro trabajo de equipo.

–Desde luego –dijo Martín–. Pugh y yo hemos pasado siete horas de cada diez durante seis meses confundiéndonos el uno al otro. Como la mayoría de las personas. Y, en casos de emergencia, ¿pueden ustedes enfrentarse a un problema inesperado como un equipo nor... un equipo no emparentado?

–Las estadísticas demuestran que sí, hasta ahora –respondió Zayin–. Como equipo, no podemos beneficiarnos de la interrelación de mentes diversas; pero gozamos de una ventaja compensativa. Los clones son extraídos del mejor material humano, individuos con un elevado Cociente de Inteligencia, Constitución Genética alpha doble A, etcétera.

–Todo ello multiplicado por diez. ¿Quién es... quién era John Chow?

–Un genio, seguramente –dijo Pugh cortésmente.

Su interés en el clonaje no era tan reciente ni tan ávido como el de Martín.

–Un tipo Complejo Leonardo –dijo Yod–. Biomatemático, violoncelista, pescador submarino, interesado en los

problemas de la mecánica estructural, etcétera. Murió sin poder desarrollar la mayor parte de sus teorías.

–Entonces, ¿cada uno de ustedes representa una faceta distinta de su mente, de su talento?

–No –dijo Zayin, sacudiendo la cabeza al unísono con varios otros–. Nosotros compartimos el equipo y las tendencias básicas, desde luego, pero todos somos ingenieros en Explotación Planetaria. Un clon posterior puede ser adiestrado para desarrollar otros aspectos del equipo básico. Todo es cuestión de adiestramiento; la sustancia genética es idéntica. Nosotros somos John Chow, pero estamos adiestrados de un modo distinto.

Martín estaba impresionado.

–¿Qué edad tienen ustedes?

–Veintitrés años.

–Dicen que él murió joven... ¿Le habían extraído células germinativas por anticipado?

–Murió a los veinticuatro años en un accidente de aviación –intervino Gimel–. No pudieron salvar el cerebro, de modo que extrajeron algunas de sus células intestinales y las cultivaron para un clon. Las células reproductoras no se utilizan para el clon, porque sólo tienen la mitad de los cromosomas. Las células intestinales resultan fáciles de individualizar y reprogramar para un crecimiento total.

–Astillas de una misma madera –dijo Martín atrevidamente–. Pero, ¿cómo es posible que algunos de ustedes sean mujeres...?

–Resulta fácil programar la mitad de la masa clonal con tendencia a lo femenino –intervino Beth–. Sólo hay que borrar el gene masculino de la mitad de las células, y éstas revierten a lo básico, es decir, a lo femenino. El camino inverso, o sea injertar cromosomas Y artificiales, es mucho más complicado. Por ello la mayoría de clones proceden de varones, ya que el clon funciona mejor bisexualmente.

–Todo se hace de acuerdo con las técnicas más depuradas –explicó Gimel–. El contribuyente desea lo mejor a cambio de su dinero, y desde luego los clones son caros. Con la manipulación de las células, la incubación en Placenta Ngama y el mantenimiento y el adiestramiento de los grupos, venimos a costar alrededor de tres millones por cabeza.

–Para su siguiente generación –dijo Martín, todavía impresionado–, supongo que ustedes...

–Nuestras hembras son estériles –dijo Beth con absoluta ecuanimidad–. No olvide que el cromosoma Y fue extirpado de nuestra célula original. Los varones pueden cohabitar con hembras individuales autorizadas, si lo desean. Pero siempre que quieran conseguir otro John Chow sólo tienen que reclonar una célula de este clon.

Martín asintió y masticó una tostada fría.

–Bien –dijo uno de los John, y todos cambiaron de humor, como una bandada de estorninos que cambian de rumbo con un solo golpe de ala, siguiendo a un cabecilla con tanta rapidez que ningún ojo puede ver quién conduce; los John estaban preparados para salir–. ¿Y si fuéramos a echar una ojeada a la mina? Luego descargaremos el equipo. Traemos algunos modelos nuevos que les gustará ver. ¿De acuerdo?

Si Pugh o Martín no hubiesen estado de acuerdo, les hubiera resultado difícil decirlo. Los John eran corteses y a la vez unánimes; sus decisiones tenían gran poder de persuasión. Como comandante de la Base 2 Libra, Pugh se preguntó si podía dar órdenes a aquella entidad–de–diez–superhombres–y–mujeres... y un genio, por añadidura. Se pegó a Martín mientras salían al exterior. Ninguno de los dos dijo nada.

Cuatro pasajeros en cada uno de los tres grandes trineos a motor se deslizaron hacia el norte sobre la rugosa piel de Libra, a la luz de las estrellas.

–Desolado –dijo uno.

Con Pugh y Martín iban un joven y una muchacha. Pugh se preguntó si serían los dos que habían compartido un saco de dormir la noche anterior. Sin duda no les importaría que

se lo preguntara. Para ellos, el sexo debía ser algo tan normal como el respirar. ¿Respiraron anoche ustedes dos?

–Sí –dijo–, es desolador.

–Ésta es nuestra primera salida, exceptuando el período de adiestramiento en la Luna.

Decididamente, la voz de la muchacha era más aguda y más suave.

–¿Qué impresión les produjo el gran salto?

–Nos drogaron. Yo quería experimentarlo.

Había hablado el joven.

–No se preocupe –dijo Martín, al timón del trineo–. Es mejor así.

–Sólo por una vez –dijo uno de ellos–. Para conocerlo.

Las montañas de Merioneth surgieron lepróticas a la luz de las estrellas hacia el este. Un penacho de gas congelante se arrastró plateado desde una grieta de ventilación al oeste, y el trineo se inclinó hacia el suelo.

Los gemelos alargaron los brazos hacia la palanca de mando al mismo tiempo, cada uno de ellos con un leve gesto de protección hacia el otro. «Tu piel es mi piel –pensó Pugh, pero literalmente, sin metáfora–. Ama a tu prójimo como a ti mismo...» Aquel antiguo y difícil problema estaba resuelto. El prójimo era el mismo yo: el amor era perfecto.

Y aquí estaba Hellmouth, la mina.

Pugh era el geólogo extraterrestre de la Misión Exploratoria, y Martín su técnico y cartógrafo; pero cuando en el curso de una investigación local Martín había descubierto la mina de uranio, Pugh le cedió todo el mérito, así como la responsabilidad de sondear el filón y de planear el trabajo del Equipo de Explotación.

Aquellos jóvenes habían salido de Tierra años antes de que los informes de Martín llegaran allí, y habían ignorado en qué consistiría su trabajo hasta llegar aquí.

El Cuerpo de Explotación se limitaba a enviar equipos regularmente y a ciegas, sabiendo que habría un trabajo para ellos en Libra, o en el próximo planeta, o en otro planeta del que aún no habían oído hablar. El Gobierno necesitaba uranio con tanta urgencia que no podía esperar a que llegaran los informes desde años luz de distancia. El material era como oro, anticuado pero esencial, y compensaba la minería extraterrestre y los viajes interestelares. «Valía su peso en hombres», pensó Pugh amargamente, contemplando cómo los altos jóvenes y muchachas entraban uno a uno en el negro agujero que Martín había bautizado con el nombre de Hellmouth, es decir Boca del Infierno.

A medida que entraban, sus homeostáticas lámparas frontales se iban encendiendo. Doce rayos luminosos discurrieron a lo largo de las húmedas y agrietadas paredes.

–Aquí está el declive –anunció la voz de Martín a través del intercomunicador portátil–. Nos encontramos en una fisura lateral; la abertura principal se halla enfrente de nosotros. El último movimiento volcánico parece haberse producido hace unos dos mil años. La falla más próxima está a veintiocho kilómetros al este, en el Trench. Desde el punto de vista sísmico, esta región parece ser tan segura como cualquier otra de la zona. El piso superior de basalto estabiliza todas esas subestructuras, mientras permanezcan estables en sí mismas. Su filón central se encuentra a treinta y seis metros de profundidad y discurre por una serie de cinco cavernas–burbuja en dirección nordeste. Es un filón con un alto contenido en mineral. Ya vieron las cifras porcentuales. La extracción no planteará ningún problema. Lo único que tienen que hacer es abrir las cavernas por la parte superior.

Unas voces empezaron a hablar, pero todas eran la misma voz, y la radio portátil no les confería ninguna posición en el espacio.

–Abrir la caverna por arriba, desde luego...

–Es el método más seguro...

–Pero el techo es de basalto... ¿Qué espesor puede tener?
¿Diez metros?

–El informe decía de tres a veinte...

–Podemos utilizar el acceso en el cual nos encontramos, allanarlo un poco e instalar raíles deslizantes para los robots...

–¿Tenemos suficiente material para entibar?

–¿A cuánto calcula usted que asciende la carga útil total, Martín?

–A más de cinco mil millones de kilos y menos de ocho mil millones.

–Los transportes llegarán aquí dentro de diez meses terrestres.

–Tendremos que cargar mineral puro...

–No, recuerda que tienen el problema de los embarques de NAFAL...

–De acuerdo, podrán purificarlo en la órbita de la Tierra.

–¿Bajamos, Martín?

–Pueden bajar ustedes. Yo ya he estado allí.

El primero –¿Aleph?, en hebreo, el buey, el caudillo– se agarró a la escalerilla e inició el descenso; los otros le siguieron. Pugh y Martín se quedaron en el borde de la

hendidura. Pugh ajustó el intercomunicador de modo que sólo intercambiara con el de Martín, y se dio cuenta de que Martín estaba haciendo lo mismo. Resultaba un poco fastidioso oír a una persona pensar en voz alta en diez voces... ¿O era una sola voz expresando las ideas de diez mentes?

–En el próximo salto –dijo Martín– me gustaría encontrar un planeta que no tuviera nada que explotar.

–Tú descubriste esto...

–La próxima vez no me dejes salir de casa.

Pugh quedó complacido. Había confiado en que Martín querría continuar trabajando con él, pero ninguno de los dos estaba acostumbrado a hablar demasiado de sus sentimientos, y él había vacilado en preguntárselo.

–Lo intentaré –dijo.

–Odio este lugar. Me gustan las cavernas, ¿sabes? Por eso vine aquí. En plan de espeleología. Pero ésta es una porquería. Aunque supongo que esa tribu sabrá desenvolverse. Conocen su trabajo.

–La nueva ola –dijo Pugh.

La nueva ola subió la escalerilla en fila india y rodeó a Martín.

–¿Tendremos suficiente material para los apuntalamientos?

–Kalph puede calcular las tensiones...

Pugh había vuelto a situar su intercomunicador en posición normal; miró al clon, tantos pensamientos farfullando en una ávida mente, y a Martín que permanecía silencioso entre ellos, y a la Hellmouth, y a la arrugada llanura.

Al cabo de cinco días terrestres, los Johns habían descargado todo su equipo y material, y habían empezado a operar en la mina. Pugh estaba fascinado y asustado por su gran eficacia, su confianza y su independencia. Él no les servía para nada. Un clon podía ser realmente el primer ser humano estable y digno de confianza. Una vez adulto, no necesitaría la ayuda de nadie. Se bastaría a sí mismo física, sexual, emocional e intelectualmente. Hiciera lo que hiciera, cualquier miembro del clon recibiría siempre el apoyo y la aprobación de sus compañeros, sus otros yo. No necesitaban a nadie más.

Dos de los clon permanecían en la cúpula haciendo cálculos, con frecuentes viajes en trineo a la mina para efectuar mediciones y comprobaciones. Eran los matemáticos del clon, Zayin y Kaph. Tal como Zayin explicó,

los diez habían recibido una adecuada educación matemática desde los tres hasta los veintiún años, pero desde los veintiuno hasta los veintitrés, Kaph y ella habían continuado con las matemáticas, en tanto que los otros ahondaban en otras especialidades, geología, ingeniería de minas, mecánica electrónica, atómica aplicada, etcétera.

–Kaph y yo –dijo Zayin– tenemos la impresión de que somos el elemento del clon más aproximado a lo que fue John Chow durante su vida individual. Pero, desde luego, él se dedicó principalmente a las biomatemáticas, y nosotros no hemos llegado tan lejos.

–Nos necesitan principalmente en este campo –dijo Kaph, con la patriótica pedantería que a veces evidenciaban.

Pugh y Martín pudieron distinguir pronto a aquella pareja de los demás. A Zayin por su figura, a Kaph únicamente por su descolorido dedo anular de la mano izquierda, a consecuencia de un martillazo recibido a la edad de seis años. Sin duda existían muchas diferencias, físicas y psicológicas entre ellos; la naturaleza podía ser idéntica, la nutrición, no. Pero las diferencias resultaban difíciles de descubrir. Y parte de la dificultad estribaba en que nunca hablaban realmente con Pugh y Martín. Bromeaban con ellos, eran corteses, se comportaban correctamente. Pero no daban nada. No había de qué quejarse; se mostraban

muy agradables, tenían la estereotipada simpatía norteamericana.

–¿Procede usted de Irlanda, Owen?

–Nadie procede de Irlanda, Zayin.

–Hay muchos irlandeses–americanos...

–Desde luego, pero ya no hay irlandeses. Un par de miles en toda la isla. No aceptaron el control de la natalidad, de modo que los alimentos escasearon. En la época de la Tercera Escasez no quedaba ningún irlandés, aparte de los curas, y todos ellos, o casi todos, eran solteros.

Zayin y Kaph sonrieron rígidamente. No tenían ninguna experiencia de la ironía.

–Entonces, ¿qué es usted, étnicamente? –preguntó Kaph.

–Un galés.

–¿Es galés lo que Martín y usted suelen hablar?

«No te importa», pensó Pugh, pero dijo:

–No, es su idioma, no el mío: el castellano que se habla en la Argentina.

–¿Lo aprendieron para conversar en privado?

–¿De quién tendríamos que ocultarnos aquí? No. Lo que pasa es que a un hombre le gusta hablar su idioma natal de cuando en cuando.

–El nuestro es el inglés –dijo Kaph secamente.

¿Por qué tenían que mostrarse simpáticos? La simpatía es una de las cosas que se dan porque necesitamos que nos la devuelvan.

Aquella noche Pugh utilizó el castellano para su comunicación con Martín.

–¿Se unen siempre las mismas parejas, o cambian cada noche?

Martín pareció sorprendido. Una expresión mojigata, desconocida en él, apareció por un instante en su rostro. Luego se borró. También él sentía curiosidad.

–Creo que es al azar.

–No susurres, hombre, hace feo. Yo creo que hay un turno de rotación.

–¿De acuerdo con un plan previo?

–A fin de que nadie se quede sin su parte.

Martín se echó a reír.

–¿Y qué me dices de nuestra parte?

–No se les habrá ocurrido pensar en nosotros.

–¿Qué pasará si abordo a una de las chicas?

–Ella se lo dirá a los otros y decidirán como grupo.

–No soy un toro –dijo Martín–. No quiero que me juzguen...

–Calma, amigo mío –dijo Pugh–. ¿Quieres abordar a una de ellas?

Martín se encogió de hombros.

–Dejémosles con su incesto.

–¿Incesto, o masturbación?

–¡No me importa, con tal de que lo hagan fuera del alcance de mi oído!

El clon había renunciado a toda apariencia de recato. Pugh y Martín quedaban saturados diariamente por las intimidades de su continuo intercambio emocional–sexual–mental. Saturados pero excluidos.

–Faltan dos meses –dijo Martín una noche.

–¿Para qué? –estalló Pugh.

Últimamente se mostraba muy irritable, y el malhumor de Martín le crispaba los nervios.

–Para el relevo.

Dentro de sesenta días, todos los miembros de la Misión Exploratoria serían relevados.

–¿Estás tachando los días en tu calendario? –inquirió en tono burlón.

–Recobra el sentido común, Owen.

–¿Qué quieres decir?

–Lo que he dicho.

Se separaron, enojados y resentidos.

Pugh regresó después de pasar un día solo en las Pampas, una vasta llanura de lava cuyo borde más próximo se encontraba a una distancia de dos horas de vuelo, en dirección sur. Se suponía que no debían efectuar largos viajes solos, pero últimamente lo habían hecho a menudo. Martín estaba sentado bajo una brillante luz, dibujando uno de sus elegantes y magistrales mapas: éste era de toda la cara de Libra, la cara cancerosa. Aparte él no había nadie más en la cúpula, tan amplia como antes de que llegara el clon.

–¿Dónde está la horda dorada? –inquirió Pugh.

Martín se encogió de hombros. Luego se incorporó ligeramente para mirar a su alrededor, hacia el sol agazapado como un gran sapo rojo sobre la llanura oriental, y hacia el reloj, que señalaba las 18:45 horas.

–Hoy se han producido algunas sacudidas importantes –dijo, volviendo a su mapa–. ¿Lo has notado desde allí? Echa una mirada al sismógrafo.

El indicador zigzagueaba sobre el cilindro pautado. Nunca dejaba de bailar. El cilindro pautado había registrado cinco sacudidas de máxima intensidad a media tarde; por dos veces, la aguja había sobrepasado el cilindro pautado. La computadora conectada al sismógrafo había sido puesta en marcha y había indicado: «Epicentro 61' norte por 4' 24" este».

–Esta vez no es en el Trench.

–Me ha parecido algo distinto. Más intenso.

–En la Base Uno solía permanecer despierto toda la noche debido a la trepidación del suelo. Resulta curioso cómo se acostumbra uno a las cosas.

–Mal asunto si así no fuera. ¿Qué hay para cenar?

–Pensé que lo habrías preparado.

–Estaba esperando al clon.

Pugh sacó una docena de latas, introdujo dos de ellas en el Horninstant y las sacó al cabo de un minuto.

–De acuerdo, aquí está la cena.

–He estado cavilando –dijo Martín mientras se acercaba a la mesa–. Me pregunto qué pasaría si un clon se reprodujera a sí mismo. Me refiero ilegalmente. Un millar de duplicados... diez mil... Todo un ejército. Sería una fuerza a tener en cuenta, ¿no crees?

–Pero, ¿cuántos millones costaría la operación? Placentas artificiales y todo eso. Resultaría difícil conservar el secreto, a menos de que dispusieran de un planeta para ellos solos... Mucho antes de las Escaseces, cuando la Tierra tenía gobiernos nacionales, hablaban de eso: reproducir a los mejores soldados, formar con ellos regimientos. Pero los alimentos empezaron a escasear antes de que pudieran poner en práctica aquella idea.

Hablaban amistosamente, como tenían por costumbre.

–Es curioso –dijo Martín, masticando–. Esta mañana se marcharon temprano, ¿verdad?

–Todos menos Kaph y Zayin. Pensaban sacar a la superficie la primera carga. ¿Por qué?

–No han venido a almorzar.

–No se morirán de hambre, no te preocupes.

–Se marcharon a las siete.

–¿De veras?

Luego Pugh cayó en la cuenta: los tanques de aire contenían suministro para ocho horas.

–Tal vez Kaph y Zayin se llevaron latas de repuesto. Además, hay una señal de alarma en todos los trajes.

–No es automática.

Pugh estaba cansado y tenía hambre.

–Siéntate y come, hombre. Saben cuidar de sí mismos.

Martín se sentó, pero no comió.

–Una de las sacudidas fue muy intensa, Owen. La primera. Llegó a asustarme.

Tras una breve pausa, Pugh suspiró y dijo:

–De acuerdo.

Sin el menor entusiasmo subieron al trineo de dos plazas y se dirigieron hacia el norte. Todo aparecía como cubierto de una ponzoñosa gelatina roja. La luz y la sombra horizontales dificultaban la visión, levantando ante ellos ficticias paredes de hierro a través de las cuales se deslizaban, y convirtiendo la convexa llanura más allá de Hellmouth en un enorme lago de aguas color sangre. Alrededor de la entrada del túnel se veía una mescolanza de grúas, cables, servomecanismos y excavadoras. Martín saltó del trineo y corrió hacia la mina. Volvió a salir inmediatamente.

–¡Dios mío! ¡Se han hundido, Owen! –exclamó.

Pugh se adelantó y vio, a unos cinco metros de la entrada, la brillante, húmeda y negra pared que remataba el túnel. Expuesta de nuevo al aire, parecía algo orgánico, como tejido visceral. El suelo se había humedecido con algún líquido pegajoso.

–Estaban dentro –dijo Martín.

–Pueden estar aún ahí. Seguramente tenían latas de aire de repuesto...

–Owen, mira cómo ha quedado el techo de basalto...

La joroba de tierra que techaba las cuevas conservaba aún el aspecto irreal de una ilusión óptica. Se había hundido dentro de sí misma, dejando una amplia hoya. Cuando Pugh se acercó, vio que también estaba agrietada por numerosas fisuras. De alguna de ellas brotaba un gas blanquecino.

–La mina no está sobre la falla. ¡Aquí no hay ninguna falla!

Pugh se acercó rápidamente a su amigo.

–No, Martín, no hay ninguna falla. Seguramente no estaban todos dentro, juntos.

Buscaron afanosamente entre las máquinas, hasta localizar el trineo. Había llegado en dirección sur, y se estrelló contra un remolino de polvo coloidal. Llevaba dos pasajeros. Uno estaba semihundido en el polvo, pero los indicadores de su traje funcionaban normalmente; el otro colgaba atrapado por el trineo. Su traje se había desgarrado por las perneras, y el cuerpo estaba helado y duro como una roca. Aquello fue lo único que encontraron. Tal como se les exigía, incineraron inmediatamente el cadáver con las pistolas láser que el reglamento les obligaba a llevar y que hasta entonces no habían utilizado nunca.

Pugh, sabiendo que iba a marearse, arrastró al superviviente hasta el trineo biplaza y envió a Martín a la cúpula con él. Luego vomitó, y tras descubrir un trineo de cuatro plazas intacto, montó en él y siguió a Martín, temblando como si todo el frío de Libra hubiese penetrado sus huesos.

El superviviente era Kaph. Se hallaba bajo los efectos de una intensa conmoción. Descubrieron una hinchazón en su occipucio que podía significar una conmoción cerebral, pero no parecía existir ninguna fractura.

Pugh preparó dos vasos de alimento concentrado y dos copas de aguardiente.

–Vamos –dijo.

Martín obedeció, bebiéndose el tónico. Luego se sentaron junto al camastro y sorbieron el aguardiente.

Kaph yacía inmóvil, pálido como la cera, los negros cabellos sobre los hombros, los labios rígidamente entreabiertos.

–Debió de ser la primera sacudida, la más intensa –dijo Martín–. Debió de hundir toda la estructura. Probablemente había capas de gas en las rocas laterales, como aquellas formaciones en el Cuadrante treinta y uno. Pero allí no había ninguna señal...

Mientras hablaba, el mundo se escurrió debajo de ellos. Los objetos saltaron y brincaron, gritaron: «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!».

–La sacudida de las catorce horas fue como ésta –murmuró la Razón en la voz de Martín, entre el desenfreno y la ruina del Mundo.

Pero la Sinrazón se apaciguó, y los objetos cesaron de danzar.

Pugh saltó a través de su vertido aguardiente y ayudó a Kaph a tumbarse. El cuerpo muscular se le resistía. Martín tiró de los hombros hacia abajo. Kaph gritó, luchó, su rostro adquirió un tinte negruzco.

–¡Oxígeno! –dijo Pugh, y su mano encontró la jeringuilla apropiada en el botiquín como por instinto; mientras Martín sujetaba la mascarilla, Pugh hundió la aguja en el nervio vago, retornando a Kaph a la vida.

–Ignoraba que se te diera tan bien la medicina –dijo Martín, respirando fatigosamente.

–Mi padre era médico –dijo Pugh–. ¡Lástima de aguardiente! ¿Por qué se ahoga nuestro amigo?

–No lo sé, Owen. Mira en el libro.

Kaph estaba respirando normalmente y el color había vuelto a su rostro; únicamente los labios estaban todavía un poco amoratados.

Se sirvieron otra copa de aguardiente y volvieron a sentarse junto a Kaph con su guía médica.

–Ni en «shock» ni en «conmoción» hay nada sobre cianosis o asfixia. Con el traje puesto no puede haber respirado nada... «Hemorroides anales»... ¡Uf!

Pugh tiró el libro sobre una mesa. El lanzamiento resultó corto, debido a que el propio Pugh o la mesa no habían recobrado del todo su equilibrio.

–¿Por qué no hizo la señal?

–¿Cómo dices?

–Los ocho que estaban dentro de la mina no tuvieron tiempo, pero la muchacha y él debían encontrarse en el exterior. Tal vez ella estaba en la entrada y resultó alcanzada por el primer desplome. Él tenía que estar en el exterior, tal vez en la cabina de control. Echó a correr, tiró de la muchacha, la subió al trineo y se dispuso a regresar a la cúpula. Y en todo ese tiempo no se le ocurrió pulsar el botón de alarma de su traje. ¿Por qué?

–Bueno, había recibido un golpe en la cabeza. No estaba en sus cabales. Pero incluso en condiciones más favorables dudo que se le hubiese ocurrido enviarnos la señal. La ayuda la buscaban entre ellos mismos.

El rostro de Martín era como una máscara india, surcos en las comisuras de la boca, ojos de frío carbón.

–En tal caso, ¿qué debió sentir cuando el suelo empezó a temblar y se encontró en el exterior, solo...?

En respuesta, Kaph gritó.

Sacudido por las convulsiones de alguien que se ahoga, saltó del camastro, golpeó y derribó a Pugh, tropezó con un montón de cestos y cayó al suelo, con los ojos en blanco y los labios azulados. Martín le arrastró hasta el camastro, le dio una bocanada de oxígeno y luego se arrodilló junto a Pugh, el cual se estaba incorporando, y secó su cortado pómulos.

–¡Owen! ¿Te encuentras bien?

–Creo que sí –dijo Pugh–. ¿Por qué me estás frotando eso por la cara?

Era un trozo de cinta de computadora, ahora manchada con sangre de Pugh. Martín la dejó caer.

–Pensé que era una servilleta. Te has arañado la mejilla contra aquella caja.

–¿Se le ha pasado el ataque?

–Eso parece.

Contemplaron a Kaph rígidamente tendido, sus dientes eran una línea blanca en el interior de los oscuros labios entreabiertos.

–Parece epilepsia. ¿Una lesión cerebral, tal vez?

–Podríamos inyectarle una dosis entera de meprobamato.

Pugh sacudió la cabeza.

–No sé lo que había en la inyección que le apliqué anteriormente. No quiero sobrecargarle de medicamentos. Podría ser contraproducente.

–Tal vez se ha quedado dormido.

–Ojalá yo pudiera. Entre el terremoto y él, no puedo sostenerme en pie.

–Tienes una fea herida en el pómulo... Acuéstate, yo me quedaré un rato.

Pugh limpió su mejilla y se quitó la camisa. Luego dijo:

–Si había algo que podíamos hacer, lo hemos intentado...

–Todos están muertos –murmuró Martín.

Pugh se tendió encima de su saco de dormir, y un instante después le despertó un espantoso ruido. Se levantó, tambaleándose, buscó la aguja hipodérmica, trató tres veces de clavarla correctamente y fracasó. Empezó a masajear el tórax de Kaph, encima del corazón.

–Boca a boca –dijo.

Martín obedeció.

De pronto, Kaph expulsó una bocanada de aire, su pulso se hizo más regular, sus rígidos músculos empezaron a relajarse.

–¿Cuánto tiempo he dormido?

–Medía hora.

Permanecieron en pie, sudando. El suelo tembló, la tela de la cúpula osciló violentamente. Libra estaba danzando de nuevo su espantosa polca, su Danza de los muertos. El sol parecía haber aumentado de tamaño y era mucho más rojo.

–¿Qué le pasa, Ówen?

–Creo que está muriendo con ellos.

–¿Con ellos? ¡Ellos están muertos!

–Nueve de ellos. Todos murieron, aplastados o asfixiados. Todos ellos eran él; él es todos ellos. Ahora está muriendo sus muertes una a una.

–¡Dios mío! –murmuró Martín.

La próxima vez ocurrió lo mismo. La quinta vez fue peor, ya que Kaph luchó y deliró, tratando de hablar pero sin conseguir emitir las palabras. Era como si su boca estuviera obturada con rocas o arcilla. Después, los ataques se hicieron más débiles, aunque también él se iba debilitando cada vez más. El octavo ataque se produjo alrededor de las cuatro y media; Pugh y Martín trabajaron hasta las cinco y

media, haciendo todo cuanto estaba a su alcance para conservar la vida en el cuerpo que se hundía en la muerte y sin protestar. Finalmente lo consiguieron.

–El próximo terminará con él –vaticinó Martín.

Y así ocurrió. Pero Pugh insufló su propia respiración en los inertes pulmones, hasta que él mismo perdió el conocimiento.

Despertó. La cúpula estaba a oscuras. Aguzó el oído y oyó la respiración de los dos hombres que dormían. Volvió a quedarse dormido y sólo el hambre le despertó.

El sol estaba muy alto sobre las oscuras llanuras y el planeta había dejado de danzar. Kaph dormía tranquilamente. Pugh y Martín bebieron té y contemplaron a Kaph como si fuera algo que les perteneciera.

Cuando Kaph despertó, Martín se acercó a él.

–¿Cómo te encuentras, viejo?

Kaph no respondió.

Pugh ocupó el lugar de Martín y contempló los ojos castaños que miraban hacia los suyos pero no en los suyos.

Calentó alimento concentrado y se lo ofreció a Kaph.

–Vamos, bebe.

Pudo ver que los músculos de la garganta de Kaph se ponían rígidos.

–Dejadme morir –dijo el joven.

–No te estás muriendo.

–Estoy muerto en mis nueve décimas partes –habló Kaph con claridad y precisión–. No queda vivo lo bastante de mí.

–No –replicó Pugh en tono perentorio–. Ellos están muertos. Los otros. Tus hermanos y hermanas. Tú no eres ellos, tú estás vivo. Tú eres John Chow. Tu vida depende de ti.

El joven permaneció inmóvil, mirando hacia una oscuridad que no estaba allí.

Martín y Pugh se turnaron en la tarea de poner a salvo el material aprovechable después del desastre, ya que su valor era literalmente astronómico. Aunque era una tarea muy pesada para un solo hombre, no querían dejar solo a Kaph. El que se quedaba en la cúpula se dedicaba a trabajos de oficina, mientras Kaph permanecía sentado o tumbado, con la mirada fija en su oscuridad, sin hablar.

Los días transcurrían silenciosamente.

La radio crujió y habló: nave llamando a la Misión.

–Llegaremos a Libra dentro de cinco semanas, Owen. Dentro de treinta y cuatro días terrestres y nueve horas. ¿Cómo van las cosas en la vieja cúpula?

–No muy bien, jefe. Los miembros del equipo de Explotación resultaron muertos, todos menos uno, en la mina. Un terremoto. Hace seis días.

La radio crujió. Dieciséis segundos de demora en ambos sentidos; la nave se encontraba ahora alrededor del Planeta II.

–¿Todos muertos, menos uno? ¿Martín y usted no han sufrido ningún daño?

–Nos encontramos perfectamente, jefe.

Treinta y dos segundos.

–El Passerine dejó un equipo de Explotación aquí, con nosotros. Puedo dejarlos en el proyecto Hellmouth, en vez de dedicarlos al proyecto del Cuadrante Siete. Lo decidiremos cuando lleguemos ahí. En cualquier caso, Martín y usted serán relevados. Cuídense. ¿Alguna cosa más?

–Nada más.

Treinta y dos segundos.

–De acuerdo. Hasta la vista, Owen.

Kaph había oído todo esto y, más tarde, Pugh le dijo:

–El jefe puede pedirte que te quedes aquí con el otro equipo de Explotación. Tú ya conoces esto.

Conociendo las exigencias de la Vida Lejana, quería advertir al joven. Kaph no respondió. Desde que había dicho «No queda vivo lo bastante de mí» no había vuelto a pronunciar una sola palabra.

–Owen –dijo Martín, por su intercomunicador portátil–, está chiflado. Loco.

–Para un hombre que murió nueve veces, se está portando muy bien.

–¿Muy bien? La única emoción que le ha quedado es el odio. Mira sus ojos.

–Eso no es odio, Martín. Escucha, es cierto que en cierto sentido ha estado muerto. No puedo imaginar lo que siente. Pero estoy seguro de que no es odio. Ni siquiera puede vernos. Hay demasiada obscuridad.

–Muchas gargantas han sido abiertas en la obscuridad. Nos odia porque no somos Aleph y Yod y Zayin.

–Tal vez. Pero yo creo que está solo. No nos ve ni nos oye, ciertamente. Hasta ahora no había visto a nadie más porque nunca estuvo solo. Tenía otros nueve a los que podía mirar, con los que podía hablar y vivir. No sabe lo que es estar solo. Tiene que aprenderlo. Dale tiempo.

Martín sacudió la cabeza.

–Está chiflado –dijo–. Cuando te quedas a solas con él, no olvides que puede romperte el cuello con una sola mano.

–Podría hacerlo, desde luego –dijo Pugh, y sonrió.

Se encontraban en el exterior de la cúpula, programando uno de los servomecanismos para reparar una máquina averiada. Podían ver a Kaph en el interior del enorme medio huevo que formaba la cúpula.

–¿Por qué supones que mejorará?

–Es evidente que tiene una fuerte personalidad.

–¿Fuerte? Lisiada. Nueve décimas partes muerta, como él mismo dijo.

–Pero él no está muerto. Él es un hombre vivo. John Kaph Chow. Está pasando por una fase de desconcierto, pero no olvides que todos los jóvenes sufren una especie de trauma cuando se separan de su familia. Él lo superará.

–No veo cómo.

–Discurre un poco, Martín. ¿Cuál es el objetivo del clonaje? El de reparar la raza humana. Estamos en malas condiciones. Mírame a mí. Mi Cociente de Inteligencia y mi índice de Constitución Genética no llegan a la mitad del de ese John Chow. Pero en el Servicio Lejano me necesitaban con tanta urgencia, que cuando me presenté voluntario me aceptaron y me echaron un remiendo con un pulmón artificial y

corrigieron mi miopía. Si hubiesen abundado los tipos sanos, ¿crees que hubieran aceptado a un galés corto de vista y con un solo pulmón?

–No sabía que tenías un pulmón artificial.

–Pues lo tengo. Artificial hasta cierto punto, ¿sabes? Es un pulmón humano, cultivado en un tanque; una especie de clonero. De todos modos, ahora es mi pulmón. Lo que quiero decir es que ahora hay demasiados hombres como yo y no los suficientes como John Chow. ¿Comprendes? Y eso es lo que trata de remediar el clonero, produciendo hombres más fuertes y más listos.

Martín gruñó algo ininteligible, mientras el servomecanismo empezaba a zumbir.

Kaph apenas comía; experimentaba dificultades para tragar, de modo que después de los primeros bocados renunciaba a seguir comiendo. Había perdido ocho o diez kilogramos.

Sin embargo, al cabo de unas tres semanas empezó a recobrar el apetito, y un día Martín y Pugh le sorprendieron revisando las pertenencias del clon, sus sacos de dormir, maletines y documentos. Tras una minuciosa tría, destruyó un montón de papeles y chucherías, hizo un pequeño paquete con lo que quedaba y volvió a sumirse en su estado de coma andante.

Dos días después habló. Pugh estaba tratando de ajustar una tecla de la grabadora, sin conseguirlo. Martín había salido a verificar sobre el terreno sus mapas de las Pampas.

–¡Maldita sea! –exclamó Pugh.

Y Kaph dijo, con voz inexpresiva.

–¿Quiere que lo arregle yo?

Pugh se sobresaltó, pero recobró el dominio de sí mismo y entregó la máquina a Kaph. El joven cogió el aparato, reparó la avería y lo dejó sobre la mesa.

–Pon una cinta –dijo Pugh con deliberada indiferencia, ocupado en otra mesa.

Kaph puso la cinta que estaba encima de la pila: música coral. Se tumbó en su camastro. El sonido de un centenar de voces humanas cantando al unísono llenó la cúpula. Kaph permaneció inmóvil, con el rostro inexpresivo.

En los días siguientes se encargó de algunas tareas rutinarias, sin que se lo pidieran. No hacía nada que requiriera iniciativa, y si le pedían que hiciera algo no contestaba.

–Se está recuperando –comentó Pugh, hablando en castellano.

–No. Se está convirtiendo en una máquina. Hace lo que tiene programado, no reacciona a otra cosa. Está peor que cuando no funcionaba. Ya no es humano.

Pugh suspiró.

–Buenas noches –dijo en inglés–. Buenas noches, Kaph.

–Buenas noches –dijo Martín.

Kaph no dijo nada.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Kaph alargó el brazo por encima del plato de Martín para alcanzar las tostadas.

–¿Por qué no las pides? –inquirió Martín, disimulando apenas su malhumor–. Yo puedo pasártelas.

–Yo puedo cogerlas –dijo Kaph con su voz inexpresiva.

–Desde luego. Pero pedir que nos pasen una cosa, dar las buenas noches o los buenos días son detalles poco importantes, aunque si alguien nos saluda estamos obligados a contestar...

–¿Por qué tendría que contestar?

–Porque alguien te ha dirigido la palabra.

–¿Porqué?

Martín se encogió de hombros y se echó a reír. Más tarde, Pugh dijo:

–Deja al muchacho en paz, Martín.

–Los buenos modales son esenciales en los pequeños grupos que viven aislados. A él le han enseñado eso. ¿Por qué se niega deliberadamente a recordarlo?

–¿Acaso te das las buenas noches a ti mismo?

–¿Qué quieres decir?

–Que Kaph nunca ha conocido a nadie aparte de a sí mismo.

Martín meditó unos instantes y luego estalló:

–Entonces, todo ese asunto del clonero es una equivocación. No puede funcionar. ¿Qué pueden hacer por nosotros un montón de genios duplicados, cuando ni siquiera saben que existimos?

Pugh asintió.

–Podría resultar más práctico separar los clones y mezclar a sus miembros con las otras personas. Pero no cabe duda de que funcionan mejor como equipo.

–¿De veras? Yo no estoy tan seguro. Si ese clon hubiera sido diez ingenieros normales, ¿habrían estado todos en el mismo lugar al mismo tiempo? ¿Habrían resultado todos muertos? Tal vez cuando empezó el terremoto todos esos muchachos se dirigieron corriendo hacia el interior de la mina para salvar al que estaba más lejos... El propio Kaph

estaba en el exterior y se dirigió hacia la entrada. Es pura hipótesis, desde luego. Pero creo que de haberse tratado de diez individuos normales, más de uno se hubiera salvado.

–No lo sé. Es cierto que los gemelos idénticos tienden a morir al mismo tiempo, incluso cuando no se han visto nunca el uno al otro. Identidad y muerte, es muy raro...

Pasaron los días, el sol rojizo se arrastraba por el oscuro cielo, Kaph no contestaba cuando le hablaban. Pugh y Martín se chillaban el uno al otro cada vez con más frecuencia. Pugh se quejaba de los ronquidos de Martín. Ofendido, Martín trasladaba su camastro al extremo más apartado de la cúpula, y durante algún tiempo no dirigía la palabra a Pugh. Éste silbaba tonadas galesas hasta que Martín se quejaba, y entonces era Pugh el que dejaba de dirigirle la palabra.

El día antes del previsto para la llegada de la nave de la Misión, Martín anunció que iba a salir hacia Merioneth.

–Pensé que como mínimo me echarías una mano con la computadora para terminar los análisis de las rocas –dijo Pugh, disgustado.

–Kaph puede hacer eso. Quiero echar una última mirada al Trench. ¡Que os divirtáis! –añadió Martín en castellano, riendo, y se marchó.

–¿Qué idioma es ese?

–Castellano. Ya te lo dije en cierta ocasión, ¿no te acuerdas?

–No –al cabo de unos instantes, el joven añadió–: Creo que he olvidado un montón de cosas.

–Esto no tenía importancia, desde luego –dijo Pugh amablemente, dándose cuenta inmediatamente de lo importante que era aquella conversación–. ¿Querrás echarme una mano con la computadora, Kaph?

Kaph asintió.

Pugh había dejado un montón de cables sueltos, y la tarea les ocupó todo el día. Kaph era un excelente colaborador, rápido y sistemático, mucho más que el propio Pugh. Su voz inexpresiva, ahora que volvía a hablar, crispaba los nervios; pero no importaba, ya que era el último día y luego llegaría la nave, la antigua tripulación, camaradas y amigos.

Durante el descanso para tomar el té, Kaph dijo:

–¿Qué pasará si la nave de la Misión se estrella?

–Morirán todos.

–Me refiero a ustedes.

–Emitiremos un SOS por radio en todas las frecuencias, y viviremos a media ración hasta que llegue una nave de rescate de la Base Tres. Lo cual significa cuatro años y medio terrestres. Con un racionamiento estricto, podríamos

resistir de cuatro a cinco años. Apretándonos un poco el cinturón, desde luego.

–¿Enviarían una nave de rescate para tres hombres?

–Naturalmente.

Kaph no añadió comentario alguno.

Pugh se dispuso a reanudar el trabajo. Pero resbaló, y al tratar de agarrarse al respaldo de la silla ésta eludió su mano. Desde el suelo, inquirió:

–¿Qué sucede?

–Un movimiento sísmico –dijo Kaph.

Las tazas rebotaron sobre la mesa, un fajo de documentos cayó al suelo, la piel de la cúpula se hinchó y restalló.

Kaph continuó sentado, impasible. Un terremoto no asusta a un hombre que murió en un terremoto.

Pugh, muy pálido, murmuró:

–Martín está en el Trench.

–¿Qué es el Trench?

–El epicentro de los movimientos sísmicos locales. Mira el sismógrafo.

Pugh luchaba con la puerta de un armario que se resistía a abrirse.

–¿Qué va usted a hacer?

–Voy a buscarle.

–Martín se llevó el jet. Los trineos no ofrecen garantías de seguridad durante un movimiento sísmico. Se descontrolan.

–Cállate de una vez, por el amor de Dios.

Kaph se puso en pie, hablando con su voz inexpresiva, como de costumbre.

–Es inútil salir ahora en su busca. Significa correr un riesgo innecesario.

–Si captas su señal de alarma, avísame por radio –dijo Pugh antes de cerrar la escafandra de su traje.

Cuando salió al exterior, Libra remangó sus harapientas faldas y bailó una danza del vientre desde debajo de sus pies hasta el rojizo horizonte.

En el interior de la cúpula, Kaph vio cómo el trineo se ponía en marcha, temblaba como un meteoro a la rojiza luz diurna y desaparecía en dirección nordeste. El suelo de la cúpula retembló; la tierra tosió. Una racha de viento, al sur de la cúpula, arrastró una nube de gas negro vomitada por una grieta.

En el tablero central de control repiqueteó un timbre y se encendió una luz roja. Kaph comprobó que la luz correspondía al Traje Dos. Trató de establecer contacto por

radio con Martín, y luego con Pugh, pero ninguno de los dos contestó.

Cuando los temblores de tierra remitieron, reanudó su trabajo y terminó la tarea de Pugh. Invirtió casi dos horas. Cada media hora trató de establecer contacto con el Traje Uno, sin obtener respuesta, y con el Traje Dos, con el mismo resultado. Desde hacía una hora, la luz roja había dejado de parpadear.

Kaph preparó cena para uno, comió y se tendió en su camastro.

Los temblores de tierra habían cesado, pero a largos intervalos se producían unas leves sacudidas. El sol colgaba al oeste, en forma de naranja, rojo pálido, inmenso. No parecía hundirse.

No se oía el menor sonido.

Kaph se levantó y empezó a pasear alrededor de la cúpula semivacia. El silencio persistió. Kaph se acercó a la grabadora y colocó en ella la primera cinta que halló. Era música pura, electrónica, sin armonías, sin voces. Finalizó. El silencio persistió.

El mono de Pugh colgaba de un montón de muestras de roca. Kaph lo contempló fijamente. Notó que faltaba un botón.

El silencio persistió.

El sueño de un chiquillo: no hay nadie más que esté vivo en el Mundo, aparte de mí mismo. En todo el Mundo.

Muy bajo, al norte de la cúpula, un meteoro parpadeó.

La boca de Kaph se abrió como si tratara de decir algo, pero no salió ningún sonido de ella. Se dirigió apresuradamente a la pared norte y tendió la mirada hacia la gelatinosa luz rojiza.

La pequeña estrella se posó en el suelo. Dos figuras se acercaron a la cúpula. El traje de Martín estaba cubierto de un extraño polvo que le hacía aparecer tan verrugoso como la superficie de Libra. Pugh le sostenía por el brazo.

–¿Está herido? –inquirió Kaph.

Pugh se despojó del traje y ayudó a Martín a despojarse del suyo.

–Conmocionado –dijo.

–Una roca enorme cayó sobre el jet –dijo Martín, sentándose ante la mesa y agitando los brazos–. Yo no estaba dentro, desde luego. Había bajado a reconocer la zona de polvo carbónico cuando noté que el suelo empezaba a temblar. De modo que corrí a situarme en un espacio abierto, para que no me alcanzara algún desprendimiento de rocas de los acantilados. Desde allí vi como una enorme roca aplastaba el jet, y entonces recordé que las latas de aire de repuesto estaban en el aparato, y

pulsé el botón de alarma. Pero no recibí ninguna señal por radio, cosa que siempre ocurre aquí durante los movimientos sísmicos. La atmósfera era tan polvorienta que no se veía nada a un metro de distancia. Empezaba a preocuparme cuando vi llegar a Owen...

–¿Tienes hambre? –le interrumpió Pugh.

–Claro que tengo hambre.

–Entonces, siéntate y come –ordenó Pugh.

Martín obedeció. Después, se dirigió a su camastro, que no había mudado de lugar desde que Pugh se quejó de sus ronquidos.

–Buenas noches, galés unipulmonar –dijo a través de la cúpula.

–Buenas noches.

Martín no dijo nada más. Pugh amortiguó el brillo de la lámpara hasta dejarlo reducido a un resplandor amarillento menos intenso que la luz de una vela, y se sentó sin hacer nada, sin decir nada, con aire ausente.

El silencio persistió.

–He terminado los cálculos –dijo Kaph.

–Gracias –murmuró Pugh.

Silencio.

–Recibí la señal de Martín, pero no pude establecer contacto con él ni con usted.

–No debí salir –admitió Pugh–. Martín tenía aire suficiente para dos horas, incluso con una sola lata. Pero sin posibilidad de establecer contacto con él, confieso que me asusté.

Retornó el silencio, ahora contrapunteado por los ronquidos de Martín.

–¿Quiere usted a Martín?

Pugh alzó la mirada, enfurecido.

–Martín es mi amigo. Hemos trabajado juntos mucho tiempo y es una buena persona.

Se interrumpió. Al cabo de unos instantes añadió:

–Sí, le quiero. ¿A qué viene esa pregunta?

Kaph no dijo nada, pero miró al otro hombre. Su rostro estaba cambiado, como si viera algo que hasta entonces no había visto; también su voz había cambiado.

–¿Cómo puede usted...? ¿Cómo...?

Pero Pugh no pudo decírselo.

–No lo sé –murmuró–. No lo sé. Cada uno de nosotros estamos solos, desde luego. ¿Qué puede hacer uno excepto extender la mano en la oscuridad?

Kaph inclinó la mirada, consumida por su propia intensidad.

–Estoy cansado –dijo Pugh–. Fue algo espantoso, verle en medio de aquel polvo negro, con el suelo abriéndose y cerrándose a su alrededor... Voy a acostarme. La nave establecerá contacto con nosotros alrededor de las seis.

Se puso en pie y se desperezó.

–Es un clon –dijo Kaph–. El otro equipo de Exploración que llegará con la nave.

–¿Un clon?

–De doce miembros. Vinieron con nosotros en el Passerine.

Kaph se sentó bajo la amarillenta claridad de la lámpara, absorto al parecer en sus nuevos temores: el clon que estaba a punto de llegar y del cual no formaría parte. Inexperto aún en soledad, no sabiendo siquiera cómo podía quererse a otro individuo, tendría que enfrentarse con la absoluta y cerrada autosuficiencia del clon de doce; algo excesivo para él, desde luego.

Pugh apoyó una mano en su hombro.

–El jefe no te pedirá que te quedes aquí con un clon. Puedes marcharte a casa. O, si lo prefieres, puedes venir con nosotros. Nos serías útil. No corre prisa decidirlo.

Kaph alzó la mirada y vio lo que nunca había visto: le vio a él: a Owen Pugh, el otro, el desconocido que tendía su mano en la oscuridad.

–Buenas noches –murmuró Pugh, deslizándose en el interior de su saco y medio dormido ya, de modo que no oyó a Kaph contestar, tras una breve pausa:

–Buenas noches, Owen.



ursula k. le guin
**LAS DOCE
MORADAS
DEL VIENTO II**

NEBULAE
edhasa / ciencia ficción

COSAS

Damon Knight, editor mirabilis, publicó por primera vez este relato en un tomo de Orbit, con el título El final. No recuerdo ahora cómo llegamos a este título, pero sospecho que él pensó que Cosas sonaba demasiado a algo que se ve en televisión a la una de la madrugada, con tentáculos de color violeta. Pero yo he vuelto a él porque –al menos después de leer el psicomito– destaca lo que hay que destacar. Cosas que usamos; cosas que poseemos y que nos poseen; cosas con las que construimos: ladrillos, palabras. Con estas cosas se construyen casas, ciudades y caminos. Pero los edificios caen, y los caminos no llegan hasta el final. Queda un abismo, una brecha, un último paso a dar.

En la playa, miraba a lo lejos, más allá de las largas líneas de espuma, donde estaban las islas, o donde se adivinaban.

–Allí –le dijo al mar–, allí está mi reino.

El mar le dijo lo que dice el mar a todo el Mundo. A medida que avanzaba la tarde desde detrás de su espalda, por encima del agua, las líneas de espuma palidieron y amainó el viento, y al oeste, muy lejos, brilló una estrella, quizá, quizá una luz, o su deseo de una luz.

Avanzado el crepúsculo, volvió a subir los escalones de piedra de su pueblo. Las tiendas y casas de sus vecinos estaban vacías, desocupadas; todo había sido recogido apresuradamente en preparación del final. Casi todo el Mundo estaba allá arriba, en Heights Hall, con los plañideros, o allá abajo, en los campos, con los iracundos. Pero Lif no había podido recoger y vaciar su casa; sus mercancías y pertenencias pesaban demasiado para tirarlas, eran demasiado duras para romperlas, y eran imposibles de quemar. Sólo los siglos podían destruirlas. Allí donde habían sido amontonadas o arrojadas formaban lo que habría podido ser, o parecía ser, o podía ser, una ciudad. Por ello, Lif no había intentado deshacerse de sus cosas. Su patio estaba aún lleno de pilas y montones de ladrillos, hechos por él mismo. El horno estaba frío pero dispuesto, los barriles de arcilla, de mortero seco y de cal, los capachos y carretillas de su oficio, todo estaba allí. Un hombre de

Scriveners Lane le había preguntado, con una sonrisa burlona:

–¿Vas a levantar una pared de ladrillo para esconderte detrás cuando llegue el final?

Otro vecino, que subía a Heights Hall, se quedó unos momentos mirando aquellos montones y pilas de ladrillos bien formados y bien cocidos, que adquirirían todos un suave color dorado rojizo en el oro del Sol de la tarde, y exclamó después con un suspiro, sintiendo un peso en el corazón:

–¡Cosas, cosas! ¡Libérate de las cosas, Lif, de ese peso que te arrastra hacia abajo! ¡Ven con nosotros, por encima de ese Mundo que se acaba!

Lif sonrió, confuso, mientras tomaba un ladrillo de un montón y lo colocaba en su lugar, en una pila. Cuando hubieron pasado todos, él no había subido a Heights Hall ni había salido para ayudarles a arrasar los campos y a matar a los animales, sino que había bajado a la playa, al final de aquel Mundo que terminaba, más allá del cual sólo había agua. Ahora, otra vez en la fábrica de ladrillos, con el olor a sal en la ropa y la cara caliente por el viento del mar, seguía sin sentir la desesperación riente y destructora de los iracundos, ni la creciente y llorosa desesperación de los comulgantes de los Heights; se sentía vacío; sentía hambre. Era un hombre bajo y pesado; el viento del mar, en el límite

del Mundo, había soplado sobre él durante toda la tarde sin moverle en absoluto.

–¡Hola, Lif! –exclamó la viuda de Weavers Lane, una callejuela que cruzaba la calle de él algunas casas más abajo–. Te he visto subir por la calle. No he visto pasar a nadie más desde la puesta del Sol. Todo está más silencioso que... –no acabó la frase, pero siguió hablando–. ¿Has cenado? Estoy a punto de sacar el asado del horno, y el crío y yo no podremos acabarnos la carne antes de que llegue el final. Y me duele que se desperdicie una carne tan buena.

–Ah, pues muchas gracias –dijo Lif, volviendo a ponerse el abrigo.

Bajaron los dos por Masons Lane hacia Weavers Lane, atravesando la obscuridad y el viento que barría las empinadas calles. En la casa iluminada de la viuda, Lif jugó con el pequeño, el último niño que había nacido en el pueblo, un crío gordito que empezaba a tenerse en pie. Lif le puso en pie, y el niño se echó a reír y se cayó, mientras la viuda ponía pan y carne caliente en la mesa de gruesa caña. Se sentaron a comer los tres; el niño roía con cuatro dientes un pedazo de pan duro.

–¿Cómo es que no estás en la colina, ni en los campos? –preguntó Lif.

Y la viuda le respondió, como si la respuesta fuese suficiente para ella:

–Es que yo tengo al niño.

Lif echó una mirada a la casita que había construido el esposo de la mujer, que había sido albañil suyo.

–¡Qué buena está esta carne! –exclamó–. No comía carne desde el año pasado, no recuerdo el día.

–Sí, claro. Ya no se construyen casas.

–Ni una –dijo él–. Ni una pared, ni un gallinero, ni reparaciones siquiera. Y tú, ¿sigues tejiendo alguna cosa?

–Sí; hay personas que quieren tener ropa nueva hasta el final. Esta carne se la he comprado a los iracundos, que mataron a todos los animales de mi señor, y la he pagado con el dinero que me dieron por una pieza de lienzo fino que tejí para la hija de mi señor, para un vestido que quiere llevar el último día... –emitió una leve exclamación de burla, y de comprensión también, y continuó–: Pero ya no hay lino, ni apenas lana. Nada que hilar, nada que tejer. Los campos quemados y los rebaños muertos.

–Sí –dijo Lif, mientras comía la sabrosa carne asada–. Son malos tiempos. Los peores.

–Y ahora que los campos están quemados –continuó la viuda–, ¿de dónde saldrá el pan? Y ahora que están

envenenando los pozos, ¿de dónde saldrá el agua? Ah, pero estoy hablando como una plañidera... Sírvete, Lif. El cordero de primavera es la mejor carne del Mundo, como decía siempre mi marido; hasta que llegaba el otoño, y entonces decía que la mejor carne del Mundo es el cerdo asado. Vamos, sírvete una buena tajada.

Aquella noche, en su casita de la fábrica de ladrillos, Lif tuvo un sueño. Él solía dormir tan quieto como los propios ladrillos, pero aquella noche surcó las aguas del mar y fue hacia las islas. Y, cuando despertó, las islas no eran ya un deseo ni una intuición: como una estrella cuando se debilita la luz del día, se habían convertido en una certeza, las conocía. Pero, ¿qué era, en su sueño, lo que le había llevado por encima del agua? No había volado, ni había caminado, ni había ido por debajo del agua, como los peces; pero había cruzado las llanuras verdes y grises del mar, y sus montecillos movidos por el viento, hasta llegar a las islas, y una vez allí había oído voces, había visto luces de pueblos.

Se puso a pensar en cómo podía un hombre moverse por encima del agua. Pensó en cómo flota la hierba en los ríos, y vio que se podía hacer una especie de alfombra de cañas, echarse en ella e impulsarse con los brazos. Pero los grandes cañaverales humeaban aún junto al río, y los montones de juncos que tenía el cestero habían sido quemados. En su sueño, había visto en las islas unas cañas o hierbas de unos

quince metros de altura, cuyos tallos de color pardo eran más gruesos de lo que podían abarcar sus brazos, y un mundo de hojas verdes que se extendía hacia el Sol desde las mil ramas ascendentes. Sobre aquellos tallos podía un hombre desplazarse por encima del mar. Pero en su país no crecían ni habían crecido nunca plantas como aquéllas, aunque en Heights Hall había un cuchillo cuyo mango era de un material marrón y opaco del que se decía que procedía de una planta que crecía en algún otro país y que se llamaba madera. Pero él no podía cabalgar por el mar rugiente montado en el mango de un cuchillo.

Tal vez los pellejos de animales, engrasados, pudiesen flotar; pero los curtidores llevaban varias semanas sin trabajar, y no había pellejos en venta. Decidió dejar de buscar la ayuda de otros. Aquella mañana blanca y ventosa, llevó a la playa su carretilla y su capacho más grande, y los dejó en la quieta superficie del agua de una laguna. Vio que flotaban, pero, cuando apoyó en ellos una mano, se inclinaron, se llenaron de agua y se hundieron. Pensó que aquellos objetos eran demasiado ligeros.

Volvió al acantilado y a su casa. Cargó la carretilla de inútiles y bien hechos ladrillos, y los llevó a la playa. Como habían nacido tan pocos niños en los últimos años, no se vio rodeado de ninguna curiosidad infantil que le preguntase qué estaba haciendo, aunque uno o dos iracundos,

aturdidos aún por la orgía destructiva de la noche anterior, le miraron de soslayo desde un oscuro portal, a través del aire luminoso. Pasó todo el día bajando a la playa ladrillos y los elementos necesarios para el mortero, y a la mañana siguiente, aunque no había vuelto a tener aquel sueño, empezó a colocar sus ladrillos en la playa de marzo, barrida por las ráfagas de viento, con lluvia y arena disponibles en grandes cantidades para endurecer el cemento. Construyó una pequeña cúpula de ladrillo, ovalada, con los extremos puntiagudos, parecida a un pez, hecha de una sola hilada de ladrillos hábilmente dispuestos en espiral. Si una taza o una carretilla llenas de aire podían flotar, ¿por qué no podía flotar una cúpula de ladrillo? Y, además, sería resistente. Pero, cuando hubo fraguado el mortero, y cuando Lif, forzando su ancha espalda, volcó la cúpula y la empujó hasta la espuma blanca de los rompientes, se hundió más y más en la arena mojada, como una almeja o un mosquito de agua. Las olas la llenaron, y volvieron a llenarla cuando él la vació inclinándola, y por fin la atrapó una oleada verde en su poderosa resaca blanca, la volcó, la desintegró en sus ladrillos elementales y hundió éstos en la agitada arena. Lif se quedó mojado hasta el cuello y enjugándose el rocío salado de los ojos. Al oeste, sobre el mar, no se veía otra cosa que restos de algas y unas nubes de lluvia. Pero las islas estaban allí. Lif las conocía, con sus grandes hierbas que tenían diez veces la altura de un hombre, sus solitarios

campos dorados barridos por el viento del mar, sus pueblos blancos, sus colinas coronadas de blanco por encima del mar, y las voces de los pastores en las colinas.

–Yo soy ladrillero, y esto de flotar en el agua no es lo mío –dijo Lif, cuando hubo considerado su estupidez desde todos los puntos de vista.

Y, obstinadamente, salió del agua, subió por el camino del acantilado y por las calles mojadas de lluvia, para ir a buscar otra carretilla de ladrillos.

Libre, por primera vez en una semana, de su absurdo deseo de desplazarse por el agua, se dio cuenta de que Leather Street parecía desierta. La tenería estaba vacía; sólo había basura. Las tiendas de los artesanos eran como una hilera de pequeñas bocas abiertas y negras, y, encima de ellas, las ventanas de los dormitorios estaban ciegas. Al final de la calle, un anciano zapatero remendón quemaba, dando lugar a un hedor terrible, un pequeño montón de zapatos nuevos, sin usar. Junto a él esperaba un asno, ensillado, que sacudía las orejas al percibir el pestilente humo.

Lif siguió su camino y cargó de ladrillos la carretilla. Esta vez, cuando bajaba con ella, frenando su peso en las pendientes, usando toda la fuerza de sus hombros para equilibrar su avance por el tortuoso sendero del acantilado

que llevaba a la playa, le siguieron dos de sus convecinos. A éstos se sumaron dos o tres más de Scriveners Lane, y otros varios de las calles que rodeaban la plaza del mercado, de modo que, cuando se enderezó, con la espuma del mar siseando sobre sus negros pies desnudos y un sudor frío en la cara, había un grupo numeroso de personas a lo largo del profundo surco que había hecho la carretilla en la arena. Tenían el aspecto perezoso y apático de los iracundos. Lif no les prestó atención, aunque se dio cuenta de que en lo alto del acantilado estaba la viuda de Weavers Lane observando la escena con expresión asustada.

Introdujo la carretilla en el mar hasta que el agua le llegó al pecho, y volcó los ladrillos. Volvió a la playa corriendo, ayudado por una gran ola, con la carretilla llena de espuma.

Algunos de los iracundos se alejaban ya. Un hombre alto del grupo de Scriveners Lane le dijo con una sonrisita:

–Oye, ¿por qué no los tiras desde lo alto del acantilado?

–Si lo hiciese así, caerían en la arena –respondió Lif.

–Y tú lo que quieres es ahogarlos. Muy bien. Había quien pensaba que querías construir algo ahí abajo, y querían convertirte en cemento. Deja los ladrillos mojados y tranquilos, amigo.

Sonriendo, el hombre se alejó, y Lif echó a andar por el sendero para ir a buscar otra carga de ladrillos.

–Ven a cenar con nosotros, Lif –le dijo la viuda en lo alto del acantilado.

Parecía preocupada, y apretaba al bebé contra ella para protegerlo del viento.

–Vendré –dijo él–, y traeré una hogaza. Guardé unas cuantas antes de que se marchasen los panaderos.

Lif sonrió, pero ella no. Cuando subían juntos por las callejuelas, la viuda le preguntó:

–¿Estás echando los ladrillos al mar, Lif?

Él se rió de buena gana y le contestó que sí.

Ella mostró entonces una expresión que habría podido ser de alivio y que habría podido ser de tristeza; pero durante la cena en la casa iluminada estuvo tranquila y amable como siempre, y comieron alegremente pan seco y queso.

Al día siguiente, Lif siguió bajando ladrillos a la playa, una carga tras otra, y, si los iracundos le observaban, le creyeron ocupado en la misma tarea que ellos. La pendiente de la arena era gradual, así que podía seguir construyendo sin trabajar siquiera por encima del agua. Había empezado con la marea baja, de modo que su obra no quedase nunca al descubierto. Durante la marea alta el trabajo era difícil, pero él no lo abandonaba. Volcaba los ladrillos y se esforzaba después por disponerlos en hiladas, mientras el mar le hervía en la cara y atronaba por encima de su cabeza. Al

atardecer, bajó al mar unas largas barras de hierro y apuntaló lo que había construido, pues una contracorriente tendía a socavar su carretera a unos dos metros y medio del principio. Se aseguró de que incluso los extremos de las barras quedasen ocultos por el agua durante la marea baja, de modo que ningún iracundo pudiese sospechar que se estaba llevando a cabo un acto de afirmación. Dos ancianos que venían de llorar en Heights Hall pasaron junto a él cuando subía, empujando ruidosamente la carretilla vacía por las callejuelas de piedra envueltas en el crepúsculo, y sonrieron gravemente al verle.

–Es bueno liberarse de las cosas –dijo en voz baja uno de los dos.

El otro asintió.

Al día siguiente, aunque no había vuelto a soñar con las islas, Lif siguió construyendo su carretera. A medida que avanzaba, era mayor el declive de la arena. Su método consistía ahora en subirse al extremo de lo que había construido, volcar desde allí la carretilla cuidadosamente cargada, y después tirarse al agua y seguir trabajando, con dificultad, saliendo a flote e impulsándose hacia el fondo, para nivelar los ladrillos y encajarlos entre las barras que había colocado previamente y después volvía a subir por la arena gris, por el acantilado y por las tranquilas callejuelas,

empujando la ruidosa carretilla, a buscar otra carga de ladrillos.

Un día de aquella semana, la viuda fue a verle al ladrillar y le dijo:

–Déjame tirarlos yo por el acantilado; así te ahorrarás un trecho del camino.

–Cargar la carretilla es un trabajo pesado –dijo él.

–No importa.

–Muy bien, hazlo si quieres. Pero los ladrillos pesan mucho. No cargues demasiados. Te daré la carretilla pequeña. Y puedes sentar al niño encima de la carga y darle un paseo.

Ella le ayudó, pues, de vez en cuando, durante unos días de tiempo gris y suave, niebla por la mañana, mar y cielo claros toda la tarde, y floridas las hierbas que crecían en las grietas del acantilado; no quedaba nada más que pudiese florecer. El camino tenía ya muchos metros de longitud, y Lif había tenido que aprender una habilidad que no había aprendido nadie más, que él supiera, excepto los peces. Podía flotar en el agua y moverse por encima o por debajo de ella, sin apoyarse en el fondo con los pies ni con las manos.

Nunca había oído decir que un hombre pudiese hacer aquello; pero no pensó mucho en el asunto, por lo muy

ocupado que estaba todo el día con sus ladrillos, rodeado de espuma, de burbujas de aire rodeadas de agua, o de gotas de agua rodeadas de aire, y la niebla, y la lluvia de abril, una confusión de elementos. A veces se sentía feliz en aquel Mundo irrespirable, sombrío y verde, luchando con los ladrillos, que se mostraban extrañamente rebeldes e ingrátidos, entre los bancos de pececillos que le miraban, y sólo la necesidad de respirar le hacía salir, jadeando, al aire cargado de rocío.

Trabajaba durante todo el día, gateando por la arena para recoger los ladrillos que le arrojaba su fiel ayudante desde el acantilado, los cargaba en la carretilla y los llevaba por el camino que construía, que quedaba a medio metro por debajo del nivel del mar durante la marea baja, y a un metro o metro y medio durante la marea alta, los dejaba caer cuando llegaba al extremo, se tiraba al agua y seguía construyendo; después volvía a la playa a buscar otra carga. No subía al pueblo hasta el anochecer, agotado, con la piel y los ojos irritados por la sal, hambriento como un tiburón, para compartir con la viuda y con el pequeño la comida que hubiese. Últimamente, aunque la primavera avanzaba con sus suaves, largas, tibias tardes, el pueblo estaba muy oscuro y silencioso.

Una noche en que Lif se dio cuenta de esto porque no estaba demasiado cansado, hablaron de ello, y la viuda dijo:

–Ah, es que ya se han ido todos, creo.

–¿Todos? Y, ¿a dónde han ido?

Ella se encogió de hombros. Alzó sus ojos oscuros hacia los de él, que estaba sentado frente a ella, y le miró unos momentos a través del silencio iluminado.

–¿A dónde lleva tu camino de ladrillos, Lif?

Él calló un momento.

–A las islas –le respondió por fin.

Y después se echó a reír y la miró a los ojos.

Ella no se rió; se limitó a decir:

–¿Están allí esas islas? ¿Es verdad, pues, que existen?

Miró a su hijito que dormía, y miró, por la puerta abierta, la oscuridad de la primavera, la oscuridad tibia que llenaba las calles por las que no andaba nadie y las estancias en las que no vivía nadie. Después volvió a mirar a Lif, y le dijo:

–Lif, no quedan muchos ladrillos. Sólo unos centenares. Tendrás que hacer más.

Y se echó a llorar quedamente.

–¡Santo Dios! –exclamó Lif, pensando en su camino sumergido que tenía treinta y cinco metros de longitud, y en el mar que se extendía veinte mil kilómetros más allá–.

¡Pues iré a las islas nadando! Pero no llores, querida. ¿Crees que os dejaría aquí solos, a ti y al pequeño? Después de todos los ladrillos que has estado a punto de tirarme a la cabeza, después de todas las hierbas extrañas y los moluscos que has encontrado para que comiésemos, después de tu mesa, del fuego de tu hogar, de tu cama y de tu risa, ¿crees que podría dejarte cuando lloras? Anda, no llores más. Déjame pensar en alguna manera de llegar a las islas, los tres juntos.

Pero él sabía que, para un ladrillero, no había ninguna manera. Había hecho lo que había podido. Lo que había podido hacer llegaba a treinta y cinco metros de la playa.

–¿Tú crees...? –preguntó Lif al cabo de un buen rato, durante el cual ella recogió la mesa y lavó los platos en agua del pozo, que volvía a salir limpia ahora que los iracundos se habían ido hacía días–. ¿Tú crees que esto... puede ser...? –le costaba decirlo, pero ella le escuchaba en silencio, y hubo de decirlo–: ¿Tú crees que esto es el fin?

Silencio. En la única habitación iluminada y en todas las oscuras habitaciones y calles, en los campos quemados y en las tierras asoladas, silencio. Por encima de ellos, en la colina, en Heights Hall, silencio. Un aire silencioso, un cielo silencioso, silencio en todos los lugares, silencio continuado, ninguna respuesta. Excepto el sonido lejano del mar, y, muy

leve aunque más cercana, la respiración de un niño dormido.

–No –respondió la mujer.

Se sentó frente a él y apoyó las manos en la mesa, unas manos hermosas tan oscuras como la tierra, las palmas como el marfil.

–No –dijo la mujer–. El fin será el fin. Esto sólo es la espera.

–Entonces, ¿por qué estamos aquí todavía... los tres solos?

–Bueno... –respondió ella–, tú tenías tus cosas... tus ladrillos... y yo tenía al niño...

–Tenemos que irnos mañana –dijo él al cabo de unos momentos.

Ella asintió con un gesto.

Se levantaron antes del amanecer. No quedaba nada para comer, de modo que, cuando ella hubo guardado en una bolsa unas pocas ropas para el bebé y se hubo puesto su cálido abrigo de cuero, y él una gruesa capa que había sido del esposo de ella, dejaron la casita y salieron a la luz pálida y fría de las calles desiertas.

Bajaron hacia la playa. Él iba delante y ella le seguía, llevando al niño soñoliento en un pliegue del abrigo. Lif no se volvió ni hacia la carretera que llevaba al norte por la costa ni hacia la carretera del sur, sino que pasó junto a la

plaza del mercado, llegó al acantilado y bajó por el rocoso sendero hasta la playa. Ella le siguió, y ninguno de los dos dijo nada. Cuando llegaron al borde del agua, él se volvió.

–Os sostendré en el agua tanto tiempo como pueda –dijo.

Ella asintió, y dijo quedamente:

–Iremos por el camino que has construido, hasta donde llegue.

Lif le tomó la mano libre, y entraron en el agua. Estaba muy fría, y la fría luz del este, detrás de ellos, brillaba en las líneas de espuma que siseaban en la arena. Cuando subieron al principio del camino, sintieron los ladrillos firmes bajo sus pies, y el niño quedó dormido en el hombro de su madre, en un pliegue de su abrigo.

A medida que avanzaban, el embate de las olas se hizo más fuerte. Subía la marea. El agua mojó sus ropas, heló sus carnes, empapó sus cabellos y sus caras. Llegaron al final del largo trabajo de Lif. Detrás de ellos quedaba la playa, a poca distancia, la arena oscura al pie del acantilado, por encima del cual estaba el cielo silencioso, que se iba aclarando. A su alrededor estaban el agua y la espuma turbulenta. Ante ellos estaban el agua intranquila, el gran abismo, el vacío.

Una oleada les golpeó en su avance hacia la playa, y se tambalearon; el niño, sobresaltado por el duro bofetón del mar, se despertó y se echó a llorar, un débil gemido en el

largo, frío, siseante murmullo del mar, que decía siempre la misma cosa.

–¡Oh, no puedo! –exclamó la madre.

Pero se aferró a la mano del hombre y se colocó a su lado.

Cuando Lif levantaba la cabeza para dar el último paso desde aquel camino a ninguna playa, vio, al oeste, la silueta que cabalgaba en el agua, la luz que saltaba, el parpadeo blanco como el pecho de una golondrina que refleja la luz del amanecer. Le pareció que sonaban unas voces por encima de la voz del mar.

–¿Qué es eso? –le preguntó la mujer.

Pero ella inclinaba la cabeza sobre su hijo, intentando acallar el débil gemido que desafiaba al vasto balbuceo del mar. Lif se quedó inmóvil y vio la blancura de la vela, la luz que saltaba por encima de las olas, que saltaba hacia ellos y hacia la luz más grande que aumentaba detrás de ellos.

–¡Esperad! ¡Esperad!

La llamada salió de la forma que cabalgaba por las olas grises y bailaba sobre la espuma. Las voces sonaban muy dulces, y, cuando la vela se inclinó, blanca, hacia él, vio las caras y los brazos que se tendían hacia él, y les oyó decir:

–¡Venid, subid a la barca, venid con nosotros a las islas!

-Agárrate bien -le dijo suavemente a la mujer, y dieron el último paso.

UN VIAJE A LA CABEZA

La mayoría de las personas “llevan vidas de tranquila desesperación”, y algunos relatos nacen también de ese estado. Estábamos en Inglaterra, era el mes de noviembre, llovía, anocheceía a las dos de la tarde, me habían robado en el puerto de Southampton la maleta que contenía todos mis originales, llevaba varios meses sin escribir nada, no entendía al verdulero y él no me entendía a mí, y era la desesperación... pero una desesperación tranquila, por aquello de aguantar el tipo, ya saben. Me senté y me puse a juntar palabras, sin hacerme ninguna ilusión. Palabras, palabras, palabras. Llegué, más o menos, hasta “pues intenta ser Amanda –dijo el otro agriamente”, y lo dejé estar. Un año después (los

Ferrocarriles Británicos habían encontrado mi maleta, dicho sea en su honor, estábamos otra vez en nuestra casa de Oregon, y llovía) encontré aquel borrador, seguí escribiendo y llegué al final. No llegué a dar con el título adecuado, pero lo hizo mi agente, Virginia Kidd, para gran satisfacción mía.

Hay un tipo de relato que yo definiría como “sacacorchos”. Por la razón que sea, el escritor se ha atascado, no puede trabajar; y vuelve a empezar de pronto, con un estallido, y del barrilito salta un chorro de cerveza que llena el suelo de espuma. Este relato fue sin duda un “sacacorchos”.

–¿Es esto la Tierra? –exclamó, pues las cosas habían cambiado súbitamente.

–Sí, es la Tierra –dijo el que estaba a su lado–, y no estás fuera de ella. En Zambia hay hombres que se entrenan para los vuelos espaciales metiéndose en toneles y bajando en ellos, rodando, por la ladera de una colina. Israel y Egipto han defoliado mutuamente sus desiertos. El Reader's Digest controla el monopolio Estados Unidos de América/General Mills. La población de la Tierra aumenta en treinta mil millones de personas todos los jueves. La señora Jacqueline

Kennedy Onassis se casará con Mao Tse-tung, en busca de seguridad; y Rusia ha contaminado Marte con moho de pan.

–Pues entonces no ha cambiado nada –dijo él.

–No gran cosa –dijo el que estaba a su lado–. Como dijo Jean-Paul Sartre a su encantadora manera, “El infierno son los demás”.

–Que se vaya al infierno Jean-Paul Sartre. Quiero saber dónde estoy.

–Pues entonces, dime quién eres –dijo el otro.

–Soy. ¿Y bien?

–Me llamo. ¿Cómo?

Allí estaba, de pie, con los ojos llenos de lágrimas y las rodillas temblorosas, y se daba cuenta de que no sabía su nombre. Era un blanco, un número, una X. Tenía un cuerpo y todo eso, pero no sabía quién era.

Estaban en el lindero de un bosque, él y el otro. Era un bosque reconocible, aunque de hojas bastante sucias, y estropeado en los márgenes por el herbicida. Un cervato se alejaba de ellos hacia el bosque, y al correr se le cayó el nombre. Antes de desaparecer, algo les miró dulcemente desde la obscuridad de los árboles.

–¡Esto es Inglaterra! –exclamó blanco, agarrándose a aquel clavo ardiente.

Pero el otro le dijo:

–Inglaterra se hundió hace años.

–¿Que se hundió?

–Sí. Zozobró, se hundió en el mar. No queda nada de ella, excepto los últimos cuarenta centímetros del monte Snowdon, conocido como el arrecife New Welsh.

Al oír esto, blanco se hundió también. Quedó destrozado.

–Oh... –exclamó, cayendo de rodillas.

Deseaba pedir la ayuda de alguien, pero no recordaba a quién se pedía ayuda. Empezaba por T, estaba casi seguro. Se echó a llorar.

El otro se sentó en la hierba junto a él, y al cabo de un rato le apoyó una mano en el hombro, diciendo:

–Vamos, no te lo tomes así.

Aquella voz bondadosa le dio ánimos a blanco. Se dominó, se secó la cara con la manga, y miró al otro. Era como él, más o menos. Era otro. Pero tampoco tenía nombre. No le servía de nada.

La sombra llegó a los ojos cuando la Tierra giró sobre su eje. La sombra se deslizó hacia el este y hacia arriba en los ojos del otro.

–Creo –dijo cuidadosamente blanco– que debemos salir de la sombra del él, éste, aquí.

Señaló los objetos que les rodeaban, objetos grandes, oscuros por abajo y multitudinariamente verdes por arriba, cuyos nombres no recordaba ya. Se preguntó si cada uno tenía un nombre o si llevaban todos el mismo. En cuanto a él mismo y al otro, ¿compartían el mismo nombre o tenían cada uno el suyo?

–Tengo la impresión de que recordaré mejor lejos de esto, de estas cosas –añadió.

–Desde luego –dijo el otro–. Pero la diferencia no será tan grande como antes.

Cuando salieron de allí y llegaron a la luz del Sol, él recordó enseguida que aquello se llamaba bosque y que aquellos objetos se llamaban árboles. Pero no recordaba si cada árbol llevaba o no un nombre distinto. De ser así, no recordaba ninguno. Tal vez no conocía personalmente a aquellos árboles.

–¿Qué voy a hacer? –dijo–. ¿Qué voy a hacer?

–Oye, si quieres, puedes llamarte como te dé la gana. ¿Por qué no?

–Pero yo quiero saber mi nombre verdadero.

–Eso no es siempre fácil. Pero entretanto podrías ponerte una etiqueta, por así decirlo, para facilitar la conversación. Elige un nombre, cualquier nombre –dijo el otro, tendiéndole una caja azul en la que se leía “Desechables”.

–No –dijo blanco orgullosamente–. Mi nombre lo elegiré yo mismo.

–Bueno. Pero, ¿no quieres un kleenex?

Blanco tomó un kleenex, se sonó la nariz y dijo:

–Me llamaré...

Se interrumpió, aterrorizado.

El otro le observaba benévolaemente.

–¿Cómo puedo decir quién soy si no puedo decir lo que soy?

–¿Cómo podrías averiguar lo que eres?

–Si tuviese algo... Si hiciese algo...

–¿Eso te haría ser?

–Naturalmente.

–No lo había pensado. Bueno, siendo así, no importa el nombre que lleves; cualquiera servirá. Lo importante será lo que hagas.

Blanco se irguió.

–Existiré –afirmó, decidido–. Me llamaré Ralph.

Los pantalones de basta tela se ajustaban a sus poderosos muslos, el corbatín se alzaba sobre su cuello, el sudor humedecía su cabello espeso y rizado. Se golpeaba las botas con la fusta, dándole la espalda a Amanda, que estaba

sentada a la obscura sombra de la pacana con su viejo vestido gris. Él estaba al Sol, de pie, encolerizado.

–Es usted una estúpida –dijo.

–No, señor Ralph –replicó la suave y melodiosa voz sureña–. Sólo soy un poquito testaruda.

–¿No se da cuenta de que, siendo yanqui, soy dueño de todas las tierras de aquí a Weevilville? ¡Soy el dueño del condado! ¡Su granja es más pequeña que un cuadro de cacahuetes en el huerto de uno de mis negros!

–Desde luego. ¿Por qué no viene a sentarse a la sombra, señor Ralph? Tiene usted mucho calor ahí donde está.

–Arpía orgullosa... –murmuró él, volviéndose.

La vio, blanca como una azucena en su vestido raído, a la sombra de los grandes y viejos árboles: la blanca azucena del jardín. Se arrojó a sus pies, y le apretó las manos con fuerza. Ella se echó a temblar, confusa.

–¡Oh, señor Ralph! –exclamó débilmente–. ¿Qué significa esto?

–Soy un hombre, Amanda, y usted es una mujer. No son sus tierras lo que me interesa. ¡Lo único que me interesa es usted, mi blanca azucena, mi pequeña rebelde! ¡La deseo, Amanda, la deseo! ¡Dígame que se casará conmigo!

–Sí, me casaré con usted –murmuró ella.

Se inclinó hacia él, como se doblaba una flor blanca, y sus labios se encontraron en un largo, largo beso. Pero ello no pareció servir de nada.

Quizá habría que adelantar la cosa unos veinte o treinta años.

–Hija de puta... –murmuró él, volviéndose.

La vio, completamente desnuda, sentada en la hierba, apoyada en la pacana, con las piernas dobladas. Avanzó hacia ella desabrochándose la bragueta. Copularon, en la hierba infestada de ciempiés. Él brincaba como un potro sin domar, y ella aullaba:

–¡Oooh! ¡Aaah! ¡Me corro, me corro, me corro, ay, ay, ay, AY!

Y ahora, ¿qué?

Blanco estaba a poca distancia del bosque, y miraba desconsoladamente al otro.

–¿Soy un hombre? –preguntó–. ¿Eres tú una mujer?

–Y yo qué sé –contestó el otro, de mal humor.

–Creo que aclarar este punto es lo más importante de todo.

–No es tan importante.

–¿Quieres decir que no importa que yo sea un hombre o una mujer?

–Claro que importa. A mí también me importa saber lo que soy. También importa saber qué hombre y qué mujer somos, o no somos, según el caso. Por ejemplo, Amanda podría ser negra.

–Pero está la relación sexual.

–¡Oh, por todos los demonios! –exclamó el otro, en un arranque de cólera–. Los gusanos tienen relaciones sexuales, los monos tienen relaciones sexuales, Jean–Paul Sartre tiene relaciones sexuales... ¿Qué demuestra esto?

–El sexo es real; quiero decir que es verdaderamente real. Significa poseer y actuar en la forma más intensa. Cuando un hombre toma a una mujer, demuestra su propia existencia.

–Ya. Pero, ¿y si ese hombre es una mujer?

–Yo era Ralph.

–Pues intenta ser Amanda –dijo el otro agriamente.

Hubo una pausa. Desde el bosque, por encima de la hierba, venían las sombras, hacia el este y hacia arriba. Unos pajarillos gritaban chag, chag, chiriu. Blanco estaba sentado, con las piernas encogidas. El otro estaba tumbado en la hierba, haciendo dibujos con las agujas de pino, triste. Le alcanzó la sombra.

–Lo siento –dijo blanco.

–No importa –dijo el otro–. Al fin y al cabo, no era real.

–¡Oye! –exclamó blanco poniéndose en pie de un salto–. ¡Ya sé lo que pasa! Estoy en un viaje. He tomado algo y estoy viajando. ¡Eso es!

Así era. Estaba en un viaje. Un viaje en canoa. Remaba en una pequeña canoa por una larga, estrecha, oscura y reluciente extensión de agua. El techo y los muros eran de cemento. Estaba muy oscuro. Aquel lago, río o cloaca formaba una visible pendiente. Él remaba contra corriente, cuesta arriba. Era un gran esfuerzo, pero la canoa se deslizaba hacia adelante, río arriba, tan silenciosa como el agua negra y brillante. Remaba sin hacer ruido; el remo entraba en el agua silencioso como el cuchillo en la mantequilla. Su gran guitarra eléctrica negra y perla estaba en el asiento de delante. Sabía que había alguien detrás de él, pero no decía nada. No se le permitía decir nada, ni mirar atrás, de modo que si ellos no se mantenían a su altura era cosa de ellos; no se le podía considerar responsable. De ningún modo podía remar más despacio, pues la corriente podía quitarle la canoa de debajo del cuerpo, y, ¿qué haría entonces? Cerró los ojos y siguió remando, en silencio, con fuerza. No había ningún ruido detrás de él. El agua no hacía ningún ruido. El cemento no hacía ningún ruido. Se preguntó si avanzaba realmente o si permanecía inmóvil mientras el agua negra corría debajo de él. Nunca saldría a

la luz del día. Saldría, saldría... saldría. El otro no parecía darse cuenta siquiera de que blanco había estado ausente, en un viaje. Seguía echado en la hierba, haciendo dibujos con las agujas de pino, y le preguntó:

–¿Cómo andas de memoria?

Blanco examinó su memoria para ver si había mejorado mientras estaba fuera. Había en ella menos cosas que antes. El armario estaba vacío. Había un montón de trastos en las bodegas y buhardillas, juguetes viejos, canciones infantiles, mitos, cuentos de viejas, pero ningún alimento para adultos, ni un vestigio de posesión, ni una migaja de éxito. Buscó y rebuscó, metódico como una rata famélica. Después dijo, inseguro:

–Me acuerdo de Inglaterra.

–Hombre, claro. Hasta de Omaha debes de acordarte.

–Quiero decir que recuerdo haber estado en Inglaterra.

–Ah, ¿sí? –exclamó el otro, desordenando las agujas de pino–. De modo que te acuerdas de cuando existías. Lástima que Inglaterra se haya hundido.

Volvieron a callar los dos.

–Lo he perdido todo.

Había una obscuridad en la mirada del otro, y en el límite oriental de la Tierra, que se hundía en las empinadas pendientes de la noche.

–No soy nadie.

–Al menos –dijo el otro– sabes que eres humano.

–Y, ¿de qué sirve esto si no tengo nombre, ni sexo, ni nada?
¡Lo mismo podría ser un gusano o un mono!

–Lo mismo podrías ser Jean–Paul Sartre –convino el otro.

–¿Yo? –dijo blanco, ofendido.

Movido a la negativa por tan nauseabunda idea, se puso en pie y declaró:

–No soy Jean–Paul Sartre. Soy yo.

Y, al decir esto, se encontró con que era, efectivamente, él; se llamaba Lewis D. Charles, y estaba tan seguro de ello como de su propio nombre. Allí estaba él.

Allí estaba el bosque, con raíces y ramas.

Pero el otro se había marchado.

Lewis D. Charles miró el ojo encendido del oeste y el ojo obscuro del este. Y gritó:

–¡Vuelve! ¡Vuelve, por favor!

Lo había hecho mal; había ido hacia atrás. Había encontrado un nombre que no era. Se volvió, y, sin el menor

impulso de autoconservación, se adentró en el bosque virgen, abandonándose, para poder encontrar lo que había abandonado.

Bajo los árboles volvió a olvidarse enseguida de su nombre. Se olvidó también de lo que buscaba. ¿Qué era lo que había perdido? Se adentró más y más en las sombras, bajo las hojas, hacia el este, en el bosque virgen en el que ardían los tigres sin nombre.

MÁS VASTO QUE LOS IMPERIOS, Y MÁS LENTO

Árboles otra vez.

Recuerdo que Robert Silverberg, que publicó por primera vez este relato en New Dimensions 1, me preguntó muy amablemente si cambiaría el título. Me daba cuenta de que, hacia la mitad del relato, el lector podía encontrar el título demasiado descriptivo; pero era demasiado hermoso y demasiado adecuado para prescindir de él, y el señor Silverberg me permitió conservarlo. Es de Marvell, de A su amante esquiva.

Nuestro amor vegetal se hará
más vasto que los imperios, y más lento...

Como Nueve vidas, este relato no es un psicomito sino una historia corriente de ciencia ficción, no desarrollada en función de la aventura sino de la psicología. Si la acción física no refleja la acción psíquica, si la acción no expresa a la persona, los relatos de aventuras me aburren mucho; a menudo me parece que cuanto más acción hay, menos cosas suceden. Evidentemente, lo que me interesa es lo que ocurre en el interior. El espacio interior y todo eso. Todos tenemos bosques en nuestras mentes. Bosques no explorados, inacabables. Cada uno de nosotros se pierde en ese bosque, cada noche, solo.

Oculto entre las hojas hay un pequeño acto de homenaje. El protagonista de He who shapes, de Roger Zelazny, uno de los mejores relatos de ciencia ficción que conozco, se llama Charles Render. He usado su nombre para bautizar un síndrome.

Estás mirando un reloj. Tiene manecillas y unas figuras dispuestas en círculo. Las manecillas se mueven. No podrías decir si lo hacen coordinadamente o si una se mueve más rápido que la otra. ¿Qué significa eso? Que hay una relación

entre las manecillas y el círculo de figuras, y el nombre de esa relación lo tienes en la punta de la lengua; las manecillas son... algo-u-otra-cosa con relación a las figuras. ¿O lo son las figuras con relación a las manos? ¿Qué significa eso? Son figuras (tu vocabulario no ha disminuido en absoluto), y, por supuesto, puedes contar uno, dos, tres, cuatro, etc., pero el problema está en que no puedes decir cuál es cuál. Cada una es una: ella misma. ¿Dónde comienzas? Si cada una es una no hay..., ¿cuál es la palabra? La tenía hace un instante... «algunidad» entre ellas. No hay un entre. Sólo hay aquí y aquí, una y una, no hay allí. Maya ha caído. Todo es aquí, ahora y uno. Pero si todo es aquí, ahora y uno, no hay fin. No ha comenzado, por lo tanto, no puede terminar. Dios mío, sácame de aquí, ahora Uno...

Estoy intentando describir las sensaciones de una persona normal en un vuelo NAFAL. Para algunos puede ser aún mucho peor, aquellos cuyo sentido del tiempo es agudo. Para otros es relajante, como una uroga que liberase la mente de la tiranía de las horas. Y para unos pocos la experiencia es auténticamente mística. El colapso de tiempo y relación les lleva directamente a la intuición de lo eterno. Pero el místico es una rara avis, y lo más cerca que está la gente de alcanzar a Dios en el tiempo paradójico es mediante una oración inarticulada y angustiada en petición de descanso.

Acostumbran a drogar a la gente en los saltos largos, pero dejaron de hacerlo cuando se dieron cuenta de los efectos. Lo que puede sucederle a un drogado, a un enfermo o a un herido durante un vuelo que transcurre casi a la velocidad de la luz es, por supuesto, imposible de determinar. Un salto de diez años luz no tendría que suponer ninguna diferencia, lógicamente, para un enfermo de sarampión o un herido de bala. El cuerpo no envejece más que unos minutos. ¿Por qué se saca al paciente de sarampión fuera de la nave al final del viaje hecho un leproso en tanto que el herido sale cadáver? Nadie lo sabe, excepto tal vez el cuerpo, que mantiene la lógica de la carne y sabe que ha estado enfermo, sangrando o drogado en una inconsciencia de diez años. Después de que muchos enloquecieran y de que se estableciera como un hecho el Efecto Fisher King, dejaron de utilizar drogas y de transportar enfermos, heridos y embarazadas. Hay que tener una salud normal para un viaje NAFAL.

Pero no se ha de estar cuerdo.

Fue durante las primeras décadas de la Liga cuando los terrestres, tal vez en un intento de mantener en alto su apaleado ego colectivo, lanzaron naves que realizarían viajes enormemente largos, mucho más allá de las estrellas. Buscaban mundos que no hubieran sido colonizados ni explotados, como lo habían sido todos los mundos

conocidos, por los Founders on Hain, mundos auténticamente extraños; y todas las tripulaciones de aquellas naves de investigación estaban trastornadas. ¿Quiénes si no hubieran salido a recoger información que no sería recibida sino al cabo de cuatro, cinco o seis siglos? ¿Y recibida por quién? Esto era antes de que se inventara el comunicador instantáneo; quedarían aislados tanto en el espacio como en el tiempo. Ninguna persona en su sano juicio que hubiera experimentado el deslizamiento del tiempo, aunque sólo hubiera sido durante unas pocas décadas y entre mundos cercanos, se ofrecería voluntaria para un viaje de medio milenio. Los investigadores eran escapistas; inadaptados; introvertidos.

Diez de ellos subieron a bordo del transbordador en Smeming Port, en Pesm, e hicieron diversos e ineficaces intentos de conocerse durante los tres días que tardaba el transbordador en alcanzar su nave, Gum. Gum es un apodo lowcetiano, que quiere decir, más o menos, nene o animalito casero. En el equipo había un lowcetiano, un hairycetiano, dos hainisianos y cinco terrestres; la nave era de construcción cetiana, pero fletada por el Gobierno de la Tierra. Su tripulación subió a bordo a través de un tubo, uno a uno, como aprensivos espermatozoides que fueran a fertilizar el Universo. El transbordador se fue y el Gum comenzó su viaje. Voló durante algunas horas por el borde

del espacio a unos pocos cientos de millones de kilómetros de Pesm y luego, bruscamente, desapareció.

Cuando al cabo de diez horas y veintinueve minutos, o sea, 256 años, Gum reapareció en el espacio normal, se contaba con que estuviera en las cercanías de la Estrella KG-E-96651. Con toda seguridad habría también una adorable estrella de luz dorada. Y en algún lugar, dentro de una esfera de cuatrocientos millones de kilómetros, habría también un planeta verde, Mundo 4470, como indicó un cartógrafo hacía bastante tiempo. Lo que tenía que hacer la nave era buscar el planeta. No era tan fácil como parecía. En el espacio planetario, la Gum no podría ir a una velocidad cercana a la de la luz; si lo hiciera, tanto ella como la Estrella KG-E-96651 y el Mundo 4470 podían acabar explotando. Tendría que viajar utilizando cohetes a propulsión, a unos pocos cientos de miles de kilómetros por hora. El Navegante Matemático Asnanifoil sabía muy bien dónde tendría que estar el planeta y calculaba que lo alcanzarían en diez días-E [días terrestres]. Entretanto, los miembros del equipo de Investigación podrían conocerse aún mejor.

–No puedo soportarle –decía Porlock, el Científico Duro (químico, físico, astrónomo, geólogo, etc.), mientras su bigote se iba cubriendo de pequeñas gotas de saliva–. Ese hombre está loco. No logro entender por qué se le permitió ser miembro de este equipo, a menos que se trate de un

experimento deliberado de incompatibilidad, planeado por la Autoridad, utilizándonos a nosotros como cobayas.

–Nosotros utilizamos, generalmente, hámsters –dijo Maimón, el Científico Blando (psicología, además de psiquiatría, antropología, ecología, etc.), cortésmente; era uno de los hombres de Hainish–, en lugar de cobayas. En fin, ya sabes que Osden es verdaderamente un caso muy raro. De hecho, es el primer caso de completa curación del síndrome de Render, una variedad de autismo infantil que se pensaba era incurable. El gran analista terrestre Hammergeld sostenía que la causa de la condición autista se debía, en su caso, a una capacidad empática supernormal, y desarrolló el tratamiento apropiado. Osden fue el primer paciente que siguió ese tratamiento, y de hecho estuvo viviendo con el doctor Hammergeld hasta los dieciocho años. La terapia fue un éxito total.

–¿Un éxito?

–Pues sí, claro. El ya no es autista.

–¡No; ahora es intolerable!

–Bueno, mira –dijo Mannon, mirando con aprensión las gotas de saliva del bigote de Porlock–, la reacción defensiva–agresiva normal que se establece cuando dos extraños se encuentran (como, por ejemplo, Osden y tú) es algo de lo que apenas se es consciente; costumbres,

maneras, falta de atención, es algo que se pasa por alto; tú has aprendido a ignorarlo, hasta el punto de que incluso negarías que existe. Sin embargo, Osdén, que es un empático, lo siente. Siente sus sentimientos y los tuyos, y le es difícil decir cuál es de cuál. Digamos que existe un elemento normal de hostilidad hacia cualquier extraño en la reacción emocional de ti hacia él cuando os encontráis, además de un espontáneo sentimiento de desagrado hacia su aspecto, o sus ropas o la forma de dar la mano..., o cualquier cosa por el estilo. El siente este desagrado. Como se le ha hecho olvidar su defensa autística, lo resuelve con un mecanismo agresivo-defensivo, en respuesta al tipo de agresión que tú proyectas sin proponértelo sobre él –Mannon siguió explicando cosas así durante largo rato.

–No hay nada que justifique que nadie sea un bastardo como él –dijo Porlock.

–¿Y no puede ignorarnos? –preguntó Harfex, el biólogo, otro hainishiano.

–Sucede como con la acción de escuchar –respondió Olleroo, ayudante del Científico Duro, dejando de pintarse las uñas con laca fluorescente–. Nadie tiene párpados en las orejas. Nadie puede desconectarse de la empatía. El oye nuestros sentimientos, quiéralo o no.

–¿Sabe lo que estamos pensando? –preguntó Eskwana, el Ingeniero.

–No –le contestó Porlock–. ¡La empatía no es telepatía! Nadie ha llegado a ser telépata.

–Hasta el momento –puntualizó Mannon con su sonrisita–. Poco antes de dejar yo Hain llegó un informe muy interesante de uno de los mundos recientemente descubiertos. Un tal Rocannon * informa de algo que podría ser una técnica telepática susceptible de ser aprendida existente entre una raza de homínidos mutantes; yo sólo vi una sinopsis en el boletín del HILP, pero... –y continuó hablando; los demás habían aprendido que podían hablar mientras Mannon lo hacía; a él no parecía importarle, aunque se perdiera la mayor parte de su disertación.

–Entonces ¿por qué nos odia? –preguntó Eskwana.

–Nadie te odia a ti, querido –dijo Olleroo, pintándole una uña a Eskwana con su laca fluorescente.

El Ingeniero enrojeció y sonrió vagamente.

–Actúa como si nos odiase –dijo Haito, la Coordinadora; era una mujer de aspecto delicado, de pura ascendencia asiática, con una voz sorprendentemente ronca, profunda y suave–. Si sufre con nuestra hostilidad, ¿por qué la incrementa con ataques e insultos constantes? No puedo decir que confíe mucho en la cura del doctor Hammergeld, Mannon; el autismo sería preferible...

Se detuvo. Osdén acababa de entrar en la cabina principal.

Parecía que le habían despellejado. Tenía la piel extrañamente blanca y fina; sus venas destacaban como un mapa de carreteras en rojo y azul. Su manzana de Adán, los músculos que le rodeaban la boca, los huesos y los ligamentos de sus muñecas y manos, todo se le apreciaba tan claramente como si estuvieran hechos para una lección de anatomía. El cabello tenía una tonalidad herrumbrosa pálida, como la sangre muy seca. Tenía ojeras y las pestañas sólo se le veían bajo cierta luz. Lo que más se le notaba eran los pómulos, los párpados surcados por las venas y los ojos sin color. No tenía los ojos rojos porque no era albino, pero tampoco eran azules o grises; los colores habían desaparecido de los ojos de Osden, dejando en ellos una claridad fría como de agua, infinitamente penetrable. Nunca miraba directamente a nadie. Su cara carecía de expresión, como un dibujo de anatomía, o como si estuviera desollado.

–Estoy de acuerdo –dijo con una voz alta y áspera de tenor– en que incluso el autismo sería preferible a esta niebla de emociones ordinarias y de mal gusto con la que me rodeáis. ¿Por qué estabas diciendo ahora que me odias, Porlock? ¿No puedes mirarme? Continúa con las prácticas de autoerotismo en la forma en que lo estabas haciendo la pasada noche, eso te hará bien. ¿Quién demonios ha movido mis cintas? No quiero que nadie toque mis cosas.

–Osden –dijo Asnanifoil, el hairy cetiano, con su peculiar voz baja–, ¿por qué eres tan insoportable?

Ander Eskwana bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. La tensión le asustaba. Olleroo miraba con una expresión ausente y sin embargo ansiosa, el eterno espectador.

–¿Y por qué no iba a serlo? –replicó Osden; no miraba a Asnanifoil, y se mantenía físicamente tan alejado de todos ellos como le permitían las dimensiones de la cabina–. Ninguno de vosotros constituye en sí mismo razón alguna para que yo cambie de actitud.

Asnanifoil se encogió de hombros; los cetianos no eran muy inclinados a aceptar lo obvio. Harfex, hombre paciente y reservado, dijo:

–Una razón de peso puede ser que debamos pasar juntos varios años. La vida será mejor para nosotros si...

–¿Acaso no has entendido que no me importáis un comino? –le atajó Osden.

Luego tomó sus cintas y salió. Eskwana se había ido repentinamente a dormir. Asnanifoil estaba dibujando figuras en el aire con el dedo y murmurando el Ritual.

–No puede explicarse su presencia en el equipo sino como un complot por parte de la Autoridad terrestre. Acabo de darme cuenta ahora. Esta misión va a fallar –le susurró

Harfex a la Coordinadora, echando miradas furtivas sobre su hombro.

Porlock tenía los ojos llenos de lágrimas. Ya les había dicho que todos estaban locos, pero pensaron que exageraba.

Sin embargo, tenían razón. Los Investigadores esperaban que sus compañeros de equipo fueran inteligentes, bien preparados, estables y personalmente simpáticos. Habrían de trabajar juntos en espacios reducidos, y se esperaba que las depresiones, paranoias, manías, fobias y compulsiones de unos y de otros fueran lo suficientemente moderadas como para permitir unas buenas relaciones personales, al menos durante gran parte del tiempo. Osden podía ser inteligente, pero su preparación era escasa y su personalidad desastrosa. No podía exhibir en su favor más que aquel don singular suyo, su poder de empatía; hablando con propiedad, su amplio margen de receptividad bioempática. Este don no era específico; podía captar emociones y percepciones de cualquiera que las sintiera. Podía compartir la sensualidad con un ratón blanco, dolor con un pájaro aplastado y fotofobia con un murciélago. La Autoridad había decidido que sería muy útil en un mundo extraño; sería interesante saber lo que siente alguien cercano y los sentimientos que se tienen hacia esa persona. El título de Osden era nuevo: era el Sensor del equipo.

–¿Qué es emoción, Osden? –le había preguntado un día Haito Tomiko en la cabina, intentando entrar en contacto con él–. ¿Qué es exactamente lo que captas de nosotros con tu sensibilidad empática?

–Porquería –respondió él en voz alta y exasperada–. Los excrementos psíquicos del reino animal. Estoy vadeando a través de vuestras heces.

–Lo único que intentaba es conocer algunos hechos –dijo ella; pensó que el tono de su voz había sido admirablemente tranquilo.

–Vosotros no vais tras los hechos. Estáis intentando llegar hasta mí. Con una mezcla de un poco de miedo, un poco de curiosidad y una gran cantidad de desagrado. Como podríais acercaros a un perro muerto o ver los gusanos retorcerse. ¿Queréis comprender de una vez por todas que no quiero que os acerquéis a mí, que deseo estar solo? –su piel se cubrió de manchas rojas y violeta, mientras elevaba la voz–. ¡Revuélcate en tu propia porquería, perra! –le gritó, mientras ella permanecía en silencio.

–Cálmate –dijo ella, todavía tranquila; pero tuvo que salir y dirigirse a su departamento.

Estaba claro que él había acertado sus motivaciones; su pregunta no había sido más que un pretexto, un simple esfuerzo por interesarle. ¿Pero qué había de malo en ello?

¿No implicaba aquello un respeto por el otro? En el mismo instante de formularse aquella pregunta había sentido una poderosa sensación de repulsión hacia él; e incluso casi pena hacia él, hacia aquel pobre bastardo arrogante y emponzoñado, el señor Sin-Piel, como le llamaba Olleroo. Pero ¿con qué esperaba encontrarse comportándose como se comportaba? ¿Amor?

–Supongo que no puede soportar que nadie sienta piedad por él –dijo Olleroo, tumbada, acariciándose el pecho.

–Entonces no podrá establecer ninguna relación humana. Todo lo que su doctor Hammergeld hizo fue sacar al exterior a un autista...

–Pobre desgraciado –dijo Olleroo–. Tomiko, ¿no te importa si Harfex viene un rato esta noche?

–¿No puedes ir tú a su departamento? Estoy harta de ir a sentarme a la cabina principal con ese maldito nabo.

–Le odias, ¿verdad? Me imagino que él lo nota, pero es que anoche dormí también con Harfex y Asnanifoil puede sentirse celoso, ya que ellos comparten la cabina. Aquí sería mejor.

–Pues dales gusto a los dos, entonces –dijo Tomiko con la acritud de la modestia ofendida; su subcultura terrestre, la del este asiático, era puritana; ella lo había heredado de casta.

–Me gusta estar solo con uno cada noche –le contestó Olleroo con inocente serenidad; Beldene, el Planeta Jardín, no había descubierto nunca la castidad.

–Entonces inténtalo con Osden –dijo Tomiko.

Su inestabilidad personal apenas había sido nunca tan clara como en aquel momento: era un profundo desagrado de sí misma que se manifestaba en forma destructiva. Se había declarado voluntaria para aquel trabajo porque, con toda probabilidad, no serviría para nada hacerlo. La pequeña beldenense levantó la vista, con el pincel de las uñas en la mano y los ojos muy abiertos.

–Tomiko, eso que has dicho es muy desagradable.

–¿Por qué?

–¡Sería una vileza! ¡No me siento atraída por Osden!

–No sabía que eso te importara –dijo Tomiko con indiferencia, aunque sí que lo sabía; recogió algunos de sus papeles y salió de la cabina, puntualizando–: Espero que tú y Harfex, o quien sea, acabéis pronto; estoy cansada.

Olleroo se había puesto a llorar. Lo hacía con facilidad. Tomiko no había llorado desde que tenía diez años.

Aquella no era una nave feliz; pero la situación mejoró cuando Asnanifoil y su computadora encontraron el Mundo 4470. Allí estaba, como una joya de un verde oscuro, como

algo verdadero en el fondo de un Pozo de gravedad. Mientras miraban cómo crecía el disco de jade, una sensación de comunidad les invadió. El egoísmo de Osden, su premeditada crueldad, les servía ahora para unirlos.

–Tal vez –dijo Mannon– le han enviado para que nos sirva de acicate. Lo que los terrestres llaman víctima propiciatoria. Tal vez su influencia nos sea beneficiosa, después de todo –y nadie le contradijo, tan preocupados estaban de no herir los sentimientos de los otros.

Entraron en órbita. No había luces en la parte en que era de noche; sobre los continentes no había ninguna de esas líneas y montones que hacen los animales que construyen.

–No hay hombres –murmuró Harfex.

–Claro que no –le espetó Osden, que tenía una pantalla para él solo y la cabeza dentro de una bolsa de polietileno; sostenía que el plástico cortaba el sonido empático que recibía de los demás–. Estamos a dos siglos luz del límite de la Expansión hainishiana, y fuera de él no hay hombres. Y además, ¿crees que la Creación hubiera podido cometer el mismo error absurdo dos veces?

Ninguno le prestaba demasiada atención; miraban con cariño aquella inmensidad de jade que discurría bajo ellos, donde había vida, aunque no humana. Entre los hombres siempre existían problemas, y lo que veían no era desolación

sino paz. Incluso Osden no parecía tan inexpresivo como de costumbre; estaba temblando.

Descendieron sobre el mar; reconocieron el aire; aterrizaron. Una llanura de algo parecido a la hierba, verde y grueso, rodeaba la nave, rozaba las cámaras extensibles, manchando las lentes de un fino polen.

–Parece una pura fitosfera –dijo Harfex–. Osden, ¿captas algún sentimiento?

Todos se volvieron hacia el Sensor. Había dejado la pantalla y se estaba sirviendo una taza de té. No respondió. Rara vez respondía a las preguntas.

La rigidez quitinosa de la disciplina militar resultaba totalmente inconcebible para esos equipos de Científicos Locos; su cadena de mando descansaba en cierto modo entre el procedimiento parlamentario y la orden informal, y hubieran ignorado totalmente las decisiones de cualquier oficial de servicio. Sin embargo, por una inescrutable decisión de la Autoridad, la doctora Haito Tomiko había recibido el título de Coordinador, y ahora ejercía su prerrogativa por primera vez.

–Señor Sensor Osden –dijo–, por favor, conteste al señor Harfex.

–¿Cómo podría «captar» ninguna sensación del exterior –dijo Osden sin volverse– con las emociones de nueve

homínidos neuróticos pululando a mi alrededor como gusanos en una lata? Cuando tenga algo que decir, os lo diré. Soy consciente de mi responsabilidad como Sensor. Pero si persistes en darme órdenes, Coordinador Haito, reconsideraré mi responsabilidad.

–Muy bien, señor Sensor. Confío en que de ahora en adelante las órdenes no sean necesarias –la voz de toro de Tomiko sonaba tranquila, pero Osden pareció tambalearse de espaldas a ella: como si la ira de la mujer le hubiera golpeado con fuerza física.

Se probó que las previsiones del biólogo eran correctas. Cuando comenzaron a realizar los correspondientes análisis no encontraron animales ni entre los microorganismos. Allí nadie se comía a nadie. Todas las formas de vida que existían eran fotosintetizadoras o saprófagas; vivían de la luz o de los seres muertos, no de la vida. Plantas: infinitas plantas, pero ninguna de las especies conocidas por los visitantes. Infinitas tonalidades de verde, violeta, púrpura, marrón y rojo. Infinitos silencios. Lo único que se movía era el viento, acariciando las hojas, un viento cálido cargado de esporas y polen, extendiendo el dulce polvo verde pálido por las praderas de enormes hierbas, páramos sin matorrales, bosques sin flores que jamás nadie pisó, que jamás contempló nadie. Un mundo cálido y triste, triste y sereno. Los Investigadores caminaban como excursionistas sobre

llanuras soleadas de filicaliformes violetas, hablándose suavemente. Sabían que sus voces rompían un silencio de millones de años, el silencio del viento y las hojas, las hojas y el viento, soplando y cesando de soplar, una y otra vez. Conversaban en voz baja, pero, siendo humanos, no podían evitar conversar.

–Pobre viejo Osden –decía Jenny Chong, biólogo y técnico, mientras pilotaba un helijet sobre el cuadrante polar norte–. Todo ese fantástico mecanismo de alta fidelidad en su cerebro y sin nada que recibir.

–Me comentó que odia las plantas –dijo Olleroo con una risita.

–Supuse que le gustaban, puesto que no le molestan tanto como nosotros.

–Yo no puedo decir lo mismo de esas plantas –dijo Porlock, mirando las ondulaciones purpúreas del bosque circumpolar–. Todas iguales. Sin cambios. Un hombre solo ahí perdería la cabeza.

–Pero todo está vivo –dijo Jenny Chong–. Y Osden odia todo lo que está vivo.

–El no es realmente tan malo –dijo Olleroo, magnánima.

Porlock la miró de reojo y preguntó:

–¿No te has acostado nunca con él, Olleroo?

Olleroo se puso a llorar y gritó:

–¡Los terrestres sois unos obscenos!

–No, no lo ha hecho –dijo Jenny Chong, defendiéndola–. ¿Lo has hecho tú, Porlock?

El químico se echó a reír, mientras las correspondientes gotas de saliva aparecían en su bigote.

–Osden no puede soportar que le toquen –dijo Olleroo amargamente–. Una vez le rocé sin querer y me apartó bruscamente, como si yo fuera una cosa sucia. No somos más que cosas para él.

–Es malo –dijo Porlock, mirando a las dos mujeres–. Acabará destruyendo este equipo, saboteándolo, de una forma u otra. Recuerda mis palabras. ¡No está hecho para convivir con otras personas!

Aterrizaron en el Polo Norte. Un sol de medianoche caía sobre unas suaves colinas. Hierbas cortas, secas y de un rosa verdoso se extendían en todas direcciones, lo cual equivalía a decir una sola dirección: sur. Subyugados por el increíble silencio, los tres Investigadores cogieron sus instrumentos y recogieron muestras, como tres virus moviéndose en el seno de un gigante inmóvil.

Nadie le pidió a Osden que les acompañara en sus vuelos o sus expediciones fotográficas, y él nunca se ofreció a acompañarles, de modo que apenas abandonaba la base.

Introdujo los datos botánicos taxonómicos de Harfex en las computadoras de la nave e hizo de ayudante de Eskwana, cuyo trabajo consistía principalmente en reparaciones y mantenimiento. Eskwana había comenzado a dormir mucho, veinticinco horas o más de las treinta y dos que tenían los días, durmiéndose mientras reparaba una radio o comprobaba los circuitos de un helijet. La Coordinadora se quedó un día en la base para observarle. No había nadie más allí a excepción de Poswet To, que sufría ataques epilépticos; Mannon la había introducido aquel día en un circuito de terapia en estado catatónico preventivo. Tomiko introducía informes en el almacén de datos y vigilaba a Osden y a Eskwana. Pasaron dos horas.

–Deberías utilizar la micro 860 para cerrar esa conexión
–dijo Eskwana con su voz suave y vacilante.

–¡Obviamente!

–Lo siento. Pero como vi que tenías ahí la 840...

–Y la colocaré en su lugar cuando saque la 860. Cuando no sepa cómo hacerlo, Ingeniero, pediré tu consejo.

Al cabo de un minuto Tomiko lanzó una mirada a su alrededor. Eskwana estaba dormido, con la cabeza apoyada en la mesa.

–Osden.

El blanco rostro no se volvió, ni habló, pero por la postura del hombre se notaba que estaba escuchando.

–No es posible que no te des cuenta de la vulnerabilidad de Eskwana.

–Yo no soy responsable de sus reacciones psicóticas.

–Pero sí eres responsable de las tuyas. Eskwana es esencial para nuestro trabajo aquí, y tú no. Si no puedes controlar tu hostilidad, procura no estar con él.

Osden dejó a un lado sus herramientas y se levantó.

–¡Con placer! –dijo con su voz vengativa–. No podrías imaginar lo que es experimentar los irracionales terrores de Eskwana. ¡Tener que compartir su terrible cobardía, tener que amedrentarse con él ante cualquier cosa!

–¿Estás intentando justificar tu crueldad con él? Creí que tenías más dignidad –Tomiko se dio cuenta de que estaba temblando de ira–. Si es cierto que tu poder empático te hace compartir la desgracia de Ander, ¿por qué no induces nunca la más ligera compasión por tu parte?

–Compasión –dijo Osden–. Compasión. ¿Qué es lo que sabes tú acerca de la compasión?

Ella le miraba, pero él evitaba su mirada.

–¿Quieres que verbalice tu actual situación emocional con respecto a mí? –preguntó–. Puedo hacerlo de una forma

más precisa de lo que podrías tú. Estoy adiestrado para analizar esas respuestas a medida que las recibo. Y las recibo.

–¿Pero cómo puedes esperar que sienta afecto por ti si te comportas como lo estás haciendo?

–¿Y qué importa cómo me comporte, estúpida cerda, acaso piensas que eso significa algo? ¿Crees que la naturaleza humana es un pozo de amor? Para mí no hay más alternativa que ser odiado o ser despreciado. Como no soy ni una mujer ni un cobarde, prefiero ser odiado.

–Carroña. Autocompasión. Todo hombre posee...

–Pero yo no soy un hombre –la atajó Osdén–. Ahí estáis todos vosotros. Y aquí estoy yo. Yo soy único.

Desbordada por aquel torrente de solipsismo abismal, ella permaneció en silencio durante unos momentos; luego dijo sin ira ni piedad, cínicamente:

–¿Serías capaz de matarte, Osdén?

–Esa sería tu forma de actuar, Haito –dijo él en un tono de burla–. Yo no soy un depresivo y el seppuku no es mi plato favorito. ¿Qué quieres que haga yo aquí?

–Vete. Ahórranos tu presencia. Coge un vehículo aéreo y un administrador de datos y vete a contar especies. En el bosque; Harfex ni siquiera ha mirado aún los bosques. Elige

un área de cien metros cuadrados, nadie entrará en tu radio de acción. Estarás fuera de toda conexión empática. Comunícate todos los días a las ocho y a las veinticuatro en punto.

Osden se fue, y no supieron nada de él durante cinco días, aparte de dos lacónicas señales diarias comunicando que se encontraba bien. El humor de la gente de la base cambió. Eskwana se mantenía despierto dieciocho horas al día. Poswet To sacó su laúd estelar y cantó las armonías celestiales. (La música llevaba a Osden al borde de la locura.) Mannon, Harfex, Jenny Chong y Tomiko dejaron de tomar tranquilizantes. Porlock destiló no sé qué cosa en su laboratorio y se lo bebió todo entero. Tuvo un desvanecimiento. Asnanifoil y Poswet To mantuvieron una Epifanía Numérica durante toda la noche, esa orgía mística de matemáticas superiores que supone el mayor placer del alma religiosa cetiniana. Olleroo se acostó con todos. El trabajo marchaba bien.

El Científico Duro regresó a la base corriendo, después de haber trabajado con las carnosas y altas graminiformes.

–Algo... en el bosque... –se le salían los ojos de las órbitas, jadeaba y le temblaban los dedos y el bigote–. Una cosa grande. Moviéndose, detrás de mí. Yo estaba trabajando cuando vino hacia mí. Era como si nadara entre los árboles.

Detrás de mí –miraba a los demás con los ojos opacos por el terror o el cansancio.

–Siéntate, Porlock. Tranquilízate. Y ahora, vuelve a contárnoslo. Has visto algo...

–No con claridad. Fue sólo un movimiento. Un... un... No sé lo que puede haber sido. Algo que poseía movimiento propio. Entre los árboles, los arboriformes o como quiera que los llamemos. En el borde del bosque.

Harfex parecía enfadado.

–No hay nada aquí que pueda atacarte, Porlock. No hay ni siquiera microzoos. No puede haber un animal tan grande.

–¿No es posible que vieras caer de repente un epifito, una enredadera que se desplomara detrás de ti?

–No –dijo Porlock–. Se dirigía hacia mí, a través de las ramas, muy rápido. Cuando me volví despegó de nuevo. Hizo un ruido, una especie de chasquido. ¡Si no se trata de un animal, Dios sabe lo que puede haber sido! Era grande, tan grande como un hombre. Me parece que era rojizo. No lo pude ver, no estoy seguro.

–Era Osden –dijo Jenny Chong– haciendo de Tarzán –se echó a reír nerviosamente, y Tomiko reprimió una fuerte carcajada; pero Harfex no sonreía.

–Uno se encuentra incómodo bajo los arboriformes –dijo con su voz educada, contenida–. Yo me he dado cuenta de ello. Puede que por eso haya dejado de trabajar en los bosques. Existe una cualidad hipnótica en los colores y en los ritmos de ramas y hojas, especialmente las helicoidales; y los generadores de esporas están colocados de una forma tan regular que no parece natural. Subjetivamente hablando, lo encontré casi desagradable. Me pregunto si un fuerte efecto de ese tipo podría producir una alucinación...

Porlock movió la cabeza y se humedeció los labios.

–Estaba allí –dijo–. Había algo, moviéndose con un fin. Intentaba atacarme desde atrás.

Cuando Osden llamó, puntual como siempre, a las veinticuatro en punto aquella noche, Harfex le informó de lo sucedido.

–¿Has captado algo que pueda apoyar la impresión de Porlock de una forma viva y en movimiento en el bosque?

Sssss, dijo la radio sardónicamente.

–No. Mierda –contestó Osden con su desagradable voz.

–Has permanecido en el bosque mucho más tiempo que nosotros –dijo Harfex con su inagotable educación–. ¿Estás de acuerdo con la impresión que yo tengo de que el ambiente del bosque es más bien perturbador y puede tener un efecto alucinógeno sobre las percepciones?

Sssss.

–Estoy de acuerdo en que las percepciones de Porlock se alteran fácilmente. Que se quede en su laboratorio. Allí causará menos problemas. ¿Alguna otra cosa?

–No, por el momento –dijo Harfex, y Osdén cortó la comunicación.

Nadie dio crédito a la historia de Porlock, pero tampoco pudo rebatirla nadie. Lo cierto es que algo grande había intentado atacarle por sorpresa. Eso era difícil negarlo, porque estaban en un planeta extraño, y todo el que había entrado en el bosque había sentido un cierto escalofrío bajo los «árboles». («Llamadlos árboles –había dicho Harfex–. En realidad son lo mismo, aunque, naturalmente, diferentes.») Todos estuvieron de acuerdo en que se habían sentido incómodos, o que habían tenido la sensación de que alguien les miraba entre los árboles.

–Tenemos que aclarar esto –dijo Porlock, y pidió voluntarios para internarse en el bosque con él para explorar y observar.

Olleroo y Jenny Chong se ofrecieron voluntarias si podían ir las dos. Harfex las envió al bosque que estaba cerca de donde habían acampado, una gran extensión que cubría gran parte del Continente D. Les prohibió que llevaran armas blancas. No tendrían que salirse de un semicírculo de

cincuenta kilómetros, que incluía el lugar por donde investigaba Osdén. Se comunicarían con la base dos veces al día, durante tres días. Porlock informó haber visto de refilón algo que parecía una gran figura semierecta moviéndose a través de los árboles en dirección al río; Olleroo estaba segura de haber oído algo moviéndose cerca de la tienda la segunda noche.

–No hay animales en este planeta –dijo Harfex con terquedad.

Entonces Osdén dejó de hacer su llamada matutina.

Tomiko estuvo esperando algo menos de una hora y luego voló con Harfex al área donde había informado estar Osdén la noche anterior. Pero cuando el helijet sobrevolaba las impenetrables e ilimitadas extensiones de hojas purpúreas, sintió un pánico desesperante.

–¿Cómo vamos a encontrarle ahí?

–Informó que estaba junto al río. Busquemos el vehículo aéreo, puesto que él debe de estar acampado cerca, y no puede alejarse demasiado de su campamento. Contar especies es un trabajo lento. Ahí está el río.

–Y ahí está el vehículo –dijo Tomiko, captando un brillo ajeno a aquella naturaleza entre los colores y las sombras vegetales–. Por allí debe de estar, entonces.

Descendieron. El mar de vida se cerró sobre sus cabezas.

Cuando sus pies tocaron el suelo del bosque, ella desabrochó la funda de su pistolera; luego, viendo que Harfex estaba desarmado, no sacó la pistola, pero mantuvo su mano sobre ella. No se oía el más mínimo ruido, aunque estaban a unos pocos metros del lento y amarronado río, y la luz era escasa. Grandes troncos de árboles se repartían por la zona con gran regularidad, casi simétrica; unos parecían cubiertos por una fina piel, otros eran sedosos, otros esponjosos, grises, marrón verdoso o marrones, unidos por lianas y festonados con epifitas, ramas parecidas a las de los sauces, rígidas, llenas de hojas oscuras, formando conjuntos de veinte y treinta metros de espesor. El suelo era elástico como un colchón, totalmente cubierto de raíces y de una hierba de hojas pequeñas y carnosas.

–Ahí está su tienda –dijo Tomiko, asustada por el propio sonido de su voz en medio de aquel silencio.

En la tienda estaba el saco de dormir de Osden, un par de libros y una caja de comida. Tomiko pensó que tendrían que llamarle, gritar su nombre, pero no se atrevió siquiera a sugerirlo; tampoco lo hizo Harfex. Dieron una vuelta alrededor de la tienda, cuidando de no perder de vista aquellas inmensas formas, aquellos troncos que se agrupaban junto a ellos. Tomiko encontró el cuerpo de Osden a unos treinta metros de la tienda, al llamarle la atención el brillo de su libro de notas. Estaba tendido boca

abajo entre dos enormes raíces de árbol. Tenía la cabeza y las manos cubiertas de sangre, en parte seca, en parte todavía fresca.

Harfex apareció junto a ella, con su pálida piel casi verde bajo aquella luz.

–¿Muerto?

–No. Ha sido golpeado. Por detrás –los dedos de Tomiko recorrieron su cráneo ensangrentado, sus sienes–. Con un arma o un utensilio. No logro encontrar fracturas.

Cuando le dio la vuelta, los ojos de Osden se abrieron. Ella le sujetaba, muy cerca de su cara. Los pálidos labios del hombre temblaron. Un miedo mortal invadió a Tomiko. Lanzó dos o tres fuertes gritos, e intentó huir corriendo, tropezando, hacia la terrible espesura. Harfex la alcanzó, y con el efecto de su voz y el contacto de su mano, su miedo fue disminuyendo.

–¿Qué te sucede? ¿Qué te sucede? –le preguntaba él.

–No lo sé –dijo ella, sollozando; su corazón le latía aún fuertemente y no lograba ver con claridad–. El miedo... el... Me invadió el pánico. Cuando vi sus ojos.

–Los dos estamos nerviosos. No comprendo esto...

–Ya me encuentro bien. Vamos, tenemos que trasladarle para poder curarle.

Actuando de prisa, llevaron a Osden a la orilla del río y le cubrieron con una manta; colgaba como un saco, retorciéndose un poco sobre el obscuro mar de hojas. Le colocaron en el helijet y despegaron. En un minuto se hallaban en campo abierto. Tomiko cerró su pistolera. Lanzó un profundo suspiro y sus ojos se encontraron con los de Harfex.

–Estaba tan aterrada que casi me desmayo. Nunca había hecho nada semejante.

–Yo también... estaba irracionalmente asustado –dijo el hainishiano, y en efecto parecía tembloroso y envejecido–. No tan mal como tú, pero de forma igualmente irracional.

–Fue cuando entré en contacto con él, al sujetarle. Durante un momento pareció estar consciente.

–¿Empatía...? Espero que pueda decirnos qué fue lo que le atacó.

Osden yacía como un muñeco roto cubierto de sangre y barro mientras salían apresuradamente del bosque.

Hubo más pánico desatado cuando llegaron a la base. La absurda brutalidad del ataque resultaba siniestra y aterradora. Puesto que Harfex había establecido sin lugar a dudas que no existía ninguna posibilidad de vida animal, comenzaron a especular acerca de plantas conscientes, monstruos vegetales, proyecciones psíquicas. La fobia

latente de Jenny Chong se despertó y ya no pudo hablar más que de los Egos Oscuros que seguían a la gente por la espalda. Olleroo, Porlock y ella habían vuelto a la base; nadie tuvo la idea de salir de nuevo.

Osden había perdido bastante sangre durante las tres o cuatro horas que había permanecido solo, y las graves contusiones le habían puesto en un estado de semicoma. Cuando finalmente volvió en sí y le fue bajando la fiebre, llamó varias veces al «doctor» con voz átona: «Doctor Hammergeld...» Cuando se despertó totalmente, al cabo de dos largos días, Tomiko llamó a Harfex a su departamento.

–Osden, ¿puedes decirnos qué fue lo que te atacó?

Sus pálidos ojos estaban fijos en un punto más allá de la cara de Harfex.

–Fuiste atacado –le dijo Tomiko cariñosamente; aquella mirada era odiosamente familiar, pero ella era médico, protectora del que sufre–. Puede que no lo recuerdes aún. Algo te atacó. Estabas en el bosque...

–¡Ah! –gritó, mientras sus ojos centelleaban y sus facciones se contorsionaban–. El bosque... en el bosque...

–¿Qué sucedió en el bosque?

Tomó aliento. Su cara se iluminó, ya plenamente consciente. Al cabo de un momento, dijo:

–No lo sé.

–¿Viste lo que te atacó? –preguntó Harfex.

–No lo sé.

–Lo recordarás ahora.

–No lo sé.

–Puede que las vidas de todos nosotros dependan de ello.
¡Debes decirnos lo que viste!

–No lo sé –repetía Osden, sollozando débilmente.

Estaba demasiado agotado como para ocultar expresamente la respuesta. Allí cerca, Porlock mordía su bigote intentando escuchar lo que se decía en la habitación.

Harfex se inclinó sobre Osden y dijo:

– Vas a decirnos... –Tomiko tuvo que intervenir enérgicamente.

Harfex se controló mediante un doloroso esfuerzo. Salió en silencio y se dirigió a su departamento, donde con toda seguridad se tomó una dosis doble o triple de tranquilizantes. Los demás hombres y mujeres, repartidos por el gran edificio, que tenía un amplio salón y diez dormitorios, no decían nada, pero parecían deprimidos. Osden, como siempre, los tenía a su merced. Tomiko le miró con un odio que le quemaba en la garganta como si fuera bilis. Su monstruoso autismo se había introducido en las

emociones de los demás y su absoluto egoísmo era peor que cualquier deformidad de la carne, por horrible que ésta fuera. Igual que un monstruo congénito, no debería haber vivido. No debería estar vivo. Debería haber muerto. ¿Por qué no le habrían abierto la cabeza?

Mientras tanto, él yacía allí, blanco y sin fuerzas, con las manos caídas a los lados y sus descoloridos ojos muy abiertos. Había lágrimas en ellos. Bruscamente, Tomiko se dirigió hacia él. Él intentó apartarla.

–No –dijo con una voz débil, e intentó levantar las manos para protegerse la cabeza–. ¡No!

Ella se sentó junto a la cama y al cabo de unos instantes puso su mano sobre la del hombre. El intentó retirarla, pero no tuvo fuerzas.

Se produjo un largo silencio entre ellos.

–Osden –murmuró ella–. Lo siento. Lo siento mucho. Quiero sentir afecto por ti. Permítemelo, Osden. No deseo herirte, escucha, ahora lo comprendo. Fue uno de nosotros. Estoy en lo cierto, ¿verdad? No, no respondas, dime solamente si me equivoco; pero no me equivoco... Cierto que hay animales en este planeta. Diez. No me importa quién ha sido. Eso no tiene importancia. Podría haber sido yo misma, hace un momento solamente. Me he dado cuenta de ello. No comprendo cómo ha sucedido, Osden. No

puedes darte cuenta de lo difícil que resulta para nosotros comprender... Pero escucha. Si hubiera amor, en vez de odio o miedo... ¿Nunca habrá amor?

–No.

–¿Por qué no? ¿Por qué no puede suceder nunca? ¿Somos tan débiles los seres humanos? Es terrible. No importa, no importa. No te preocupes. Descansa. Al menos ahora no había odio, ¿verdad? Había simpatía, interés, buenos deseos. Lo sentiste, ¿verdad, Osden? ¿Es eso lo que sentiste?

–Entre... otras cosas –dijo de forma casi inaudible.

–Supongo que había ruidos procedentes de mi subconsciente... Escucha, cuando te encontramos en el bosque, cuando intenté darle la vuelta a tu cuerpo, volviste parcialmente en ti y yo sentí horror de ti. Durante un minuto estuve loca de miedo. ¿Fue tu miedo hacia mí lo que yo sentí?

–No.

Su mano estaba todavía sobre la del hombre, y éste se encontraba casi relajado, a punto de dormir, como quien ha tenido un gran dolor y se lo están aliviando.

–El bosque –murmuró; ella apenas podía entenderle–. Miedo.

Ella no continuó presionándole, pero siguió manteniendo su mano sobre la de Osden y se quedó mirándole mientras se dormía. Era consciente de lo que sentía y de lo que, por ello, él debía sentir. Ella confiaba en eso: no hay más que una emoción que pueda reinvertirse totalmente, polarizarse en un momento. En hainishiano existía una palabra para designarlo: ontá, que valía para el odio y para el amor. Ella no estaba, por supuesto, enamorada de Osden. Lo que sentía por él era ontá, odio polarizado. Ella mantenía su mano entre las suyas y la corriente fluía entre ambos, la tremenda electricidad del toque que él siempre había temido. Al quedarse dormido, el anillo de músculos que rodeaban su boca y que parecían un grabado de anatomía, se relajó, y Tomiko vio en su cara lo que ninguno de ellos había visto nunca antes: una sonrisa. Luego desapareció. El siguió durmiendo.

Mejóro. Al día siguiente ya se sentaba y estaba hambriento. Harfex quería interrogarle, pero Tomiko se lo impidió. Colgó una sábana de politeno sobre la puerta del cubículo, como muchas veces había hecho el propio Osden.

–¿Es verdad que esto te evita la recepción empática? –le preguntó ella.

Y él le contestó con el tono seco y cauteloso que ambos estaban ahora utilizando:

–No.

–Entonces no es más que una advertencia.

–En parte. Es más bien autosugestión. El doctor Hammergeld pensó que sería eficaz... Puede que lo sea en cierta medida.

Una vez sintió el amor. Un niño aterrorizado, sofocado por las emociones agresivas de los adultos, un niño que se ahogaba, salvado por un hombre. Un hombre que le enseñó a respirar, a vivir. Un hombre que le dio todo, protección y amor. Fue Padre/Madre/ Dios.

–¿Vive todavía? –le preguntó Tomiko, pensando en la increíble soledad de Osden, y en la extraña crueldad de los grandes doctores; quedó sorprendida cuando escuchó una carcajada débil, forzada.

–Murió hace unos dos siglos y medio –respondió Osden–. ¿Olvidas dónde estamos, Coordinadora? Todos hemos dejado a nuestras familias atrás...

Al otro lado de la cortina de politeno los otros ocho seres humanos del Mundo 4470 se movían lentamente. Sus voces eran ahogadas. Eskwana dormía; Poswet To estaba en terapia; Jenny Chong intentaba disponer las luces de su cubículo de tal manera que no proyectaran ninguna sombra.

–Están todos asustados –dijo Tomiko, asustada–. Están haciéndose mil conjeturas acerca de qué sería lo que te atacó. Una especie de patata–mono, de espinaca gigante, no

sé... Incluso Harfex. Puede que tengas razón en no querer contarles la verdad. Este mundo sería peor, porque perderían la confianza entre ellos. Pero ¿por qué somos todos tan débiles, tan incapaces de enfrentarnos con los hechos, y nos desmoronamos con tanta facilidad? ¿Estamos todos realmente locos?

–Pronto lo estaremos más.

–¿Por qué?

– Hay algo.

Cerró la boca y los músculos de sus labios se pusieron rígidos.

–¿Un ente sensible?

–Una sensibilidad.

–¿En el bosque?

Él asintió.

–¿Qué es...?

–El miedo –de nuevo pareció inquieto–. Cuando caí allí, ya lo sabes, no perdí el conocimiento del todo. O tal vez fui recuperándolo poco a poco. No lo sé. Se parecía más bien a un estado de paralización progresiva.

–Estabas inmovilizado.

–Yo estaba sobre el suelo. No podía levantarme. Tenía la cara metida en la suciedad, en ese suelo blanduzco. Aquella materia estaba en mis ojos y nariz. No podía moverme. No podía ver nada. Como si estuviera dentro del suelo. Como si estuviera encajado en él, como si formara parte de él. Sabía que me encontraba entre dos árboles pese a que nunca los había visto. Supongo que podía sentir las raíces. Debajo de mí, en el suelo, enterradas en el suelo. Era capaz de darme cuenta de que tenía las manos llenas de sangre y que era la sangre la que ensuciaba mi cara. Sentí el miedo. Fue en aumento. Como si finalmente hubieran sabido que yo estaba allí, yaciendo sobre ellas, bajo ellas, entre ellas, la cosa que ellas temían, y que sin embargo era parte de su miedo. No podía detener el proceso de seguir reenviándoles el miedo y éste seguía aumentando, y yo no podía moverme, no podía echar a correr. Como tampoco ellos. Tomiko sintió que el miedo erizaba sus cabellos.

–¿Ellos? ¿Quiénes son ellos, Osdén?

–Ellos, ello... no lo sé. El miedo.

–¿De qué estaba hablando? –le preguntó Harfex cuando Tomiko le informó de su conversación.

Ella todavía no quería que Harfex le interrogase, notando que debía proteger a Osdén de la arremetida de las poderosas y superreprimidas emociones del hainishiano. Desgraciadamente, eso fue como combustible arrojado al

lento fuego de la ansiedad paranoide que ardía en el pobre Harfex, y creyó que ella y Osden estaban confabulados y que escondían un hecho de gran importancia o peligro para el resto del equipo.

–Es como el ciego que intenta describir un elefante. Osden no ha visto ni oído aquella... aquella cosa sensible, lo mismo que nos ha pasado a nosotros.

–Pero él lo sintió, mi querida Haito –dijo Harfex con rabia mal reprimida–. No enfáticamente, sino en su cerebro. La cosa llegó y le golpeó con un instrumento contundente. ¿No captó nada de ella?

–¿Qué es lo que debería haber visto, Harfex? –preguntó Tomiko, pero él no quiso entender su tono significativo; incluso había bloqueado esa comprensión–. Lo que se teme es ajeno. El asesino es un alienígena, un extraño, no uno de nosotros. ¡El mal no está en mí! El primer golpe ya le dejó fuera de combate –continuó Tomiko débilmente–, no pudo ver nada. Pero cuando volvió en sí, solo en el bosque, sintió un gran miedo. No su propio miedo, sino una sensación empática. Está seguro de eso. Y también está seguro de que no lo captó de nosotros. De forma que, evidentemente, las formas de vida nativas no son totalmente insensibles.

Harfex la miró un momento, ceñudo.

–Intentas asustarme, Haito. No comprendo tus motivos
–se levantó y se alejó de la mesa del laboratorio, caminando lentamente, vacilante, como si tuviera ochenta años en vez de cuarenta.

Ella paseó su mirada, paseó su mirada por los demás. Sintió cierta desesperación. Su nueva, frágil y profunda interdependencia de Osden le proporcionaba, y estaba bien segura de ello, cierta fuerza. Pero si ni tan siquiera Harfex podía mantener la cabeza en su sitio, ¿cómo iban a hacerlo los demás? Porlock y Eskwana estaban encerrados en sus cubículos, y los demás trabajaban o se ocupaban en algo. Había algo extraño en sus posiciones. Al principio la Coordinadora no supo decir qué era, pero luego vio que todos estaban sentados dando la cara al bosque. Mientras jugaba al ajedrez con Asnanifoil, Olleroo había corrido su silla de tal forma que estaba casi junto a él.

Se dirigió hacia Mannon, que se hallaba diseccionando algunas raíces marrones, y le dijo que estuviera atento a lo que veía. Él asintió y dijo con una brevedad inusitada:

–Mantengo vigilado al enemigo.

–¿Qué enemigo? ¿Qué es lo que sientes, Mannon? –ella había tenido una súbita esperanza al recordar que él era psicólogo, y tal vez podría interpretar mejor aquel fondo oscuro de insinuaciones y empatías donde se perdían los biólogos.

–Siento una ansiedad violenta con una orientación espacial específica. Pero no soy un empático. Por ello, la ansiedad es explicable en términos de una particular situación de stress, como el ataque sufrido por uno de los miembros del equipo en el bosque, y también en términos de situación de stress total, que es mi presencia en un entorno totalmente ajeno, por lo cual las connotaciones arquetípicas de la palabra «bosque» proporcionan una metáfora inevitable.

Horas más tarde, Tomiko se despertó al oír gritar a Osden sumido en una pesadilla; Mannon le estaba tranquilizando, y ella se volvió a sumergir en sus propios sueños oscuros. Por la mañana Eskwana no se despertó. No pudo ser despertado con drogas estimulantes. Se hundió cada vez más en su sueño, temblando suavemente de vez en cuando, hasta que quedó quieto, enroscado sobre sí mismo, con un dedo en los labios, ido.

–Dos días; dos noches. Diez indios pequeños, nueve indios pequeños... –este era Porlock.

–Y tú eres el siguiente pequeño indio –le espeto Jenny Chong–. ¡Ve a analizar tu orina, Porlock!

–Nos está volviendo locos a todos –dijo Porlock, levantándose y agitando el brazo izquierdo–. ¿No lo notáis? ¡En nombre del cielo, estáis todos ciegos! ¿No notáis lo que está haciendo, las emanaciones? Todas proceden de él, de

su habitación, de su mente. ¡Nos está haciendo enloquecer de miedo!

–¿De quién estás hablando?– preguntó Asnanifoil, abalanzándose sobre el pequeño terrícola.

–¿Es preciso que diga su nombre? Pues bien, es Osden. ¡Osden! ¡Osden! ¿Por qué creéis que intenté matarle? ¡En defensa propia! ¡Para salvarnos a todos! Porque ninguno ve lo que nos está haciendo. Está sabotando la misión haciendo que discutamos, y ahora está haciéndonos enloquecer proyectando miedo sobre nosotros de forma que no podamos dormir ni pensar, como la carcasa de una radio que no hiciera sonido alguno, pero que emitiese todo el tiempo, y que no te dejara dormir, ni pensar. Haito y Harfex están ya casi bajo su control, pero el resto aún puede salvarse. ¡Y yo voy a hacerlo!

–Pues no lo estás haciendo muy bien –dijo Osden, a medio vestir, lleno de vendajes, en la puerta de su cubículo–. Yo mismo hubiera podido hacerme más daño. Por todos los demonios, Porlock, no es de mí de quien hay que tener miedo, sino de lo que hay ahí fuera, ¡ahí, en los bosques!

Porlock hizo un absurdo intento de atacar a Osden; Asnanifoil le hizo retroceder, sujetándole mientras Mannon le administraba un sedante. Se lo llevaron mientras gritaba algo acerca de radios gigantes. Al cabo de un minuto el

sedante hizo su efecto y Porlock se sumó al pacífico silencio de Eskwana.

–Muy bien –dijo Harfex–. Ahora, por mis dioses, vas a decirnos lo que sabes, y todo lo que sabes.

–Yo no sé nada –dijo Osden.

Parecía a punto de desvanecerse. Tomiko le obligó a sentarse antes de que hablara.

–Después de estar tres días en el bosque pensé que estaba recibiendo ocasionalmente alguna especie de afecto sutil.

–¿Por qué no informaste de ello?

–Pensé que me estaba volviendo loco, como todos vosotros.

–También eso deberías haberlo informado.

–Me hubierais hecho regresar a la base y no podía arriesgarme a ello. Vosotros os habíais dado cuenta de que el hecho de que se me incluyera en esta misión había sido un error. No soy capaz de convivir con otras nueve personalidades neuróticas en un recinto tan pequeño y cerrado. Fue un error por mi parte el ofrecermelo como voluntario a la Investigación Extrema, y la Autoridad cometió el error de aceptarme.

Ninguno dijo nada; pero Tomiko observó, esta vez con certeza, un titubeo en los hombros de Osden y que se

atirantaban sus músculos faciales, como si registrara la amargura de que todos estuvieran de acuerdo con lo que estaba diciendo.

–Además, yo no quería regresar a la base porque sentía una gran curiosidad; aunque me hubiera vuelto psicótico, ¿cómo podía captar afectos empáticos donde no había ser alguno que los emitiera? Entonces no eran malos. Eran muy vagos. Sutiles. Como un trazo en una habitación cerrada, un aleteo visto de reojo. En realidad, nada.

Durante un momento cobró ánimos al notar cómo le escuchaban. Ellos escuchaban, de modo que él hablaba. Estaba totalmente en sus manos. Si les desagradaba, se haría odioso; si se burlaban de él, se convertiría en algo grotesco; si le escuchaban, contaría historias. Obedecía las exigencias de sus emociones, reacciones, estados de ánimo. Eran siete, demasiados para vencerlos, de modo que estaría constantemente a su capricho. No podía encontrar coherencia. Incluso cuando su relato les atraía más, fallaba la atención de alguno de ellos; tal vez Olleroo estaba pensando que no era atractivo; Harfex estaría buscando el significado ulterior de sus palabras; la mente de Asnanifoil, que no lograba sentirse atraída durante largo tiempo por lo concreto, estaría escapando hacia la eterna paz de los números; y Tomiko estaría distraída por la piedad, por el

miedo. La voz de Osden se quebró. Perdió su tono de amenaza.

– Yo... yo pensé que serían los árboles –dijo, y luego se detuvo.

–No son los árboles –dijo Harfex–. No tienen un sistema nervioso superior al de las plantas hainishianas descendientes de las de la Tierra. Ninguno.

–Los árboles no te han dejado ver el bosque, como dicen en la Tierra –señaló Mannon, sonriendo traviesamente; Harfex le miró–. Qué me dices acerca de esos nudos de las raíces que nos han sumido durante veinte días en la perplejidad... ¿eh?

–¿Qué sucede con ellos?

–Son indudablemente conexiones. Conexiones entre los árboles. ¿Correcto? Ahora bien, supongamos, lo cual es realmente improbable, que no sabes nada acerca de la estructura del cerebro animal. Y que te dan una célula para examinarlo. ¿Serías capaz de descubrir lo que era? ¿Podrías saber que la célula es capaz de sentir?

–No, porque no es cierto. Una sola célula es capaz de respuesta mecánica a los estímulos. Nada más. ¿Estás tratando de establecer la hipótesis de que esos individuos arboriformes son las «células» de una especie de cerebro, Mannon?

–No exactamente. No hago más que subrayar que están todos intercomunicados, tanto por esos nudos de las raíces como por los verdes epifitos que tienen en las ramas. Una unión de una complejidad y una extensión física increíbles. Porque incluso la hierba tiene esas conexiones en las raíces, ¿no es cierto? Sé que la sensación o la inteligencia no son una cosa; no se las puede separar o analizar fuera de las células del cerebro. Es una función de las células conectadas. En cierto sentido, es la conexión: la cualidad de conectarse. No existe. No estoy intentando decir que exista. Pero me pregunto si Osden podría ser capaz de describirlo.

Entonces Osden se levantó y comenzó a hablar como si estuviera en trance:

–Sensación sin sentidos. Ciega, sin nervios, sin movimiento. Una cierta irritabilidad, respuesta al tacto. Respuesta al sol, a la luz, al agua y a los elementos químicos que se encuentran en la tierra en torno a las raíces. No es comprensible para una mente animal. Presencia sin mente. Consciencia de ser, sin objeto ni sujeto. Nirvana.

–Entonces, ¿por qué captaste miedo? –preguntó Tomiko en voz baja.

–No lo sé. No puedo ver cómo surge la consciencia de los objetos en los demás: una respuesta imperceptible... Pero durante días hubo una especie de desasosiego. Y luego, cuando caí entre los dos árboles y mi sangre llegó a las

raíces... –el rostro de Osden se cubrió de sudor–. Recibí el miedo, sólo miedo.

–Si tal función existiera –dijo Harfex– no sería capaz de concebir una entidad material, ni de responder a ella. No podría ser consciente de nosotros, como nosotros no lo somos del Infinito.

–El silencio de esas inmensas extensiones me aterroriza –murmuró Tomiko–. Pascal fue consciente del Infinito, mediante el miedo.

–Puede que para el bosque –dijo Mannon– nosotros seamos fuego. Huracanes. Peligro. Para una planta, lo que se mueve rápidamente es peligroso. Los seres sin raíces serían ajenos, terribles. Y si posee mente, parece bastante probable que fuera consciente de la presencia de Osden, cuya propia mente estaba abierta a la conexión con todos los demás en tanto que es consciente de ello, y que cayó de dolor y miedo en ello, realmente dentro de ello. No os extrañe que eso temiera...

–No –dijo Harfex–. ¡No hay ningún ser, ninguna criatura, nadie! Lo más que podía haber es una función...

–No había más que miedo –dijo Osden.

Permanecieron en silencio, y escucharon el silencio del exterior.

–¿Es eso lo que yo sentí todo el tiempo detrás de mí?
–preguntó Jenny Chong.

Osdén asintió.

–Todos lo sentisteis, pese a vuestra sordera. Eskwana ha quedado sin sentido porque posee cierta capacidad empática. Podría emitir si aprendiera a hacerlo, pero es demasiado débil. Nunca será nada más que un médium.

–Escucha, Osden –dijo Tomiko–, tú puedes emitir. Emítele, pues, al bosque, al miedo que hay allí fuera... dile que no vamos a hacerle daño. Puesto que había, o hay, una especie de afecto que se traduce en lo que nosotros sentimos como emoción, ¿no puedes transmitirlo tú a tu vez a eso? Envía un mensaje. Dile que no hacemos daño, que somos amistosos.

–Deberías saber, Haito, que nadie puede emitir un mensaje empático falso. No puedes enviar algo que no existe.

–Pero nosotros no intentamos hacer ningún daño. Somos amistosos.

–¿Lo somos? ¿En el bosque, cuando me recogisteis, os sentíais amistosos?

–No. Aterrorizados. Pero eso es... eso, el bosque, las plantas, no mi propio miedo, ¿no?

–¿Y cuál es la diferencia? Fue todo lo que sentisteis. ¿Te das cuenta –dijo Osden, elevando la voz exasperado– de por qué yo os desagradó y vosotros me desagradáis a mí? ¿Os dais cuenta de que yo retransmito todos los afectos negativos o agresivos que sentís hacia mí desde que me visteis por primera vez? Yo os devuelvo vuestra hostilidad. Lo hago como forma de autodefensa. Como Porlock. Es autodefensa, aunque es la única técnica que he desarrollado para reemplazar mi defensa original de total separación de los demás. Desgraciadamente, ello crea un circuito cerrado, que se mantiene a sí mismo y se refuerza. Vuestra reacción inicial ante mí fue de antipatía instintiva; ahora, claro está, se ha convertido en odio. ¿Podéis haceros cargo de mi punto de vista? La mente del bosque que hay fuera transmite solo terror, y el único mensaje que yo puedo enviarle es terror, ¡porque cuando quedo expuesto a él no puedo sentir otra cosa más que terror!

–Entonces, ¿qué debemos hacer? –preguntó Tomiko.

Y Mannon le respondió apresuradamente:

–Cambiar el campamento a otro continente. Si allí también hay mentes–planta, tardarán en percatarse de nosotros, como ésta ha tardado; o tal vez no se dé cuenta de nuestra presencia en absoluto.

–Sería un alivio –observó Osden ahogadamente.

Los demás habían estado mirándole con una curiosidad nueva. Se había mostrado como era en realidad, y ellos le habían visto: un hombre indefenso cogido en una trampa. Tal vez, como Tomiko, se habían dado cuenta de que la propia trampa, su cruel egotismo, era obra de ellos, no de él. Ellos habían construido la jaula y le habían encerrado dentro, y como un mono enjaulado, les lanzaba su basura por los barrotes. Si al conocerle le hubieran ofrecido confianza, si hubieran sido lo suficientemente fuertes como para ofrecerle amor, ¿qué es lo que hubiera aparecido ante ellos?

Pero ninguno lo había hecho, y ahora era ya demasiado tarde. Si le hubieran dado tiempo, Tomiko podría haber construido con él una lenta resonancia de sentimiento, una consonancia de confianza, una armonía; pero no había tiempo, tenían que hacer su trabajo. No había una habitación lo suficientemente grande para construir una cosa de tal magnitud, y ellos debían hacerlo con simpatía, con piedad, con un pequeño intercambio de amor. No había sucedido. Ella podía ver ahora cómo su rostro se iluminaba con su resentimiento feroz provocado por su curiosidad, tal vez incluso por la piedad que ella le demostraba.

–Vete a descansar. Esa herida está sangrando de nuevo –le dijo ella, y él obedeció.

Al día siguiente guardaron sus cosas, dispusieron el Gum para conducción mecánica y lo condujeron alrededor del Mundo 4470, sobre las tierras rojas y verdes, sobre los abundantes y verdes mares. Habían elegido casi al azar el continente G: toda una pradera, veinte mil kilómetros cuadrados de graminiformes movidas por el viento. En un radio de cientos de kilómetros no había ningún bosque, y no existían árboles o matorrales en la llanura. Las formaciones de plantas no se producían más que en extensas colonias de especies que nunca se entremezclaban, exceptuando algunas saprofitas y otras que se reproducían por esporas. Por la noche el equipo ya había establecido el nuevo campamento. Eskwana dormía aún y Porlock continuaba bajo los efectos de los sedantes, pero los demás estaban bien.

–¡Aquí se puede respirar!, –repetían una y otra vez.

Osden se levantó y se dirigió tembloroso a la salida; allí se apoyó y quedó contemplando la oscura masa de hierba que no era hierba, a la débil luz del amanecer. Flotaba en el ambiente un ligero olor dulzón a polen; no había más sonido que el suave silbido del viento. Su vendada cabeza le dolía un poco. Finalmente todo quedó oscuro y las estrellas no fueron más que ventanas iluminadas en la distante casa del Hombre. El viento había cesado, no había sonido alguno. Entonces escuchó.

En la larga noche, Haito Tomiko escuchaba. Estaba tumbada, escuchando la sangre de sus arterias, la respiración de los que dormían, el sonido del viento, la obscura corriente de las venas, los sueños que avanzaban, la inmensa estática de las estrellas que aumentaba a medida que el Universo moría lentamente, el sonido de la muerte al caminar. Saltó de la cama y huyó de la soledad de su cubículo. Eskwana dormía solo. Porlock soñaba en voz alta pronunciando palabras en su obscura lengua natal. Olleroo y Jenny Chong jugaban a las cartas con el rostro contraído. Poswet To estaba en el nicho de terapia. Asnanifoil dibujaba un mandala, la Tercera Forma de los Mejores. Mannon y Harfex estaban sentados junto a Osden.

Le cambió a Osden los vendajes de la cabeza. Su rojizo cabello, en aquellos lugares en que no había tenido que afeitarlo, parecía extraño. Ahora tenía hebras blancas. Mientras le curaba sus manos temblaban. Nadie había dicho nada todavía.

–¿Cómo es que el miedo está también aquí? –pregunto ella, y su voz sonó falsa en el silencio aterrador de la noche vegetal.

–No son sólo los árboles; las hierbas también...

–Pero nos encontramos a doce mil kilómetros de donde estábamos esta mañana, al otro lado del planeta.

–Es todo una sola cosa –dijo Osden–. Un enorme pensamiento verde. ¿Cuánto tarda un pensamiento en ir de un lado a otro del cerebro?

–Esto no piensa; no está pensando –dijo Harfex, desanimado–. Es simplemente una red de procesos. Las ramas, la vegetación epifítica, las raíces con esas uniones nodales entre los individuos: todos ellos deben de ser capaces de transmitir impulsos electroquímicos. No hay plantas individuales, pues, propiamente hablando. Incluso el polen forma parte de la unión, no cabe duda; una especie de sensación transportada por el viento. Pero no es concebible. Que toda la biosfera de un planeta constituya una red de comunicaciones, sensitiva, irracional, inmortal, aislada...

–Aislada –dijo Osden–. ¡Eso es! Ese es el miedo. No se trata de que nosotros seamos seres con movimiento, o destructores, sino que, sencillamente, somos. Somos otros. Y aquí nunca ha habido nadie.

–Tienes razón –dijo Mannon, casi en un susurro–. No ha tenido observadores. Ni enemigos. Ni más relaciones que consigo mismo. Solo para siempre.

–Entonces, ¿cuál es su función en la supervivencia de las especies?

–Tal vez ninguna –contestó Osden–. ¿Por qué te vuelves teológico, Harfex? ¿No eres un hainishiano? ¿Acaso no es la complejidad la medida del gozo eterno?

Harfex no captó la indirecta. Parecía enfermo.

–Tenemos que abandonar este mundo –dijo.

–Ahora sabréis por qué yo siempre deseaba apartarme de vosotros –dijo Osden con una especie de genialidad morbosa–. No es agradable, es... ¿el miedo de los otros...? Si hubiera una inteligencia animal... Puedo comunicarme con los animales. Lo he hecho con cobras y tigres; su inteligencia superior es una ventaja. Debí haber sido seleccionado para un zoo, no para formar parte de un equipo humano. ¡Si pudiera conectar con esas malditas y estúpidas patatas! Si no fuera todo tan aplastante... Captaría algo más que el miedo, ¿sabéis? Antes de que el pánico me invadiera sentí... una gran serenidad. Entonces no me di cuenta de toda su magnitud. Captar toda la luz del día y toda la noche. Todos los vientos y los períodos de calma. Las estrellas de invierno y las de verano al mismo tiempo. Tener raíces y no enemigos. Ser una totalidad. ¿No comprendéis? Nada de invasiones. Nada de otros. Ser un todo...

Tomiko pensó que antes nunca había hablado.

–Estás indefenso contra eso, Osden –dijo ella–. Tu personalidad ya ha cambiado. Eres vulnerable a ello. Puede

que nosotros no nos volvamos locos, pero tú sí, si no nos vamos de aquí.

Él vaciló, luego miró a Tomiko; era la primera vez que la miraba a los ojos con una mirada prolongada, clara como el agua.

–¿Es que la salud mental me ha hecho algún bien alguna vez? –dijo él en tono de burla–. Pero tienes algo de razón, Haito.

–Deberíamos irnos –murmuró Harfex.

–Si me adentro en ello –musitó Osden–, ¿podría comunicarme?

–Por «adentrarte» –dijo Mannon con una voz rápida y nerviosa– supongo que quieres decir dejar de reenviar la información empática que recibes de la entidad–planeta: dejar de rechazar el miedo y absorberlo. Lo cual te mataría en un momento o te conduciría de nuevo a un aislamiento psicológico total, al autismo.

–¿Y qué? –dijo Osden–. Su mensaje es rechazo. Pero mi salvación es rechazo. Eso no es inteligente, pero yo sí.

–Eso es erróneo. ¿Qué puede un solo cerebro humano contra algo tan extenso?

–Un único cerebro humano puede percibir un modelo a escala de estrellas y galaxias –dijo Tomiko–, y lo interpreta como Amor.

Mannon les miraba alternativamente a uno y a otra; Harfex permanecía en silencio.

–Sería mejor en el bosque –dijo Osden–. ¿Quién de vosotros quiere llevarme allí?

–¿Cuándo?

–Ahora. Antes de que os vengáis abajo u os volváis violentos.

–Lo haré yo –dijo Tomiko.

–Ninguno de nosotros lo hará –dijo Harfex.

–Yo no puedo –dijo Mannon–. Estoy... estoy demasiado asustado. Estrellaría el aparato.

–Me llevaré a Eskwana. Si puedo llevar esto adelante, él me servirá de médium.

–¿Aceptas el plan de Sensor, Coordinador? –preguntó Harfex.

–Sí.

–Yo lo desapruebo. Sin embargo, iré contigo.

–Creo que nos vemos impulsados a ello, Harfex –dijo Tomiko, mirando a Osden a la cara, la fea máscara blanca transfigurada, anhelante como la cara de un amante.

Olleroo y Jenny Chong estaban jugando a las cartas para apartar sus pensamientos de sus camas encantadas, de su miedo en aumento, charlando como niños asustados.

–Esa cosa está en el bosque, va a venir a llevarte...

–¿Asustadas de la obscuridad? –se burló Osden.

–Pero mira a Eskwana, y a Porlock, e incluso a Asnanifoil...

–No puede haceros daño. Es un impulso que pasa a través de las sinapsis, el viento que pasa a través de las ramas. No es más que una pesadilla.

Despegaron en un helijet. Eskwana iba, todavía dormido, en el departamento posterior. Tomiko pilotaba. Harfex y Osden miraban en silencio la oscura línea del bosque al fondo de la llanura.

Se acercaron a la línea oscura, la cruzaron; ahora la obscuridad estaba bajo ellos.

Ella buscó un lugar donde aterrizar, mientras volaba bajo, luchando contra su imperioso impulso de volar muy alto, de escapar. La profunda vitalidad del mundo-planta era mucho más fuerte allí, en el bosque, y su pánico les golpeaba en inmensas oleadas oscuras. Frente a ellos apareció un

pálido sendero y una pequeña elevación desnuda que sobresalía encima de la más alta de las oscuras sombras que la rodeaban; los no-árboles, las raíces; las partes del todo. Hizo un mal aterrizaje. Sus manos se apoyaban húmedas sobre los mandos, como si las hubiera Introducido en un líquido frío.

En torno a ellos se elevaba ahora el bosque, negro en la oscuridad.

Tomiko se acurrucó y cerró los ojos. Eskwana se removió en su sueño. La respiración de Harfex se hizo rápida y profunda y permaneció sentado, rígido, incluso después de que Osden abriera la puerta.

Osden se levantó. Apenas se le veía la espalda y la vendada cabeza a la tenue luz del panel de mandos mientras se dirigía a la salida.

Tomiko estaba temblando. No podía levantar la cabeza.

–No, no, no, no, no, no, no –repetía en un susurro–. No. No. No.

Silenciosamente, Osden se movió, atravesó la puerta y se sumergió en la oscuridad. Se había ido.

«¡Estoy llegando!», dijo una gran voz sin sonido.

Tomiko lanzó un grito. Harfex tosió; parecía estar intentando levantarse, pero no lo hacía.

Tomiko se refugió en sí misma, en el centro de su ser; y fuera no había nada más que el miedo.

Cesó.

Levantó la cabeza; lentamente separó las manos. Se irguió. La noche era oscura y las estrellas brillaban sobre el bosque. No había nada más.

–Osden –dijo ella, pero nadie le respondió.

Volvió a hablar, más alto, mucho más alto. No hubo respuesta.

Comenzó a darse cuenta de que a Harfex le pasaba algo. Intentó encontrar su cabeza en medio de la oscuridad, porque el hombre se había deslizado de su asiento, cuando de repente, en la quietud mortal, en el oscuro compartimiento posterior, una voz dijo: «Bueno.»

Era la voz de Eskwana. Ella encendió las luces interiores y vio que el Ingeniero yacía acurrucado y dormido, con la mano sobre la boca.

La boca se abrió y habló.

–Todo bien –dijo.

–Osden...

–Todo va bien –dijo la suave voz procedente de la boca de Eskwana.

–¿Dónde estás?

Silencio.

–Regresa.

Empezaba a soplar el viento.

–Voy a quedarme aquí –dijo la suave voz–. Tú no puedes quedarte...

Silencio.

–¡Te quedarás solo, Osdén!

–Escucha –la voz se había hecho más ligera, como si se perdiera en el sonido del viento–. Escucha. Te aprecio.

Ella le llamó, pero no hubo respuesta. Eskwana seguía tumbado. Harfex también.

–¡Osdén! –gritó ella, asomándose a la puerta, al oscuro silencio del bosque–. Volveré. Debo llevar a Harfex a la base. ¡Volveré, Osdén!

Silencio y el agitar de las hojas por el viento.

Acabaron la investigación prescrita del Mundo 4470, los ocho; les llevó cuarenta y un días más. Al principio, Asnanifoil y una de las mujeres iban al bosque diariamente, en busca de Osdén, pero Tomiko no estaba muy segura de cuál era exactamente la región en la que aterrizaron aquella noche de terror. Dejaron alimentos para Osdén, comida suficiente para cincuenta años, ropa, tiendas, instrumentos.

No buscaron más; no había modo de encontrar a un hombre solo, si éste deseaba esconderse, en aquellos innumerables laberintos y oscuros corredores vegetales. Podían haber pasado junto a él y no haberle visto.

Pero sabían que estaba allí, porque ya no existía el miedo.

Racional, y valorando la razón mucho más después de aquella intolerable experiencia, Tomiko intentaba comprender racionalmente lo que Osdén había hecho. Pero las palabras escapaban a su control. Él había metido el miedo dentro de sí, y al aceptarlo lo había trascendido. Había entregado su yo a lo ajeno, en donde no cabía el mal. Él había aprendido a amar al Otro, y por eso había entregado todo su yo. Pero ése no era el vocabulario de la razón.

Las personas del equipo de investigación caminaban bajo los árboles, a través de las extensas colonias de vida, rodeados por un silencio aterrador, una calma total que era semiconsciente de su presencia y totalmente indiferente a ella. Allí no había horas. La distancia no importaba. Había mundo suficiente, y tiempo... El planeta giraba entre la luz del sol y la gran obscuridad; vientos de invierno y de verano soplaron, llevando el pálido polen sobre los océanos tranquilos.

La Gum volvió después de muchas investigaciones, años y años luz, a lo que hacía algunos siglos había sido Smeming Port, en Pesm. Aún había hombres allí para recibir

(incrédulos) los informes del equipo y registrar sus pérdidas: la del Biólogo Harfex, muerto de miedo, y la del Sensor Osden, que se había quedado como colono.

LAS ESTRELLAS EN LA ROCA

El concepto popular de ciencia ficción, creo, es el de una historia que toma algún posible o imposible artefacto tecnológico del futuro –Soylent Green, la máquina del tiempo, el submarino– y lo pone patas arriba. Existen, desde luego, relatos de ciencia ficción que hacen exactamente esto, pero el definir la ciencia ficción según esos relatos es un poco como definir los Estados Unidos según Kansas.

Cuando escribí Las estrellas en la roca, creía saber lo que estaba haciendo. Como en el relato The masters, contaba una historia no sobre un artilugio ni sobre una hipótesis, sino sobre la ciencia misma, sobre la idea de la ciencia. Y sobre lo que le ocurre a esta idea cuando se encuentra con ideas totalmente

opuestas y muy poderosas, representadas por el gobierno, como en el siglo diecisiete, cuando la astronomía chocó con las ideas del Papa, o en los años treinta, cuando la genética chocó con las ideas de Stalin. Pero a todo esto le había dado yo la forma de psicomito, un relato fuera del tiempo real, pasado o futuro, en parte para generalizarla y en parte porque yo usaba también la ciencia como un sinónimo del arte. ¿Qué le ocurre a la mente creativa cuando se ve obligada a ocultarse?

Ésta era la cuestión, y yo creía conocer mi respuesta. Todo parecía claro: una simple alegoría. Pero no es tan fácil explorar las regiones clandestinas. Los símbolos que se creía que eran simples equivalencias, signos, toman vida y adquieren significados que el autor no buscaba y que no puede explicar. Mucho tiempo después de escribir el relato, encontré un pasaje en Sobre la naturaleza de la psique, de Jung: “Haríamos bien en pensar en la conciencia del yo como rodeada por una multitud de pequeñas luminosidades (...) Intuiciones introspectivas (...) captan el estado del inconsciente: los cielos estrellados, estrellas reflejadas en el agua obscura, pepitas de oro o arena de oro esparcida por la tierra negra”. Y Jung cita de un alquimista: “Seminate aurum in terram albam foliatam”, el

precioso metal esparcido por las capas de blanca arcilla.

Tal vez este relato no habla de la ciencia, ni del arte, sino de la mente, de mi mente, de cualquier mente que se vuelve hacia sí misma.

La casa y las construcciones anexas, todas ellas de madera, ardieron rápidamente, pero la cúpula, que era de yeso y ladrillo, no ardió. Después, los hombres amontonaron los restos de los telescopios, instrumentos, libros, mapas y dibujos, en mitad del suelo, debajo de la cúpula, vertieron aceite encima y les prendieron fuego. Las llamas se extendieron a las vigas que sostenían el telescopio grande, y a los mecanismos de relojería. Los aldeanos que contemplaban el espectáculo desde el pie de la colina vieron cómo la cúpula, blanquecina contra el cielo verde del atardecer, se estremecía y giraba, primero en un sentido y luego en otro, mientras de la hendidura alargada surgía un humo negro y amarillo lleno de chispas: una visión fea y extraña.

Obscurecía; al este aparecían las estrellas. Alguien gritó unas órdenes. Los soldados bajaron por el camino en fila india, en silencio, hombres oscuros con arneses oscuros.

Los aldeanos se quedaron donde estaban hasta después de que se hubieran marchado los soldados.

En una vida sin cambios y sin amplitud, un incendio equivale a un festival. No subieron a la colina, y, a medida que anochecía, se fueron apiñando. Después, empezaron a regresar a sus pueblos. Algunos volvían la cabeza para mirar la colina, donde nada se movía. Las estrellas giraban lentamente detrás de la negra colmena de la cúpula. Pero ésta no giraba para seguir las.

Una hora antes del amanecer, un hombre subió a caballo por el empinado zigzag, desmontó junto a las ruinas de los talleres y se acercó a pie a la cúpula. La puerta había sido derribada. Por la abertura se veía una neblina rojiza de luz, muy tenue, procedente de una gran viga que había caído y que había ardido en rescoldo durante toda la noche. Debajo de la cúpula, espesaba el aire un humo acre e inmóvil. Allí se movía una figura alta. A veces se inclinaba, o se detenía, y después seguía avanzando torpe y lentamente.

–¡Guennar! ¡Maestro Guennar! –llamó el recién llegado.

El otro se quedó inmóvil, mirando la puerta. Acababa de recoger algo de entre la confusión de restos medio quemados que había en el suelo. Con un gesto mecánico, se guardó el objeto en el bolsillo del abrigo, sin dejar de mirar la puerta. Fue hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos, y casi cerrados de tan hinchados; su respiración era difícil y

entrecortada; tenía el pelo y las ropas chamuscados y embadurnados de negra ceniza.

–¿Dónde estabais, maestro?

El hombre señaló vagamente al suelo.

–¿Hay un sótano? ¿Estabais ahí durante el incendio? ¡Dios mío! Yo lo sabía, sabía que estaríais aquí –Bord se rió, algo histéricamente, y tomó a Guennar por el brazo–. Venid, salid de aquí, por el amor de Dios. Está empezando a amanecer.

El astrónomo lo acompañó de mala gana, no mirando la luz gris del amanecer sino volviendo la cabeza para mirar la hendidura de la cúpula, en la que ardían algunas estrellas. Bord le obligó a salir, le hizo montar el caballo, y después, con la brida en la mano, echó a andar colina abajo llevando el caballo a paso rápido.

El astrónomo se apoyaba con una mano en la silla de montar. La otra mano, que se había quemado en la palma y los dedos al recoger un objeto de metal que estaba aún al rojo vivo, bajo una capa de ceniza, la llevaba apretada contra el muslo. No se daba cuenta de esto, ni del dolor. De vez en cuando, sus sentidos le decían: «Voy a caballo», o bien «Está amaneciendo», pero aquellos mensajes fragmentarios no tenían sentido para él. Se estremeció de frío cuando se levantó el viento del amanecer, que hacía susurrar los oscuros bosques junto a los cuales pasaban ahora los dos

hombres y el caballo, por un profundo sendero envuelto en cardenchas y brezos; pero los bosques, el viento, el cielo que clareaba, el frío, estaban muy lejos de su mente, en la que no había otra cosa que obscuridad, mezclada con la fetidez y el calor del incendio.

Bord le hizo desmontar. Ahora los rodeaba la luz del Sol, que daba sombras alargadas a las rocas por encima del lecho de un río. Había allí un lugar oscuro, y Bord lo apremió para que se dirigiese a él. Aquel lugar no era caluroso y cerrado, sino frío y silencioso.

Tan pronto como Bord le permitió detenerse, se dejó caer al suelo, pues las rodillas no le sostenían, y sintió la fría roca contra las manos quemadas y doloridas.

–Aquí, bajo tierra, podéis ocultaros –dijo Bord, echando una mirada a los veteados muros, marcados por las cicatrices de los picos de los mineros, a la luz de su linterna–. Yo volveré; cuando haya oscurecido, quizá. No salgáis. No vayáis más adentro. Esto es la antigua entrada de una mina; ahora ya no trabajan por esta parte. En esos antiguos túneles puede haber derrumbamientos y otros peligros. ¡No salgáis! ¡No os dejéis ver! Cuando esa jauría se haya calmado, os haremos cruzar la frontera.

Bord se marchó. Mucho rato después de que se hubiese apagado el sonido de sus pisadas, el astrónomo levantó la cabeza y miró a su alrededor, las oscuras paredes y la

pequeña vela encendida. La apagó. Le envolvió entonces la obscuridad, silenciosa y total, y el olor de la tierra. Vio sombras verdes, formas de color ocre que se movían por la negrura, que se fueron disipando. Aquella negrura opaca y fría era un bálsamo para sus ojos inflamados y doloridos, y para su mente.

Si pensó algo, sentado en aquella obscuridad, sus pensamientos no encontraron palabras. Estaba febril por el agotamiento, por el humo que había respirado y por algunas heridas leves, y su mente estaba alterada; pero quizá los procesos de su mente, aun en los momentos de lucidez y serenidad, no habían sido nunca normales. No es normal que un hombre se pase veinte años puliendo lentes, construyendo telescopios, observando las estrellas, haciendo cálculos, listas y mapas de cosas que nadie conoce y que a nadie interesan, cosas que no se pueden alcanzar ni tocar. Y ahora todo aquello a lo que había dedicado su vida había desaparecido, había ardido. Lo que quedaba de él podía muy bien estar enterrado, como de hecho lo estaba.

Pero esta idea de estar enterrado no se le ocurrió. Sólo tenía conciencia, agudamente, de una gran carga de cólera y dolor, una carga que no estaba preparado para llevar. Le aplastaba la mente, la razón. Y la obscuridad que reinaba en aquel lugar parecía aligerar aquella carga. Él estaba acostumbrado a la obscuridad, pues había vivido de noche.

En aquel lugar, el único peso era la roca, la tierra. Ningún granito es tan duro como el odio, y ninguna arcilla es tan fría como la crueldad. Le envolvía la negra inocencia de la Tierra. Se tumbó dentro de aquella oscuridad, temblando un poco a causa del dolor y del alivio que sentía en el dolor, y se quedó dormido.

Le despertó una luz. Allí estaba el conde Bord, encendiendo la vela con pedernal y eslabón. El rostro de Bord aparecía animado en aquella luz: el color subido y los ojos azules del cazador entusiasta, la boca roja, sensual y obstinada.

–Os están buscando –decía–. Saben que habéis escapado.

–¿Por qué...? –dijo el astrónomo; su voz era débil; su garganta, al igual que sus ojos, estaba aún irritada por el humo–. ¿Por qué me persiguen?

–¿Que por qué os persiguen? ¿Necesitáis que os lo diga? ¡Os buscan para quemaros vivo, hombre de Dios! ¡Por hereje!

Los ojos azules de Bord le miraban, furiosos, desde el otro lado de la quieta luz de la vela.

–Pero si todo lo que he hecho está destruido, quemado...

–Sí, pero ellos quieren su presa. Aunque yo no dejaré que os atrapen.

Los ojos del astrónomo, claros y separados, se encontraron con los del conde y le miraron fijamente.

–¿Por qué hacéis esto, conde?

–Vos creéis que soy un estúpido –dijo Bord con una sonrisa que no era una sonrisa, sino la sonrisa de un lobo, la sonrisa del perseguido y del cazador–. Y lo soy. Fui un estúpido cuando os advertí del peligro, porque no me hicisteis caso. Fui un estúpido al escucharos. Pero me gustaba escucharos. Me gustaba oírlos hablar de las estrellas, del curso de los planetas, del principio y el fin de los tiempos. Nadie me había hablado nunca de otra cosa que del maíz de sembrar y del estiércol de vaca. ¿Comprendéis? Además, no me gustan los soldados ni los forasteros, ni los juicios ni las ejecuciones. Vuestra verdad, la verdad de ellos, ¿qué sé yo de la verdad? ¿Soy acaso un maestro? ¿Conozco el curso de las estrellas? Quizá vos lo conocéis. Quizá lo conocen ellos. Yo sólo sé que vos os habéis sentado a mi mesa y me habéis hablado. ¿Debo presenciar cómo os llevan a la hoguera? Es el fuego de Dios, dicen ellos; pero vos me habéis dicho que las hogueras de Dios son las estrellas. ¿Por qué me hacéis esta pregunta? ¿Por qué le hacéis a un estúpido una pregunta estúpida?

–Perdonadme –dijo el astrónomo.

–¿Qué sabéis vos de los hombres? –preguntó el conde–. Creíais que ellos os dejarían trabajar en paz. Y creíais que yo

os dejaría ir a la hoguera –miró a Guennar a través de la luz de la vela, sonriendo como un lobo, pero en sus ojos azules había un destello de verdadera hilaridad–. Yo vivo en la Tierra, ¿sabéis?, no allá arriba, entre las estrellas...

Había traído un yesquero y tres velas de sebo, una botella de agua, un pedazo de torta de guisantes y una bolsa de pan. No tardó en marcharse, y advirtió otra vez al astrónomo que no se aventurase fuera de la mina.

Cuando Guennar volvió a despertarse, le preocupó una cosa extraña de su situación. No era algo que hubiese preocupado a la mayoría de las personas, caso de encontrarse ocultas en un agujero para salvar la piel, pero a él le resultaba angustiada: no sabía la hora que era.

No eran los relojes lo que echaba en falta, el dulce tañido de las campanas de las iglesias de los pueblos que llamaban a oración por la mañana y por la tarde, la delicada y deliberada exactitud de los relojes que usaba en su observatorio, a cuya exquisita precisión se debían tantos de sus descubrimientos; no eran los relojes lo que echaba en falta, sino el gran reloj.

Sin ver el cielo, no se puede percibir la rotación de la Tierra. Todos los procesos del tiempo, el luminoso arco del Sol y las fases de la Luna, la danza del planeta, el girar de las

constelaciones en torno a la estrella polar, el girar más amplio de las estaciones de las estrellas, todo esto estaba perdido, la urdimbre sobre la que estaba tejida su vida.

En aquel lugar no existía el tiempo.

–Oh, Dios mío –rezó el astrónomo Guennar en aquella obscuridad subterránea–, ¿cómo puede ofenderos que se os alabe? Todo lo que yo vi con mis telescopios era una chispa de vuestra gloria, un pequeño fragmento del orden de vuestra creación. ¡Esto no podía ofenderos, Señor! Y, aun así, eran bien pocos los que me creían. ¿Ha sido por mi arrogancia al atreverme a describir vuestras obras? Pero, ¿cómo podía evitarlo, Señor, cuando vos me permitíais ver aquellos inacabables campos de estrellas? ¿Cómo podía ver aquello y permanecer en silencio? Oh, Dios mío, no me castigéis más; permitidme reconstruir el telescopio pequeño. No hablaré, no publicaré, si ello molesta a vuestra santa Iglesia. No diré nada más sobre la órbita de los planetas, sobre la naturaleza de las estrellas. ¡No hablaré, Señor, pero dejadme ver!

–Por todos los demonios, callaos, maestro Guennar. Se os oye desde la entrada del túnel –dijo Bord, y el astrónomo abrió los ojos, deslumbrado por la linterna–. Os siguen buscando. Ahora dicen que sois un nigromante. Juran que, cuando llegaron a vuestra casa, os vieron allí durmiendo, y

que atrancaron las puertas; y ahora no encuentran huesos entre las cenizas.

–Estaba durmiendo –explicó Guennar, cubriéndose los ojos–. Llegaron los soldados... Habría debido haceros caso. Me fui al pasillo que hay debajo de la cúpula. Dejé un pasillo para poder acercarme a la chimenea durante las noches frías; a veces se me entumecen los dedos, y tengo que bajar a calentarme las manos –extendió sus manos ennegrecidas, cubiertas de ampollas, y las miró vagamente–. Y entonces les oí encima de mí...

–Aquí tenéis algo más de comida. Qué demonio, ¿no habéis comido nada?

–¿Cuánto tiempo ha pasado?

–Una noche y un día. Ahora es de noche. Y llueve. Escuchad, maestro: en este momento se alojan en mi casa dos de esos perros negros. Son emisarios del Consejo, y no he tenido otro remedio que ofrecerles hospitalidad. Éste es mi condado, ellos están aquí, yo soy el conde. Me resultará difícil volver aquí. Y no quiero enviaros a ninguno de mis hombres. ¿Qué ocurriría si los sacerdotes les preguntasen: «¿Sabéis dónde está? ¿Juráis por Dios que no sabéis dónde está?» Es mejor que no lo sepan. Yo vendré cuando pueda. ¿Estáis bien aquí? ¿Os quedaréis aquí? Yo os acompañaré a la frontera cuando se hayan marchado los soldados. Ahora son como moscas. Y no habléis en voz alta. Podrían buscaros

en estos viejos túneles, Deberíais ir más adentro. Yo volveré. Quedad con Dios, maestro.

–Id con Dios, conde.

Vio el color de los ojos azules de Bord, el salto de las sombras por el rugoso techo cuando él tomó la linterna y dio media vuelta. La luz y el color murieron cuando Bord, cerca de la salida, apagó la linterna, Guennar le oyó tropezar y maldecir mientras avanzaba a tientas.

Guennar encendió una de las velas y comió y bebió un poco, empezando por el pan más seco, y tomando un pedazo de la reseca costra de la torta de guisantes. Esta vez, Bord le había traído tres hogazas y algo de carne salada, dos velas más y un segundo odre de agua, y una gruesa capa de lana basta. Guennar no tenía frío. Llevaba el abrigo que se ponía siempre en las noches frías en el observatorio, y con el que muchas veces dormía, cuando se metía en la cama, tambaleándose por el cansancio, al amanecer. Era de buena piel de cordero, y estaba muy sucio y chamuscado a raíz del incendio, pero era tan cálido como siempre, y a Guennar le resultaba tan familiar como su propia piel. Con el abrigo puesto se sentó a comer, mirando, a través de la esfera de la débil luz amarilla de la vela, la obscuridad del túnel que tenía ante sí. Recordaba las palabras de Bord: «Deberíais ir más adentro». Cuando hubo acabado de comer, envolvió las provisiones en la capa, tomó el fardo en una mano y la vela

encendida en la otra, y echó a andar por el túnel lateral y después por la bocamina, hacia abajo y hacia adentro.

Después de unos cientos de pasos, llegó a un túnel transversal más grande, del que partían muchos filones cortos y algunas estancias grandes o bancadas. Torció a la izquierda, y llegó a una gran bancada de tres niveles. Entró en ella. El nivel más alejado estaba sólo a cinco pies del techo, el cual estaba aún bien entibado con postes y vigas. En una esquina del nivel inferior, detrás de un ángulo de intrusión de cuarzo que los mineros habían dejado sobresaliendo para que hiciese de contrafuerte, estableció Guennar su nuevo campamento, colocando la comida, el agua, el yesquero y las velas donde pudiese encontrarlos fácilmente en la obscuridad, y extendiendo la capa, a modo de colchón, en el suelo, que era de una arcilla dura y cascajosa. Después apagó la vela, que estaba ya consumida en una cuarta parte, y se tumbó en la obscuridad.

Después de haber vuelto tres veces a aquel primer túnel lateral, sin haber encontrado indicios de que Bord hubiese venido otra vez, regresó a su campamento y miró sus provisiones. Le quedaban dos hogazas, media botella de agua y la carne salada, que aún no había tocado, y cuatro velas. Calculó que debían de haber pasado seis días desde la última visita de Bord, pero habrían podido ser tres, u ocho.

Tenía sed, pero no se atrevía a beber mientras no tuviese otra provisión de agua.

Se puso en marcha para encontrar agua.

Al principio, contó los pasos. A los ciento veinte pasos, vio que el entibado del túnel estaba torcido, y que había puntos en los que el relleno de grava se había roto y había caído en el suelo del túnel. Llegó a un pozo ciego, un pozo de chimenea, por el que le fue fácil bajar gateando por lo que quedaba de la escalera de madera, pero después, en el nivel bajo, se olvidó de contar los pasos. Pasó junto a un mango de pico, roto; y más adelante vio una lámpara de minero abandonada, con un cabo de vela metido aún en la cavidad de la frente. Se guardó el cabo de vela en el bolsillo del abrigo y siguió adelante.

La monotonía de los muros de piedra cortada y de entablado de madera embotaba su mente. Seguía avanzando, como quien está dispuesto a caminar eternamente. La oscuridad le seguía y le precedía.

La vela, que se consumía, le derramó en los dedos unas gotas de sebo caliente, quemándole. Él la dejó caer, y la vela se apagó.

La buscó a tientas en la súbita oscuridad, asqueado por la fetidez de su humo, levantando la cabeza para evitar aquel

hedor a quemado. Delante de él, en línea recta, a lo lejos, veía las estrellas.

Diminutas, luminosas, remotas, atrapadas en una estrecha abertura parecida a la abertura de la cúpula del observatorio: una zona alargada de estrellas en la oscuridad.

Se puso en pie, olvidándose de la vela, y echó a correr hacia las estrellas.

Las estrellas se movieron y bailaron, como lo hacían en el campo de visión del telescopio cuando se estremecía el mecanismo de relojería o cuando el astrónomo tenía los ojos muy cansados. Bailaron y se volvieron más luminosas.

Él llegó a donde estaban, y ellas le hablaron.

Las llamas proyectaron extrañas sombras en las caras ennegrecidas, y sacaban extraños brillos de los ojos vivos y luminosos.

–¡Eh! ¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Hanno?

–¿Qué estabas haciendo en esa galería, compañero?

–¡Eh! ¿Quién anda ahí?

–¿Quién demonios anda ahí? ¡Detente!

–¡Eh, compañero! ¡Espera!

Guennar corrió ciegamente hacia la oscuridad, hacia el lugar del que venía. Las luces le siguieron, y él persiguió su

propia sombra, tenue y enorme, túnel abajo. Cuando la sombra fue tragada por la oscuridad de antes y volvió el silencio de antes, siguió avanzando a tientas, agachándose y buscando el camino con las manos, de modo que avanzaba a cuatro patas o bien con los dos pies y una mano. Después se dejó caer en el suelo y se quedó agazapado contra la pared, con el pecho lleno de fuego.

Silencio, oscuridad.

Encontró el cabo de vela en la palmatoria de estaño que llevaba en el bolsillo, lo encendió con el pedernal y el eslabón, y a su luz encontró el pozo vertical, a menos de cincuenta pies de donde se había detenido. Volvió a su campamento. Allí durmió. Cuando despertó, comió, y bebió la última agua que le quedaba; decidió levantarse e ir otra vez a buscar agua; pero se quedó dormido, o aletargado, y soñó que le hablaba una voz.

–Aquí estás. Muy bien. No tengas miedo; no te haré ningún daño. Ya decía yo que no era ningún gnomo. ¿Quién ha oído hablar nunca de un gnomo que sea tan alto como un hombre? ¿O quién ha visto nunca a uno, alto o bajo? «Los gnomos son lo que no se ve, compañeros –les he dicho–. Y lo que hemos visto era un hombre, creedme.» «¿Qué está haciendo en la mina? –han dicho ellos–, y ¿qué haremos si es un fantasma, uno de los amigos que quedaron atrapados cuando se rompió el depósito de agua en la vieja bocamina

del sur?» «Pues bien –les he dicho yo–, voy a ver. No he visto nunca un fantasma, a pesar de lo mucho que he oído hablar de ellos. No quiero ver lo que no debe ser visto, como los gnomos, pero, ¿qué mal hay en volver a ver a Temon, o al viejo Trip? ¿Acaso no les he visto en sueños, de todos modos, en los túneles, trabajando y con la cara sudorosa, igual que cuando vivían? ¿Por qué no?» Y por esto he venido. Pero tú no eres un fantasma, ni tampoco un minero. Podrías ser un desertor, o un ladrón. ¿O es que has perdido el juicio, pobre hombre? No tengas miedo. Escóndete si quieres. A mí no me importa. Aquí abajo hay sitio para ti y para mí. ¿Por qué te escondes de la luz del Sol?

–Los soldados...

–Ya me lo parecía.

Cuando el minero asintió, con un gesto de la cabeza, la vela que llevaba sujeta a la frente proyectó al techo de la bancada una luz que saltaba. Se agachó a unos diez pies de Guennar, dejando colgar las manos entre las rodillas. Llevaba colgando del cinturón un manojito de velas y el pico, una herramienta bien hecha y de mango corto. Su cara y su cuerpo, debajo de la inquieta estrella de la vela, eran toscas sombras de color de tierra.

–Déjame quedarme aquí...

–¡Quédate, claro! ¿Acaso es mía la mina? ¿Por dónde has entrado, por la vieja galería que da al río? Has tenido suerte al encontrarla, y también ha sido una suerte que vinieses hacia aquí desde el cruce, en lugar de ir hacia el este. Por allí, este nivel lleva a las cuevas. Allí hay unas cuevas muy grandes, ¿lo sabías? No lo sabe nadie más que los mineros. Abrieron esas cuevas antes de que yo naciese, siguiendo el antiguo filón que había allí, en dirección al Sol. Las vi una vez, cuando me llevó mi padre. «Tienes que ver aquello aunque sólo sea una vez –me dijo–. Tienes que ver el Mundo que hay debajo del Mundo.» Y vi una cueva que parecía no tener fin. Una caverna grande y alta como el cielo, y un arroyo negro que corría por ella, que llegaba hasta más allá de lo que alcanzaba la luz de la vela. Hacía un ruido como un susurro sin fin que saliera de la oscuridad. Y más allá de aquella cueva, y debajo de ella, había otras. Quizá hay un número infinito de ellas. ¿Quién sabe? Están unas encima de otras, y todas brillan por el cristal de roca. Por allí, todo es piedra estéril. Y esta parte de aquí está agotada, hace años. El agujero que has escogido es bastante seguro, compañero, si no hubieses salido y tropezado con nosotros. ¿Qué buscabas? ¿Comida? ¿Una cara humana?

–Agua.

–No es agua lo que falta por aquí. Ven, te enseñaré dónde está. Aquí debajo, en el otro nivel, hay muchas fuentes. Has

tomado una dirección que no es. Yo trabajaba allá abajo, metido hasta las rodillas en la maldita agua fría, antes de que se agotase la veta. Hace mucho tiempo. Ven.

El viejo minero le dejó en su campamento, después de mostrarle dónde nacía la fuente y de advertirle que no siguiese el curso del agua, pues el entibado debía de estar podrido y una pisada o un ruido podía dar lugar a un desprendimiento. Allá abajo, todas las vigas estaban cubiertas de una gruesa y centelleante piel blanca, salitre quizá, o un hongo: era algo muy extraño, por encima del agua aceitosa. Cuando se quedó solo, Guennar pensó que había soñado con aquel túnel blanco lleno de agua negra, y con la visita del minero. Cuando vio un destello de luz en el túnel, a lo lejos, se agazapó detrás del puntal de cuarzo con un gran trozo de granito en la mano, pues todo su miedo, su cólera y su dolor se habían reducido a una sola cosa allí en la oscuridad, se habían convertido en la decisión de que nadie le pondría las manos encima. Era una determinación ciega, roma y pesada como una piedra rota, pesada en su alma.

Pero no era más que el viejo minero, que le traía un pedazo de queso seco.

Se sentó con el astrónomo, y le habló. Guennar se comió todo el queso, pues no le quedaba ningún otro alimento, y

escuchó cómo hablaba el minero. Mientras escuchaba, le pareció que se aligeraba un poco el peso que oprimía su alma, le pareció ver un poco más lejos en la obscuridad.

–Tú no eres un soldado corriente –dijo el minero.

–No, he sido estudiante –respondió él.

Pero no le dijo nada más, pues no se atrevía a decirle al minero quién era. El minero sabía todas las cosas que habían ocurrido en la región; le habló del incendio de la Casa Redonda de la colina, y del conde Bord.

–Esos soldados vestidos de negro se lo llevaron a la ciudad, para que lo juzgaran, según dicen, para que compareciese ante el Consejo. ¿Por qué han de juzgarle? ¿Qué ha hecho el conde sino cazar osos, ciervos y zorros? ¿Le va a juzgar un consejo de zorros, acaso? ¿Qué significa todo este espiar, esos soldados, esos incendios y juicios? Más les valdría dejar en paz a la gente honrada. El conde era un hombre honrado, tan honrado como puede serlo un rico, y era justo con sus siervos. Pero toda esa gente, los señores, no son de fiar. Sólo aquí abajo hay gente de fiar, los hombres que bajan a la mina. ¿Qué otra cosa tiene un hombre aquí abajo sino sus manos y las manos de sus compañeros? ¿Qué hay entre él y la muerte, cuando hay un desprendimiento o cuando se cierra un pozo ciego y él se queda atrapado sino las manos de sus amigos, sus palas y su voluntad de sacarle? No habría plata allá arriba, al Sol, si no hubiese confianza entre

nosotros aquí abajo, en la obscuridad. Aquí abajo uno puede contar con sus compañeros. Y aquí no baja nadie más que ellos. ¿Puedes imaginarte al dueño de la mina, con sus encajes, o a los soldados, bajando y bajando por el pozo de chimenea hacia la obscuridad? ¡No bajarían aquí por nada del Mundo! Ellos son muy valientes para pasearse por allá arriba, pero, ¿de qué servirían sus espadas y sus gritos en esta obscuridad? Aquí abajo me gustaría verles un día...

Cuando volvió le acompañaba otro hombre, y le traían una lámpara y un jarro de aceite, algo más de queso, pan y unas manzanas.

–Ha sido Hanno quien ha pensado en la lámpara –explicó el viejo–. La mecha es de cáñamo; si se apaga, sopla fuerte y puede que se encienda otra vez. Y aquí tienes una docena de velas. Las ha birlado el joven Per, allá arriba.

–¿Saben todos que estoy aquí?

–Sólo nosotros –respondió el minero–. Ellos no.

Uno o dos días después, Guennar volvió a recorrer el nivel inferior que había recorrido antes, en dirección al oeste, hasta que vio las velas de los mineros danzar como estrellas; y fue a la bancada. Los hombres compartieron con él su comida. Le mostraron la mina, las bombas y el gran pozo donde estaban las escaleras y las poleas con los cubos; él se apartó del pozo, pues le pareció que la corriente de aire que

bajaba por él olía a quemado. Le llevaron otra vez a la bancada y le dejaron trabajar con ellos. Le trataban como a un invitado, como a un niño. Le habían adoptado. Él era su secreto.

No sirve de gran cosa pasarse doce horas al día en un agujero obscuro de la Tierra, durante toda la vida, si allí no hay nada, ningún secreto, ningún tesoro, nada escondido.

Estaba la plata, por supuesto. Pero donde habían trabajado diez cuadrillas de quince hombres, en aquellos mismos niveles, cuando se oían incesantemente los crujidos, el matraqueo y el estrépito de los cubos cargados que subían por el chirriante montacargas, y los golpes de los cubos vacíos que bajaban al encuentro de los hombres que empujaban los pesados carretones, ahora sólo trabajaba una cuadrilla de ocho hombres: hombres de más de cuarenta años, hombres viejos, que no tenían otro oficio que la minería. Había aún algo de plata en el duro granito, en pequeñas venas por entre la ganga. A veces alargaban un túnel, un pie en dos semanas.

–Era una gran mina –decían con orgullo.

Le enseñaron al astrónomo cómo poner una cuña y cómo manejar la almádena, cómo romper el granito con el pico de aguda punta, bien equilibrado, cómo separar el metal de la ganga; le enseñaron lo que había que buscar, las escasas y brillantes venas del puro metal, la quebradiza y rica mena.

Él les ayudaba todos los días. Cuando llegaban, estaba en la bancada esperándoles, y relevaba a unos y a otros durante todo el día con la pala, o afilando las herramientas, o empujando el carretón del mineral por su pasarela acanalada hacia el gran pozo, o abriendo túneles. Allí, no le dejaban trabajar durante mucho rato; se lo impedían el orgullo y la costumbre.

–Mira, no des golpecitos como un leñador. Se hace así, ¿lo ves?

Pero después otro le pedía:

–Dame unos golpes aquí, compañero, en la cuña. Así.

Le alimentaban con su pobre y escasa comida.

Por la noche, cuando se quedaba solo en la tierra hueca, cuando los mineros habían subido por las largas escaleras hacia el exterior, él se echaba y pensaba en ellos, en sus caras, en sus voces, en sus manos grandes, llenas de cicatrices, sucias de tierra, manos de hombres viejos con las gruesas uñas ennegrecidas por el contacto hiriente de la roca y del acero; aquellas manos, inteligentes y vulnerables, que habían abierto la tierra y que habían encontrado la brillante plata en la dura roca de aquellas tenebrosas profundidades. La plata que ellos nunca conservaban, que ellos nunca gastaban. La plata que no era suya.

–Si encontraseis una veta nueva, un filón nuevo, ¿qué haríais?

–Lo abriríamos y se lo diríamos a los amos.

–¿Por qué se lo diríais a los amos?

–¡Hombre! ¡A nosotros nos pagan por lo que sacamos! ¿Te crees que hacemos este maldito trabajo por gusto?

–Sí.

Todos se echaron a reír, con una risa estruendosa, burlona, inocente. Sus ojos vivos brillaban en las caras ennegrecidas, cubiertas de polvo y de sudor.

–¡Ah, si encontrásemos un filón nuevo! ¡Mi mujer podría tener un cerdo, como antes, y yo juro que me bañaría en cerveza! Pero, si quedase plata por aquí, ellos la habrían encontrado; por esto excavaron tan lejos hacia el este. Pero por aquí todo está yermo, agotado. No hay nada que hacer.

El tiempo se extendía detrás de él y delante de él como las oscuras galerías y traviesas de la mina, que estaban todas presentes a la vez, estuviese donde estuviese él con su pequeña vela. Ahora, cuando estaba solo, el astrónomo solía vagar por los túneles y las viejas bancadas, conociendo los lugares peligrosos, los niveles profundos llenos de agua, conociendo las escaleras inseguras y los pasos angostos,

intrigado por el juego de su vela en las paredes de roca, por el brillo de la mica que parecía salir del interior de la piedra. ¿Por qué brillaba a veces de aquel modo? Brillaba como si la vela hubiese encontrado algo mucho más allá de la brillante y quebrada superficie, algo que le hacía guiños como respondiéndole y que después desaparecía, como si se hubiese deslizado detrás de una nube o del disco invisible de un planeta.

«Hay estrellas en la Tierra –pensaba–. Sólo habría que saber verlas.»

Era torpe con el pico, pero hábil con las máquinas. Ellos admiraban su habilidad y le traían herramientas. Él reparaba bombas y tornos; le hizo al «joven Per», que trabajaba en un largo y estrecho túnel cerrado, una lámpara con cadena, con un reflector que hizo con una palmatoria de estaño, que convirtió a fuerza de golpes en una lámina curvada, y que pulió con fino polvo de roca y con el forro de piel de su abrigo.

–Es una maravilla –dijo Per–. Es como la luz del día. Y, al estar detrás de mí, no se apaga cuando el aire se enrarece y me dice cuándo tengo que retroceder para respirar.

Pues un hombre puede seguir trabajando en un túnel cerrado algún tiempo después de que se haya apagado su vela por falta de oxígeno.

–Deberías colocarte allí un fuelle.

–¿Un fuelle? ¿Como en una fragua?

–¿Porqué no?

–¿No subes nunca allá arriba, por las noches? –le preguntó Hanno, mirándole con algo de tristeza–. ¿Sólo para echar una mirada?

Hanno era un hombre melancólico, pensativo, bondadoso.

Guennar no le respondió. Se fue a ayudar a Bran a entibar; ahora, los mineros hacían todos los trabajos que antes habían hecho cuadrillas de estibadores, picadores, acarreadores, clasificadores, y otros.

–Le da pánico salir de la mina –explicó Per en voz baja.

–Sólo para ver las estrellas y respirar un poco de aire fresco –dijo Hanno, como si le hablase aún a Guennar.

Una noche, el astrónomo se vació los bolsillos y miró los objetos que habían estado en ellos desde la noche del incendio del observatorio: cosas que había recogido en aquellas horas que ahora no recordaba, aquellas horas en que había andado a tientas, tropezando, entre los restos de su casa, convertidos en brasas humeantes... buscando lo que había perdido... Ahora ya no pensaba en lo que había perdido. Aquello estaba aislado en su mente por una gruesa cicatriz, la cicatriz de una quemadura. Durante mucho

tiempo aquella cicatriz de su mente le impidió comprender la naturaleza de los objetos que ahora estaban ante él en el polvoriento suelo de piedra de la mina: un fajo de papeles chamuscados por un lado; un trozo redondo de vidrio o cristal; un tubo de metal; una rueda dentada bellamente trabajada; un pedazo de cobre retorcido y ennegrecido, grabado con finas líneas; y otros restos y fragmentos. Volvió a guardarse los papeles en el bolsillo, sin intentar separar las quebradizas hojas que estaban medio pegadas, sin intentar leer la fina escritura. Siguió mirando las demás cosas, tomándolas de vez en cuando para examinarlas mejor, sobre todo el pedazo de vidrio.

Sabía que aquel vidrio era el ocular de su telescopio de diez pulgadas. Había pulido la lente él mismo. Cuando lo tomó en las manos, lo manejó con delicadeza, sosteniéndolo por los bordes, para evitar que el ácido de su piel marcara la superficie. Después se puso a limpiarlo, frotándolo con un jirón de la fina lana de cordero de su abrigo. Cuando el ocular estuvo limpio, lo sostuvo en alto, miró su superficie y miró a través de él desde todos los ángulos. Su expresión era tranquila y decidida, y sus ojos, claros y separados, estaban serenos.

Inclinada en sus dedos, la lente del telescopio reflejaba la llama de la lámpara en un diminuto punto brillante próximo al borde y que parecía estar debajo de la curva de la

superficie, como si la lente hubiese guardado en su interior una estrella de los muchos cientos de noches que había estado vuelta hacia el cielo.

Guennar la envolvió cuidadosamente en el jirón de lana y le hizo un lugar en el hueco de la roca, donde guardaba el yesquero. Después tomó las demás cosas, una a una.

Durante las semanas siguientes, los mineros vieron a su fugitivo con menos frecuencia mientras trabajaban. Pasaba muchas horas solo, explorando las desiertas regiones orientales de la mina, según dijo cuando le preguntaron.

–¿Para qué?

–Para encontrar plata –respondió, con la sonrisa breve y sobresaltada que le daba aspecto de loco.

–Pero, amigo, ¿qué sabes tú de encontrar plata? Esa parte de la mina está agotada. La plata se acabó, y no encontraron ningún filón al este. Quizá encontrarás un poco de mineral pobre, o una vena de estaño vidrioso, pero nada que valga la pena.

–¿Cómo puedes saber lo que hay en la tierra, Per, en las rocas que tienes bajo los pies?

–Lo sé porque conozco las señales, amigo. ¿Quién lo va a saber mejor que yo?

–Pero ¿y si esas señales estuviesen ocultas?

–Entonces es que la plata estaría escondida.

–Pero tú sabes que está allí, si supieses dónde cavar, si pudieses ver el interior de la roca. ¿Qué otra cosa puede haber allí? Vosotros encontráis el metal porque lo buscáis, porque caváis para sacarlo. ¿Qué otra cosa podríais encontrar, a mayor profundidad que la mina, si la buscaseis, si supieseis dónde cavar?

–Roca –dijo Per–. Roca, roca y roca.

–¿Y después?

–¿Después? El fuego del Infierno, que yo sepa. ¿Por qué, si no, hay más claridad en los pozos cuanto más profundos son? Esto es lo que dicen. Que, cuanto más se ahonda, más se acerca uno al Infierno.

–No –dijo el astrónomo, con voz clara y firme–. No. Debajo de la roca no está el Infierno.

–¿Qué hay allí, pues, abajo de todo?

–Las estrellas.

–Ah... –dijo el minero, desconcertado.

Se rascó el áspero cabello, en el que había gotas de sebo, y se rió.

–Esto sí que es extraño –añadió, mirando a Guennar con lástima y admiración; sabía que Guennar estaba loco, pero

la dimensión de su locura era para él una cosa nueva y admirable—. ¿Y tú encontrarás esas estrellas?

—Las encontraré si encuentro la manera de buscarlas —afirmó el astrónomo, con tanta calma que Per no encontró otra respuesta que tomar su pala y volver a su tarea de cargar el carretón.

Una mañana, cuando llegaron los mineros, se encontraron con que Guennar dormía aún, envuelto en la vieja capa que le había dado el conde Bord, y vieron junto a él un objeto extraño, un artefacto hecho de tubos de plata, de codales y alambres de estaño hechos a partir de viejas lámparas de minero, una estructura de mangos de pico cuidadosamente trabajada y encajada, ruedas dentadas, un pedazo de vidrio centelleante. Era un artilugio frágil, provisional, delicado, complejo, absurdo.

—¿Qué demonios es esto?

Rodearon el aparato y se lo quedaron mirando, centrándose en él las luces de las lámparas que llevaban en la frente, un rayo amarillo iluminando a veces al hombre que dormía cuando uno de los mineros le echaba una mirada.

—Lo ha hecho él, seguro.

—Sí, no hay duda.

—¿Para qué?

–No lo toques.

–No lo iba a tocar.

Las voces le despertaron, y Guennar se incorporó.

Los rayos amarillos de las lámparas daban a su cara un color blanco y la hacían destacar contra la oscuridad. Se frotó los ojos y dio los buenos días a los mineros.

–¿Qué es eso que has hecho, amigo?

Él pareció estar turbado o confuso cuando vio el objeto de su curiosidad. Apoyó una mano en él como para protegerlo, pero, durante unos momentos, él mismo lo miró como si no lo reconociese. Por fin dijo, frunciendo el entrecejo, en un susurro:

–Es un telescopio.

–Y, ¿eso qué es?

–Un aparato que permite ver con claridad las cosas lejanas.

–¿Cómo es eso? –le preguntó uno de los hombres, desconcertado.

El astrónomo le respondió, hablando cada vez con más seguridad:

–En virtud de ciertas propiedades de la luz y de las lentes. El ojo es un instrumento delicado, pero es ciego para la mitad del Universo, para mucho más de la mitad. Decimos

que el cielo de la noche es negro, que entre las estrellas sólo hay vacío y oscuridad. Pero, si dirigimos la lente del telescopio hacia ese espacio que hay entre las estrellas, descubrimos más estrellas. Estrellas demasiado pequeñas y lejanas para verlas a simple vista, hilera tras hilera, esplendor tras esplendor, hasta los últimos confines del Universo. Más allá de toda imaginación, en la oscuridad exterior, hay luz: un gran esplendor de luz solar. Yo lo he visto. Yo lo he visto, noche tras noche, y he hecho mapas de las estrellas, que son los faros de Dios en las costas de la oscuridad. ¡Y también en la oscuridad hay luz! No hay ningún lugar privado de luz, del consuelo y el resplandor del espíritu creador. No hay ningún lugar desterrado, proscrito, abandonado. Ningún lugar ha quedado en la oscuridad. Donde han mirado los ojos de Dios, allí hay luz. ¡Hemos de ir más lejos, hemos de mirar más lejos! Hay luz, si queremos verla. No sólo con nuestros ojos, sino con la habilidad de nuestras manos, con los conocimientos de nuestra mente y con la fe de nuestro corazón se nos revelará lo que no hemos visto, y se hará evidente lo que está oculto. Y toda la oscura Tierra brillará como una estrella dormida.

Hablaba con esa autoridad que los mineros sabían que pertenecía por derecho a los sacerdotes, a las grandes palabras que pronunciaban los sacerdotes en las iglesias resonantes. No era lógico que estuviese allí, en aquel agujero en el que ellos se ganaban penosamente la vida, en

las palabras de un fugitivo loco. Más tarde, al hablar entre ellos, movían la cabeza, o se llevaban un dedo a la frente.

–Su locura va en aumento –dijo Per.

–¡Pobrecillo! –exclamó Hanno.

Pero, al mismo tiempo, no había entre ellos ninguno que no creyese lo que el astrónomo les había dicho.

–Enséñame a usar eso –le dijo el viejo Bran a Guennar cuando le encontró solo en un profundo túnel de la parte oriental, ocupado con su complicado aparato.

Bran era el primero que había seguido a Guennar, el que le había llevado comida y el que le había hecho conocer a los demás.

De buena gana, el astrónomo se hizo a un lado y le mostró a Bran cómo sostener el aparato dirigido hacia abajo, hacia el suelo del túnel, y cómo enfocarlo, e intentó explicarle su funcionamiento y lo que podía ver con él. Hablaba con vacilación, pues no estaba acostumbrado a dar explicaciones a personas ignorantes, pero sin impacientarse cuando Bran no entendía algo.

–No veo otra cosa que la tierra –dijo el minero, después de mirar seriamente, durante mucho rato, con el instrumento–. La tierra, el polvo y las piedrecillas.

–Quizá es que la lámpara te deslumbra –dijo el astrónomo con humildad–. Es mejor que mires sin ella. Yo sé hacerlo porque llevo mucho tiempo en ello. Es cuestión de práctica, como colocar las cuñas, que vosotros siempre hacéis bien y yo siempre hago mal.

–Sí. Puede ser. Dime lo que tú ves...

Bran se interrumpió. Hacía poco, había caído en la cuenta de quién era Guennar. El hecho de que fuese un hereje no le importaba, pero el saber que era un sabio le hacía difícil llamarle «compañero» o «amigo». Y tampoco podía llamarle «maestro». Había ocasiones en que, a pesar de toda su mansedumbre, el fugitivo hablaba con grandes palabras, palabras que cautivaban el alma, y en aquellas ocasiones habría sido fácil llamarle «maestro». Pero ello le habría asustado.

El astrónomo apoyó la mano en el armazón de su mecanismo y dijo con voz suave:

–Hay... constelaciones.

–¿Qué es eso, constelaciones?

Guennar miró a Bran como desde muy lejos, y después explicó:

–La Osa Mayor, el Escorpión, la Hoz junto a la Vía Láctea en verano, son constelaciones. Dibujos de estrellas, grupos de estrellas, familias, semejanzas...

–Y, ¿tú ves constelaciones aquí, con este aparato?

Mirándole aún a través de la débil luz de la lámpara con ojos claros de expresión reflexiva, el astrónomo asintió, y no habló, sino que señaló hacia abajo, la roca en la que estaban, el suelo picado de la mina.

–¿Cómo son? –preguntó Bran en voz baja.

–Sólo las he visto un momento. Aún no he aprendido la manera correcta de mirar; aquí abajo es algo diferente... Pero están ahí, Bran.

Ahora, muchas veces, no veían a Guennar en la bancada cuando llegaban a su trabajo, y él no se reunía con ellos ni siquiera a la hora de comer, aunque siempre le guardaban una parte. Ahora, el astrónomo conocía la mina mejor que cualquiera de ellos, mejor incluso que Bran, y no sólo la mina «viva» sino también la «muerta», los túneles abandonados y los túneles de exploración que iban hacia el este, hacia las cuevas. Allí era donde estaba la mayor parte del tiempo, y ellos no le seguían.

Cuando aparecía entre ellos y hablaban con él, se mostraban más tímidos, y no se reían.

Una noche, cuando volvían todos con el último carretón hacia el pozo principal, él salió a su encuentro, surgiendo de repente de una traviesa que había a la derecha. Como siempre, llevaba su harapiento abrigo de piel de cordero,

que estaba negro por la arcilla y el polvo de los túneles. Su cabello rubio se había vuelto gris. Sus ojos eran claros.

–Bran –dijo–, ven. Ahora puedo enseñártelo.

–¿Qué puedes enseñarme?

–A ver las estrellas. Las estrellas que hay en la roca. Hay una gran constelación en la bancada del viejo nivel cuatro, donde está el granito blanco.

–Conozco el lugar.

–Está allí: debajo del suelo, junto a esa pared blanca. Una gran reunión de estrellas resplandecientes. Su brillo asciende por la oscuridad. Son como caras de bailarinas, como ojos de ángeles. ¡Ven, baja conmigo a verlas, Bran!

Los mineros estaban cerca de él y le miraban; Per y Hanno con las espaldas tensas para sostener el carretón y evitar que se deslizase; hombres encorvados de caras fatigadas y sucias y grandes manos dobladas endurecidas por el contacto del pico, la pala y la almádena. Estaban confusos, compadecidos, impacientes.

–Ya nos íbamos. Nos vamos a casa a cenar. Ya veremos eso mañana –dijo Bran.

El astrónomo les miró a la cara, y no dijo absolutamente nada.

Hanno dijo con su voz ronca y amable:

–Sube con nosotros por una vez, amigo. Allá arriba es noche cerrada, y seguramente llueve. Estamos en noviembre; nadie te verá si vienes a mi casa y te sientas junto a mi fuego, por una vez, y tomas una comida caliente, y duermes bajo un techo y no bajo la tierra aquí solo...

Guennar retrocedió unos pasos. Fue como si se apagase una luz, como si su cara se hundiese en la sombra.

–No –dijo–. Me quemarían los ojos.

–Dejadle tranquilo –dijo Per, y se puso a empujar el pesado carretón hacia el pozo.

–Mira donde te he dicho –le dijo Guennar a Bran–. La mina no está muerta. Compruébalo con tus propios ojos.

–Sí. Vendré contigo y lo veré. ¡Buenas noches!

–Buenas noches –dijo el astrónomo.

Se volvió hacia el túnel lateral mientras ellos se alejaban. No llevaba lámpara ni vela; le vieron un momento, y después sólo vieron la obscuridad.

A la mañana siguiente, no estaba esperándoles. No apareció.

Bran y Hanno le buscaron, a ratos al principio, y después un día entero. Bajaron tanto como se atrevieron, hasta que llegaron a la entrada de las cuevas, y entraron, llamando de

vez en cuando, aunque en aquellas grandes cavernas ni siquiera ellos, que habían sido mineros toda su vida, se atrevían a gritar debido al terror de los interminables ecos en la oscuridad.

–Ha ido más abajo –dijo Bran–. Más abajo. Esto es lo que dijo. Para encontrar la luz, hay que ir más abajo.

–Aquí no hay luz –susurró Hanno–. Aquí nunca ha habido luz, nunca, desde que se creó el Mundo.

Pero Bran era un viejo testarudo, con una mente literal y crédula, y Per le escuchaba. Un día, fueron los dos al lugar del que les había hablado el astrónomo, donde una gran vena de duro granito claro bajaba por entre la roca más oscura que se había dejado intacta, cincuenta años atrás, porque parecía piedra estéril. Volvieron a entibar el techo de la antigua bancada allí donde las vigas se habían movido, y se pusieron a cavar, no en la roca blanca sino en el suelo, debajo de ella, donde el astrónomo había dejado una señal, una especie de símbolo dibujado con hollín de vela en el suelo de piedra. A un pie de profundidad encontraron mineral de plata, debajo de la capa de cuarzo, y debajo del mineral –trabajando ahora los ocho mineros– los picos descubrieron plata en bruto, venas, ramas, haces y nudos de plata que brillaban entre los cristales rotos y entre los fragmentos de roca, como estrellas, como grupos de estrellas, capa tras capa, sin fin, la luz.

EL CAMPO DE VISIÓN

Apenas sé qué decir acerca de El campo de visión; es una especie de rabieta sublimada. Una carta indignada al editor. Un gesto grosero.

Shelley fue expulsado de Oxford –creo que nunca se ha probado la autenticidad de la anécdota, pero no importa– por haber escrito en la pared que cerraba un callejón sin salida: «Por aquí se va al cielo». Tengo el sentimiento de que esta pintada necesita una segunda mano de vez en cuando.

“Vi la eternidad la otra noche
como un vasto anillo de luz pura e
interminable...”

Henry Vaughan (1621–1695)

Los informes del Psyche XIV llegaron con regularidad, totalmente rutinarios, hasta poco antes de que se abriera su escotilla de regreso. El comandante Rogers dijo entonces repentinamente por radio que habían abandonado la superficie, habían vuelto a la nave y estaban iniciando la operación de regreso, 82 horas y 18 minutos antes de lo previsto. Por supuesto, Houston pidió explicaciones, pero las respuestas de Psyche eran excéntricas. Los 220 segundos que se tardaba en recibir la respuesta empeoraban las cosas. Psyche seguía interrumpiendo la comunicación. En una ocasión, Rogers dijo: “Si queremos llevarla a casa, tenemos que hacerlo ahora”, aparentemente en respuesta a las preguntas de Houston, pero a continuación se oyó a Hughes pidiendo una lectura de panel de control, y luego algo acerca de una dosificación. La actividad solar interfería

la comunicación, y la recepción era muy mala. Las voces dejaron de oírse sin que hubiera acabado la transmisión.

La entrada automática de información de la nave continuó. La salida fue normal. Durante los 26 días de vuelo siguientes, en que los astronautas estuvieron durmiendo a base de drogas, y conectados a los HKL e IV, los informes siguieron siendo normales. No había monitor médico en las misiones Psyche. El único vínculo con la tripulación era el contacto verbal. Cuando dejaron de llamar el Día 2, la larga tensión en Houston se convirtió en desesperación.

Los mandos automáticos de a bordo, dirigidos por el equipo de Tierra, acababan de establecer la trayectoria de regreso de la nave, cuando, de repente, los altavoces dijeron con la voz de Hughes: “Houston, dame la situación, por favor. Aquí hay una interferencia óptica”. Trataron de dirigirle, pero el único intento que hizo de corrección manual fue desastroso, y el equipo de Tierra tardó cinco horas en compensarlo. Le dijeron a Hughes que no tocara nada, que ellos se encargarían de llevar la nave a la Tierra. Casi inmediatamente después de esto volvieron a perder el contacto verbal.

Los enormes paracaídas de color pálido se abrieron sobre el Pacífico como rosas cayendo lentamente del cielo. La nave, quemada por la alta velocidad, se hundió envuelta en nubes de vapor, volvió a emerger inmediatamente y quedó

allí quieta, balanceándose en las altas olas. El control de Tierra había hecho un buen trabajo. La nave había caído a medio kilómetro del California. Los helicópteros se elevaron sobre el lugar, se reunieron las balsa salvavidas, la nave se estabilizó, se abrió la escotilla. No salió nadie.

Entraron en la nave y los sacaron de allí.

El comandante Rogers estaba en su puesto de vuelo, aún sujeto a su asiento y conectado a los HKL e IV. Llevaba unos diez días muerto, y estaba claro por qué los demás no le habían abierto el traje.

El capitán Temski parecía físicamente ileso, pero estaba aturdido y desconcertado. No hablaba ni respondía a las instrucciones que se le daban. Tuvieron que arrastrarlo para sacarlo de la nave, aunque no opuso ninguna resistencia activa.

El doctor Hughes estaba en un estado de colapso, aunque plenamente consciente; parecía estar ciego.

–Por favor...

–¿Puede ver algo?

–¡Sí! Por favor, déjeme la venda sobre los ojos.

–¿Ve la luz que le estoy enseñando? ¿De qué color es, doctor Hughes?

–De todos los colores, blanca, es demasiado fuerte.

–¿Puede señalarla con la mano?

–Está en todas partes. Es demasiado brillante.

–La habitación está casi a oscuras, doctor Hughes. Abra los ojos otra vez, por favor.

–No está a oscuras.

–Mmmm. Posible hipersensibilidad. Está bien, ¿qué le parece así? ¿Suficientemente oscura para usted?

–¡Apague la luz!

–Mantenga las manos quietas, por favor. Cállese. De acuerdo, le volveremos a poner las compresas.

El hombre dejó de debatirse y se relajó en cuanto le taparon los ojos, y se quedó quieto, respirando hondo. Su rostro alargado, enmarcado por la oscura barba de un mes, estaba brillante de sudor.

–Lo siento –dijo.

–Volveremos a intentarlo cuando haya descansado.

–Abra los ojos, por favor. La habitación está casi a oscuras.

–¿Por qué me dice esto, si no está a oscuras?

–Doctor Hughes, apenas distingo su cara; sólo hay una débil iluminación rojiza encima de mí; nada más. ¿Puede verme?

–No. ¡No puedo ver a causa de la luz!

El doctor incrementó la iluminación hasta que pudo ver la cara de Hughes, con las mandíbulas apretadas, los ojos abiertos, aturcidos y llenos de temor.

–¿Qué, está así más obscuro? –preguntó con el sarcasmo de la impotencia.

–¡No! –Hughes cerró los ojos; estaba mortalmente pálido–. Estoy mareado –murmuró–, todo me da vueltas –tomó una bocanada de aire y empezó a vomitar.

Hughes era soltero y no tenía parientes cercanos. Se sabía que su mejor amigo era Bernard Decelis. Se habían preparado juntos; Decelis había sido especialista en Psyche XII, la misión que había descubierto la ciudad de Marte, igual que Hughes había participado en Psyche XIV. Llevaron a Decelis a la estación de aclimatación en Pasadena y le pidieron que hablara con su amigo. Por supuesto, la conversación se grabó.

D. Hola, Gerry. Soy Decelis.

H. ¿Barnie?

D. ¿Cómo estás?

H. Bien. ¿Tú estás bien?

D. Claro. No fue ningún paseo, ¿no?

H. ¿Qué tal está Gloria?

D. Bien, muy bien.

H. ¿Ha pasado ya de Aunt Rhody?

D. (Risas.) Oh, ya lo creo. Ahora puede tocar Greensleeves. Por lo menos ella lo llama Greensleeves.

H. ¿Para qué te han traído a este basurero?

D. Para verte.

H. Me gustaría poder devolver el cumplido.

D. Ya lo harás. Escucha. Tres diferentes oculistas, o lo que demonios sean, oftalmosequé, médicos de ojos de aquí, me han asegurado que tus ojos están perfectamente. Eran en realidad tres oftamachacantes y un neurólogo. Una especie de coro que tienen. Pero te juro que están absolutamente seguros de esto.

H. Entonces es evidente que lo que falla es mi cerebro.

D. Quizá en el sentido de una mala conexión.

H. ¿Y qué hay de Joe Temski?

D. No lo sé. No le he visto.

H. ¿Qué te dijeron de él?

D. No tienen a un coro investigando su caso. Sólo dijeron que tiene tendencia a la introversión.

H. ¡Introversión. Dios mío, por supuesto. Introvertido como una roca.

D. ¿Temski? ¿Ese bromista?

H. Todo empezó con él.

D. ¿Qué empezó?

H. En aquel lugar. Dejó de responder.

D. ¿Qué ocurrió?

H. Sólo eso. Dejó de responder. Dejó de hablar. Dejó de darse cuenta de las cosas. Dwight pensó que era un cafard. ¿Aún piensan eso?

D. Se menciona como una posibilidad. ¿Ocurrió algo especial allá arriba?

H. Encontramos la habitación.

D. Ah, sí, la habitación. Todo esto está en vuestros informes. Los he visto, y he visto también algunas de las holografías que os trajisteis. Fantástico. ¿Qué diablos es, Gerry?

H. No lo sé.

D. ¿Es una construcción?

H. Lo ignoro. ¿Qué es toda la ciudad?

D. Fue edificada, construida; tuvo que serlo.

H. ¿Cómo lo sabes, cómo puedes asegurarlo cuando desconoces lo que la hizo? ¿Una concha marina ha sido “hecha”? Si no lo supieras, si no tuvieras un entorno y no pudieras establecer una comparación, y miraras una concha marina y un cenicero de cerámica, ¿podrías decir cuál de los dos ha sido “hecho”? ¿Y para qué? ¿Qué significado tiene? ¿Y qué dirías de una concha de cerámica? ¿O de un nido de avispas de papel? ¿O de una geoda?

D. Sí. De acuerdo. ¿Pero, y esas cosas, esas... disposiciones que llamáis “casilleros” en los informes? He visto las holografías. ¿Qué conclusiones sacasteis?

H. ¿Qué conclusiones sacaste tú?

D. No lo sé. Son un misterio. Pensé en pasar estas disposiciones espaciales a un ordenador para buscar una pauta que tenga sentido... No te convence la idea.

H. Estupenda. Únicamente, ¿qué piensas programar como “sentido”?

D. Una relación matemática. Cualquier tipo de modelo geométrico, regularidad, código. No sé. ¿Cómo era el lugar, Gerry?

H. No lo sé.

D. ¿Estuvisteis mucho tiempo dentro?

H. Todo el tiempo, desde que lo encontramos.

D. ¿Fue entonces cuando notaste las molestias en los ojos?
¿Cómo empezó?

H. Las cosas se desenfocaban. Como con la vista cansada. Era peor fuera de la habitación. Duró varios días. Cuando volvíamos a la nave, en el ML, aún podía distinguir las cosas. Pero empeoraba. Empecé a ver esos destellos de luz que dejaron mi percepción de profundidad totalmente deshecha; me mareaba. Dwight y yo programamos el rumbo, durante casi todo el tiempo funcionaba uno de los dos. Pero él se estaba volviendo como loco. No quería utilizar la radio, no quería tocar el ordenador de a bordo.

D. ¿Qué le ocurría?

H. No lo sé. Cuando le hablé de mis ojos, me dijo que había tenido una especie de ataques de temblores. Le dije que teníamos que intentar llegar cuanto antes a la nave mientras pudiéramos. Estuvo de acuerdo, porque Joe empezaba realmente a no funcionar. Incluso antes de que despegáramos tuvo una especie de ataques, como de epilepsia..., me refiero a Dwight. Cuando salió del primero estaba tembloroso, pero parecía racional. Nos llevó muy bien a la nave, pero en cuanto estuvimos dentro sufrió otro

ataque, y cada vez duraban más tiempo. Empezó a alucinar entre uno y otro. Le di algunos tranquilizantes y lo sujeté al asiento; se estaba quedando agotado. Cuando cogí el sueño, no sé, podía estar ya muerto.

D. No. Murió mientras dormía. A unos diez días de la Tierra.

H. No me lo habían dicho.

D. No hubieras podido hacer nada, Gerry.

H. No lo sé. Esos ataques eran como sobrecargas. Como si se le fundieran los fusibles. Le consumían. Durante los ataques hablaba. Como a borbotones, una especie de ladridos; como si intentara pronunciar de golpe una frase entera. Los epilépticos no hablan mientras sufren un ataque, ¿no?

D. Lo ignoro. La epilepsia está tan controlada hoy día, que no se oye hablar mucho de ella. Descubren la tendencia y la curan al principio. Si Rogers hubiera tenido esta tendencia...

H. Ya. No habría estado en el programa. Dios mío, había estado seis meses en el espacio.

D. ¿Cuánto tiempo habías estado tú, seis días?

H. Como tú. Un salto a la Luna.

D. Entonces no es eso. No crees...

H. ¿Qué?

D. ¿Algún tipo de virus?

H. ¿Plaga espacial? ¿Fiebre marciana? ¿Misteriosas esporas de otro tiempo que enloquecen a los astronautas?

D. De acuerdo, suena estúpido. Pero la habitación fue sellada. Y parece como si todos vosotros...

H. Dwight tiene una sobrecarga en la corteza cerebral, Joe se vuelve catatónico, yo empiezo a tener visiones... ¿Qué relación hay?

D. El sistema nervioso.

H. ¿Y por qué todos tenemos síntomas diferentes?

D. Bueno, las drogas afectan a cada persona de forma distinta.

H. ¿Piensas que encontramos allí alguna maldita especie de hongo psicógeno? No hay nada allí, está muerto, como el resto de Marte. ¡Tú lo sabes, has estado allí! No hay ningún maldito germen ni virus, no hay vida allí, ningún tipo de vida.

D. Pero pudo haberla habido...

H. ¿Qué te hace pensarlo?

D. La habitación que encontrasteis. La ciudad que nosotros encontramos.

H. ¡Ciudad! Santo Dios, Barnie, hablas como un estúpido periodista populachero; sabes de sobra que, por lo que conocemos, todo consiste en unas formas de barro. No se

puede explicar. Es demasiado antiguo, las condiciones son demasiado distintas, carecemos de contexto. No entendemos, no podemos entender, es algo que sobrepasa a la mente humana. Ciudades, habitaciones, todo eso... únicamente estamos haciendo analogías, intentando explicarlo en nuestros propios términos. No existe un significado. Ahora me doy cuenta. ¡Es lo único que puedo ver!

D. ¿Ver qué, Gerry?

H. ¡Lo que veo cuando abro los ojos!

D. ¿Qué?

H. Todo lo que está aquí y no tiene sentido. Oh... yo...

D. Vamos, cálmate. Escucha, todo irá bien. Todo se arreglará, Gerry, te pondrás bien.

H. (confuso) luz y (confuso) intento ver lo que toco y no puedo, no entiendo y no puedo (confuso)

D. Resiste. Estoy aquí. Cálmate, muchacho.

Hughes, que se incorporó al programa espacial a partir de la astrofísica, tenía un historial muy bueno, realmente brillante. Esto inquietó a muchos de sus superiores militares, para quienes una gran inteligencia era sinónimo de inestabilidad e insubordinación. Había desempeñado

correctamente sus funciones, y su conducta había sido irreprochable; pero ahora se sacaba a relucir con frecuencia que, después de todo, era un intelectual.

El caso de Temski era más difícil de explicar. Era un experto piloto de pruebas, un capitán de las Fuerzas Aéreas, un aficionado al béisbol, pero ahora su conducta era aún más aberrante que la de Hughes.

Lo único que hacía Temski era estar sentado. Podía cuidar de sí mismo y lo hacía. Es decir, cuando tenía hambre y había comida delante, comía un poco con los dedos; cuando tenía ganas, hacía sus necesidades en un rincón; cuando tenía sueño, se echaba en el suelo y dormía. El resto del tiempo permanecía sentado. Su estado físico era bueno y estaba bastante tranquilo. Nada de lo que se le dijera le producía la más mínima reacción, ni se tomaba ningún interés en lo que sucedía a su alrededor. Llevaron a su mujer ante él con la esperanza de lograr alguna respuesta. A los cinco minutos tuvieron que sacarla llorando.

Puesto que Temski no respondía y Robert, estando muerto, no podía responder, resultaba normal que se viera a Hughes como responsable de todo en cierto modo.

No le pasaba nada, únicamente algo parecido a una ceguera histérica, así que se esperaba que contestara de forma racional a las preguntas y que explicara exactamente

lo que había ocurrido. Sin embargo, no pudo o no quiso hacerlo.

Se llamó a un psiquiatra, un eminente doctor de Nueva York llamado Shapir. Se le pidió que trabajara con Temski y con Hughes. Por supuesto, resultaba impensable admitir que la misión había sido un fracaso (la palabra “desastre” ni siquiera se mencionó), pero algunos rumores habían trascendido a la prensa, a pesar de todas las medidas de seguridad. Los irresponsables periodistas querían saber por qué se mantenía incomunicada a la tripulación de Psyche XIV, y reivindicaron el “derecho” del pueblo americano a saber... Fue necesario emitir un informe acerca de un nuevo chequeo médico a los astronautas que habían estado más de quince días en el espacio, a causa del inesperado y trágico fallecimiento del comandante Rogers de un ataque al corazón, y hubo que escribir una nueva serie de artículos para los periódicos acerca de planes para construir una ciudad–burbuja en Marte –Little América– a fin de mantener una actitud positiva en el público. Por supuesto, la gente que contaba sabía que el resto del programa Psyche estaba en peligro, y se ordenó al doctor Shapir que diagnosticara y curara lo más rápidamente posible a los astronautas. Shapir habló durante media hora con Hughes acerca de la comida del hospital, de Cal Tech, y del último informe de los chinos sobre su cohete a Alfa Centauro, una conversación muy relajada y trivial. Luego dijo:

–¿Qué ve cuando abre los ojos?

Hughes, que estaba fuera de la cama y vestido, siguió sentado un rato en silencio. Unos anteojos opacos le cubrían totalmente los ojos, y le daban la mirada fija y arrogante de los que llevan gafas oscuras.

–Nadie me ha hecho esta pregunta –dijo.

–¿Los oculistas no se la hicieron?

–Sí, supongo que Kray sí. Al principio. Antes de que decidieran que lo mío era mental.

–¿Qué le dijo usted?

–Es difícil de describir. El caso es que resulta indescriptible. Primero los objetos se desenfocaban, se volvían transparentes, desaparecían. Luego la luz. Demasiada luz. Como cuando se sobreexpone una película, y se vela toda. Y al mismo tiempo, una especie de remolino. Posiciones y relaciones cambiantes, transformaciones constantes. Me producía vértigo. Supongo que mis ojos enviaban señales a mi oído interno. Como esa enfermedad del oído, pero al revés. ¿No altera la orientación espacial?

–Síndrome de Ménière, creo que se llama, sí. Sobre todo en escaleras y en desniveles.

–Era como si estuviera mirando desde una gran altura, o... hacia una gran altura.

–¿Le han molestado alguna vez las alturas?

–Demonios, no. Ni siquiera tienen sentido para mí. ¿Qué está arriba y qué está abajo en el espacio? No, mire, no le estoy dando la imagen. No hay imagen. He intentado mirar más, aprender a... ver... no sirve de mucho.

Hubo un silencio.

–Para esto hace falta valor –dijo Shapir.

–¿Qué quiere decir? –preguntó con aspereza el astronauta.

–Bueno... Tener el sentido más importante para la mente consciente –la vista– dando cuenta de cosas inexistentes e incomprensibles, en contradicción flagrante con los demás sentidos: el tacto, el oído, el sentido del equilibrio y demás, y que esto suceda cada vez que uno trata de abrir los ojos, y no sólo vivir con esto, sino intentar investigarlo... no parece fácil.

–Así que procuro mantener los ojos cerrados –dijo Hughes con terquedad– como un maldito mono cegato.

–Cuando tiene los ojos abiertos y mira hacia algún objeto conocido, su propia mano, por ejemplo, ¿qué ve?

–Una efervescente y vibrante confusión.

–William James –dijo Shapir con satisfacción.

–¿De qué hablaba, de cómo percibe el mundo un bebé, no? –tenía una voz agradable, con un timbre suave y metálico, no–percusivo; uno no se lo podía imaginar amenazando o gritando.

Asintió varias veces, pensando en las implicaciones de lo que Hughes había dicho.

–Para aprender a ver, dijo usted. Aprender. ¿Es así como se siente?

Hughes dudó, y luego dijo con un inesperado y notable aumento de confianza:

–He de hacerlo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Al parecer, nunca seré capaz de... ver como antes, como los demás. Pero sin embargo, veo. Sólo que no entiendo lo que veo. No tiene sentido. No hay contornos ni distinciones, ni siquiera entre más cerca y más lejos. Hay algo ahí, pero no puedo explicarlo, porque no hay cosas. No hay formas. En lugar de formas veo transformaciones, transfiguraciones. ¿Tiene esto algún sentido?

–Creo que sí –dijo Shapir–, sólo que es tremendamente difícil explicar una experiencia directa con palabras. Y cuando la experiencia es nueva, única, sobrecogedora...

–E irracional. Eso es. –Hughes hablaba ahora con verdadera gratitud–. Si pudiera explicárselo... –dijo con tristeza.

Los dos astronautas permanecían ahora en el décimo piso de un gran hospital militar en Maryland. No se les permitía abandonar la planta y todo el que entraba allí tenía que pasar todavía diez días en cuarentena antes de volver al Mundo exterior. Naturalmente, salía ganando con esto la teoría de la plaga marciana. Ante la insistencia de Shapir, a Hughes se le permitió salir al jardín de la azotea del hospital (el ascensor fue debidamente esterilizado y puesto fuera de servicio durante tres días).

Obligaron a Hughes a llevar una mascarilla higiénica, y Shapir le pidió que no se pusiera los anteojos. Dócilmente, subió en el ascensor con la boca y la nariz tapadas y con los ojos destapados pero fuertemente cerrados.

A Shapir no le pareció que el cambio de la penumbra del ascensor a la cálida y lechosa luz de julio en la azotea afectara a aquellos ojos cerrados. Hughes no apretó los párpados con más fuerza contra el torrente de luz, aunque levantó la cara hacia el Sol al notar el agradable calor en sus pies, e inspiró hondo a través de la apretada gasa.

–No había salido al aire libre desde marzo –dijo.

Era cierto, desde luego. Había vivido en un traje espacial o en una habitación de hospital, respirando aire enlatado o acondicionado.

–¿Ha recuperado el sentido de la orientación? –preguntó Shapir.

–En absoluto. Estar al aire libre me hace sentir más ciego. Tengo miedo de caerme del edificio.

Hughes había rechazado toda ayuda a lo largo de los pasillos y en el ascensor, y había encontrado su camino tanteando hábilmente; y ahora, a pesar de su broma acerca de caerse a la calle, empezó a explorar el jardín de la azotea. Estaba emocionado: un hombre activo que salía de un largo período de confinamiento.

Shapir le observaba meditabundo. El bajo mobiliario constituía un peligro para Hughes, pero aprendió en seguida a localizarlo; tenía inteligencia táctil; había gracia en sus movimientos, incluso cuando andaba a ciegas.

–¿Podría abrir los ojos? –preguntó Shapir con su voz metálica e indiferente.

Hughes se detuvo.

–De acuerdo –dijo, pero se volvió hacia Shapir buscándole a tientas con la mano derecha. Shapir se adelantó y dejó que la mano se apoyara en su brazo.

Hughes apretó con más fuerza en el momento de abrir los ojos. Luego se soltó, dio un paso atrás extendiendo los dos brazos. Un grito le brotó de dentro. Movié los brazos hacia

adelante y hacia arriba, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos bien abiertos, mirando fijamente el cielo desnudo.

–Oh, Dios mío –murmuró, y se derrumbó como un hombre golpeado por un mazo.

Sesión de consulta psiquiátrica, 18 de julio. S. Shapir, Geraint Hughes.

S. Hola. Soy Sidney... No me quedaré mucho tiempo. Escucha, no fue buena idea la mía. En la azotea. Lo siento. No tenía idea. Pero tampoco el derecho... ¿Prefieres que me vaya?

H. No.

S. De acuerdo. Yo también me estoy poniendo muy nervioso. Necesito un buen paseo. Generalmente camino mucho. Unos tres kilómetros hasta el despacho, y lo mismo de vuelta. Y añado también rodeos. Digan lo que digan, New York es una bonita ciudad para pasear. Si sabes elegir la ruta. Escucha, tengo una extraña historia acerca de Joe Temski. En realidad no es una historia, sino un hecho curioso. ¿Sabías que han escrito en su historial que está “funcionalmente sordo”?

H. ¿Sordo?

S. Sí, sordo. Bueno, el caso es que empecé a hacerme preguntas. Yo entro y hablo con Joe, ya sabes, le toco, intento establecer contacto visual, cualquier tipo de contacto, intento llegar a él. Imposible. He tenido pacientes que me han dicho de muchas maneras “no puedo oírle”. Una metáfora. ¿Pero y si no es una metáfora? A veces ocurre con los niños pequeños; se les considera retrasados y luego resulta que tienen una disfunción auditiva del treinta, sesenta, ochenta por ciento. Bueno, pues quizá Joe no puede realmente oírme. Igual que tú no puedes verme.

H. (Pausa de cuarenta segundos.) ¿Quieres decir que oye cosas? ¿Que está escuchando?

S. Es posible.

H. (Pausa de veinte segundos.) Uno no puede cerrar los oídos.

S. Eso es lo que yo pensé también. Resultaría duro, ¿no? Bueno, lo que pensé es ¿por qué no intentar taponarle los oídos? Ponerle tapones en las orejas.

H. Seguiría sin poder oírte.

S. No, pero no se distraería. Si tuvieras que mirar continuamente tu juego de luces, no podrías prestarme mucha atención a mí, ni a cualquier otra cosa, ¿no? A lo mejor esto es lo que le ocurre a Joe. A lo mejor ese ruido ahoga para él todo lo demás.

H. (Pausa de veinte segundos.) Sería algo más que ruido.

S. Supongo que no querrás hablar acerca de... en la azotea... No, de acuerdo.

H. Te gustaría saber lo que vi, ¿no?

S. Por supuesto. Pero cuando estés dispuesto.

H. Claro. Tengo tantas cosas que hacer, aparte de hablar contigo. Tantos libros que leer, y tantas bellas mujeres que mirar. Sabes perfectamente que algún día te lo diré, porque no tengo a nadie más con quien hablar.

S. ¡Demonios, Geraint! (Pausa de veinte segundos.)

H. Mierda. Lo siento, Sidney. Si no te tuviera a ti para hablar, me habría derrumbado totalmente. Ya lo sé. Eres muy paciente conmigo.

S. Sea lo que fuere que vieras allá arriba, te perturba. Ésta es una razón por la que quiero saber qué fue. Pero diablos, si puedes cargar tú solo con ello, adelante. Después de todo, ésta es la idea. ¡Mi curiosidad es mi problema, no el tuyo! Escucha, basta de hablar. Deja que te lea este artículo de *Science*. Tu coronel Wood me lo dio y dijo que podía interesarte. A mí me interesó. Es acerca de lo que encontraron dentro del meteorito argentino. Los autores sugieren que registremos el cinturón de meteoros en busca de los restos de una flota transestelar que sufrió un desastre en nuestro sistema solar hace unos seiscientos millones de

años. Primero habrían estado en Marte, por supuesto. ¿Te parece que están locos estos tipos?

H. No sé. Lee el artículo.

Temski tenía el sueño profundo, y a Shapir le resultó fácil ponerle unos tapones de cera normales mientras dormía, como los que usan los que padecen de insomnio. Cuando se despertó, Temski no hizo al principio nada extraño. Se sentó en la cama, bostezó, se desperezó, se rascó y miró perezosamente a su alrededor, para ver si había comida a mano, en esa forma serena que Shapir consideraba para sus adentros muy distinta de todos los comportamientos psicóticos que había visto, y en realidad distinta de cualquier comportamiento humano que hubiera visto jamás. Temski le recordaba a un animal doméstico sano, satisfecho y confiado. No un chimpancé; algo más manso, más contemplativo, un orangután quizá.

Pero el orangután empezó a sentirse inquieto.

Temski miró a su alrededor, a derecha y a izquierda, con nerviosismo. Quizá no estaba mirando, sino moviendo la cabeza para intentar encontrar los sonidos desaparecidos. El acorde perdido, pensó Shapir. El nerviosismo y la atención de Temski fueron en aumento. Se levantó, volviendo aún sin

descanso la cabeza. Miró al otro lado de la habitación. Por primera vez en diecisiete días de contacto diario vio a Shapir.

El bello rostro de Temski se contrajo en una mueca de ansiedad o aturdimiento.

–Dónde... –dijo–, dónde...

Llevándose las manos a las orejas en busca de la causa del silencio, encontró los tapones y se quitó uno. Eso fue suficiente.

–Ah –dijo, y se quedó callado. Su mirada aún se dirigía directamente hacia Shapir, pero no le veía. Su rostro se relajó.

Otros nuevos intentos tuvieron más éxito. Aunque al principio se encontraba aturdido, Temski se mostraba cooperativo cuando se le volvía sordo artificialmente y respondió con prontitud a los intentos que hacía Shapir para comunicarse con él mediante el tacto, el gesto, y finalmente mediante la escritura. A partir de la quinta sesión, Temski se prestó a participar en sesiones más largas que incluirían el uso de una droga para anular el nervio auditivo durante unas cinco horas cada vez.

Durante el segundo de estos largos períodos, Temski pidió que se le dejara ver a Hughes. A Shapir ya se le habían dado instrucciones de que los astronautas se hablaran si fuera posible; se pensaba que se podría obtener más información

si los dos se hablaban con entera libertad. Puesto que Temski estaba artificialmente sordo, Hughes tenía que escribir; como sabía mecanografiar, hizo su parte del diálogo con una máquina de escribir portátil. Sin embargo, no todo el material encontrado en la papelera pudo ser adecuadamente intercalado en la grabación hablada de Temski. Los dos hombres hablaron principalmente del viaje de regreso y de la enfermedad y el fallecimiento del comandante Rogers, que Temski no recordaba; Hughes describió todo esto de la misma manera que en anteriores ocasiones, sin añadir nueva información. No tocaron el tema de la “habitación” (emplazamiento D) o de sus respectivas incapacitaciones excepto en lo que sigue:

T. ¿No es interno, no?

H. Si lo fuera, los tapones mejorarían tu recepción.

T. Entonces, es real.

H. Diablos, ya lo creo.

T. Mira, la primera vez que me pusieron estos tapones en los oídos, cuando me desperté y había este silencio, estaba realmente horripilado. Me costó mucho tiempo volver de donde había estado. No tenía muchas ganas de regresar. Pero cuando Shapir empezó a decirme el tiempo que había pasado, y me di cuenta de que esto era la Tierra, bueno, esto

es lo que me horrorizó: pensé que a lo mejor esto había sido una especie de alucinación. Ya sabes. Dios mío, ¿he perdido la chaveta? Eso me asustó. Como si fuera dos personas diferentes. Pero empecé a hilar las cosas, empecé a ver que no era una escisión, sino...

H. Un cambio.

T. Exactamente. Me cambió a mí, te cambió a ti. Es real. Porque cuando puedo oír, eso es lo que oigo, y cuando tú puedes ver, es eso lo que ves. ¿No es cierto? En otras palabras, es real. Tienen que volvernos artificialmente sordos y ciegos para que no lo oigamos, y no lo veamos. Es así, ¿no es cierto?

(Las respuestas mecanografiadas de Hughes a lo que sigue no pudieron identificarse entre el material de la papelería.)

H...

T. Oh, no. Precioso. Me llevó mucho tiempo empezar a entenderlo, por lo menos ahora sé que fue mucho tiempo. Al principio no tenía ningún sentido; Dios mío, me volvió loco de terror al principio. Tú o Dwight me decíais algo y había esa especie de acordes en torno a vuestras voces, como los arcos iris alrededor de un prisma; de manera que ni siquiera puedes ver el prisma; a ti te ocurría algo así, ¿no?

Es lo mismo, sólo que con el sonido, es como si todo se convirtiera en esa música, sólo que no es música, es... Al principio, como te he dicho, no sabía cómo oírlo. Pensé que había algún problema en la radio de mi traje espacial. ¡Por Dios! (Risas.) No podía seguir el esquema, ya sabes, como las modulaciones, las transformaciones. Era todo tan distinto. Pero aprendes. Cuanto más escuchas, más oyes. Me gustaría que pudieras oírlo. Mira, me dices que hace dos meses que volvimos de Marte, y todo eso, y yo te creo, mierda, pero no importa. La verdad es que no tiene importancia, ¿no, Gerry?

H...

T. Me gustaría poder verlo, igual que tú. Debe ser formidable. Pero te diré una cosa, estoy contento de que me saquen de esto así, cada día ahora. Creo que debe ser así. Estaba como, no sé, abrumado, sobrecogido, es demasiado. No estamos hechos para eso, quizá no somos lo bastante fuertes. Por lo menos al principio. No podemos con todo de golpe. Lo que intentaré hacer mientras estoy aislado es escribir algo de esto.

H...

T. No, no sé hacerlo. Pero no tiene por qué ser música. Mira, no es música, es simplemente una manera de describirlo, porque es bello. Creo que podría explicarlo también en palabras. Quizá mejor. Explicar lo que significa.

H...

T. ¿Si tengo miedo de qué?

Bernard Decelis y su mujer telefoneaban a Hughes cada dos días, aunque debido a la cuarentena no podían visitarle. El día 27 de julio, Hughes y Decelis tuvieron una importante conversación acerca de la llamada habitación, emplazamiento D, de la inspección llevada a cabo por Psyche XIV. Decelis dijo:

–Si no entro en el equipo Dieciséis y logro ver ese maldito lugar me cabrearé.

–Ver es creer –observó Hughes.

No estaba tan exaltado como al principio, y tendía a mostrarse lacónico y más bien agrio.

–Escucha, Gerry. ¿Hubo alguna vez maquinaria en esos casilleros?

–No.

–¡Vaya! ¡Ésta es una respuesta categórica! Pensé que no querías afirmar nada acerca del emplazamiento D, excepto que resulta incomprensible para la mente humana. ¿Te estás ablandando?

–No. Estoy aprendiendo.

–¿Aprendiendo a qué?

–A ver.

Tras una pausa, Decelis preguntó con prudencia:

–¿A ver qué?

–El emplazamiento D. Puesto que es lo único que puedo ver.

–Quieres decir que esto es lo que tú... cuando tienes los ojos abiertos...

–No. –Hughes habló en tono de hastío y con desgana–. Es más complejo que eso. No veo el emplazamiento D. Veo... el Mundo a la luz del emplazamiento D. Una nueva luz. A quien deberías preguntar es a Joe Temski. Oh, escucha, ¿llegaste a pasar los casilleros por Algie, tal como dijiste?

–Tuve problemas para listar el programa.

–Apuesto a que sí –dijo Hughes con una breve carcajada–. Envíame el material. Yo listaré el programa. Con los ojos tapados.

Temski entró radiante en la habitación de Hughes.

–Gerry –dijo–, ya lo tengo.

–¿Tienes qué?

–Lo tengo todo junto. Te he oído. No, no estaba leyendo los labios. Di algo de espaldas a mí, Gerry. ¡Vamos!

–Envenenamiento ptomaínico.

–"Envenenamiento ptomaínico", ¿ves? Escucha, puedo oírte. Pero no he perdido la música. ¡Lo tengo todo al mismo tiempo!

De ojos azules y pelo rubio, Temski era normalmente un hombre guapo; ahora estaba magnífico. Hughes no podía verle (aunque la cámara oculta en la rejilla de ventilación sí podía, y lo hizo), pero oyó la vibración de su voz y se sintió conmovido y asustado.

–Quítate las anteojeras, Gerry –dijo la voz amable y vibrante.

Hughes negó con la cabeza.

–No puedes sentarte en la obscuridad, encerrado en ti mismo para siempre. Tienes que salir. No puedes elegir la ceguera, Gerry.

–¿Por qué no puedo?

–No puedes hacerlo después de haber visto la luz.

–¿Qué luz?

–La luz, la palabra, la verdad que hemos aprendido a percibir y a conocer –dijo Temski con la dulzura de la absoluta certeza y en una voz llena de calidez, una calidez como la de la luz del Sol.

–¡Vete! –dijo Hughes– ¡Vete, Temski!

Habían pasado doce semanas desde el amerizaje de Psyche XIV. Entre el personal de la estación de aclimatación no se habían dado síntomas más alarmantes que el aburrimiento. Hughes no había empeorado y Temski parecía ya totalmente recuperado. Podía darse como seguro que lo que había afectado a la tripulación de Psyche XIV no había sido una infección portada por un virus, una espora, una bacteria o cualquier otro agente físico. La hipótesis aceptada provisionalmente por la mayoría –incluido el doctor Shapir– con diversas reservas, era que algo en la disposición de los elementos que constituían la “habitación”, emplazamiento D, había causado un grado de desorganización en las ondas cerebrales de los tres astronautas, durante su larga e intensa inspección del lugar; algo parecido a la perturbación que producen en las funciones cerebrales las luces giratorias a determinadas frecuencias, etc. Aún no se conocía qué

elementos de la “habitación” tenían que ver con el asunto, pero las holografías estaban siendo examinadas a fondo por los expertos. Psyche XV debía llevar a cabo una investigación aún más completa del emplazamiento, tomando las debidas precauciones para proteger y controlar a los astronautas.

Los elementos sospechosos del emplazamiento D eran tan numerosos y estaban tan intrincadamente relacionados entre sí que resultaba muy difícil para una sola mente intentar organizarlos y ordenarlos. Algunos marcianólogos estaban convencidos de que las especiales propiedades de la “habitación” eran sólo un accidente geológico, y de que lo único que la “habitación” podía “contarnos” estaba en el tipo de información que tan bella y concisamente proporcionan los estratos rocosos, los anillos del tronco de un árbol, o las líneas de un espectro. Otros estaban igualmente convencidos de que la ciudad había sido construida por seres inteligentes, y de que estudiándola podríamos aprender algo acerca de su naturaleza y del funcionamiento de sus mentes: esas mentes inimaginables de hace seiscientos millones de años (ya que ahora había absoluta seguridad en cuanto a la antigüedad del desmoronamiento radiactivo del lugar). Un tal trabajo de investigación, sin embargo, era desalentador. T. A. Newman, del Instituto Smithsonian, lo expresó con claridad:

“Los arqueólogos están acostumbrados a obtener gran cantidad de información a partir de cosas muy sencillas: recipientes, trocitos de pedernal, una pared por aquí, una tumba por allí. ¿Pero qué ocurriría si todo lo que tuviéramos de una antigua civilización fuera algo muy complicado, y complicado no sólo en un sentido tecnológico: digamos, una copia de Hamlet de Shakespeare? Imaginemos que los arqueólogos que encuentran esta copia de Hamlet no son humanoides, no tienen libros ni obras de teatro, no hablan ni escriben ni piensan como nosotros en absoluto. ¿Qué conclusión sacarían de este pequeño artefacto físico, de su evidente complejidad y falta de propósito, de la repetición de ciertos elementos y la no repetición de otros, de la semirregularidad de las longitudes de líneas, y de todo lo demás? ¿Cómo van a leer Hamlet?”

Para aquellos que aceptaron la “teoría Hamlet”, el primer paso obvio era el empleo de ordenadores, y varios aparatos habían sido puestos a trabajar para analizar los diversos elementos del emplazamiento D: el espaciamiento, el tamaño, la profundidad y las configuraciones de los “casilleros”, las proporciones de las “subcámaras” primera, media y tercera, las extraordinarias propiedades acústicas de la habitación en su totalidad, y demás. Ninguno de estos programas había producido por el momento una evidencia clara de que existiera una planificación consciente o una pauta racional; es decir, ninguno salvo el programa listado

por Decelis y Hughes en el nuevo Algebrale V de la NASA, que había obtenido ciertamente resultados, aunque no podían ser calificados de racionales. Desde luego, la transcripción resultante (print-out) había hecho estremecerse a los jefazos de la NASA, y había provocado la risa de aquellos pocos científicos a los que Decelis se la había mostrado, antes de que fuera suprimida por ser considerada un posible fraude, y por supuesto una incomodidad. La transcripción completa dice lo siguiente:

RUN

CASILLEROS EMPLAZAMIENTO D MARTE SECTOR NUEVE

DIOS

BIEN DIOS DIOS BIEN TÚ ERES DIOS

RECOMPONER

RECOMPONER TOTALMENTE COMPRENSIÓN ABSURDO

PERCIBIR ABSURDO NO SENTIDO VERDADERO BIEN DIOS

PERCIBIR RECIBIR INSTRUCCIONES DIRECCIÓN

PROCEDER INFORMAR DESINFORMADOS

DIOS DIOS DIOS DIOS DIOS DIOS

END

Cuando Shapir entró, encontró a Hughes echado en la cama con los anteojos negros puestos, como solía pasar ahora la mayor parte del tiempo. Estaba pálido y parecía enfermo.

–Me parece que has trabajado demasiado.

Hughes no respondió.

Shapir tomó asiento.

–Me mandan de regreso a New York –dijo.

Hughes no respondió.

–Ya sabes que Temski ha sido dado de alta. Ahora está en camino hacia Florida. Con su mujer. No sé lo que piensan hacer contigo. Había pedido... –después de un largo silencio

completó la frase—. Había pedido que me dejaran quedarme dos semanas más contigo. No hubo manera.

—No hay problema —dijo Hughes.

—Quiero permanecer en contacto contigo, Geraint. Desde luego, no podemos escribirnos. Pero está el teléfono. Y las cintas; voy a dejarte una grabadora. Cuando quieras hablar, por favor, llámame. Si no me encuentras, habla a la grabadora. No es lo mismo, pero...

—Eres un hombre muy bueno, Sidney —dijo Hughes con dulzura—. Me gustaría...

Al cabo de un minuto se incorporó. Se llevó las manos a la cara y se quitó los anteojos negros. Los llevaba tan ajustados a las órbitas que le costó un poco quitárselos. Cuando lo hubo hecho, bajó las manos y miró directamente a Shapir, al otro lado de la habitación. Con las pupilas agrandadas por la larga ausencia de luz, sus ojos parecían casi tan negros como los anteojos.

—Te veo —dijo Hughes—. Jugar al escondite. Espío. Tú eres Eso. ¿Quieres saber lo que veo?

—Sí —dijo Shapir con suavidad.

—Una mancha. Una sombra. Algo incompleto, un rudimento, una obstrucción. Algo totalmente sin importancia. Ya ves, no sirve de nada ser un buen hombre, incluso...

–¿Y cuando te miras a ti mismo?

–Lo mismo. Exactamente lo mismo. Un estorbo, una trivialidad. Un borrón en el campo de visión.

–¿El campo de visión? ¿Qué es el campo de visión?

–¿Qué piensas que es? –dijo Hughes en tono muy bajo y cansado–. ¿Cuál es la verdadera visión? La de la realidad, desde luego. Yo he sido reprogramado para percibir la realidad, para ver la verdad. Yo veo a Dios.

Hundió el rostro entre las manos, cubriéndose los ojos.

–Yo era un hombre pensante –dijo–. Intentaba ser un hombre racional. ¿Pero de qué sirve la razón cuando uno es capaz de ver la verdad? Ver es creer... –levantó la cabeza y volvió a mirar hacia Shapir, con sus ojos oscuros al mismo tiempo ciegos y penetrantes–. Si quieres una verdadera explicación, pregúntale a Joe Temski. Ahora se mantiene en silencio; está esperando el momento propicio. Pero él es quien te lo puede explicar. Puede traducir lo que oye: traducirlo a palabras. Resulta más difícil de hacer con las percepciones visuales. Los místicos siempre han tenido problema para expresar sus visiones en palabras; excepto aquellos que oían la Voz. Éstos por lo general reaccionaban y actuaban de inmediato, ¿no? Temski actuará. Pero yo no. Me niego. No predicaré. No seré un misionero.

–¿Un misionero?

–¿No te das cuenta? ¿No entiendes lo que es la “habitación”? Un centro de preparación, un cuarto de instrucción, un...

–¿Un centro religioso? ¿Una iglesia?

–Bueno, en cierto modo. Un lugar donde te enseñan a ver a Dios, a oír a Dios y a conocer a Dios. Y a amar a Dios. Un centro de conversión. ¡Un lugar donde te conviertes! Y luego sales y predicas el conocimiento de Dios a los demás; a los paganos. Puesto que ahora sabes lo ciegos que están y lo fácil que resulta ver. No, no es únicamente una iglesia: es una misión. La Misión. Y aprendes la Misión y sales de allí con la Misión. No eran exploradores. Eran misioneros que tenían en sus manos la verdad, y la llevaban a otras razas y a las razas futuras, a todos los malditos pobres paganos que vivían en la obscuridad exterior. Ellos conocían la respuesta, y querían que todos conociéramos la respuesta. Una vez has conocido la respuesta, ya nada más importa. No importa si eres un hombre bueno o malo, si soy un hombre inteligente o un tonto. Nada acerca de nosotros importa, excepto que somos vehículos insignificantes de la gran verdad. La Tierra no importa, las estrellas no importan, la muerte no importa, nada es nada. Sólo Dios es.

–¿Un dios de otro mundo?

–No un dios. Dios; el único Dios verdadero inmanente a todas las cosas. En todas partes, eternamente. He aprendido

a ver a Dios. Todo lo que tengo que hacer es abrir los ojos y veo el Rostro de Dios. Y daría mi vida entera únicamente por volver a ver un rostro humano, por ver un árbol, un solo árbol, una silla, una silla de madera, normal y corriente. Pueden quedarse con su Dios, pueden quedarse con su Luz. Yo quiero que me devuelvan mi Mundo. Quiero preguntas, no respuesta. Quiero que me devuelvan mi propia vida, y mi propia muerte.

Por recomendación del Ejército, el psiquiatra que relevó a Shapir en el caso de Hughes fue despedido, y Hughes fue trasladado a un hospital militar para perturbados mentales. Como era un paciente por lo general tranquilo y cooperativo, no se le mantenía bajo estricta vigilancia, y por desgracia, tras once meses de internamiento, llevó a cabo con éxito una tentativa de suicidio, al cortarse las venas con el mango de una cuchara que había robado del comedor y que había logrado afilar frotándola contra los hierros de la cama. Resulta un hecho interesante el que Hughes se suicidara el día en que la misión Psyche XV emprendía su camino a la Tierra desde Marte, trayendo consigo los documentos y grabaciones que, una vez interpretados por el Primer Apóstol, forman hoy los primeros capítulos de la Revelación de los Antiguos, los textos sagrados de la santa y

universal Iglesia de Dios, portadora de la luz a los paganos, único vehículo de la Verdad Una y Eterna.

Oh, insensatos (dije), preferir así la noche oscura a la luz...

Pero mientras censuraba de este modo su locura uno dijo así:

Este anillo lo trajo el novio sólo para su amada.

LA DIRECCIÓN DE LA CARRETERA

El árbol se encuentra justo al sur del desvío de McMinnville en la autopista 18 del estado de Oregón. Perdió una rama principal el año pasado, pero aún tiene un aspecto magnífico. Pasamos en coche a su lado varias veces al año, y nunca ha dejado de sostener la idea de la Relatividad con dignidad y con la habilidad de una larga práctica.

Antes no eran tan exigentes. Nunca nos hacían ir más aprisa que al galope, y aún eso era raro; la mayor parte de las veces se contentaban con un pequeño trote saltarín. Y cuando uno de ellos iba a pie, era un auténtico placer

acercársele. Me daba tiempo de realizar toda la acción con auténtico estilo. Le veía hacer como que movía sus piernas y sus brazos según sus costumbres, mientras miraba la carretera, o incluso los campos que atravesaba, o hasta mirándome directamente: entonces me acercaba a él regularmente pero con mucha lentitud, aumentando de tamaño sin cesar, sincronizando a la perfección la velocidad de aproximación y la velocidad de crecimiento, de tal modo que, en el mismo momento en que, tras no haber sido más que una minúscula mota, había adquirido toda mi estatura –veinte metros por aquella época–, me alzaba ante él, inmenso, dominándolo, cubriéndolo con mi sombra. Y sin embargo él no manifestaba ningún temor. Ni siquiera los niños me temían, aunque a menudo no dejaban de mirarme mientras yo pasaba cerca de ellos, para empezar a decrecer a continuación.

Ocurría a veces que, en una cálida tarde, uno de los adultos me detenía justo en el lugar donde nos encontrábamos, y se sentaba, su espalda contra la mía, durante una hora o más. Yo no veía en ello el menor inconveniente. Tengo una excelente colina, un buen suelo, un buen viento, una hermosa vista; ¿por qué iba a molestarme el permanecer inmóvil durante una hora o toda una tarde? Después de todo, la inmovilidad no es más que relativa. Basta con mirar al Sol para darse cuenta de la velocidad en que todo se desplaza; y además uno no deja de

crecer... sobre todo en verano. En cualquier caso me emocionaba el verles confiar así en mí, dejarme que me apoyara en sus pequeñas espaldas cálidas, y dormirse profundamente entre mis pies. Me gustaban. Es raro que nos hayan caído en gracia como los pájaros; pero realmente los prefería a las ardillas.

En aquel tiempo los caballos trabajaban para ellos, lo cual constituía para mí un agrado suplementario. Me gustaba particularmente el galope corto, en el que me volví muy hábil. Aquel movimiento de elevación rítmica que acompaña al crecimiento o disminución les confiere una apariencia de oscilación y de caída que es casi la del vuelo. El galope era menos agradable, con su sincopado martilleo; me sentía agitado como un árbol joven en la tormenta. Además, el placer de acercarme y crecer lentamente hasta parecer gigantesco, y luego alejarme y decrecer también lentamente, quedaba suprimido por el galope. Había que hacerlo todo brutalmente, tacatac, tacatac, y tanto el hombre como su montura estaban tan absortos por este ejercicio que ni siquiera levantaban los ojos hacia mí. Hay que admitir de todos modos que los casos eran raros. Después de todo, el caballo es mortal y, como todas las criaturas sin raíces, fatigable; los hombres evitaban pues cansar a sus caballos, salvo casos de urgencia; los casos de urgencia, aparentemente, no eran tampoco tan frecuentes en aquella época.

No he galopado desde hace mucho tiempo, y a decir verdad me gustaría hacerlo. Bien pensado, aquel ejercicio tenía algo de tonificante.

La primera vez que vi un automóvil, lo recuerdo aún, lo tomé, como la mayor parte de nosotros, por un ser mortal una especie de criatura sin raíces a la que no conocía. Sentí un cierto sobrecogimiento ya que, con ciento treinta y dos años de edad, creía conocer a toda la fauna local. Pero una novedad, por fútil que sea, siempre es algo interesante, así que lo observé con atención. Me acerqué a buena marcha, la de un galope corto, pero adoptando un ritmo distinto, adaptado al aspecto falto de gracia de aquella cosa: un ritmo inconfortable, el de un ser rodante, sofocante, trepidante, agitado por sobresaltos. Pero no, no se trataba de ningún ser mortal, libre o cautivo, con o sin raíces, y me di cuenta de ello en menos de dos minutos, antes de haber alcanzado el tamaño de treinta centímetros. Era un objeto fabricado, como aquellas carretas a las que se ataban los caballos. Lo hallé tan mal hecho que estimé imposible que regresara cuando lo vi desaparecer tras la cima de West Hill, y esperé de todo corazón no volver a verlo nunca más, pues no podía soportar su marcha dura y contrastada.

Pero la cosa adoptó un horario regular, al que me vi obligado a doblegarme. Todos los días, a las cuatro, debía aproximarme a él mientras aparecía al oeste con su rítmico

tartamudeo, tenía que crecer, erguirme en toda mi altura, y encogerme de nuevo luego. Después, a las cinco, debía ir una vez más a su encuentro trotando como un gazapo pese a mis veinte metros de altura, mientras llegaba por el este dando sus traqueteantes zancadas, impaciente porque aquel horrible pequeño monstruo desapareciera por el horizonte, a fin de poder descansar y relajar mis miembros al viento del atardecer.

Siempre había dos personas en el vehículo: un joven macho al volante, y tras él, una vieja hembra de mirada arisca medio sepultada entre mantas. Nunca les oí hablarse. Y sin embargo por aquel tiempo sorprendí varias conversaciones en la carretera. La máquina iba descubierta, pero el enorme ruido que hacía cubría el de todas las voces, incluso la del gorrión cantor que yo albergaba aquel año. Odiaba aquel ruido casi tanto como la bamboleante marcha del vehículo.

Soy de una familia que se respeta y mantiene sus rígidos principios. La divisa de los robles es: «Me rompo, pero no me doblego»; y me veo obligado a observarla. Lo que me hacía sufrir, entiendan, no era puramente la vanidad personal, sino el orgullo familiar, el hecho de que un simple objeto fabricado me obligara a saltar y a bambolearme de aquel modo.

Los manzanos de la huerta, en la parte baja de la colina, no parecían verse tan afectados; pero son árboles domesticados. Sus genes han sido manipulados desde hace siglos. Además, son criaturas gregarias; ningún árbol frutal es realmente capaz de formular una opinión personal.

Yo guardaba para mí mi propia opinión.

Pero cuando el automóvil dejó de envenenarnos me alegré sobremanera. No apareció en absoluto durante todo un mes, durante el cual tuve el placer de andar hacia los hombres y trotar hacia los caballos, yendo incluso a dar saltitos al encuentro de un bebé en brazos de su madre, esforzándome, sin éxito, en ofrecerle una imagen nítida.

Al mes siguiente –septiembre, unos pocos días después de la partida de las golondrinas– apareció otra máquina. Nos arrastró de pronto, a mí, a nuestra colina, a la huerta, a los campos, al techo de la granja, en su carrera de este a oeste, dando saltitos, bamboleándose, petardeando; mi velocidad era superior a la del galope, y jamás me había desplazado tan rápidamente. Apenas tuve tiempo de parecer gigantesco cuando ya tuve que empezar a encogerme.

Y a la mañana siguiente vino otra máquina.

Cada año, cada semana, cada día, la especie se extendía. Llegaron a convertirse en un elemento importante de nuestro Orden Natural. Las carreteras eran levantadas y

luego rehechas, ampliadas, con una detestable superficie plana como la huella de un caracol, sin roderas, sin charcos, sin piedras, sin flores, sin sombras. ¿Dónde estaban todos esos pequeños seres sin raíces que antes recorrían la carretera, saltamontes, hormigas, sapos, ratones, zorros y tantos otros, demasiado pequeños la mayor parte de ellos como para que yo acudiera a su encuentro puesto que no llegaban a verme realmente? Los más prudentes evitaban ahora la carretera, los otros se dejaban aplastar. ¡Cuántos conejos he visto morir así a mis pies! Doy gracias a Dios de ser un roble, ya que puedo verme arrancado por el viento, desenraizado, podado o aserrado, pero al menos no podré, bajo ninguna circunstancia, verme aplastado en la carretera.

La presencia simultánea de un gran número de vehículos en la carretera exigió de mí un nivel superior de actuación. Era tan solo un arbolillo cuya copa apenas rebasaba las hierbas silvestres cuando aprendí a ir en dos direcciones al mismo tiempo. Conseguí ese logro elemental sin pensar realmente en él, bajo la simple presión de las circunstancias, la primera vez que vi a un peatón al este frente a un jinete que venía del oeste. Tenía que ir en dos direcciones a la vez, y lo conseguí. Supongo que para nosotros los árboles esto es la base del arte. Estaba nervioso, pero conseguí pasar cerca del jinete, luego alejarme de él mientras me encogía trotando hacia el peatón, al cual no alcancé hasta después de haber sido perdido de vista por el jinete... por aquel

tiempo no tenía que aparecer aún gigantesco. Estaba orgulloso de mí, siendo aún muy joven, orgulloso de mi hazaña; pero de hecho es menos difícil de lo que parece. Desde entonces, por supuesto, repetí la operación un incalculable número de veces, y ni siquiera le daba importancia; lo hacía incluso en sueños. ¿Pero han pensado ustedes en el increíble esfuerzo que realiza un árbol cuando debe, por un lado, agrandarse simultáneamente a velocidades ligeramente distintas, y al mismo tiempo encogerse para otros vehículos que avanzan en sentido contrario, unos cuarenta a la vez en cada sentido, sin olvidarse de erguirse con toda su altura en el momento preciso para cada uno de ellos? ¿Y hacer esto minuto tras minuto, hora tras hora, desde el amanecer hasta la caída de la noche e incluso más tarde?

Puesto que mi carretera se volvió muy frecuentada; la circulación era casi incesante. No dejaba un instante de reposo. Se habían acabado los bamboleos sincopados, pero cada vez debía ser más rápido: crecer a toda velocidad, erguirme en toda mi altura en una fracción de segundo, y decrecer con la misma precipitación, sin poder gozar con ello, y sin descanso, una y otra y otra vez.

Muy raros eran los conductores que se dignaban dirigirme una ojeada, por breve que fuera. De hecho, parecían no ver nada. Se contentaban con mirar fijamente la carretera ante

ellos. Tenían la ilusión, al parecer, de ir a alguna parte. Miraban, a través de unos espejitos fijados a la parte delantera de sus vehículos, hacia la parte de carretera que acababan de recorrer, y luego volvían a clavar sus ojos camino adelante. Yo había supuesto que solo los escarabajos se hacían esta falsa idea del Progreso. En efecto, no dejan de precipitarse en todos sentidos sin levantar nunca los ojos. Siempre había tenido una pobre opinión de esas pequeñas criaturas. Pero al menos ellas me dejaban en paz.

Confieso que a veces, en esas benditas noches tenebrosas en las que mi copa no era plateada por la Luna, o mis ramas no ocultaban las estrellas, en esas noches en las que podía tomarse un descanso, pensaba seriamente en sustraerme a las obligaciones de nuestro Orden Natural: en dejar de desplazarme. No, no seriamente. Tan solo a medias. Puro cansancio. Si el más pequeño imbécil de retoño de sauce, al pie de la colina, aceptaba sus responsabilidades, saltaba, se movía, aceleraba, crecía y disminuía por cada coche que pasaba por la carretera, ¿cómo podría no hacerlo yo, un roble? Nobleza obliga. Y creo poder decir que nunca he dejado caer algo que no conozca su deber.

Hace pues cincuenta o sesenta años que me erijo en defensor del Orden Natural, y que mantengo a las criaturas humanas en su ilusión de ir a alguna parte. Y lo hago de buen

grado. Pero me ha ocurrido algo horrible, contra lo cual debo elevar una solemne protesta.

Puedo ir perfectamente en dos direcciones a la vez; puedo muy bien crecer y decrecer simultáneamente; puedo moverme sin problemas, incluso a la desagradable velocidad de cien o ciento veinte kilómetros por hora. Estoy dispuesto a proseguir todo esto hasta el día en que un hacha, una sierra o un bulldozer me derribe. Ese es mi destino. Pero a lo que reniego con mis últimas energías es a volverme eterno.

La eternidad no es mi destino. Soy un roble, ni más, ni menos. Tengo mis deberes, y los cumplo; tengo mis recompensas, y sé apreciarlas, aunque lamente que cada vez se hagan más raras, puesto que los pájaros son menos numerosos y los vientos se están volviendo mefíticos. Pero, sea cual pueda ser mi longevidad, tengo derecho a dejar de ser. La mortalidad es mi privilegio. Y he perdido este privilegio.

Lo perdí hace un año, en un día lluvioso del mes de marzo.

Los coches, como siempre, surgían por la carretera en ambos sentidos, cubriéndola con sus rápidas carreras. Yo estaba tan ocupado en moverme como un bólido, crecer, erguirme en toda mi altura, decrecer, y el día desaparecía tan aprisa, que apenas tuve tiempo de ver lo que ocurría. El conductor de uno de los coches debía estimar que su

necesidad de ir a algún sitio presentaba un carácter de urgencia excepcional; por ese motivo intentó situar su vehículo delante del que lo precedía. Para efectuar esta maniobra hay que desviarse un momento de la Dirección de la Carretera girando hacia el lado encargado de hacer circular a los coches en el otro sentido (y debo decir que admiro enormemente las capacidades de la carretera, ya que no es fácil efectuar tales maniobras cuando no se es más que un simple objeto fabricado y no un ser vivo). Pero en aquel momento otro coche llegaba en sentido contrario, y se encontró frente a frente con el del conductor apresurado. Y la carretera no pudo hacer nada para salvar la situación, puesto que estaba demasiado cargada. Para evitar golpear al coche que le hacía frente, el vehículo con prisas contravino absolutamente todas las reglas de la Dirección de la Carretera con una conversión de noventa grados, lo cual me obligó a saltar directamente sobre él. No tenía otra elección. Tuve que lanzarme sobre él a ciento cuarenta kilómetros por hora. Me erguí en toda mi altura, haciéndome más grande, más gigantesco que nunca antes. Luego percutí contra el vehículo.

Perdí una considerable porción de corteza y, lo que es peor, una buena capa de cámbium; pero para un árbol de veintidós metros de alto y cerca de tres metros de circunferencia en el punto del impacto eso no resultaba demasiado grave. Mis ramas temblaron por el choque hasta

el punto de hacer caer un nido de petirrojos del año anterior, y sentí una tal sacudida que lancé un gemido. Jamás en mi vida había hablado tan fuerte.

El coche lanzó un grito desgarrador, roto, aplastado por el golpe que yo le había dado. Su parte trasera apenas recibió daño, pero toda su parte delantera era un auténtico acordeón, con retorcimientos propios de una raíz vieja sobre los cuales caía una lluvia de pequeños trocitos de brillante plancha.

El conductor no tuvo tiempo de pronunciar ni una palabra. Lo maté instantáneamente.

No es contra esto contra lo que protesto. No podía hacer otra cosa más que matarlo. Era inevitable, de modo que todo lamento posterior es superfluo. Contra lo que me rebelo, lo que no puedo soportar más, es esto: cuando yo saltaba sobre él, él me vio. En el último momento, levantó los ojos. Me vio como jamás nadie me había visto, ni siquiera un niño, ni siquiera en los tiempos en que la gente miraba aún a su alrededor. Me vio enteramente, y quizá yo sea la única cosa que él hubiera visto jamás en toda su vida.

Me vio bajo los atisbos de la eternidad. Me confundió con la eternidad. Y puesto que murió en el momento mismo en que su visión le engañaba, puesto que nada puede modificarla, estoy cautivo por toda la eternidad.

Esto me resulta insoportable. No puedo hacerme cómplice de tamaña ilusión. Las criaturas humanas no quieren comprender la Relatividad; muy bien, pero que comprendan la Relación.

Si el Orden Natural lo exige, yo mataré a los conductores de coches, aunque esto no forme parte de las obligaciones normales que incumben a un roble. Pero es injusto imponerme no solo el papel de asesino, sino también el de la muerte. Puesto que yo no soy la muerte. Yo soy la vida; soy mortal.

Si quieren ver la muerte con sus propios ojos, es su problema, no el mío. Yo no quiero ser para ellos la eternidad. Que no cuenten con los árboles para encontrar en ellos la imagen de la muerte. Que la busquen más bien en los ojos de sus semejantes.

LOS QUE SE VAN DE OMELAS

Variaciones sobre un tema de William James

La idea central de este psicomito, la víctima propiciatoria, aparece en Los hermanos Karamazov, de Dostoievski, y algunas personas me han preguntado, con bastantes recelos, por qué le otorgué el mérito a William James. El caso es que no he sido capaz de releer a Dostoievski –aunque me gustaba mucho– desde que tenía veinticinco años, y había olvidado que él utilizó la idea. Pero cuando me la encontré en El Filósofo Moral y la Vida Moral de William James, me impresionó reconocerla. Así es como la expresa James:

“Consideremos la hipótesis de que se nos ofreciera un Mundo en el que fueran posibles las utopías de

Fourier, Bellamy y Morris, y en el que, por tanto, millones de personas fueran siempre felices, pero con la única condición de que un alma perdida más allá de las cosas tuviera que llevar una vida de solitario tormento. Por mucho que nos tentara el impulso de agarrarnos a una felicidad así ofrecida, sólo una emoción muy específica e independiente podría hacernos sentir todo lo repugnante que sería disfrutar de ella a cambio de aceptar deliberadamente un trato semejante.”

Difícilmente podría expresarse mejor el dilema de la conciencia americana. Dostoievski era un gran artista, y un radical, pero su temprano radicalismo social dio un vuelco convirtiéndole en un violento reaccionario. En cambio, el americano James, que parece tan tibio, tan ingenuo y caballeroso, fue y sigue siendo un verdadero pensador radical. ¡Y fíjense cómo dice «nosotros», dando por supuesto que todos sus lectores son tan honrados como él! Inmediatamente después del párrafo del «alma perdida» continúa:

“Todas las ideas agudas y elevadas son revolucionarias. Se nos presentan mucho menos como efectos de la experiencia pasada que como probables causas de experiencias futuras; son

factores ante los que habrán de inclinarse el medio ambiente y las lecciones aprendidas hasta ahora.”

Estas dos frases se aplican muy directamente a este cuento, a la ciencia ficción y a todo el pensamiento acerca del futuro en general. Los ideales como «probable causa de futuras experiencias» ¡he aquí una observación sutil y estimulante!

Por supuesto, no fue leer a James y sentarme y decir: «Ahora escribiré un cuento acerca de esa 'alma perdida'». No suele ser tan sencillo. Me senté y empecé a escribir una historia, únicamente porque me apetecía, pensando sólo en la palabra Omelas. Venía de una señal de carretera: Salem (Oregon) leída al revés. ¿Ustedes no leen los letreros de la carretera al revés? POTS. soñin NÓICUACERP. Ocsicnarf Nas... Salem es igual a schelomo, que es igual a salaam, que es igual a Paz. Melas. O melas. Omelas. Homme helas. “¿De dónde saca sus ideas, señora Le Guin?”. De olvidar a Dostoievski y leer los letreros de la carretera de derecha a izquierda, naturalmente. ¿De dónde, si no?

Con un estruendo de campanas que hizo alzar el vuelo a las golondrinas, la Fiesta del Verano penetró en la deslumbrante ciudad de Omelas, cuyas torres dominan el mar. En el puerto, los gallardetes ponían notas multicolores en los aparejos de los buques. En las calles, entre las casas de tejados rojos y paredes encaladas, entre los tupidos jardines y en las avenidas flanqueadas de árboles, ante los enormes parques y los edificios públicos, avanzaban las procesiones. Algunas eran solemnes: ancianos vestidos con ropas grises y malvas, maestros artesanos de rostros graves, mujeres sonrientes pero dignas, llevando en brazos a sus chiquillos y charlando mientras avanzaban. En otras calles, el ritmo de la música era más rápido, un estruendo de tambores y de platillos; y la gente bailaba, toda la procesión no era más que un enorme baile. Los chiquillos saltaban por todos lados, y sus agudos gritos se elevaban como el vuelo de las golondrinas por encima de la música y de los cantos. Todas las procesiones avanzaban ascendiendo hacia la parte norte de la ciudad, hacia la gran pradera llamada Verdecampo, donde chicos y chicas, desnudos bajo el Sol, con los pies, las piernas y los ágiles brazos cubiertos de barro, ejercitaban a sus caballos antes de la carrera. Los caballos no llevaban ningún arreo, excepto un cabestro sin freno. Sus crines estaban adornadas con lazos de color plateado, verde y oro. Dilataban sus ollares, piafaban y se pavoneaban; se mostraban muy excitados, ya que el caballo

es el único animal que ha hecho suyas nuestras ceremonias. En la lejanía, al norte y al oeste, se elevaban las montañas, rodeando a medias Omelas con su inmenso abrazo. El aire matutino era tan puro que la nieve que coronaba aún las Dieciocho Montañas brillaba con un fuego blanco y oro bajo la luz del Sol, ornada por el profundo azul del cielo. Había exactamente el viento preciso para hacer ondear y chasquear de tanto en tanto los gallardetes que limitaban el terreno donde iba a desarrollarse la carrera. En el silencio de los amplios prados verdes podía oírse cómo la música serpenteaba por las calles de la ciudad, primero lejana, luego más y más próxima, avanzando siempre, un agradable presente difundiéndose en el aire, que a veces reverberaba y se condensaba para estallar en un inmenso y alegre repicar de campanas.

¡Alegre! ¿Cómo es posible hablar de alegría? ¿Cómo describir los ciudadanos de Omelas?

Entiendan, no eran gentes simples, aunque fueran felices. Pero las palabras que expresan la alegría ya no suenan muy a menudo. Todas las sonrisas se han vuelto algo arcaico. Una descripción tal tiende a afirmar mis presunciones. Una descripción tal tiende a hacer pensar en la próxima aparición del Rey, montado en un espléndido garañón y rodeado de sus nobles caballeros, o quizá en una litera de oro transportada por musculosos esclavos. Pero en Omelas

no había rey. No se utilizaban las espadas, y tampoco había esclavos. No eran bárbaros. No conozco las reglas y las leyes de su sociedad, pero estoy segura que éstas eran poco numerosas. Y como vivían sin monarquía y sin esclavitud, tampoco tenían Bolsa de Valores, ni publicidad, ni policía secreta, ni bombas atómicas. Y sin embargo, repito que no eran gentes simples, tranquilos campesinos, nobles salvajes, benévolos utopistas. No eran menos complicados que nosotros. Lo malo es que nosotros poseemos la mala costumbre, animada por los pedantes y los sofistas, de considerar la felicidad como algo más bien estúpido. Sólo el dolor es intelectual, sólo el mal es interesante. Esta es la traición del artista: su negativa a admitir la banalidad del mal y el terrible aburrimiento del dolor. Si no pueden ganarles, únense a ellos. Si eso duele, vuelvan a comenzar. Pero aceptar la desesperación es condenar la alegría; adoptar la violencia es perder todo lo demás. Y casi lo hemos perdido todo; ya no podemos describir a un hombre feliz, ni celebrar la menor alegría. ¿Podría hablarles yo, en algunas palabras, de los habitantes de Omelas? No eran en absoluto niños ingenuos y felices... aunque, de hecho, sus niños eran felices. Eran adultos maduros, inteligentes y apasionados, cuya vida no era en ningún sentido miserable. ¡Oh, milagro! Pero me gustaría poder ofrecer una mejor descripción. Me gustaría poder convencerles. Omelas resuena en mi boca como una ciudad de cuento de hadas; érase una vez, hace

tanto tiempo, en un lejano país... Quizá sería mejor forzarles a imaginarla por ustedes mismos, aunque no estoy segura del resultado, ya que seguramente no podré satisfacerles a todos. Por ejemplo: ¿cuál era su tecnología? No había coches en sus calles ni helicópteros volando sobre la ciudad; y esto provenía del hecho que los habitantes de Omelas son gentes felices. La felicidad se funda en un justo discernimiento entre lo que es necesario, lo que no es ni necesario ni nocivo, y lo que es nocivo. Si se considera la segunda categoría –la de lo que no es ni necesario ni nocivo; la del confort, el lujo, la exuberancia, etcétera–, podían tener perfectamente calefacción central, ferrocarril subterráneo, lavadoras, y toda esa clase de maravillosos aparatos que aquí aún no hemos inventado: lámparas flotantes, otra fuente de energía distinta al petróleo, un remedio contra el resfriado. Quizá no tuvieran nada de todo eso: es algo que no tiene la menor importancia. Ustedes mismos. Yo me inclino a creer que los habitantes de las ciudades vecinas llegaron a Omelas, durante los días que precedieron a la Fiesta, en pequeños trenes rápidos y en tranvías de dos pisos, y que la estación de Omelas es el edificio más hermoso de la ciudad, aunque su arquitectura sea más sencilla que la del magnífico Mercado del Campo. Pero pese a esos trenes, me temo que Omelas no les parezca una ciudad agradable. Sonrisas, campanas, paradas, caballos..., ¡bah! Entonces, añádanle una orgía. Si les parece

útil añadirle una orgía, no vacilen. Sin embargo, no nos dejemos arrastrar hasta instalar en ella templos de donde surgen magníficos sacerdotes y sacerdotisas enteramente desnudos, ya casi en éxtasis y dispuestos a copular con cualquiera, hombre o mujer, amante o extranjero, deseando la unión con la divinidad de la sangre, aunque esta fuera mi primera idea. Pero, realmente, será mejor no tener templos en Omelas... al menos no templos materiales. Religión sí, clero no. Esas hermosas personas desnudas pueden sin duda contentarse con pasear por la ciudad, ofreciéndose como soplos divinos al apetito de los hambrientos y al placer de la carne. Dejémosles unirse a las procesiones. Dejemos que los tambores resuenen por encima de las parejas copulando, dejemos los platillos proclamar la gloria del deseo, y que (y este no es un extremo que haya que olvidar) los hijos nacidos de tales deliciosos rituales sean amados y educados por toda la comunidad.

Una cosa que sé que no existe en Omelas es el crimen. ¿Pero podría ser de otro modo? Al principio pensaba que no existían las drogas, pero esta es una actitud puritana. Para aquellos que lo desean, el insistente y difuso dulzor del drooz puede perfumar las calles de la ciudad, el drooz que primero aporta al cuerpo y a la mente una gran claridad y una increíble ligereza, y luego, tras algunas horas, una ensoñadora languidez, y finalmente maravillosas visiones del verdadero arcano y de los más grandes secretos del

Universo, al tiempo que excita los placeres del sexo más allá de toda imaginación... y no crea hábito. Para aquellos que tienen gustos más modestos, imagino que debe existir la cerveza. ¿Qué otra cosa puede hallarse en la radiante ciudad? El sentido de la victoria, por supuesto, la celebración del valor. Pero, puesto que no tenemos clérigos, no tengamos tampoco soldados. La alegría que nace de una victoria carnicera no es una alegría sana; no le convendría aquí; está llena de horror y no posee ningún interés. Un placer generoso e ilimitado, un triunfo magnánimo experimentado no contra algún enemigo exterior, sino en comunión con lo más justo y más hermoso que hay en la mente de todos los hombres, y con el esplendor del verano dominando el Mundo: eso es lo que hincha el corazón de los habitantes de Omelas, y la victoria que celebran es la victoria de la vida. Realmente, creo que no hay muchos que sientan la necesidad de tomar drooz.

La mayor parte de las procesiones han alcanzado ya Campoverde. Un maravilloso aroma a comida escapa de las tiendas rojas y azules tras los tenderetes. Los rostros de los niños están llenos de dulce. Unas migajas de un sabroso pastel permanecen prisioneras en la barba gris de un hombre de rostro placentero. Los chicos y las chicas han montado en sus caballos y van agrupándose cerca de la línea de salida de la carrera. Una vieja mujer, menuda, gorda y sonriente, distribuye flores de una gran capa, y la gente se

las mete entre sus brillantes cabellos. Un niño de nueve o diez años permanece sentado al borde de la multitud, solo, tocando una flauta de madera. Las gentes se detienen a escucharle, le sonríen, pero no le dicen nada, ya que él no deja de tocar y ni siquiera les ve, sus ojos oscuros están perdidos en la suave y ondulante magia de la melodía.

De pronto, se detiene y baja las manos que sostienen la flauta de madera.

Como si ese pequeño silencio personal fuera la señal, una trompeta deja oír su vibrante sonido desde la tienda que se halla junto a la línea de partida: imperiosa, melancólica, penetrante. Los caballos patalean y se agitan. Tranquilizadamente, los jóvenes jinetes acarician el cuello de su montura y murmuran palabras halagadoras: «Tranquilo, tranquilo, vas a ganar, estoy seguro...» Comienzan a formar una hilera a lo largo de la línea de partida. La multitud que bordea el campo de carreras da la impresión de una pradera de hierba y flores agitada por el viento. La Fiesta del Verano acaba de comenzar.

¿Creen ustedes todo esto? ¿Aceptan la realidad de esta celebración, de esta ciudad, de esta alegría? ¿No? Entonces déjenme describirles algo más.

En el subsuelo de uno de los magníficos edificios públicos de Omelas, o quizá en los sótanos de una de esas espaciosas mansiones privadas, hay un cuarto. Su puerta está cerrada

con llave, y no tiene ninguna ventana. Un poco de polvorienta luz se filtra en su interior por los intersticios de las planchas de otra ventana recubierta de telarañas en algún lugar al otro lado de la puerta. En un rincón del pequeño cuarto hay dos escobas hechas con ramas duras, llenas de mugre, de olor repugnante, colocadas cerca de un oxidado cubo. El suelo está sucio, es húmedo al tacto, como suelen serlo generalmente los suelos de los sótanos. El cuarto tiene tres pasos de largo por dos de ancho: apenas una alacena o un cuarto trastero abandonado. Hay un niño sentado en este lugar. Puede que sea un niño o una niña. Parece tener unos seis años, pero de hecho tiene casi diez. Es un retrasado mental. Quizá naciera deficiente, o tal vez su imbecilidad sea debida al miedo, a la mala nutrición y a la falta de cuidados. Se rasca la nariz y a veces se manosea los dedos de los pies o el sexo, y permanece sentado, acurrucado en el rincón opuesto al cubo y a las dos escobas. Tiene miedo de las escobas. Las encuentra horribles. Cierra los ojos, pero sabe que las escobas siguen estando allá; y la puerta está cerrada con llave; y nadie vendrá. La puerta permanece siempre cerrada, y nadie viene nunca, excepto algunas veces –el niño no tiene la menor noción del paso del tiempo–, algunas veces en que la puerta chirría horriblemente y se abre, y una persona, o varias personas, aparecen. Una de ellas entra a veces y golpea al niño para que se levante. Las demás no se le acercan nunca, pero

miran al interior del cuarto con ojos de horror y de disgusto. La escudilla y la jarra son llenados apresuradamente, la puerta vuelve a cerrarse con llave, los ojos desaparecen. Las gentes que permanecen en la puerta no dicen nunca nada, pero el niño, que no siempre ha vivido en aquel cuarto y puede recordar la luz del Sol y la voz de su madre, habla algunas veces. «Seré bueno –dice–. Por favor, déjenme salir. ¡Seré bueno!» Ellos no contestan nunca. Antes, por la noche, el niño gritaba pidiendo ayuda y lloraba mucho, pero ahora no hace más que gemir suavemente, «mhmm–haa, mhmm–haa», y habla menos cada vez. Está tan delgado que sus piernas son puros huesos y su vientre una enorme protuberancia; vive de medio bol de harina y manteca al día. Está desnudo. Sus muslos y sus posaderas no son más que una masa de infectas úlceras, y permanece constantemente sentado sobre sus propios excrementos.

Todos saben que está allá, todos los habitantes de Omelas. Algunos comprenden por qué, otros no, pero todos comprenden que su felicidad, la belleza de su ciudad, el afecto de sus relaciones, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus sabios, el talento de sus artistas, incluso la abundancia de sus cosechas y la clemencia de su clima dependen completamente de la horrible miseria de aquel niño.

Generalmente esto les es explicado a los niños cuando tienen entre ocho y doce años, cuando se hallan en edad de

comprender; y la mayor parte de los que van a ver al niño son jóvenes, aunque hay también adultos que acuden a menudo a verle, algunas veces de nuevo. No importa el modo cómo les haya sido explicado, esos jóvenes espectadores se muestran siempre impresionados y disgustados por lo que ven. Sienten el desaliento, al que siempre se habían creído superiores. Sienten la cólera, el ultraje, la impotencia, pese a todas las explicaciones. Les gustaría hacer algo por el niño. Pero no hay nada que puedan hacer. Si el niño fuera conducido a la luz del Sol, fuera de aquel abominable lugar, si fuera lavado y alimentado y reconfortado, sería sin la menor duda una gran cosa; pero si se hiciera esto, toda la prosperidad, la belleza y la alegría de Omelas serían destruidas a la siguiente hora. Esas son las condiciones. Cambiar toda la bondad y alegría de Omelas por esa simple y mínima mejora: rechazar la felicidad de miles de personas por la posibilidad de la felicidad de uno solo: sería dejar ingresar el crimen en la ciudad.

Las condiciones son estrictas y absolutas; ni siquiera hay que decirle una palabra amable al niño.

A menudo los jóvenes entran llorando en sus casas, o inundados de una contenida rabia, cuando han visto al niño y afrontado aquella terrible paradoja. Pueden ir la asimilando durante semanas o incluso años. Pero con el

tiempo empiezan a darse cuenta que, incluso si el niño fuera liberado, no obtendría gran cosa de su libertad: un pequeño y vago placer de calor y alimento, por supuesto, pero no mucho más. Es demasiado deficiente y estúpido como para conocer la menor alegría real. Ha vivido durante demasiado tiempo en el miedo para verse alguna vez liberado de él. Sus costumbres son demasiado salvajes para que pueda reaccionar ante un trato humano. De hecho, tras tanto tiempo, se sentiría indudablemente desgraciado sin paredes que le protegieran, sin tinieblas para sus ojos, sin excrementos sobre los que sentarse. Sus lágrimas ante tan cruel injusticia se secan cuando empiezan a percibir y a aceptar la terrible justicia de la realidad. Y sin embargo son sus lágrimas y su cólera, su tentativa de generosidad y el reconocimiento de su impotencia, lo que tal vez constituya la auténtica fuente del esplendor de sus vidas. Entre ellos no existe la felicidad insípida e irresponsable. Saben que ellos mismos, al igual que el niño, no son tampoco libres. Conocen la compasión. Es la existencia del niño, y su conocimiento de tal existencia, lo que hace posible la nobleza de su arquitectura, la fuerza de su música, la grandiosidad de su ciencia. Es a causa de este niño que son tan considerados con sus propios hijos. Saben que si aquel ser tan miserable no estuviera allá, lloriqueando en las tinieblas, el otro, el que toca la flauta, no podría interpretar aquella gozosa música mientras los jóvenes y magníficos

jinetes se alinean para la carrera, bajo el Sol de la primera mañana del verano.

¿Creen ahora en ellos? ¿No les parecen mucho más reales? Pero aún queda algo por decir, y esto es casi increíble.

A veces, uno o una de los adolescentes que acuden a ver al niño no regresa a su casa para llorar o rumiar su cólera; de hecho, no regresa nunca a su casa. Algunas veces también, un hombre o una mujer adultos permanecen silenciosos durante uno o dos días, y luego abandonan su hogar. Esas gentes salen a la calle y avanzan, solitarios, a lo largo de ella. Siguen andando y abandonan la ciudad de Omelas. Todos ellos se van solos, chico o chica, hombre o mujer.

Cae la noche; el viajero debe atravesar poblados, pasar entre casas de iluminadas ventanas, luego hundirse en las tinieblas de los campos. Solitario, cada uno de ellos va hacia el oeste o hacia el norte, hacia las montañas. Y siguen. Abandonan Omelas, se sumergen en la obscuridad, y no vuelven nunca. Para la mayor parte de nosotros, el lugar hacia el cual se dirigen es aún más increíble que la ciudad de la felicidad. Me es imposible describirlo. Quizá ni siquiera exista. Pero, parece que saben muy bien a dónde se dirigen los que se alejan de Omelas.

EL DÍA ANTES DE LA REVOLUCIÓN

Mi novela Los desposeídos habla de un pequeño Mundo de personas que se han dado el nombre de «odonianos». Este nombre deriva de la fundadora de la comunidad, Odo, quien vivió varias generaciones antes de la época en que se desarrolla la novela y que, por lo tanto, no participa en los acontecimientos (sino implícitamente, en el sentido de que todo ha comenzado con ella).

El odonianismo es anarquismo. No el que roba llevando una bomba en el bolsillo, el que –cualquiera sea el nombre con que el quiera darse lustre– es terrorismo puro y simple, ni el libertarismo socio-darwinista de derecha; sino el anarquismo prefigurado en el primer pensamiento taoísta, y

anticipado por Shelley y Kropotkin, por Goldman y Goodman. El principal enemigo del anarquismo es el Estado autoritario, sea capitalista o socialista; su principal componente práctico-moral es la cooperación (solidaridad, apoyo mutuo). De todas las teorías políticas es la más idealista y para mí la más interesante.

Introducirlo en una novela, cosa que en principio no era mi intención, fue para mí un trabajo duro y largo, y me absorbió completamente por varios meses. Cuando lo terminé me sentí perdida, exiliada: una persona sin patria. Porque fue muy gratificante cuando Odo salió de las sombras brumosas de la probabilidad y quiso que escribiese un relato no sobre el mundo de la ley realizada sino sobre su ley misma.

Esta historia trata sobre uno de los que abandonan Omelas.

In memoriam Paul Goodman, 1911–1972

La voz del altavoz resonaba como un furgón de cerveza vacío sobre una calle empedrada, y los presentes estaban apretujados unos sobre otros como las piedras de un

adoquinado mientras el estruendo de la voz los dominaba. Taviri se encontraba quién sabe dónde en otra parte de la sala. Ella debía conseguirlo. Se abrió fatigosamente paso serpenteando entre las personas apretujadas y vestidas de obscuro. No oía los sonidos de sus voces, no veía sus caras: existía solamente el sonido del altavoz y aquellos cuerpos adosados los unos a los otros. No llegaba justamente a divisar a Taviri: era demasiado pequeña. La calle le fue bloqueada por un grueso vientre en un chaleco negro y de espaldas imponentes. Debía alcanzar a Taviri a cualquier precio. Toda sudada, dio un puñetazo violento. Fue como empujar una roca: el hombre no hizo ningún gesto, pero de sus grandes pulmones surgió un rumor prodigioso, como un mugido. Se hizo pequeña. Después comprendió que el mugido no era para ella. También los otros gritaban. El altavoz decía algo, algunas confusas palabras a propósito de tasas o masas. Toda excitada también ella gritó: «¡Sí! ¡Sí!» y mientras avanzaba no encontró dificultad para huir de la Plaza de Armas de Parheo. El cielo sobre ella era profundo y descolorido y a su alrededor la hierba alta se doblaba bajo el peso de las florcitas secas y blancas. No había podido jamás llamarlas por su nombre, las florcitas ondulaban sobre ella, oscilando en el viento que soplaba siempre durante el crepúsculo. Se metió corriendo entre la hierba, que se plegó dócilmente y volvió a erguirse, ondulante y muda. Taviri estaba allí entre aquella hierba alta, vestido con

su mejor ropa, aquella ropa obscura que le daba el aspecto de un profesor o de un actor, con una elegancia severa. No parecía alegre: sin embargo reía, y le hablaba. El sonido de su voz la hizo lagrimear: extendió el brazo para aferrarle la mano, pero no se detuvo. No podía detenerse.

–¡Oh, Taviri –dijo–, el lugar está un poco más adelante! –el olor peculiar y dulce de aquella hierba blanca se hacía más intenso a cada paso.

Sobre el suelo percibía zarza, espinos, sentía declives, agujeros. Temía caerse, caerse: se detuvo.

Sol sobre sus ojos, implacable fulgor de la mañana. La tarde anterior se había olvidado de bajar los postigos. Dio la espalda al sol. Suspiró dos veces, se irguió para sentarse, puso las piernas fuera de la cama y se quedó allí doblada en dos contemplándose los pies, sólo con la camisa puesta.

Los dedos, comprimidos desde la más tierna edad en zapatos baratos, tenían la superficie de contacto casi recta y estaban llenos de callos; las uñas estaban descoloridas e informes. De un tobillo al otro corrían arrugas secas y sutiles. En la base de los dedos, la pequeña área plana había conservado la delicadeza; pero la piel era del color del barro y el cuello del pie era recorrido por venitas anudadas. Desagradable. Triste, deprimente. Miserable. Lastimoso.

Puso todas las palabras a prueba: todas iban bien, como pequeños cabellos repugnantes. Repugnante: sí, también. Verse y reconocerse repugnante, ¡qué alegría! ¿Pero cuándo no había sido repugnante, nunca se había observado de aquel modo? ¡No verdaderamente! Un cuerpo eficiente no es un objeto, no es un instrumento o una propiedad para admirar: es simplemente nosotros mismos. Sólo cuando no es más nosotros sino nuestro, un objeto poseído, entonces nos preocupamos. ¿Sus condiciones son buenas? ¿Estará a la altura? ¿Resistirá?

–¿Qué importa? –dijo Laia con rabia, y se puso de pie.

Levantarse de improviso le dio vértigo. Tuvo que estirar la mano y apoyarse en la cómoda, porque tenía miedo de caerse. En aquel instante recordó el sueño y cómo se había tendido junto a Taviri.

¿Qué le había dicho? No lo recordaba. No recordaba ni siquiera si había llegado a tocarle la mano. Con la intención de violentar su memoria, la frente se le arrugó. ¡No soñaba con Taviri desde quién sabe cuanto tiempo, y ahora no recordaba ni siquiera sus palabras! Desaparecidas, todo desaparecido. Parecía una jorobada en su camión, la frente arrugada, una mano sobre la cómoda. ¿Desde cuándo no pensaba en él (para no hablar de soñarlo) como «Taviri»? ¿Desde hace cuánto no pronunciaba su verdadero nombre?

Decía «Asieo». «Cuando Asieo y yo estábamos prisioneros en el norte». «Antes de encontrar a Asieo». «La teoría de la reciprocidad de Asieo». Oh, cierto: hablaba de él, hablaba seguramente demasiado de él, sin ton ni son, lo incorporaba continuamente en sus palabras. Pero como «Asieo», con el último nombre, aquel del personaje público. El ciudadano común había desaparecido del todo. Quedaban pocos de aquellos que lo habían conocido. Toda gente que había estado en prisión. Entonces se reía del hecho de que todos los amigos hubieran estado en todas las prisiones, pero ahora ya no estaban ni siquiera en prisión: estaban en los cementerios de las prisiones, o bien se encontraban en fosas comunes.

–Querido mío –dijo Laia, y se dejó caer sobre la cama porque no soportaba el peso de los recuerdos de aquellas primeras semanas en el Fuerte, en la celda, aquellas primeras semanas de los nueve años en el Fuerte de Drio, en la celda, aquellas primeras semanas después que le habían dicho que Asieo había sido asesinado en un choque en la Plaza del Capitolio y había sido sepultado con los Mil cuatrocientos en los fosos de cal detrás de la Puerta de Oring. En la celda. Las manos se ubicaron en su antigua posición, la izquierda apretada y cerrada con fuerza en la derecha, el dedo pulgar derecho que ejercía una pequeña presión mientras iba y venía sobre el nudillo del índice izquierdo. Horas, días, noches. Había pensado en todos

ellos, uno por uno, todos los Mil cuatrocientos, en el hecho que yacían sepultados, que la cal actuaba sobre sus carnes, que los huesos se conmovían en aquella obscuridad ardiente. ¿Quién lo había conmovido a él? ¿Cómo eran ahora los delicados huesos de las manos? Horas, años.

–¡Taviri, no te he olvidado jamás! –susurró, y la estupidez de la frase la hizo retornar a la luz de la mañana y a la cama deshecha.

Naturalmente que no lo había olvidado. Entre marido y mujer, estas cosas no hace falta decirlas. Ahora sus viejos y feos pies estaban de nuevo sobre el piso, como antes. No se había ido a ningún lugar, sólo había girado sobre sí misma. Se puso de pie con un gemido de desaprobación y de esfuerzo; se acercó al armario y se puso la bata.

Los jóvenes circulaban por los ambientes de la casa con placentera inmodestia, pero ella era demasiado vieja para hacerlo. No quería arruinar el desayuno de ellos mostrando la propia vejez. Y después de todo, los jóvenes habían crecido con el principio de la libertad en el atuendo y en el sexo y en todo el resto, y ella no. Ella no había hecho otra cosa que inventar la libertad: no era exactamente lo mismo.

Como, por ejemplo, llamar a Asieo «mi marido». La palabra la hacía siempre sobresaltarse. Un buen odoniano, naturalmente, debía usar «compañero». ¿Pero quién había dicho alguna vez, que ella debía ser una buena odoniana?

Arrastró las chinelas a lo largo del corredor dirigiéndose a los baños. Mairo se estaba lavando el pelo en una pileta. Laia observó admirada aquella larga y lisa madeja empapada de agua. Ya tan raramente salía de la Casa que no recordaba cuándo había visto por última vez una cabeza respetablemente rapada; pero la vista de una gran corona de cabellos le daba placer, un placer intenso. ¿Cuántas veces había sido burlada (¡Melenuda, Melenuda!), cuántas veces los policías o los malhechores le habían tirado de los cabellos, cuántas veces, a cada cambio de prisión un soldado la había rapado con el ceño fruncido? Y después los cabellos volvían a crecer de pelusas a bucles, a mechones, a melena... Mucho tiempo antes. Por amor de Dios, ¿justamente aquel día tenía que pensar en el tiempo transcurrido?

Después que se vistió y rehízo la cama, bajó a la mesa. El desayuno era bueno, pero ella no había vuelto a recuperar el apetito después de aquel maldito golpe apopléjico. Bebió dos tazas de té de hierbas, pero no llegó a terminar la fruta que había tomado. De chica tenía tantos deseos de comer fruta que la robaba; y después, en el Fuerte... ¡Pero por amor de Dios, termínala! Sonrió y respondió a los saludos y a las corteses preguntas de los comensales y del gordo Aevi que aquella mañana prestaba servicio en el Banco.

Era él quien la había tentado con la pesca: «¡Pero mira que maravilla! La guardé para vos» Y cómo habría podido rechazarla? Había tenido siempre ganas de comer fruta, y no se saciaba jamás. Una vez, cuando tenía seis o siete años, había robado una fruta en un puesto callejero en el camino del río. Pero ahora, en medio de todas aquellas personas que conversaban animadamente, era difícil comer. Habían llegado noticias de Thu. importantes noticias. Desde el principio, siempre atenta a no entusiasmarse demasiado fácilmente, se había inclinado a no darles demasiada importancia; pero después de haber leído el artículo del diario, y después de haber leído también entre líneas, pensó, con una extraña seguridad profunda pero fría: «Bien, hemos aquí, ha llegado el momento. Y en Thu, pues, no aquí. Thu nos aventajará. La revolución tendrá la delantera allí primero que en otro lugar. ¡Como si importara! No habrá más naciones». Y sin embargo, de algún modo importaba: se sentía un poco triste y fría... Envidiosa, esa es la palabra. ¡Tonterías! No participó mucho en la conversación, y después de algunos minutos se levantó y volvió a su habitación, con un sentido de autoconmiseración. No lograba compartir el entusiasmo de ellos. Ella permanecía fuera, fuera en verdad. «No es fácil», se dijo a sí misma para justificarse, mientras bajaba cansadamente las escaleras, «aceptar encontrarse fuera cuando se ha estado dentro,

bien en el medio, por cincuenta años» Por amor de Dios. ¡Qué pena!

Dejó a sus espaldas escaleras y autoconmiseración cuando entró en la habitación. Era una buena habitación. Era una gran cosa estar allí sola. Qué alivio. Si bien, en verdad, no fuese correctísimo. Algunos de los jóvenes de los pisos superiores vivían de a cinco en una habitación no más grande que esa. Las personas que querían vivir en las Casas odonianas eran siempre más de las que ellas estaban en condiciones de contener. Ella tenía aquella gran habitación toda para sí sola porque era una vieja que había tenido un ataque de apoplejía. Y quizá por que era Odo. ¿Si no hubiera sido Odo sino solo una mujer que había tenido un ataque de apoplejía, la hubiera obtenido igual? Era probable. Después de todo, ¿quién hubiera querido compartir la habitación con una vieja babosa? Pero no era fácil acertar. Favoritismo, exclusivismo, culto de la personalidad, volvían sutilmente y germinaban por todas partes. Pero ella no había jamás osado esperar que hubieran sido erradicados durante su generación, antes de su muerte. Es solamente el tiempo el que produce los grandes cambios. En tanto aquella habitación era bella, espaciosa, soleada: justo aquello que se necesitaba para una vieja babosa que había puesto en movimiento una revolución mundial.

Su secretario llegaría dentro de una hora para ayudarla a acelerar el trabajo cotidiano.

Arrastrando sus pies llegó al escritorio, un objeto bello y macizo que le había regalado la cooperativa de los muebleros de Nio porque una vez uno le había oído decir que el único mueble que verdaderamente desearía tener era un escritorio con cajones de gran superficie... Diablos, en la práctica estaba todo cubierto de papeles con notas pinchadas, por lo demás con la grafía pequeña y clara de Noi: Urgente. Provincias septentrionales. ¿Consultar R.T.?

Su grafía no era la misma después de la muerte de Asieo. Y, al pensarlo, era extraño. después de todo, en los cinco años que siguieron a su muerte había escrito de arriba a abajo *La Analogía*. Y después estaban las cartas que el guardia, aquel tipo alto de los ojos acuosos (¿cómo se llamaba? ¡no importa!) había hecho salir del Fuerte por dos años. Ahora las llamaban Cartas de la Cárcel, y existían una decena de ediciones diversas. Todas aquellas cosas, aquellas cartas las que la gente continuaba diciendo que estaban llenas de «energía espiritual», lo que significaba quizás que las había escrito con la cara lívida, para tener alta la moral.

La Analogía, que ciertamente era su obra intelectualmente más consistente, todo esto había escrito en el Fuerte de Drio, en la celda, después de la muerte de Asieo. Había que hacer algo, y en el Fuerte papel y pluma

eran concedidos... Pero todo había sido escrito en la grafía friolenta y trémula que ella no había reconocido jamás como propia, Mientras sí había sido suya aquella redondeada y adornada del manuscrito de *Sociedad sin gobierno*, de hace cuarenta y cinco años. Taviri había llevado consigo en sus medias no sólo sus pasiones físicas y espirituales sino también su grafía clara.

Pero le había dejado la revolución.

«¡Qué coraje demuestras continuando con el trabajo, escribiendo, en prisión, después de una derrota semejante para el movimiento, después de la muerte de tu compañero!»: esto le decían. ¡Qué raza de estúpidos! ¿Qué otra cosa se podría haber hecho? Energía, coraje... ¿Pero qué era el coraje? No había logrado imaginarlo jamás. Los otros decían: jamás tienes miedo. Otros aún: tienes miedo pero sin embargo continúas. ¿Pero qué otra cosa se podría haber hecho sino continuar? ¿Existía una verdadera posibilidad de elección? Morir significaba solamente continuar en una dirección diferente.

Si se quería arribar a la meta era necesario continuar: esto entendía de las palabras «el verdadero viaje es el retorno»; pero no había sido otra cosa que una intuición, y en aquel momento ella se encontraba más que nunca imposibilitada de racionalizarla. Se encorvó con demasiado ímpetu, tanto que gimió un poco con los crujidos de los huesos, y se

dispuso a revolver en uno de los cajones inferiores del escritorio. La mano se le detuvo en una etiqueta deteriorada por el tiempo: la sacó, habiéndola reconocido primero con el tacto que con la vista. Era el manuscrito de *La organización sindical en el período revolucionario de transición*. En la etiqueta Taviri había impreso el título y debajo su propio nombre: Taviri Odo Asieo, IX 741. Aquella sí que era una hermosa grafía, con letras bien modeladas, decididas, seguras. Pero él había preferido servirse de un impresor de voces. El original era enteramente impreso, y también de alta calidad: dudas anuladas e idiotismos personales normalizados. No se percibía aquel modo de pronunciar la «o» desde el fondo de la garganta según el hábito de la costa septentrional. No aparecía otra cosa de él que no fuera su inteligencia. De Asieo no le quedaba otra cosa que su nombre escrito sobre la etiqueta del libro. No había conservado sus cartas: habría sido sentimental. No le daba por pensar en nada que hubiera poseído por más de algún tiempo: haciendo excepción de su desvencijado cuerpo, naturalmente, pero ella lo llevaba pegado encima...

De nuevo la escisión. «Ella» y «su cuerpo». La vejez y la enfermedad te llevaban a escindir, a evadir; su cerebro insistía: «No soy yo, no soy yo». Sin embargo eras vos. Quizás a los místicos les era posible separar intelecto y cuerpo, ella había envidiado siempre esta posibilidad, sin esperar poder emularlos. La evasión era un juego al que

jamás había jugado. Sin embargo había buscado la libertad, sin demora, para el cuerpo y el alma.

Primero autoconmiseración, después auto adulación; siempre allí con el nombre de Asieo entre las manos. Por amor de Dios, ¿pero porqué? ¿No conocía ya aquel nombre sin tener la necesidad de tenerlo bajo los ojos? ¿Acaso había algo en ella que no iba? Se llevó a los labios la etiqueta y besó con decisión y determinación aquel nombre escrito a mano, repuso la etiqueta en el cajón, lo cerró y se apoyó erecta en el respaldo. La mano derecha le hormigueaba. Se la rascó, después la agitó en el aire con rabia. Jamás se había repuesto del todo del ataque. Así también la pierna derecha y el ojo derecho y el ángulo derecho de la boca. Estaban insensibles en parte, inertes, llenos de hormigueos. La hacían sentir como un robot con un cortocircuito.

Mientras el tiempo pasaba, Noi habría llegado, ¿y ella qué había hecho después del desayuno?

Se levantó tan de improviso que se tambaleó y tuvo que aferrarse a la silla para cerciorarse de que no se caería. Atravesó el corredor dirigiéndose al baño y se observó en el gran espejo. El moño gris le caía mal: no se había peinado bien antes de desayunar. Puso empeño tratando de rehacerlo. Qué arduo era tener los brazos levantados. Amai, entrando a la carrera para ir al baño, se detuvo y le dijo:

–¡Lo hago yo! –y se lo anudó con cuidado y pericia en un instante, con aquellos dedos suyos tan redondos y fuertes, sonriendo en silencio.

Amai tenía veinte años, menos de un tercio de los años de Laia. Sus padres habían sido ambos miembros del Movimiento: uno había sido asesinado en la insurrección del '60, el otro estaba todavía a la búsqueda de nuevas adhesiones al grupo en las provincias meridionales. Amai había crecido en las Casas odonianas: nacida para la revolución, verdadera hija de la anarquía. Una niña tan tranquila, libre y bella que el sólo pensar conmocionaba: es por esto que hemos trabajado, era esto lo que quisimos construir, esto, aquí la tienes, viva, nuestro futuro feliz y radiante.

El ojo derecho de Laia Asieo Odo dejó caer algunas minúsculas lágrimas, mientras ella estaba allí de pie entre los lavabos y las letrinas y mientras la hija que ella no había engendrado le arreglaba el pelo; pero el ojo izquierdo, aquel fuerte, no lloraba e ignoraba qué hacía el derecho.

Laia agradeció a Amai y volvió rápidamente a su habitación. En el espejo había notado una mancha sobre el cuello del vestido. Probablemente jugo de durazno. Vieja babosa. No quería que Noi entrase y la encontrase con aquella baba sobre el cuello.

Mientras la camisa limpia pasaba a través de la cabeza pensó: ¿pero qué tiene Noi de especial?

Unió lentamente los alamares del cuello con la mano izquierda.

Noi tenía alrededor de treinta años, delgado, musculoso, con una voz cálida y vivos ojos oscuros. Esto era todo lo que lo caracterizaba. Simplísimo. El buen sexo de antes. Los hombres rubios o gordos no habían ejercido jamás sobre ella la mínima fascinación, y tampoco se había sentido atraída por los tipos altos y dotados de grandes bíceps, no, ni siquiera cuando tenía catorce años y caía como una pera madura al paso de un galán cualquiera. Bruno, espigado y fogoso: ésta era su receta. Taviri, naturalmente. Aquel muchachito no se podía por cierto parangonar con Taviri por inteligencia, ni aún físicamente, pero el punto era éste: ella no quería que la viese con aquella mancha de baba sobre el cuello del vestido y con los cabellos todos desordenados.

Aquellos cabellos suyos sutiles, grises.

Entró Noi, que se había entretenido apenas un instante en el umbral. ¡Santo Dios, ella no había ni siquiera cerrado la puerta mientras se cambiaba la camisa! Lo vio y se vio a sí misma. Una vieja.

Que se cepille los cabellos y se cambie la camisa, o en cambio se ponga la camisa de la semana anterior y luzca las

trenzas de la noche anterior o todavía se ponga un vestido entretejido de oro y se esparza con polvo de diamantes la cabeza rasurada, no hace la mínima diferencia. Una vieja parece solamente más o menos grotesca.

Se arregla por puro sentido de la decencia, por pura y simple higiene mental, para consentimiento del prójimo.

Y después de todo, esto tampoco tiene valor, y se babea encima sin recato.

–¡Buen día –dijo el muchacho, con aquella voz gentil.

–Hola, Noi.

No, por Dios, no era solamente por un sentido de decencia. Al diablo la decencia. ¿Si el hombre que ella había amado, y para el cual su edad no había sido importante, porque estaba muerto, solamente por aquel motivo ella debía fingir ser ahora asexuada? ¿Por esto debía reprimir la verdad, como cualquier estúpida puritana autoritaria? Sólo seis meses antes, previo al ataque apopléjico, era tan hermosa que los hombres se daban vuelta, y con placer, para verla; y ahora, no siendo capaz de dar placer a los otros, por Dios podía al menos complacerse.

Cuando ella tenía seis años y un amigo de papá –Gadeo– venía a hablar con él de política después de la cena, ella se ponía el collar dorado que la madre había encontrado en un montón de cosas viejas y había llevado a casa escondido en

el cuello donde ninguno lo podía ver. Pero ella sabía que esto a Gadeo le gustaba. Era morocho, tenía dientes blancos que brillaban. A veces la llamaba «su bella Laia». «Aquí llega mi bella Laia». Sesenta y seis años antes.

–¿Qué? Siento la cabeza vacía. He pasado una noche terrible –era verdad; había dormido menos de lo habitual.

–Te pregunté si leíste los diarios de hoy.

Ella hace un signo afirmativo con la cabeza.

–¿Satisfecha del Soinehe?

Soinehe era la provincia de Thu que la noche anterior había declarado la secesión del Estado de Thu.

Él estaba satisfecho de esto. Los dientes blancos le brillaban sobre el rostro oscuro y lleno de vida. La bella Laia.

–Sí. Y preocupada.

–Lo sé. Pero esta vez es la hora de la verdad. Es el inicio del fin para el gobierno de Thu. ¿No han tratado ni siquiera de hacer llegar tropas a Soinehe, comprendes? No harían otra cosa que llevar los soldados a la rebelión antes de lo inevitable, y lo saben.

Ella estaba de acuerdo. Había probado su misma certeza. Pero no llegaba a complacer su satisfacción. Después de una vida gastada en la esperanza porque nada se le había dado,

se perdía el gusto de la victoria. Un verdadero sentido de triunfo debe estar precedido por una verdadera desesperación. Y ella había olvidado desesperar mucho tiempo antes. El triunfo ya no era posible. Se seguía viviendo.

–¿Hoy escribimos aquellas cartas?

–Está bien. ¿Cuáles cartas?

–Para esos del norte –dijo con paciencia Noi.

–¿Esos del norte? –Parheo, Oaidun.

Ella había nacido en Parheo, ciudad sucia situada sobre un río sucio. Había venido a la capital con veintidós años, cuando se había sentido lista para traer la revolución, si bien entonces, antes que ella y los otros lo replantearan, su revolución fuera muy inmadura y pueril. Huelgas para mejorar los salarios, para hacer entrar en el parlamento una representación femenina. Votos y salarios: poder y dinero, ¡por amor de Dios! ¡Bien, después de todo, en cincuenta años algo se aprende! Y después se vuelve a olvidar todo.

–Comienza con Oaidun –dijo, sentándose en el sillón.

Noi estaba en el escritorio, listo para trabajar. Tontos fragmentos de las cartas que esperaban la respuesta de Laia. Ella buscó ser atenta, y logró bastante bien dictar una carta entera y comenzar otra.

–Recuerda que en ese momento su sentimiento de fraternidad pudo ser forzado a... no, en peligro... de...
–anduvo a tientas con las palabras hasta que Noi le sugirió–:
¿El peligro del culto de la personalidad?

–Bien. Es que nada se deja corromper por el deseo del poder cuando el altruismo... No. Es que nada corrompe el altruismo... No. Por amor de Dios, tu sabes lo que quiero decir: escríbelo. También ellos lo saben. Son siempre las mismas cosas. ¡Pero porqué no lo leen en mis libros!

–Quedar en contacto –dijo Noi con gentileza, citando uno de los temas centrales de la filosofía odoniana.

–De acuerdo, pero yo estoy cansada de estar en contacto. Si tu escribes la carta, yo la firmo, pero esta mañana no tengo ganas de ocuparme de eso –Noi la observaba con una expresión ligeramente interrogativa o preocupada; Laia dijo, con enojo–: ¡Tengo otras cosas que hacer!

Cuando Noi se fue, Laia se sentó en el escritorio y colocó las cartas como para trabajar, porque se había sorprendido –aterrorizado– por las palabras que había pronunciado. No sabía hacer otra cosa. No había hecho jamás otra cosa. Era aquel su trabajo: el trabajo de su vida. Los viajes de propaganda y las reuniones y la plaza estaban ya fuera de su alcance; pero siempre podía escribir, y éste era su trabajo. Y de todos modos, si ella hubiera tenido otra cosa que hacer, Noi lo habría sabido: tenía en orden su agenda y le

recordaba con tacto ciertas cosas, como por ejemplo la visita de los estudiantes extranjeros, justamente aquel mediodía.

¡Diablos! Los jóvenes le gustaban, y de un extranjero siempre se aprendía algo, pero ahora estaba cansada de caras nuevas y de mostrarse. Ella aprendía de los extranjeros, pero los extranjeros no aprendían de ella: todo lo que tenía para enseñar lo habían aprendido mucho tiempo antes, de sus libros y del Movimiento. Venían solamente a verla, como si ella fuese la gran torre de Rodarred o el cañón de Tulaevea. Un fenómeno, un monumento. Observaban con temor místico, adorador. Les hablaba con violencia:

«Sean ustedes los que piensen sin que nadie les diga lo que deben hacer.»

«Esto no es anarquismo, es puro y simple obscurantismo.»

«¿No pensarán que la libertad y la disciplina son incompatibles, verdad?»

Y aquellos aceptaban los azotes dóciles como corderitos. Conscientes, como si ella hubiera sido una diosa madre, el ídolo del Universo. ¡Justamente ella! ¡Ella que había minado las canteras navales de Seissero y que había insultado al presidente del concejo Inoilte ante siete mil personas, cuando le había dicho si jamás había pensado en traer aquí

una herramienta para cortarse a sí mismo los testículos, los habría hecho laminar en bronce y después los habría vendido como souvenir; ella que había gritado, insultado, agarrado a patadas a los policías y escupido a los curas, y que había orinado en público en la Plaza del Capitolio, sobre la gran placa de latón que decía: «¡Aquí fue fundado el Soberano Estado de la Nación de A-IO», (etc., etc.)! ¡Ppppuuhhh a todo esto! Y ahora era la abuelita de todos, la cara viejita, el buen monumento antiguo, vengan a adorar su regazo. El fuego se ha apagado, muchachos: háganlo después, no hay más peligro.

–No –dijo en voz alta–. No lo habrá –no se horroriza de hablar sola, porque siempre lo había hecho; «El público invisible de Laia», lo llamaba Taviri, mientras ella daba vueltas en la pieza murmurando–. No hay necesidad que vengan, yo no estaré –dijo a su público invisible.

Había apenas decidido qué hacer. Hubiera huido de allí. Por las calles.

Era irresponsable desilusionar a estudiantes extranjeros. Era una extravagancia típica de la senilidad. Era muy poco odoniano. ¡Ppppuulthh a todo esto! ¿Qué sentido había en luchar toda la vida por la libertad y después terminar por no tener ni siquiera un poco? Se hubiera escapado de allí para hacer un paseo. «¿Qué es un anarquista? Aquel que por elección acepta la responsabilidad de la elección». Estaba

bajando por las escaleras cuando decidió, reticentemente, quedarse y recibir a los estudiantes extranjeros. Hubiera huido después.

Eran jovencísimos, muy serios, con ojos de cervatillos, hirsutos, fascinados: venían del hemisferio occidental, de Benhili y del reino de Mand. Las chicas llevaban pantalones blancos, los muchachos faldones largos, marciales y arcaicos. Hablaban de sus expectativas.

–En Mand estamos tan lejos de la revolución que quizás estemos cerca –dijo una de las chicas, con melancolía, sonriendo–: ¡El círculo de la existencia! –y mostró el encontrarse de los extremos en el círculo de los dedos sutiles y morenos.

Amai y Aevi les sirvieron vino blanco y pan negro, la hospitalidad de la casa. Pero los visitantes con mucha modestia se levantaron para despedirse después de media hora.

–No, no, no –dijo Laia– quédense, hablen con Aevi y Amai. Es sólo que si estoy sentada me entumezco toda, entienden, y debo moverme un poco. Me ha hecho mucho bien conocerlos. ¿Hermanitos y hermanitas, volverán pronto a verme? –su corazón estaba con ellos y el de ellos con ella; y antes de retirarse los saludó a todos con un beso, riendo, llena de alegría por aquellos jóvenes, tez morena, ojos afectuosos y cabellos perfumados.

Estaba en verdad un poco cansada, pero irse a su habitación a descansar hubiera sido reconocerse vencida. Antes había tenido la intención de escapar. Y habría escapado. No huía sola desde... ¿desde cuándo? Desde fines del invierno, antes del golpe.

No tenía por qué admirarse por sentirse un poco extraña. Justamente como haber estado en prisión. Afuera, en la calle: su mundo era aquel.

Salió tranquila por la puerta lateral, superó el cantero verde, y llegó a la calle. Aquella sutil franja de áspera tierra ciudadana había sido cultivada magníficamente y mostraba una buena cosecha de porotos y cecá, pero Laia no se interesaba por los cultivos. Ciertamente, aparecía claro que las comunidades anárquicas, aunque durante los períodos de transición, deberían operar en dirección de una autosuficiencia ideal, pero en qué modo dicha autosuficiencia se debía obtener en términos reales de terreno o de plantas, no era cosa suya. Había campesinos y técnicos agrónomos para esto. Asunto suyo eran sin embargo las calles, las calles ruidosas y sucias, los adoquines donde ella había crecido y donde había visto enteramente la vida, con excepción de aquellos quince años de cárcel.

Examinó con afecto la fachada de la casa. El hecho de que haya sido construida para ser un banco proporcionaba a los actuales habitantes un placer totalmente particular.

Conservaban los sacos de harina integral en la caja fuerte, y obtenían el estacionamiento de la sidra en barrilitos colocados en las cajas de seguridad. En la parte superior de las impecables columnas sobre el frente de la calle se leían todavía las siguientes palabras: Asociación Bancaria Nacional para la Agricultura. El Movimiento no era particularmente versado para poner nombres. No tenía una bandera. Los slogans iban y venían de acuerdo a la necesidad. Estaba siempre el «círculo de la existencia» para ser trazado sobre los muros y en las calles donde la autoridad lo habría visto. Pero cuando se trataba de denominar algo, se mostraban nuevamente indiferentes, y aceptaban o ignoraban los nombres con los cuales se tropezaban, por temor a ser vinculados y obligados, y sin temor de mostrarse contradictorios. Y así aquella casa cooperativa, antes por notoriedad y luego por vejez, no tenía otro nombre que «el Banco».

Estaba frente a una calle espaciosa y tranquila; pero a una manzana de distancia estaba la Temeba, un mercado al aire libre, en un tiempo famoso como mercado negro de sustancias psicotrópicas y alucinógenas, y ahora reducido a mercado de frutas y verduras y de ropa de segunda mano, y a un miserable lugar de actividades menores. Su vitalidad embriagadora había desaparecido, dejando tras de sí solamente alcohólicos semiparalíticos, drogadictos, lisiados, mendigos, bultos de bajo precio, casas de empeño, garitos

volantes, adivinas, escultores del cuerpo y hoteluchos infames. Laia retornaba a Temeba como el agua a su condición de equilibrio.

No había temido ni despreciado nunca la ciudad. Era su patria. No existirían más los bajos fondos como aquellos una vez que la revolución hubiese vencido. Pero permanecería la miseria. Existiría miseria, despilfarro, crueldad. Ella no había pretendido jamás cambiar la condición humana, de ser la mamita que aparta o que carga todas las durezas de la vida de sus pequeños para que no se lastimen. Todo menos esto. Con tal que la gente fuese libre de elegir, ya no era asunto suyo si después vivía en cloacas y bebía insecticidas. Con tal que esto no sea asunto de Affari, fuente de provecho y medio de poder para otros. Cosas, éstas. que había intuido quizás antes de saber algo preciso. Antes de escribir su primer panfleto, antes de dejar Parheo, antes de conocer el significado de «capital», antes de traspasar los confines de Vía de la Abundancia donde jugaba con otros chicos de seis años apoyando en la tierra las rodillas lastimadas, ya sabía todo esto: que ella y los otros chicos y sus padres y los padres de sus padres y los borrachines y las prostitutas y toda la gente de Vía de la Abundancia estaban en el fondo de algo, eran el fundamento, la realidad, lo surgente. Pero ninguno de aquellos que se pensaba hecho de un material más noble que el barro estaba dispuesto a comprender. Ahora Laia, agua en busca de la condición de equilibrio,

barro en el barro, avanzaba pesadamente por la calle sucia y rumorosa, y se sentía a sus anchas en toda la obscena debilidad de su vejez. Las somnolientas prostitutas con el peinado laqueado que estaba todo torcido y a punto de deshacerse, la vieja bizca que gritaba cansadamente los nombres de sus verduras, el mendigo idiota que intentaba cazar las moscas a manotazos: eran éstos sus conciudadanos. Se le asemejaban, en su tristeza, en su repugnancia, pequeñez, desprecio, obscenidad. Eran sus hermanos, su gente.

No se sentía muy bien. Hacía tiempo que no se aventuraba tan lejos –cuatro o cinco manzanas– sola, en el rumor y en la muchedumbre y bajo el ardiente sol del verano. Había tenido la intención de ir al parque Koly, aquel triángulo de hierba miserable al fondo de Temcha, y sentarse por un momento con los otros hombres y las otras mujeres que iban allí cada día, para comprender qué significaba estar sentados allí y ser viejos: pero era demasiado lejos. Si no hubiese vuelto atrás ahora, quizás la habría alcanzado un golpe de vértigo; y tenía miedo de caerse, caer y observar a la gente que se acercaba a mirar a una vieja en pleno estado convulsivo. Dio una media vuelta y se dirigió a su casa, con los signos de la fatiga y del disgusto de sí misma visibles en su cara que sentía arder. Advirtió en sus oídos un zumbido que cesó súbitamente. Había sido sin embargo intenso, y ella temió en verdad caminar en el aire. En las sombras se

saltó un escalón: se diría, se dejó caer poco a poco, se sentó y lanzó un suspiro.

Un vendedor de fruta se sentaba en silencio detrás de su mercadería sucia y marchita. La gente pasaba. Nadie compraba. Ninguno la observaba. Odo: ¿quién era? La famosa revolucionaria, la autora de *Comunidad*, *La Analogía*, etc. ¿Y quién era? Una vieja de cabellos grises y de rostro enrojecido, sentada sobre el sucio umbral de un tugurio, que mascullaba palabras entre dientes.

¿Era verdad? ¿Era esto lo que ella era? Sin ir más lejos, era esto lo que cualquier persona que pasaba veía. Pero ella, justamente ella, ¿era más de aquello que la famosa revolucionaria, etc. había sido? No. No era algo más. ¿Pero entonces quién era?

La mujer que había amado a Taviri.

Sí. Suficiente en verdad. Pero no lo suficiente. Aquello había terminado. ¡Taviri estaba muerto desde hacía tanto tiempo!

–¿Quién soy? –masculló Laia a su público invisible, que sabía responder a sus preguntas y le respondió al unísono.

Ella era la chica con las rodillas lastimadas, sentada sobre el umbral mirando en la niebla sucia y dorada de Vía de la Abundancia, bajo el sol de una tarde de verano; la nena de seis años, la chica de dieciséis, feroz, irascible, con la cabeza

llena de sueños, indiferente, inalcanzable. Ella era ella misma. Sí, había sido la indefensa trabajadora y pensadora, pero un coágulo de sangre en una vena le había robado aquella mujer. Sí, había sido la amante aquella que se abría un camino en la vida, pero Taviri muriendo le había quitado aquella mujer. Nada había quedado, en realidad, sino lo fundamental. Había vuelto: no se había ido jamás. «El verdadero viaje es el regreso». Polvo y barro y el umbral de un tugurio. Y además, en el fondo del camino, aquel campo lleno de hierbas altas y secas, bajo el soplido del viento en el crepúsculo.

–¡Laia! ¿Pero qué estás haciendo acá? ¿Estás bien?

Uno de los habitantes de la casa, naturalmente: una bella mujer, un poco fanática y un poco charlatana. Laia no se acordaba de su nombre si bien la conocía de años. Dejó que la llevase a su casa, y dejó que hablase durante todo el camino. En el gran salón (en un tiempo ocupado por cajeros intentando contar el dinero detrás de ventanillas brillosas bajo la mirada de guardias armados) Laia se sentó en una silla. No estaba como para, por el momento, subir las escaleras, aunque prefiriese estar sola. La mujer continuaba hablando y otra gente ingresaba excitada a la sala. Parecía que estuviesen programando una demostración. Los eventos, en Thu, se sucedían tan rápidamente que también allí los ánimos estaban caldeados, y era preciso hacer algo.

Pasado mañana –no, mañana– habría una marcha, una gran marcha, de la ciudad vieja, en la Plaza del Capitolio, recorriendo el viejo itinerario.

–Otra Revuelta en el noveno mes –dijo un joven, inflamado y sonriente, observando a Laia.

En el tiempo de la Revuelta del noveno mes no había ni siquiera nacido, para él era solamente historia. Ahora quería hacer también él su pequeña contribución a la historia. La sala se había llenado. Se tendría mañana una asamblea general a las ocho de la mañana. Laia debería hablar.

–¿Mañana? Mañana yo no estaré –dijo bruscamente.

Aquel que había hablado esbozó una sonrisa y algún otro se rió; Amai la miró con aire interrogativo. Hablaron de nuevo y alzaron la voz. La revolución. ¿Pero qué la llevó a hablar así? ¿Pero era necesario decir semejante cosa en la vigilia de la revolución, aunque hubiese sido cierta?

Esperó sentirse bien, logró ponerse en pie, y a pesar de la torpeza se escapó sin ser vista entre la gente excitada y pronta a subir los escalones uno a uno. En la pieza de abajo, a sus espaldas, una, dos, diez voces estaban diciendo «huelga general». Huelga General, murmuró Laia tomando aliento en el descanso de la escalera. Arriba, delante de ella, en su habitación, ¿qué la esperaba? Su golpe apopléjico privado. Estaba algo jocosa. Inició el ascenso por la segunda

rampa, un escalón a la vez, una pierna a la vez, como una nena de dos años. Estaba mareada, pero no temía caerse. Delante de ella, allá abajo, las florcitas blancas y secas hacían oscilar sus corolas y susurraban en los vastos campos del atardecer. Setenta y dos años y no había tenido jamás el tiempo de llamarlas por su nombre.